

HANNI MÜNZER

CUANDO LA
MIEL MUERE



alianza Literaria

D.J.57

Hanni Münzer

Cuando la miel muere

Traducido del alemán por Jorge Seca

Alianza editorial

Índice

Prólogo

PRIMERA PARTE

El presente

Felicity

SEGUNDA PARTE

El pasado

Gustav y Elisabeth

TERCERA PARTE

Déborah

CUARTA PARTE

María

QUINTA PARTE

El presente

Felicity y Martha

Epílogo

Yo, Felicity

Nota final

Asuntos personales

Créditos

*Para Simon,
un angelito que estuvo poquísimos tiempo en esta Tierra.*

CUANDO LA MIEL MUERE

Érase una vez una estirpe activa y laboriosa, / que nunca se saciaba con las flores, / una estirpe aliada de la naturaleza, dulce y dorada como el ámbar, / que recolectaba afanosa su polen. / Su orgullosa reina / velaba por todos sus miembros / para alegría y satisfacción de los cielos. / Déborah era el nombre de esa reina, / bella, inaccesible, inteligente, / imperturbable a los rayos del sol. / Su Majestad observaba, siempre atenta, la danza alegre de sus huestes. / Pero, de pronto, apareció un perfume extraño. / ¿Qué criatura venía arrasándolo todo? / Era el ser humano, el verdugo de la naturaleza, el exterminador. / El enjambre dorado enmudeció para siempre. / Tan solo la reina escapó de la hecatombe / y, aturdida, aspira ahora a la venganza. / Completa la obra de sus enemigo / y elige para sí misma la muerte amarga. / Las oscuras sombras que se lamentan por los perdidos cielos de otros tiempos / siguen cerniéndose en nuestros días. / Fue una estirpe esperanzada en su día y ahora está exánime y atónita. / Aquél para quien la venganza vale más que la vida, no es nada más que un necio.

RAFFAEL VALERIANI

Al principio, la inclinación al mal es como alguien que está de paso, luego es como un huésped, y finalmente acaba siendo el señor de la casa.

Talmud Bavli Sukka 52

PRÓLOGO

DICEN QUE LA carga de la verdad pesa más de lo que el mismo Dios es capaz de soportar.

La verdad sigue su propia física. Cuando menos te lo esperas, asciende a la superficie como una burbuja en el agua, y nos acusa.

Esto fue lo que le ocurrió a mi familia cuando murió mi abuela y mi madre desapareció ese mismo día sin dejar rastro.

Los sucesos se desataron por el contenido amarillento de una caja olvidada.

El pasado nos había alcanzado con rotundidad.

PRIMERA PARTE

EL PRESENTE

Felicity

Capítulo 1

Seattle, Estado de Washington (Estados Unidos)

Mayo de 2012

—¿Y REALMENTE ESTÁS segura de que haces lo correcto? —preguntó Olivia a su amiga. Era la enésima vez que le hacía esa pregunta durante la última hora. La intensidad de su enojo se había reducido ya un tanto, casi en la misma proporción que el interés de su amiga Felicity por contestar.

Felicity estaba concentrada en llenar con sus pertenencias una maleta de dimensiones bíblicas, un regalo de su madre, una persona tan alejada de la realidad como poco práctica.

Olivia estaba echada boca abajo en la cama y mordisqueaba una manzana mientras seguía con gesto huraño el quehacer de su amiga.

Felicity presentía que Olivia no iba a cejar en su empeño. Y así fue, en efecto:

—No me entra en la cabeza para nada que me hagas esto. ¡Y que hayas urdido todo esto en secreto, a mis espaldas! Pero dime, ¿qué te piensas, eh?

Bien, así que ése era el verdadero quid de la cuestión. Felicity reprimió una sonrisa. Olivia no se sulfuraba por lo que estaba haciendo sino por el hecho de que había conseguido mantenerlo en secreto ante ella, su mejor amiga y, además, la persona más curiosa sobre la faz del planeta.

Felicity ignoró esta objeción, igual que todas las anteriores, y exclamó:

—¡Ya estoy lista! —dijo cerrando la maleta con brío. El sonido de la tapa al caer tuvo algo de definitivo, como de final de la discusión. Pero no fue así para Olivia.

—¿Has pensado, aunque solo haya sido un minuto, en Richard? —preguntó como si arrojara un naipe de triunfo sobre el tapete.

Felicity se dio la vuelta. Olivia había acertado plenamente en su punto débil. *Richard*. Un hombre de confianza, con talento y unas perspectivas brillantes y, además, de muy buena planta. El hermano de Olivia era diez años mayor que

ella y ya era un cirujano de prestigio, mientras que en el caso de ellas dos apenas se había secado la tinta del diploma que habían obtenido recientemente por su carrera de Medicina. Él tenía a sus pies a todo el personal femenino del Hospital de Niños de Seattle, y ella, Felicity, estaba a punto de abandonarlo y de poner todo un continente de por medio entre él y ella.

—Él te ama de verdad, ¿lo sabes?

La voz de Olivia sonó muy dulce en ese instante.

—Lo sé.

Se lo había dicho ayer, al despedirse de él. Richard no quería que se fuera. Lo intentó todo para que se quedara, incluso le hizo una propuesta de matrimonio. Ahora no podía ni quería pensar en el rostro triste de Richard, en la decepción que vio en sus ojos cuando le dijo que no. Al separarse de él, sintió cómo casi se le hacía jirones el corazón, como si dentro de su pecho latiera una masa informe. No se entendía a sí misma, y sin embargo no podía hacer otra cosa. Siempre había sido así. Un desasosiego interior la impulsaba continuamente hacia delante y ella había acabado dudando de que eso fuera a cambiar ya algún día. Había confiado en escapar de esa coacción interna una vez lograda la gran meta de su vida de convertirse en médica, pero, a medida que se iban acercando el final de la carrera y los exámenes, se le fue haciendo más acuciante el apremio de dar un nuevo rumbo a su vida y de romper con el orden y el control que habían determinado el paso de sus días. Nada deseaba con mayor vehemencia que llegar a un sitio y conquistarse una plaza fija en la vida, y, sin embargo, actuaba siempre en la dirección opuesta, sometida a un desasosiego obsesivo que parecía provenir directamente de su alma. Era como si deseara ciertamente esa vida pero se viera forzada a llevar otra diferente, atrapada en un eterno examen de conciencia consigo misma. Una vez intentó explicárselo a Richard. Ahora bien, ¿cómo explicar algo que una misma no entiende del todo? Fracásó estrepitosamente en su intento y Richard acabó sin comprender de qué iba todo aquel asunto. Incapaz de indagar de dónde le venía ese impulso melancólico, pensó: «Jamás llegaré a pisar el territorio del amor». Ese impulso dejaba en ella una sensación de desamparo y el gusto desabrido del miedo.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó Olivia mirando a su amiga con expresión de perplejidad.

Felicity no estaba segura de haber pronunciado la frase en voz alta. De pronto fue consciente de qué, o mejor dicho, quién se la había inspirado. Se la había dicho hacía muchos años su abuela, poco antes de que enfermara de alzhéimer.

Resultaba curioso que se le pasara por la cabeza esa frase precisamente ahora. Pero, por otra parte, tampoco era tan extraño: su abuela había fallecido hacía seis días, a la edad de 87 años. Su muerte había sido una liberación, no solo para la enferma sino también para toda la familia.

Debido al entierro, Felicity había postergado su vuelo a Kabul, en donde iba a trabajar para la organización humanitaria Médicos del Mundo.

El móvil de Felicity sonó. Debía de ser Martha, su madre. En realidad hacía ya un buen rato que debía haber aparecido por allí. Su madre había insistido en llevarla en coche al aeropuerto.

Felicity suspiró. Se horrorizó al pensar en el trayecto de casi una hora durante el cual su madre aprovecharía con toda seguridad para intentar disuadirla de su propósito. «¡Por Dios, y nada menos que a Afganistán! Debes de estar loca, Felicity, te lo digo de verdad. ¿Para eso has estudiado tantos años, para irte a continuación al fin del mundo a deambular por todas partes con un velo? Pero ¿cómo te atreves? Y no hablemos de los talibán que andan a todas horas inmolándose. ¡Qué horror!».

Al otro lado de la línea no estaba su madre, sino su padre. Desde el derrame cerebral que había sufrido hacía un año, se movía en silla de ruedas. Sin embargo, se había recuperado bastante bien y pronto dejaría de depender de la silla.

—Hola, pequeña —la saludó—. Dime, ¿está mamá contigo en casa?

—Hola, papá. No, la verdad es que iba a llamaros ahora para preguntar por qué mamá está tardando tanto en venir. ¿Cuándo dices que salió?

—Eso es lo más extraño de todo. Parece no haber regresado a casa anoche. Y eso es algo que no había hecho nunca. Yo esperaba que estuviera en tu casa.

—¿Cómo dices? ¿Mamá no regresó a casa anoche?

Felicity no podía creérselo. Su madre podía tener sus puntos débiles, pero era la formalidad en persona y con toda seguridad no dejaría a su padre solo toda la noche y menos desde el ictus que sufrió.

—¿Podría ser que te hubiera llamado y que tú no hubieras oído el teléfono tal vez?

—No, ya he escuchado el contestador automático. No había ni llamadas ni recados. Y también ha desconectado su teléfono móvil. ¿Dónde estará? ¿Adónde quería ir ella ayer? ¿A una sesión del comité tal vez? Seguramente habrá allí un teléfono para llamar, ¿no? —Su madre colaboraba en varias asociaciones benéficas, el sentido de su vida era preocuparse por la de los demás. «Pero no

por su propia familia —se le pasó a Felicity por la cabeza—. ¡Basta, no seas injusta!», se reprendió a sí misma para sus adentros. En los últimos años las cosas habían mejorado mucho con ella.

—No, no estuvo en ninguna reunión. Tu madre recibió ayer al mediodía una llamada de la residencia. Le pidieron que se pasara a retirar las cosas que tenía tu abuela porque necesitaban la habitación para otra paciente.

—¿Has llamado allí?

—Pues claro. Me dijeron que como mucho estuvo allí media hora por la tarde y que luego se fue. Un enfermero afirma haberla visto irse a toda prisa de allí con una caja bajo el brazo, pero eso no puede ser verdad.

—¿Que se fue corriendo? ¿Mamá? Eso no es muy propio de ella, la verdad.

—No, y tampoco lo es no dar noticias de su paradero. ¿Crees que le puede haber sucedido algo? ¿Un accidente con el coche tal vez?

Felicity percibió el nerviosismo en la voz de su padre.

—Entonces, créeme, ya nos lo habrían comunicado. ¿Sabes, papá? Voy a ir ahora a tu casa y desde allí vamos a llamar a los socios de las diferentes asociaciones. Ya verás que habrá una explicación inocente para su conducta. Tal vez esté metida en uno de sus típicos maratones de expiación y se haya olvidado de todo lo demás. «O tal vez sea la nueva estrategia de mamá para disuadirme de tomar el avión a Kabul».

—Pero ¿qué pasa con tu vuelo? —preguntó su padre acto seguido.

—No pasa nada, puedo cambiarlo para otro día. No empiezo a trabajar hasta dentro de una semana. En media hora estoy contigo. Entretanto puedes tratar de dar con mamá a través del móvil. Hasta ahora mismo, papá.

—¿He oído bien? ¿Ha desaparecido tu madre? —preguntó Olivia en tono incrédulo.

—Sí, al parecer desde ayer por la tarde, o por lo menos desde entonces no se ha comunicado con mi padre. Los dos duermen en habitaciones separadas desde que él tuvo el ictus. Mi padre suele acostarse temprano porque le adormecen los muchos medicamentos que tiene que tomar. Quizá por esta razón no se haya enterado de su ausencia hasta esta mañana.

Olivia saltó de la cama y tiró a la basura la manzana mordisqueada.

—Vamos, yo te llevo. También siento mucha curiosidad por saber qué ha sucedido con tu madre.

De camino, dijo Olivia en tono reflexivo:

—Antes has mencionado los maratones de expiación de Martha. ¿Temes que

haya vuelto a las andadas? —Las dos amigas se conocían desde la guardería, de ahí que Olivia tuviera conocimiento desde hacía muchos años de los raros ataques de devoción que le entraban a la madre de Felicity—. Dime, ¿cuándo fue la última vez exactamente? De eso hace ahora mucho tiempo, ¿verdad? —siguió preguntando Olivia.

Felicity se puso a calcular que debían de haber pasado unos ocho años desde que Martha Benedict, que en otro tiempo fue monja, se encerró por última vez durante algunos días para impetrar perdón a Dios por haberlo decepcionado. Anteriormente lo había hecho en intervalos regulares de unos seis meses aproximadamente. Por primera vez era verdaderamente consciente de que la devoción de su madre, que antiguamente tenía rasgos fanáticos, se había ido mitigando con el paso de los años. Felicity frunció el ceño. Ese cambio positivo de su madre se produjo cuando su abuela María tuvo que ir a la residencia debido al empeoramiento progresivo de la enfermedad de alzhéimer. Esto fue lo que le contestó Olivia ahora, y añadió:

—Sería posible que la muerte de la abuela haya provocado en ella una recaída, pero espero fervientemente que no tenga nada que ver con ese asunto. Para mi padre sería muy duro y no haría más que reabrir antiguas heridas. Siempre lo percibe como si él hubiera defraudado a mamá en la vida.

—Bueno, en realidad es vuestra madre la que os ha defraudado a los dos. Si he de ser sincera, os he admirado siempre a ti y a tu papá por cómo habéis aguantado los dos sus manías. Me sigue zumbando en los oídos su *mea culpa*, *mea maxima culpa*. Martha es por lo menos dos veces más devota que mi hermano Fred. Y eso que él es jesuita.

Olivia no había tenido nunca pelos en la lengua.

Felicity torció el gesto. No era la primera vez que su amiga tocaba ese tema. Era cierto que su padre se lo perdonaba todo a su madre porque la idolatraba. Él era quince años mayor que ella y los dos se habían casado tarde. Felicity seguía siendo hija única. Su madre había rebasado ya los cuarenta cuando se quedó embarazada de ella. Tanto la madre como la hija estuvieron a punto de morir en el parto, y Felicity tuvo que permanecer varios meses en el hospital. Martha Benedict consideró también esto como un castigo de Dios por haberse salido en su día de la orden de los franciscanos para casarse con Arthur, su padre. Felicity puso todas sus esperanzas en que hubiera otro motivo para la desaparición de su madre que una recaída en ese antiguo esquema de arrepentimientos.

El ya viejo Peugeot de Olivia dobló ahora por Richmond Beach Drive y se

detuvo frente a la casa de ladrillos de los padres de Felicity. Su padre la esperaba de pie en la puerta abierta de la casa. Sostenido con dificultad sobre dos muletas, estaba apoyado en el marco de la puerta. No llevaba chaqueta a pesar de la fría brisa costera que le levantaba los cabellos canos. La casa quedaba directamente en la Puget Sound, solo separada del Pacífico por una estrecha franja de tierra. Cuando Felicity le vio la mueca de preocupación en la cara, se ahorró la amonestación de que así solo iba a pescar un buen resfriado.

Lo condujo de vuelta a casa, y su padre puso al corriente a las dos jóvenes. Sin embargo, no había mucho más que contar. La madre de Felicity seguía sin dar señales de vida, su teléfono móvil continuaba desconectado, y tampoco habían dado ningún resultado las llamadas a los diferentes socios de los comités que su padre había realizado entretanto. Felicity comprobó otra vez el contestador automático. No había quedado registrada ninguna llamada. Su padre no tenía móvil.

Llamó de nuevo a la residencia Woodhill para informarse por sí misma y recibió la misma información que le habían proporcionado a su padre. Su madre había estado allí como mucho media hora y luego se marchó sin despedirse.

—Ese enfermero que vio a mi madre por última vez... ¿podría hablar un momentito con él? Quizá le haya dicho ella alguna cosa...

—No —respondió con sequedad la directora suplente de la residencia—. El señor González está ocupado en estos momentos, pero sé que se fijó en su madre precisamente porque casi lo atropella corriendo y a él se le cayó la bandeja que llevaba. Dígame, ¿qué ocurre con la habitación de su abuela? Si no retiran ustedes las cosas que hay antes de mañana al mediodía, tendremos que añadir otro mes a la factura.

Felicity puso los ojos en blanco y se esforzó por responder en un tono sosegado:

—De acuerdo, ya me ocupo yo de eso.

Colgó el teléfono con aire meditabundo.

—¿Y ahora qué? Tu madre tiene que estar en alguna parte. ¿Y si le ha sucedido algo? —preguntó su padre, cuyas arrugas de preocupación iban marcándosele en el rostro. Felicity le tomó la mano y se la estrechó.

—Voy a llamar ahora a los servicios de urgencias de los hospitales de esta zona. Entonces lo sabremos con seguridad. ¿De acuerdo, papá?

—Eso puedo hacerlo yo, Felicity. Mejor llama a la compañía telefónica. Ellos te podrán dar la localización de la última llamada de tu madre desde su teléfono

móvil —propuso Olivia, y se puso de inmediato manos a la obra. Por suerte, las pesquisas de Olivia en los diferentes hospitales dieron como resultado que no habían ingresado en ninguno de ellos a una tal Martha Benedict. La llamada de Felicity a la compañía telefónica fue también reveladora. Después de identificarse contestando a bastantes preguntas que le formularon, le comunicaron para gran sorpresa suya que el móvil de su madre había dado señal por última vez la víspera desde el aeropuerto de Seattle/Tacoma.

—¿Qué hacía mamá en el aeropuerto? —preguntó Felicity con asombro y pasando la vista desde Olivia hasta su padre.

—¿Podría ser que se confundiera y pensara que tú tenías el vuelo ayer? —dijo su padre. Al mismo tiempo, movió la cabeza como si él mismo no creyera en tal cosa.

—Eso no puedo ni imaginármelo. Además no tiene ningún sentido. Su intención era ir a buscarme para llevarme al aeropuerto.

—¿Es posible que haya decidido espontáneamente hacer un viaje?

Esto vino de Olivia.

—Pero solo llevaba consigo el bolso de mano. ¿Quién se va de viaje sin equipaje? —objetó el padre de Felicity.

—Te sorprenderías de la cantidad de gente, tío Arthur —replicó Olivia, que le llamaba «tío» desde siempre—. Pero tengo una idea: ¿qué tal si preguntamos por los movimientos de su tarjeta de crédito? ¡Hay que seguir la pista del dinero!

—¿Cómo dices? ¿Qué significa eso? —Se la quedó mirando confuso.

—Significa que Olivia ha visto demasiadas series policíacas en la tele —dijo Felicity—. Pero tiene razón. Merece la pena intentarlo. Voy a llamar a la compañía de la tarjeta de crédito. Quizá haya utilizado mi madre su tarjeta recientemente.

Siguió otra tanda de preguntas para probar la identidad de la persona, pero como el padre de Felicity se sabía la clave de seguridad, Felicity acabó recibiendo la información deseada. En efecto, su madre había reservado ayer a última hora de la tarde un vuelo a Roma-Fiumicino.

—Bueno, ya tenemos algo. ¿A quién conoce tu madre en Italia? —preguntó Olivia.

—A nadie —respondieron Felicity y su padre casi al unísono y se miraron el uno al otro con cara de sorpresa.

—Entonces se trata de una recaída, ¿verdad?

—¿Por qué piensas eso?

—Roma, el Papa, el jefe de la Iglesia católica. ¿Eh, te suena eso? ¿Te suena el *mea culpa*? ¿No había expresado tu madre alguna vez ya su intención de ir a pedir perdón ante la suprema instancia de Dios en la Tierra?

—¡Oh, Dios mío! —se les escapó a Felicity y a su padre de nuevo al mismo tiempo.

—Amén —añadió Olivia en un tono seco.

AL MEDIODÍA SIGUIENTE Felicity se hallaba en la terminal de salidas del aeropuerto de Seattle-Tacoma. En lugar de un billete a Kabul, sostenía en la mano uno con destino a Roma.

Ya entonces sabía que su madre no había sufrido ninguna recaída en sus antiguos ataques de arrepentimiento. No. Martha Benedict había emprendido un viaje hacia el pasado de su difunta madre.

DESPUÉS DE ESTAR en casa de su padre, Felicity se dirigió con Olivia en coche a Woodhill. Algo la atraía hacia ese lugar, le decía que allí encontraría respuestas.

Olivia y ella volvieron a registrar a fondo la habitación de su abuela y no encontraron nada. Los pensamientos de Felicity giraban cada vez más en torno a la misteriosa caja con la que, al parecer, su madre había salido atropelladamente de la residencia de ancianos. ¿Tenía algo que ver el contenido de la caja con la enigmática desaparición de su madre? Un rato después pudo hablar brevemente con el enfermero, un mexicano ya entrado en años.

Su descripción de los hechos no contribuyó en nada a calmarla. Su madre tenía el aspecto de alguien que tiene rozándole los talones al mismísimo diablo, le contó el enfermero, que extrajo del bolsillo de su bata un trozo de papel arrugado.

—Tenga usted, esto es lo que mantenía su abuela apretado en el puño cuando murió. Se lo quise dar ayer a su madre, pero ya ve que no tuve ocasión de hacerlo.

Felicity alisó el papel que resultó ser un recorte de periódico. En él se mostraba la escena de un juicio. Al parecer se trataba del acusado. Por desgracia habían recortado la fotografía sin la leyenda. Sin embargo, a Felicity no le interesaba tanto aquel hombre como la mujer que se veía en un segundo plano de la foto. Reconoció en ella a su abuela. Estaba sentada en la primera fila del público asistente y mantenía la mirada clavada en el acusado. Felicity no había visto nunca tanto odio en un rostro. A juzgar por la vestimenta del hombre y por

la edad de su abuela, el recorte de periódico debía ser de los años sesenta. ¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué estaba su abuela interesada en él? El reverso de la ilustración no le proporcionó ninguna información más. El recorte parecía formar parte de una necrológica, pero redactada en un idioma de signos que no conocía. Supuso que era hebreo. Si era así en realidad, ¿cómo había llegado su abuela a obtener una fotografía de un periódico israelí?

FELICITY SABÍA QUE tenía muy poco sentido dirigirse a la policía. Su madre era una mujer adulta y podía viajar adonde quisiera y cuando quisiera. De ahí que decidiera sin más dilación seguirla y buscarla ella misma. Como es natural, estaba preocupada por su madre, pero también le guardaba rencor por haber dejado a su padre en la estacada y haber desaparecido sin decir palabra. Su padre no tendría un minuto más de calma hasta que recibiera noticias de ella. Olivia prometió a Felicity que se ocuparía de él durante su ausencia. No hubo ningún problema para cambiar la fecha de su vuelo a Kabul.

—¡Espera, Felicity! —oyó ahora a alguien que la llamaba a sus espaldas. Se dio la vuelta y vio cómo Richard, su «casi» prometido, avanzaba hacia ella a paso rápido.

—¡Qué bien que aún he podido dar contigo, Felicity! —La abrazó y la besó largamente como saludo, como si no se hubieran despedido ayer. A continuación la soltó y la cubrió con la sonrisa que ella tanto adoraba en él—. Disculpa... Las viejas costumbres.

Richard no parecía estar azorado lo más mínimo a causa del beso, todo lo contrario que Felicity. Ella le había correspondido espontáneamente, y eso que se había propuesto decididamente no darle más esperanzas. Richard debía quedar libre para una nueva relación amorosa. Al parecer, el corazón de Felicity era mucho menos consecuente que su cabeza. ¿Por qué estaba él aquí? Ella no se sentía con fuerzas suficientes para una repetición de la escena de la víspera.

La presencia de Richard en aquel lugar quedó aclarada en la siguiente frase:

—Olivia me lo contó todo anoche. Me dijo que tu madre había tenido una especie de crisis de los cuarenta y que se había ido a Roma sin decir palabra, ¿es verdad? ¿Eso es todo? Me resulta extraño. La espontaneidad no es algo que asocie con la personalidad de Martha Benedict. Y tú has decidido ir tras sus pasos, ¿cierto?

«Gracias a Dios», pensó Felicity con alivio. Richard estaba allí por su madre y no porque quisiera disuadirla de emprender su viaje a Kabul.

—Sí, estoy preocupada por ella. Ya sabes cómo es a veces. Nunca ha estado en Europa, no habla italiano, a lo sumo habla un poco de latín, y, por lo que sé, tampoco conoce a nadie allí.

—¿Y qué planes tienes? ¿Cómo vas a dar con ella? Roma es muy grande.

—Si te he de ser sincera, no tengo la más mínima idea. Aunque seguramente no me va a servir de nada, lo primero que haré será dirigirme a la policía italiana. Sin embargo, tengo puestas más esperanzas en el banco y en la compañía de la tarjeta de crédito de mi madre. Hasta el momento se han mostrado muy serviciales y efectivos. Por ellos sé que mi madre sacó dinero en el aeropuerto de Roma. Al menos es una pista. Y sobre todo significa que llegó allí. Me informarán de nuevo cuando vuelva a utilizar su tarjeta de crédito.

—¡Mira, aquí tengo algo para ti, un nombre y un número de teléfono en Roma! —Richard le puso un papelito en la mano—. Esta mañana a primera hora he hablado con mi hermano Fred, y él me ha nombrado a un tal padre Lucas von Stetten. Fred estudió dos años con ese hombre en Múnich. El padre Lucas es jesuita y vive desde hace algunos meses en Roma. Anoche hablé con él por teléfono.

—¿Anoche, dices? Entonces habrás sacado de la cama a ese pobre hombre en mitad de la noche, ¿no?

Como para corroborar su afirmación, Felicity echó un vistazo a su reloj.

Richard volvió a exhibir su irresistible sonrisa.

—Fred dijo que no pasaba nada. Los sacerdotes están las veinticuatro horas del día al servicio de Dios. Y el padre Von Stetten confirmó que irá a buscarte al aeropuerto en Roma. Te ayudará en tu búsqueda.

—Gracias... La verdad es que no sé qué decir. Haces que me avergüence. Eres un encanto y yo...

No terminó la frase. En el fondo ya estaba todo dicho y no había nada que ella hubiera podido añadir y que sirviera para hacerles las cosas más llevaderas para ellos dos. En lugar de hablar, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Saluda a Fred de mi parte.

Richard la retuvo un momento y la estrechó contra él. A continuación la soltó abruptamente.

—Mucha suerte, y dame noticias tuyas, ¿vale?

—Por supuesto. —Echó a andar, pero se dio la vuelta enseguida—. ¿Cómo reconoceré al padre Von Stetten?

—Es muy sencillo —contestó Richard con una sonrisa pícar—. Estate atenta al hombre más atractivo que veas al cruzar la puerta de salida.

Capítulo 2

Roma, Italia

TRECE HORAS DESPUÉS el avión aterrizaba en Fiumicino.

Era casi mediodía e Italia mostraba su mejor cara: un sol radiante, un cielo luminoso de color azul de postal.

Como Felicity viajaba únicamente con equipaje de mano, fue una de las primeras en abandonar la sala de equipajes. No había quedado ningún asiento libre en el avión, y una gran multitud esperaba a los pasajeros tras la barrera de la terminal de llegadas del aeropuerto. Felicity rastreó las caras entre los hombres que esperaban. Los únicos de buen ver eran demasiado jóvenes, y no había nadie con sotana. Se le pasó por la cabeza que solo en raras ocasiones había visto con sotana a Fred, el hermano de Richard. ¿Llevaban sotana los jesuitas en Roma? No lo sabía. ¿Por qué no lo había preguntado?

Entonces vio a un joven muy apuesto que avanzaba entre el gentío. Pero entonces descubrió que a su derecha y a su izquierda llevaba a una criatura pequeña de la mano. Pisándole los talones iba un hombre gordo con una vestimenta muy chillona. Al verlo con aquellos pantalones cortos de color verde y con la camisa rosa, Felicity no pudo menos que pensar en el último disfraz de Richard para celebrar la fiesta de Halloween. Se había disfrazado de sandía. «¡Deja de una vez de pensar continuamente en Richard!», se amonestó a sí misma.

Pilló el papelito con el número de teléfono que le había dado. Esperaría un poquito más y luego llamaría al padre Von Stetten. Seguramente le había retrasado algún imprevisto. De pronto se apercibió de que el hombre-sandía trataba de llamar su atención. La estaba saludando con el pañuelo con el que acababa de enjugarse el sudor de la frente. Felicity se giró a mirar para comprobar si estaba haciéndole señas a ella realmente. Él volvió a agitar el pañuelo. No había duda, la estaba saludando. Se encaminó hacia él.

—¿Es usted la *signora* Felicity Benedict? —preguntó en un inglés algo inseguro.

—¿Eh? ¿Sí? ¿Es usted el padre Von Stetten?

Ella se quedó mirando fijamente el rostro colorado de él. «Vaya broma simpática se ha permitido Richard conmigo».

—Por desgracia, no. El obispo ordenó esta mañana al padre Von Stetten que se trasladara a Bamberg por un asunto de máxima urgencia. Él me ha pedido que viniera en su lugar. Soy el padre Simone Olivieri. ¡Bienvenida a Roma, *signora* Benedict!

Le tendió la mano.

Felicity, confundida, le estrechó la sudorosa mano derecha.

—Muchas gracias. Pero dígame, ¿cómo sabía que era yo?

—El padre Lucas dijo que su prometido la había descrito de manera inequívoca. Me pidió que me fijara en la mujer más guapa del aeropuerto. Ya lo ve, no ha sido por arte de magia.

El padre Simone le dirigió una sonrisa pícara.

Felicity le devolvió la sonrisa. Le estaba gustando ese padre gordo.

—Es realmente muy amable de su parte que haya venido a buscarme.

—Ha sido un placer. ¿Es eso todo su equipaje? —preguntó mirando con asombro la pequeña maleta con ruedas. Evidentemente no había visto nunca a una mujer viajera con tan poco equipaje. Felicity no podía ni barruntar que el padre había sido bendecido por cinco hermanas cuyo volumen de equipaje en sus visitas a Roma se equiparaba al de casi una mudanza.

—Sí, tengo puestas mis esperanzas en encontrar muy pronto a mi madre. Y si precisara de más tiempo siempre puedo comprarme algo de ropa aquí.

—Bien, entonces vayamos primeramente a su hotel para que se registre. ¿Tiene ya pensado qué pasos va a efectuar en primer lugar? —preguntó mientras salían de la terminal y se adentraban en el cálido sol de mayo.

—Sí, he pensado ir a hablar primero con la policía. Quizá pueda cursarse una solicitud de información en los hoteles de la ciudad. Mi madre tiene que haber dormido por fuerza en algún lugar esta noche. Llegó aquí ayer al mediodía.

—Bien, ¿cómo se llama su hotel?

—Hotel Visconti. —Felicity se dispuso a sacar la reserva del hotel, pero el padre Simone dijo—: Tranquila, lo conozco. Se encuentra en el centro histórico, cerca de la Piazza del Popolo.

Después de que Felicity se registrara en el hotel, el padre Simone la condujo a

la comisaría de policía más próxima que estaba ubicada en la Piazza Trinità dei Pellegrini.

El policía los atendió amable y comprensivamente, pero no se veía en condiciones de cursar una solicitud de búsqueda y de información en todos los hoteles de Roma.

—Lo siento, *signora* —le tradujo el padre Simone—, pero su madre no está registrada como desaparecida. No se ha presentado ninguna denuncia y usted misma dijo que no había ningún motivo para hablar de un delito. Espere simplemente a que su madre se ponga en contacto con usted, *signora*. Por lo demás le aconsejaría que se dirija a la embajada estadounidense en la Via Veneto. *Arrivederci*.

—Eso he pensado yo también —comentó el padre Simone pasándose de nuevo el pañuelo por la frente—. Así son los funcionarios romanos. Nada de asumir responsabilidades y delegar el trabajo en lo posible a otras instancias. Así se queda en nada lo de Forza Italia.

—¿Y qué hacemos ahora?

Felicity se quedó indecisa en la escalera de la comisaría de policía.

—Ahora vamos a comer algo y nos ponemos a hablar de cómo vamos a proceder a continuación. Yo tengo alguna que otra idea. Venga, vamos a ir a la Trattoria da Gino. No queda muy lejos a pie.

Felicity no tenía mucho apetito, pero el padre anunció de manera tan entusiasta la comida que no se sintió con fuerzas para rechazar su ofrecimiento. Gino, el dueño del restaurante, saludó al padre Simone como a un viejo amigo y casi se le escapa un gallo de alegría al ver que el padre Simone se había traído consigo a una *bella signorina*. Cada cinco minutos exactos se acercaba presuroso a su mesa y preguntaba a Felicity si le estaba gustando la comida.

Felicity se esforzó por comer de todo al menos la mitad, mientras que el padre Simone atacaba todo con buen apetito y honraba también con profusión a la botella de vino tinto. Felicity se limitó a dar algunos sorbitos a su copa. Sentía los primeros avisos de una migraña y vino tinto al mediodía no haría sino empeorar las cosas. Ya con la *pasta e fagioli* que les sirvieron de primer plato, Felicity no pudo reprimir la impaciencia por más tiempo y preguntó al padre Simone qué ideas se le habían ocurrido. Éste se estaba colocando la servilleta en el cuello de la camisa. Ahora la miró a los ojos.

—El padre Von Stetten me informó de que su madre es muy devota y se pasa mucho tiempo orando. Para el caso de que vaya a alguna iglesia a rezar, se me ha

ocurrido lo siguiente: si usted tuviera a mano una foto de su madre, yo podría mandar que hicieran copias para repartirlas entre mis hermanos por las iglesias y estar así al tanto de la aparición de su madre.

—Es una idea excelente. Llevo una foto conmigo, por supuesto.

El padre Simone agarró su cuchara.

—Y ahora pruebe usted este plato. Gino prepara la mejor *pasta e fagioli* de toda Roma. Y no le dé más vueltas, *signorina* Benedict. Vamos a encontrar a su madre, se lo aseguro.

Capítulo 3

NO RESULTÓ NECESARIO hacer copias de la fotografía.

Mientras Gino les estaba sirviendo el café exprés, la compañía de la tarjeta de crédito telefoneó a Felicity y le facilitó el nombre del hotel en el que su madre se había alojado. El padre Simone y Felicity se pusieron inmediatamente de camino a la dirección señalada en la Via della Conciliazione.

En recepción Felicity se identificó como la hija de Martha Benedict. Según la recepcionista, su madre se encontraba en la habitación, pues la tarjeta necesaria para el suministro eléctrico estaba activada. Sin embargo, Martha no reaccionó a la llamada telefónica.

—Tal vez la señora Benedict se esté duchando en estos momentos o se esté secando el pelo y no oye el timbre del teléfono —dijo la empleada del hotel.

Felicity reprimió su impaciencia.

—Bien, entonces esperaremos diez minutos y volveremos a intentarlo. Si mi madre sigue sin contestar a la llamada, ¿podríamos ir a echar un vistazo? Solo para asegurarnos de que todo está bien, ¿no le parece?

—Por supuesto.

En ese momento se abrió la puerta del ascensor, y una mujer asiática ataviada con un mono de limpieza empujó su carro de servicio en dirección a la recepción. Habló con la joven y se entabló una breve conversación de la que Felicity solo pudo entender el apellido de su madre. Miró con gesto inquisitivo al padre Simone.

—Al parecer, su madre tiene colgado el letrero de «por favor, no molesten» desde anoche en la puerta de la habitación. —Se dirigió a la joven de la recepción y dijo con determinación—: Pienso que deberíamos ir inmediatamente a echar un vistazo. Puede que la señora esté enferma y que necesite de la asistencia de un médico, ¿verdad?

La empleada del hotel asintió con la cabeza, llamó a una colega suya que trabajaba en el despacho para que la sustituyera, y los condujo al ascensor.

Poco después se encontraban frente a la puerta con el número 212 y llamaron. Ninguna reacción. Felicity gritó su nombre. Nada.

—¿Puede abrirnos la puerta, por favor?

Felicity se estaba impacientando.

La empleada ya no titubeó un instante más, sino que abrió la puerta con la llave maestra. Felicity fue la primera en entrar en la habitación y se quedó mirando con sorpresa el inesperado caos que se le ofreció a los ojos. Toda la superficie imaginable de la habitación estaba cubierta por artículos de periódicos y notas de papel. La mayoría estaban desgarrados y algunos estaban pegados de nuevo. Aquello parecía un gigantesco puzzle. Su madre estaba de rodillas encima de la cama, que también estaba cubierta de notas de papel, y estaba pasando las hojas de un pequeño diario. El pelo le caía revuelto en la cara, daba la impresión de estar totalmente ausente. Ni siquiera se había apercibido de que alguien había entrado en la habitación, y no reaccionó hasta que su hija le tocó el brazo. Profirió entonces un grito por el susto.

—¡Mamá! ¡Soy yo, Felicity!

Martha se quedó mirando fijamente a su hija como si fuera una extraña. Luego suspiró y se pasó las dos manos por la cara con gesto de cansancio. Finalmente dijo en voz baja:

—¿Qué haces aquí, Felicity?

—He venido a buscarte. Papá y yo estábamos tremendamente preocupados por ti. Te fuiste así, sin decir nada. Pero ¿qué se te pasó por la cabeza? ¿Por qué no llamaste a papá al menos? ¿Y qué estás haciendo aquí, dime? ¿Qué papeles son éstos?

A pesar de que Felicity se sentía aliviada por haber encontrado con tanta rapidez a su madre, se le advertía un tono de reproche en la voz.

Su madre miró a su alrededor como si fuera consciente en ese momento del caos que la rodeaba. En lugar de responder a la pregunta de Felicity, se pasó las manos por el cabello despeinado.

—Debo de tener una pinta terrible.

—Eso no es lo importante ahora. Lo principal es que estás bien. Porque estás bien, ¿verdad?

—Por supuesto.

La madre de Felicity se bajó de la cama con torpeza. Dio uno, dos pasos inseguros, se tambaleó y estuvo a punto de caerse. El padre Simone la interceptó y la ayudó a sentarse de nuevo en la cama. Felicity agarró la mano de su madre y

le tomó el pulso.

—Tienes la tensión demasiado baja. ¿Cuándo fue la última vez que comiste, mamá?

—No lo sé —fue la respuesta incierta—. ¿Ayer por la mañana tal vez?

Atentamente, el padre Simone había llenado un vaso con agua y se lo había tendido a la madre de Felicity.

La recepcionista se hallaba en la habitación sin saber qué hacer.

—¿Sería posible que le trajeran a mi madre una comida ligera aquí, a la habitación? Una sopa o tal vez una tortilla —preguntó Felicity dirigiéndose a ella. La empleada del hotel asintió y salió diligentemente del cuarto.

Entretanto, el padre Simone sobrevoló con la vista los recortes diseminados por todas partes. No fue capaz de reconocer así, a primera vista, qué contenían, pero le parecieron en parte muy viejos. A juzgar por la vestimenta en una de las fotografías recompuestas, era posible que procedieran de los años veinte. Encima de un sillón descubrió un portafolios verde de papel con un número de registro encima. ¿Actas procesales? Su mirada fue a parar entonces al diario que la señora estaba hojeando cuando entraron ellos en la habitación. Había resbalado antes hasta el suelo, cuando ella hizo el intento de levantarse. Estaba abierto ahora por la última página encima de la alfombra. Lo alzó y reconoció la escritura.

—¿Hebreo? —dijo en tono de sorpresa. Al final solo había una palabra. *MET*. La palabra hebrea para muerto, muerta. ¿Qué significaba aquello?

—¿Sabe usted leerlo? —preguntó la madre de Felicity fijando su mirada en él. De repente reapareció la vida en sus ojos.

—¿Eh? Sí. Es hebreo.

—¿Sabe usted hebreo?

—Sí, lo he estudiado.

—¿Puede usted traducírmelo, por favor?

—Es un poco demasiado, así, de golpe.

El padre Simone pasó rápidamente las hojas del libro.

—Por favor, es muy importante. Tengo que saber lo que contiene.

—¿Quién lo escribió? —quiso saber Felicity, que había seguido el intercambio de frases.

—Supongo que es de tu abuela.

—¿La abuela sabía hebreo?

—Eso parece.

—¿Lo sabías?

—No, nunca lo mencionó. Además no era italiana, sino alemana, y no vino a Roma hasta después de la guerra. Por eso estoy aquí. Nos tuvo engañados a tu padre y a mí toda su vida. Lo condujo a la muerte. Lo sé.

—¿Qué? —exclamó Felicity con la mirada clavada en su madre—. ¿Te has vuelto loca? ¿Qué estás diciendo?

—La verdad. Mi madre es culpable de la muerte de tu abuelo.

—¡Pero si siempre se ha dicho en casa que el abuelo había tenido un accidente de coche en 1960!

—Sí, pero solo porque poco antes ella se había peleado con él y lo había echado de casa. Él se subió a su coche y lo estrelló contra un árbol. Creo que lo hizo a propósito.

—¿Cómo puedes decir eso, madre? ¿Y cómo lo sabes? ¡Tú eras todavía una niña por aquel entonces!

—¡Tenía catorce años, una edad más que suficiente! Me he vuelto a acordar otra vez de los sucesos del día de la muerte de tu abuelo cuando encontré en la habitación de la abuela la cajita con el poema. Probablemente había mantenido todo eso reprimido en mi mente. Pero en el momento en el que leí el poema dedicado a tu abuela, todo reapareció ante mí de repente. Mira —su madre extrajo del bolso un trozo de papel muy doblado—, lee esto. Tiene puesta la fecha en el reverso. Lo escribió tu abuelo dos días antes de su muerte.

—Cuando la miel muere —pronunció Felicity con un murmullo después de haber leído el poema hasta el final—. Suena melancólico y muy triste.

—Y lo es, sí. Aquella disputa no era la primera, llevaban así ya varios días. Y eso que tu abuelo no gritaba nunca. Era un hombre plácido, y hasta entonces nunca le había oído levantarle la voz a mi madre. La adoraba y la trataba como a una reina, y así la llamaba también, «mi abeja reina». Las peleas de entonces giraban en torno al mismo asunto. Ella le echaba en cara a gritos que la había engañado y que aquel hombre no había muerto, y así la había tenido engañada sobre la consumación de su venganza. Por esa razón estaba completamente histérica. Mi padre se defendía una y otra vez diciendo que su obligación era pensar en la criatura en primer lugar. Lo que no deseaba de ninguna manera era que mi madre tomara un avión a Israel. Aún me acuerdo de que el asunto giraba en torno a un proceso en el que ella quería estar presente a toda costa para declarar. Mi padre, en cambio, afirmaba que lo que ella deseaba no era realizar una declaración sino que lo único que le importaba era matar a aquel hombre.

—¿A qué hombre?

—No lo sé, pero estoy aquí para averiguarlo.

Conmocionada, Felicity se arrellanó junto a su madre encima de la cama. ¿Su abuela había planeado matar a alguien y su abuelo había tratado de impedirselo? Todo aquello no tenía ningún sentido para ella.

—¿Y qué te hace estar tan segura de que vas a encontrar respuestas a tus preguntas precisamente aquí en Italia?

—Porque todo comenzó en Roma. Aquí es donde se conocieron tu abuelo y tu abuela poco después de la guerra. No en Seattle, como siempre afirmaron. Otra mentira más.

Felicity miró a su madre con incredulidad.

—¿Cómo sabes eso? ¿Y qué razón habrían tenido para mentirnos?

—¡En la cajita se hallaba también mi partida de nacimiento italiana! Sé el suficiente latín como para entender lo que es un *certificato di nascita*. En contra de la afirmación de mi madre, no nací en Estados Unidos, sino en Roma, ¡en una cárcel! Debió de obtener la partida de bautismo estadounidense durante el caos de la posguerra.

—¿Dices que la abuela te tuvo en una cárcel italiana?

Aquel asunto se estaba volviendo cada vez más disparatado. Felicity dirigió la vista al padre Simone en busca de auxilio. Éste tenía las cejas enarcadas y mostraba el mismo aire de desconcierto que ella.

—Así es —reiteró la madre de Felicity—. Ayer mismo fui a la dirección que consta en la partida de nacimiento, pero allí hay ahora un bloque de viviendas. Hace tiempo que echaron abajo la cárcel. Mi madre debió de encontrarse con tu abuelo en ella porque trabajaba allí, bueno, al menos su nombre aparece en una lista de empleados en el archivo municipal de 1944. Y por lo visto, no era solo médico sino también sacerdote.

La voz de Martha Benedict sonó ahora conmovida, como si siguiera siendo incapaz de comprender sobre todo esto último.

—¿Pero de dónde has sacado todas esas informaciones tan detalladas, por el amor de Dios, mamá?

—De una estudiante aplicada que habla inglés muy bien y que está realizando sus prácticas en el archivo municipal. Por desgracia no pudo decirme por qué estaba mi madre en la cárcel, solo me informó de que debió de haber cometido algún delito intramuros de Ciudad del Vaticano. Por este motivo no disponía ella de las actas porque se encuentran en el archivo del Vaticano. Hay que presentar

una solicitud para echarles un vistazo. Eso es lo que voy a hacer mañana mismo. Sin embargo, la joven pudo averiguar que el nombre correcto de tu abuelo era Raffael Valeriani y no Ralph Valerian. En mi partida de nacimiento italiana pone «padre desconocido». Eso significa que el hombre a quien yo había tenido hasta entonces por mi padre, no lo era en realidad. Los dos me engañaron. Tengo que averiguar quién fue mi verdadero padre. Él es la causa de que mi madre no me amara nunca, lo sé. Soy perfectamente consciente de que no debí haberme marchado de viaje con tanta precipitación, pero estaba hecha un lío y no podía pensar con claridad.

Felicity miró desconcertada a su madre. De pronto se le pasó por la cabeza el recorte de periódico que le había dado el enfermero y que ella guardaba en el bolso. El acusado de la fotografía, ¿se trataba del hombre que su abuela, conforme a las palabras de su abuelo, había querido matar en 1960? ¿Era posible que lo hubiera intentado incluso con anterioridad? Una terrible sospecha se apoderó de ella, y Felicity reflexionó si debía sacar el recorte y enseñárselo a su madre.

Sin embargo, ésta ya había vuelto a apartar la mirada de ella y tenía la vista puesta con insistencia en el padre Simone.

—Y dígame, ¿puede usted traducirme ese texto?

En su mirada no había ninguna súplica sino más bien una reclamación, como si hacerlo fuera un deber para el religioso. De esta manera lo estaba poniendo ella en un aprieto. El padre Simone reflexionó sobre el número de obligaciones que le aguardaban en los siguientes días. Tenía que pasar algunos exámenes y entregar un trabajo científico, y el Teatro de los Jesuitas, del cual ostentaba la dirección, planeaba en breve una función de *El sueño de una noche de verano* de Shakespeare. Quedaba mucho trabajo por hacer en los bastidores, existían ciertas divergencias en la escenificación, el protagonista principal había pillado una perniciosa gripe veraniega, y él no había encontrado hasta el momento a ningún sustituto. No le sobraba ni un minuto libre para la traducción. Ya las pocas horas que se había tomado hoy amenazaban con dinamitar toda su agenda. No, imposible, no podía hacer ningún hueco para ninguna otra buena acción. Se le escuchó responder:

—Con mucho gusto, *signora* Benedict. Pero necesitaré algunos días. Entretanto, usted y su hija podrían recorrer un poco Roma, ¿de acuerdo? Me pondré en contacto con ustedes en cuanto haya terminado. *Va bene?*

Por dentro estaba renegando de sí mismo. La curiosidad era realmente su

mayor vicio. El octavo pecado capital. Sin embargo, allí había algo que le había inducido a aceptar, algo que iba más allá de la pura curiosidad.

Él era un pastor de almas y hacía rato que se había apercibido de la fragilidad existente entre madre e hija. Había mucho no pronunciado entre ellas, como si se encontraran en los lados opuestos de un abismo. En el caso de que la incógnita de su conflicto residiera en el pasado de la abuela, él intentaría trazar un puente entre ambas ayudándolas a solucionar ese enigma.

Capítulo 4

CINCO DÍAS DESPUÉS, el padre Simone llamó por teléfono a Felicity. Su voz sonó trasnochada. Había dejado estar todo lo demás para dedicarse por entero a la traducción y prácticamente había trabajado en ella sin interrupción.

—¿Está su madre cerca de usted? —preguntó casi entre susurros.

—No, ha bajado un ratito porque quería hacer algunas compras. —Felicity se había quedado sorprendida por la pregunta.

—Muy bien. He terminado la traducción. Y tengo que confesar que esas líneas me han conmovido profundamente. No estaba preparado para una cosa semejante, *signorina* Felicity. Pero no puedo ni quiero anticipar nada de esta historia. Tiene que leerla usted misma, entonces entenderá lo que estoy diciéndole. Las notas son, efectivamente, de su abuela, tal como había supuesto su madre. ¿Tiene usted un ordenador portátil ahí?

—Sí.

—Bien, entonces deme su dirección de correo electrónico, por favor. Le enviaré la traducción como documento adjunto. Permítame que le dé un consejo: léalo antes de que lo haga su madre y llámeme cuando haya acabado la lectura. Entonces me pasará con la traducción en papel y se la entregaremos juntos a su madre. *Va bene?*

Felicity dijo que sí a todo y no hizo ninguna pregunta a pesar de estar un poco sorprendida por la conducta críptica del padre Simone. También ella sentía temor ahora por la historia de su abuela. ¿Qué podía contener para haber trastornado de aquella manera al sacerdote?

En aquellos últimos días, ella y su madre apenas habían podido hacer avances con los documentos que contenía la caja. Dejando a un lado algunos paseos breves que Felicity había obligado más o menos a hacer a su madre, no habían tenido tiempo siquiera de explorar Roma, y en lugar de eso se habían dedicado casi ininterrumpidamente a examinar con atención los recortes de periódicos.

—Hay una cosa que no entiendo, mamá —le había dicho Felicity a su madre

muy al comienzo—. ¿Por qué rompió en pedazos la abuela todo esto solo para guardar los trozos después en una caja? ¿Por qué no tiró inmediatamente todas estas cosas?

Su madre admitió, avergonzada, que había sido ella quien había roto en pedazos el contenido de la caja en su aturdimiento inicial. Profiriendo un suspiro, Felicity se puso primeramente a clasificar aquellos innumerables jirones de papel. Se trataba exclusivamente de recortes de periódico, no había cartas ni otros documentos. Todos estaban redactados en alemán o en italiano, unos cuantos estaban en hebreo, en idiomas que no dominaban la madre ni la hija.

El intento de Felicity de traducir algunos textos con ayuda de un programa de traducción asequible en internet solo había dado un resultado calamitoso, lo cual podía deberse en parte al hecho de que los textos tenían más de setenta años. Se pasaron muchas horas buscando palabras sueltas en el diccionario. El resultado fue igual de deficiente. Al final se quedaron igual que cuando empezaron.

El resultado positivo de esos días que pasaron juntas fue que la madre y la hija se habían acercado efectivamente la una a la otra, menos a través de la palabra que mediante una sutil transformación ambiental. Ese cambio en su relación seguía siendo para Felicity poco comprensible. Se trataba de un acercamiento tímido y prudente, como si los sentimientos entre ellas fueran frágiles, como la porcelana más fina.

Durante esos días y en diversas ocasiones, Felicity había tratado de romper el silencio que había ensombrecido su infancia. Ahora bien, ¿de qué habría podido hablarle a su madre? ¿Preguntarle acaso por qué tenía la sensación de que entre las dos existía una distancia que ella no podía explicarse? ¿Una distancia que no debería existir realmente entre una madre y su hija? De niña la había aceptado porque no conocía otra cosa; ella percibía a su madre en calidad de madre, no como a una persona.

Sin embargo, cuando se fue haciendo mayor, fue comprendiendo paulatinamente que le había faltado siempre algo. Al mismo tiempo fue surgiendo en su interior un reproche silencioso contra sí misma. ¿Por qué no había tratado en todos aquellos años de superar por ella misma ese muro invisible? Pensó en las palabras de Richard al despedirse. Le había echado en cara que ella tenía miedo de los sentimientos demasiado profundos y que huía de ellos en toda regla. Ella consideró un tópico ese reproche, le pareció demasiado general. Ahora se preguntaba si Richard no estaría quizá en lo cierto.

¿Era ella una cobarde? ¿Se lo montaba de una manera demasiado simple y

prefería herirlo en lugar de enfrentarse a sus propias deficiencias? Ahora bien, si su conducta desconsiderada era un síntoma, ¿dónde residía entonces la causa? ¿Y si la clave de todo estuviera en su abuela fallecida? Por primera vez se le pasaba a Felicity por la mente el pensamiento de que ellas tres, la abuela, la madre y la nieta, compartían el mismo desasosiego compulsivo, arrastradas por el mar de la vida.

Felicity podía percibir que a su madre le sucedía lo mismo que a ella; sin embargo, las dos titubeaban a la hora de dar el paso decisivo. Y así pasaron aquellos días juntas las dos, atrapadas por una atmósfera extraña, metidas en algún lugar a mitad de camino entre la espera y la expectativa.

De todas formas, su madre había alcanzado uno de sus objetivos. Felicity no había tomado el avión a Kabul. Hoy era el día en que ella debía haber comenzado su servicio allí. En lugar de eso, puso en marcha su portátil. El correo del padre Simone figuraba ya en la bandeja de entrada de su correo.

Felicity abrió el documento adjunto y comenzó a leer.

Carta de María a su hija Martha

Querida Martha, hija mía:

Hoy me he enterado por mi doctor de que tengo alzhéimer en una fase temprana. Me parece una atroz ironía del destino, pues toda mi vida la he dedicado a olvidar mi pasado. Y eso es lo que me va a pasar ahora, fragmento tras fragmento.

Antes de que suceda quiero recuperar aquello que debí haber hecho hace mucho tiempo: contarte la historia de nuestra familia, decirte quiénes somos y de dónde vienes tú.

Nosotros, los seres humanos, somos parte de una cadena común, todos estamos unidos unos a otros porque llevamos dentro un pedazo de la vida y de los pensamientos de aquellos que nos precedieron. Si el amor es el corazón, entonces el recuerdo es el alma. Ambos son inmortales. Sin embargo, a veces suceden cosas, vivencias terribles que desgarran un eslabón de esa cadena y oscurecen el corazón y el alma. Mi eslabón se desgarró hace mucho tiempo.

Sé que he fracasado como madre, Martha. Durante toda la vida fui una extraña para ti, te excluí conscientemente de mi vida y te negué ser un eslabón en la cadena de tus antepasados. No te pido perdón por ello. Eso no tiene perdón.

Pero tal vez puedas entenderme un poco mejor cuando te hayas enterado de mi historia, de nuestra historia. Muchas cosas las escribí hace ya mucho tiempo, en hebreo, el idioma que me enseñó mi padre. Hacerlo fue idea de tu padrastro Raffael. Él tenía puestas sus esperanzas de que así podría procesar mejor mis vivencias.

Tu padrastro fue un hombre maravilloso, Martha. Te dio lo que yo no pude darte. Cuando me encontré con Raffael en Roma, él era un joven sacerdote, una persona enardecida, cuyo fervor en la oración solo quedaba superado por el deseo de aportar al mundo misericordia y amor al prójimo. Creía firmemente que Dios me había enviado a él para salvarme. De esta manera me convertí en

la perdición de su vida. Raffael lo dejó todo por mí, su vocación y su tierra nativa, Italia. Ni yo merecía su amor, ni tampoco se lo agradecí. Muchos años después, poco antes de su muerte, me dijo que había comprendido por fin que el amor no es solo una misión sino también una acción.

Esa frase me acompaña siempre desde entonces. Al principio no entendía lo que quiso decir con ella. Pero en algún momento fui consciente de que él sentía su amor hacia mí como una acción contra sí mismo. El amor hacia mí le destruyó. Yo le destruí. Tú piensas que yo nunca te he amado, ¿no es así? La verdad es que no quise amarte. Yo no quería ningún hijo. Primero detesté mi cuerpo porque me hacía eso, luego me detesté a mí misma porque no fui capaz de impedirlo.

Cuando naciste y te tuve por primera vez en mis brazos, se produjo ese momento impresionante en que creí que todo podría arreglarse. El increíble sentimiento del amor. Y de pronto, sin embargo, el odio volvió a apoderarse de las riendas, no contra ti, Martha, sino contra mí misma. ¡Porque te amaba! Eso me trastornó, yo no quería sentir ese amor, no quería volver a sentir nada más nunca. El amor era el pasado, no debía volver a ser parte de mi vida, y por ese motivo ahogué los buenos sentimientos que había en mí. El odio es el diablo, y me tenía bien sujeta en sus manos.

No obstante, te deseo de todo corazón una vida feliz y llena de amor, Martha. En Felicity tienes a una hija maravillosa. Dale todo el amor que yo te negué a ti siempre, y encontrad juntas vuestro lugar en el eslabón de la cadena de vuestros antepasados. Con mi historia, que también es la tuya y la de Felicity, presento un testimonio contra el olvido.

Y ahora, sí, ahora voy a escribirlo por fin: Perdóname, Martha...

¡Adiós!...

Tu madre

SEGUNDA PARTE

EL PASADO

Gustav y Elisabeth

Capítulo 5

El cuervo blanco
Múnich, 9 de noviembre de 1923

A ELISABETH LE estaba reconcomiendo la conciencia. Era muy tarde. Su esposo seguro que llevaba mucho rato ya preocupado. Para disgusto suyo, de camino a casa desde Dießen le tocó comprobar, además, que entretanto habían cerrado al tráfico casi todas las calles de Múnich.

Apenas abrió la puerta la criada, su marido se precipitó hacia ella desde el pasillo de su espaciosa vivienda en la Prinzregentenplatz, con pasos largos y con Félix, el perro salchicha, pegado a sus talones.

—¡Hola, Gustav! —lo saludó ella en un tono intenso y vívido—. Disculpa, llego tarde, pero es que en las calles ha pasado algo, están los hombres jugando otra vez a soldados. ¡Adivina a quién me he topado hoy! A ese hombre que anda en boca de todo el mundo. ¿Cómo dicen que se llama...? ¿Hudler?

Estaba justamente entregando el paraguas y los guantes a Ottilie, la criada, cuando su marido la agarró de los hombros y la estrechó enérgicamente entre sus brazos. Conmocionada, Elisabeth correspondió al intenso abrazo de él sin poder moverse apenas. ¡Su marido estaba completamente fuera de sí! Nunca lo había visto de esa manera.

El prestigioso médico y la joven y floreciente cantante de ópera nacida en Viena, llevaban casados unos pocos meses, todo hay que decirlo. Entre su primer encuentro y la boda no transcurrió siquiera un mes. Por este motivo, en los salones de la alta sociedad habían corrido los rumores; un periodo de noviazgo tan corto ofrecía suficiente material para todo tipo de especulaciones. Sin embargo, a Elisabeth y a Gustav eso les resultó indiferente. No habían querido esperar ni un día más para estar juntos.

Elisabeth era una persona muy temperamental, pero poseía también esa forma de impulsividad rayana en el desasosiego nervioso. Impulsada por un hambre

que ella no sabía cómo saciar, se manejaba por la vida con una velocidad impresionante, y al mismo tiempo apenas había ni rozado lo sustancial de la vida, hasta aquel día memorable en el que se topó con Gustav y sucumbió en ese mismo instante a la fascinación de su personalidad sosegada. Poco a poco y con prudencia, Gustav fue restando celeridad al torbellino de la vida de Elisabeth.

A pesar de todo, Elisabeth seguía siendo Elisabeth. Había escapadas e impuntualidades, pero Gustav las afrontaba siempre con esa indulgencia que va acompañada de la felicidad del matrimonio reciente y de la ecuanimidad de quien es veinte años mayor.

El temor que sentía ahora Elisabeth procedía del conocimiento de la imperturbabilidad de Gustav. ¡Algo terrible debía de haber sucedido! Su inquietud no podía deberse exclusivamente a su retraso en regresar a casa. Recapituló mentalmente el transcurso de su excursión.

TAL COMO HACÍA regularmente cada quince días, solicitó un Mercedes-Benz con chófer a la empresa Auto-Sixt ubicada en la Seitzstraße, para rendir una visita de dos días a su madre viuda, la señora María Kasegger. Vivía en una casita en la localidad de Dießen a orillas del lago Ammer. La casa, que quedaba apenas a dos horas en coche desde Múnich, la había adquirido Elisabeth para ella con sus primeros honorarios como cantante. Exceptuando un ligero reumatismo, la señora Kasegger gozaba de una espléndida salud.

Después del desayuno de esta mañana, ella y su madre dieron un largo paseo por la orilla del lago. Tras el almuerzo que tomaron juntas, con café incluido, el chófer pasó a recoger a Elisabeth a la hora acordada.

Elisabeth procedía de una familia modesta. Sobre su padre no había mucho que informar, excepto que había estado gafado en casi todas sus empresas.

Corría el año 1910, Elisabeth acababa de cumplir los diez años cuando él perdió la zapatería junto con la vivienda de la Theresienstraße que había heredado de su padre, engañado por un especulador avisado. La familia se vio obligada a mudarse a una vivienda húmeda y estrecha a las afueras de Viena.

El maestro zapatero Kasegger, no obstante, era de esa clase de personas que disponían de una buena porción de ese encanto vienés tan especial. Simplemente no le podía guardar ningún rencor, y las dos damas de la casa lo amaban con desmesura. Al mismo maestro Kasegger no le fue concedido presenciar los éxitos de su hija: en 1914 fue uno de los primeros en alistarse entusiastamente en el ejército imperial para vengar el asesinato cobarde del aspirante austríaco al

trono, Franz Ferdinand. Y consiguientemente fue también de los primeros que dejaron su vida por la patria. Lo dicho, estaba gafado.

En el viaje de regreso de Dießen a Múnich, Elisabeth sintió una necesidad fisiológica a causa probablemente del café aguado de su madre. Y así, estaba pensando en dar la vuelta para ir a un mesón decente que habían dejado atrás, cuando se le ocurrió que su amiga, Helga Putzinger, poseía una pequeña casa de campo en Utting que quedaba casi de camino. Según tenía entendido, Helga la frecuentaba bastante en los últimos tiempos. Elisabeth decidió intentarlo.

Las dos mujeres jóvenes hacía tan solo medio año que se conocían a pesar de haber sido discípulas de la pedagoga del canto Lilli Lehmann en Múnich por la misma época. Helga y Elisabeth, prácticamente de la misma edad, se hicieron amigas de inmediato, a pesar de que apenas podían haber sido más diferentes, tanto exteriormente como de temperamento: Helga era alta y rubia, de carácter reflexivo y equilibrado; Elisabeth, en cambio, era bajita y delicada como un gorrión, con el cabello negro brillante y de una gran vitalidad.

Como es natural, Elisabeth conoció también pronto a Bubi, el marido de Helga. En la partida de nacimiento de Bubi constaba el nombre de Egon, pero él jamás había podido desprenderse del nombre por el que le llamaban de pequeño, a pesar de que Elisabeth jamás habría podido encontrar a nadie a quien encajara menos ese mote afectivo. Todo en Bubi parecía estar hecho a lo grande: las manos, los pies, la nariz, la cabeza. Aparte de esto era macizo como un toro y muy ruidoso y tendente a la grosería. Sin embargo tocaba maravillosa y apasionadamente el piano. Elisabeth, que también era una excelente pianista, encontró en Bubi un alma afín en el plano musical.

El matrimonio Putzinger invitó un domingo a Elisabeth y a Gustav a su casa en Utting. Ciertamente, Gustav no había encontrado el mismo acceso a Bubi como su mujer, pero tuvo que admitir que el marido de Helga era extremadamente culto, una persona muy leída. Descendía de una familia de antiguo arraigo en Múnich que, entre otras propiedades, tenía declarada una editorial dedicada al arte. Esto le había posibilitado a Bubi Putzinger realizar una carrera en el extranjero, concretamente en la Universidad de Harvard. Después de sus estudios vivió algunos años en Nueva York dirigiendo esa galería de arte propiedad de la familia.

Los dos caballeros sostuvieron aquella tarde una animada conversación fumando puros habanos junto a la chimenea y deliberaron también sobre el desdichado rey no nadador Luis II de Baviera, ya que Bubi estaba acariciando la

idea de escribir un libro sobre él.

Cuando Elisabeth, apurada por la necesidad corporal, llegó a la casa de su amiga en Utting, la suerte estaba aliada con ella: Helga había viajado hasta allí la víspera desde Múnich con su hijo pequeño, Egon junior, y la criada. Llena de alegría por aquel encuentro inesperado, su amiga la había invitado a un café de verdad, café en grano.

Las dos damas enviaron al chófer a una posada cercana y pasaron juntas una tarde agradable que pronto derivó en el anochecer.

Todo el mundo sabe que en noviembre se hace temprano de noche, pero cuando el reloj de pie del comedor dio de pronto las siete, Elisabeth se quedó asustada. Enviaron a toda prisa a la criada de Helga a la posada a dar instrucciones al chófer de Elisabeth.

Helga estaba justamente tratando de convencer a su amiga de que lo más sensato era que Elisabeth pernoctara en su casa de Utting, cuando oyeron que llamaban a la puerta con energía.

En la suposición de que se trataba del chófer de Elisabeth, la señora de la casa abrió la puerta y se vio de pronto frente a un grupo de hombres sucios. Parecían exhaustos y miraban en torno suyo con nerviosismo.

Pese a que Helga se quedó sorprendida por aquella visita masculina, no dio ninguna muestra de asombro sino que se mantuvo serena.

Más tarde, Helga le contaría a Elisabeth que enseguida supo que había sucedido algo terrible, porque de lo contrario su marido no la habría mandado días atrás que se marchara de Múnich con el pequeño Egon.

En cambio Elisabeth, quien se interesaba por pocas cosas que se desarrollaran fuera de su mundo musical —y en absoluto por asuntos masculinos tales como la república, la política, etc., debatidos entre el humo de puros y cigarros (todas esas cosas las tenía por poco inspiradoras)—, no tuvo el menor presentimiento. Si no hubiera existido la expresión ajeno al mundo, habría habido que crearla para definir a Elisabeth.

El cabecilla de aquella pequeña banda inquieta estaba pálido, sin afeitar y llevaba una gabardina mugrienta. A pesar de todo, Helga le ofreció con exquisita cortesía que entrara en la casa. Otro hombre se presentó él mismo como el doctor Schultz. El resto de la tropa no dijo nada y se distribuyó en actitud vigilante frente a la puerta.

Como Elisabeth tenía prisa y su chófer llegaba además en ese preciso instante con el automóvil, todo quedó en unas presentaciones superficiales. A Elisabeth

le llamó la atención que el hombre de la gabardina parecía estar herido en un hombro.

Al percibir su mirada, a Elisabeth le sobrevino de pronto una extraña sensación de querer huir de allí. Por este motivo se despidió aceleradamente de Helga, cuya atención en ese momento estaba completamente volcada en aquellos extraños visitantes.

SU MARIDO GUSTAV la apartó a un brazo de distancia e interrumpió el hilo de los pensamientos de Elisabeth. En un tono de incompreensión preguntó:

—¿Qué acabas de decir, Elisabeth? ¿Con quién dices que te has topado hoy?

Le hizo estas preguntas al tiempo que la conducía al salón y cerraba las puertas.

Elisabeth se lo contó todo: que después de la visita a su madre estuvo también en la casa de Helga en Utting y que allí se encontró con aquel austríaco pálido de cuyo nombre se había olvidado.

—¡Dios mío! —exclamó Gustav poniéndose aún más pálido; casi sacudió a su esposa, a quien seguía manteniendo sujeta de los brazos—. ¡Ése era Hitler! Te has topado con Adolf Hitler. ¡Toda Múnich está buscando a ese hombre! Ese delincuente intentó ayer dar un golpe de Estado contra el gobierno. ¿Y ahora se esconde en casa de los Putzinger?

—¡Ah, por eso estaban las calles cortadas al tráfico! Fue una terrible carrera de obstáculos para llegar aquí, Gustav. Por eso he llegado tan tarde, teníamos que...

—Eso no es importante ahora, Elisabeth —interrumpió Gustav a su mujer, cosa que él no hacía nunca—. Lo importante es que ahora estás aquí y que no te ha pasado nada. Ha habido muchos muertos. Casi me vuelvo loco de lo preocupado que estaba por ti. Ahora lo que necesito es un coñac en primer lugar. Luego te contaré todo.

Después de servirse una copa y de dar un sorbo, Gustav dijo en un tono insistente:

—Escúchame bien, Elisabeth. No debes decirle a nadie que has visto hoy a ese hombre, y sobre todo no debes decir dónde. Ya es bastante horrible que haya implicado a Helga y a Bubi. Yo no quiero tener nada que ver con ese hombre. Es peligroso.

A continuación, Gustav le informó sobre la magnitud de los sucesos que habían acontecido en Múnich la tarde del 8 de noviembre de 1923.

Los cabecillas de un partido en alza en Baviera habían emprendido un golpe de Estado desde la cervecería Bürgerbräukeller de Múnich. Al día siguiente, los golpistas desfilaron por la ciudad y cuando llegaron al Templo de los Generales, en la Odeonsplatz, se encontraron con las tropas leales al gobierno. En el cruce de disparos hubo casi dos docenas de muertos.

El alzamiento había fracasado, el cabecilla y sus seguidores se habían dado a la fuga.

Gustav seguía cautivado por aquellos monstruosos acontecimientos. ¡Un golpe de Estado para derribar al gobierno bávaro! No era de extrañar que a Múnich se la equiparara en esos instantes a una caldera al fuego a punto de derramar su contenido; en toda la ciudad andaban buscando febrilmente a los golpistas fugados.

Al general Ludendorff, héroe condecorado de la Primera Guerra Mundial que también había participado en el golpe frustrado, ya lo habían arrestado ataviado con el uniforme imperial de gala y con todas las condecoraciones.

Para apresar al cabecilla del alzamiento, Ritter von Kahr, ministro presidente de Baviera y desde hacía poco tiempo comisario plenipotenciario, recurrió a todo el poder del Estado que tenía a su disposición. Von Kahr se había tomado como algo más que un asunto personal el hecho de que Hitler lo hubiera detenido y humillado en la cervecería Bürgerbräukeller, y que finalmente lo hubiera obligado a punta de pistola a que diera su conformidad por escrito a la formación de un nuevo gobierno que debía salvar a Alemania de la miseria y de la deshonra.

¡Y eso que ese hombre no era ni siquiera alemán, sino austríaco! «Que salve a Austria y que no se meta con los alemanes», había añadido Gustav furioso.

APENAS HABÍA INFORMADO Gustav a Elisabeth sobre los alarmantes sucesos nocturnos, cuando llamaron a la puerta.

Otilie, la criada, abrió y anunció a continuación que llamaban al señor doctor para un parto urgente. Añadió una información importante: «El bebé viene de nalgas». Otilie mantenía una buena relación con la comadrona del distrito. Compartía todas las informaciones con todo el mundo, se las pidieran expresamente o no, y por ello se la podía designar como una especie de cronista oficiosa del barrio.

El doctor se embutió en el abrigo que la solícita Otilie le tenía ya preparado además del maletín. Por último se puso el sombrero y después de un beso volátil

a su esposa salió de la casa a toda prisa para asistir a una parturienta.

AL PRINCIPIO, LA decisión del doctor de casarse había deparado a Otilie muchas noches en vela. Al fin y al cabo era ella la única que tenía ascendiente sobre él desde hacía casi seis años, desde que los padres del doctor fallecieron en un breve intervalo de tiempo. Sin embargo, como a los ojos de Otilie todo lo que hacía el doctor era lo bueno y lo correcto, pronto se calmó su agitación interior.

Además, la señora era tan famosa que el prestigio y la posición de Otilie se extendió dentro del círculo de criados en torno a la Prinzregentenplatz. Y por si eso fuera poco, la señora de la casa no la metía en ningún fregado doméstico. ¿Qué más podía desear?

Otilie era el fiel retrato de una robustez estable, con un sano color de piel y un apetito aún más sano. Solo tenía una tara: inexplicablemente, Otilie padecía un miedo atroz a las tormentas. En cuanto se ponía a relampaguear y a tronar, se refugiaba de inmediato en la bodega abovedada y no se la volvía a ver.

El doctor bromeó con esto una vez diciendo que probablemente estaba con Hans —este criado seguía fielmente a Otilie como si fuera su sombra— trabajando en la próxima arca de Noé. Esta frase chistosa se convirtió pronto en un dicho famoso entre todos los miembros de la casa. Quien preguntaba por Otilie porque no la localizaba por ninguna parte, recibía de inmediato la respuesta: «Estará construyendo el arca».

Tiempo después, cuando alguien de la familia recordaba la época de los días felices de Múnich —la época anterior a la llegada de los nacionalsocialistas al poder—, siempre se referían a ella como la «época del arca de Noé».

El orden y la limpieza determinaban la vida de Otilie. Y como la vivienda los reflejaba a la perfección, le consentían con agrado esa manía. Además tenía un gran corazón bávaro que hacía mucho tiempo que latía por el criado Hans. Hans era una persona de carácter sencillo y de buena voluntad.

Cuando Elisabeth lo vio la primera vez, exclamó espontáneamente:

—¡Ay, caramba, vaya guaperas! ¡Parece como si lo hubieran engendrado los mismos dioses del Olimpo!

Tenía razón. Con su planta gigantesca de casi dos metros, Hans habría sido un candidato ideal para la guardia de corps del viejo Fritz y del padre de éste, el rey soldado. En el lenguaje popular, la gente seguía acordándose con agrado del Regimiento de los «chicos larguiruchos». Y es que desde el fin de la monarquía, con la guerra perdida y los subsiguientes forcejeos políticos de la nueva

República de Weimar, no eran pocos los ancianos que se acordaban entre lamentos de la época espléndida de aquellos legendarios reyes prusianos.

HANS, QUIEN NO sospechaba que su porte encajaba a la perfección con el prototipo de la raza superior que propagaban los nacionalsocialistas, tenía un hermano mayor llamado Franz. Este Franz era una versión más tosca de Hans. Ya desde 1921 cantaba, vociferaba y desfilaba —la mayoría de las veces, las tres cosas a la vez— en la SA, la sección de asalto, de carácter paramilitar. Así que no era de extrañar que al realizar tantas actividades y de manera simultánea no le quedara espacio en el cerebro para pensar. Ésta era, en todo caso, la opinión que Otilie tenía de Franz, el hermano de Hans, a quien ella aborrecía profundamente.

Hans no disponía él mismo de una opinión propia. Se orientaba por completo conforme al estado de ánimo de su Otilie.

Los tejemanejes de Franz y de su pálido cabecilla no le merecían a Otilie más que un resoplido de desprecio.

—¡Anda, deja ya de hablar de ese tonto presumido con su bigotito ventoso bajo la nariz! —le increpó en bávaro a Hans cuando éste volvió a repetir los elogios de su hermano Franz. Que un hombre ni siquiera fuese capaz de tener un bigote como es debido, era para Otilie prueba más que suficiente de su incapacidad.

Este arranque temperamental, apenas digno de ser mencionado en la escala en que se movía Otilie por lo general, ocurrió cuando Hans le preguntó qué le parecería si él, correspondiendo a los deseos de su hermano mayor Franz, se alistara en la sección de asalto. Tal como ocurría siempre, Hans se plegó a los deseos de Otilie. Con ello pareció que ese asunto quedaba zanjado para ambos. Eso es lo que pensaron al menos.

LOS ESPOSOS HABITABAN diez habitaciones en la cuarta y última planta del palacio de estilo modernista, construido en 1901 en la Prinzregentenplatz, que Gustav había heredado de sus padres. Él tenía otro hermano, un pintor de cierto éxito, que vivía con su mujer en Núremberg.

Las salas de la consulta del señor de la casa quedaban en la planta baja. Los tres sirvientes —además de Otilie estaban la cocinera Bertha y el criado Hans— tenían sus habitaciones propias en la buhardilla bajo el tejado inclinado.

La primera planta la tenían alquilada a unos americanos inmensamente ricos,

de quienes nadie podía acordarse ya con certeza porque hacía una eternidad que no aparecían por allí, la última vez fue dos años antes de la Gran Guerra, tal como aseguraba Otilie. Sin embargo seguían ingresando regularmente en la cuenta bancaria de Gustav el importe del alquiler y de los gastos proporcionales.

La segunda planta estaba también vacía desde hacía muchos meses, y seguramente seguiría así durante mucho tiempo más a causa de la crisis económica reinante. En la tercera planta residía un general jubilado que era ya tan mayor que en 1914 no habían querido llamarlo a filas. Una barbaridad, tal como él defendía a pleno pulmón cuando alguien tenía la mala suerte de encontrárselo de frente en la escalera de la casa. Entonces cualquiera podía tener la impresión de que él, a solas, habría decidido la guerra para Alemania en favor del emperador Guillermo. Era verdaderamente una reliquia viviente del siglo XIX. Entre sus distintivos —aparte de que desfilaba como si siguiera marchando tras pífanos y tambores— se encontraban un monóculo, un bastón, un sombrero de copa y toda una batería de condecoraciones que, altaneras, saltaban a la vista en su pechera hundida.

Las malas lenguas, entre las que se contaba sin duda la de Otilie, afirmaban que se las prendía también de noche en su bata. Pero lo mejor del general era que estaba prácticamente sordo; vecinos así estaban muy bien vistos entre los músicos, igual que los americanos ausentes.

Capítulo 6

FUE EL CURA, que al mismo tiempo era el director del coro de la modesta iglesia de San Leopoldo en el 2.º distrito exterior de Viena, quien en su día encauzó los destinos de Elisabeth, una chica de diez años e hija de un zapatero.

Desde el primer segundo quedó prendado de su voz pura que ennoblecía su pequeño coro. No transcurrió mucho tiempo para que comenzara a circular por el barrio que en la iglesia cantaba un ángel divino; nunca antes había recibido San Leopoldo tanta concurrencia. Pronto empezó a quedarse mucha gente de pie, y también había muchas personas haciendo cola fuera, esperando pacientemente para oír cantar a aquella criatura.

Así ocurrió que un miembro de la comunidad religiosa convocó a un amigo para que prestara atención a la chica. Este amigo era conocido en el mundo de la música y tenía una gran influencia. Al poco tiempo fue a oír personalmente aquella voz única y profetizó a Elisabeth una gran carrera musical. Arregló para ella una audición en el Mozarteum de Salzburgo. Elisabeth viajó allí con sus padres y ese mismo año le concedieron una beca.

Despedirse de sus padres le desgarró el corazón, pero esa decisión fue correcta. Ya a comienzos de 1920, con sus veinte años recién cumplidos, Elisabeth debutó en Salzburgo con el apellido de soltera de su madre, Malpran —el apellido Kasegger les pareció más bien inapropiado para una carrera artística—, en el papel de Marguerite en el *Fausto* de Gounod.

Alcanzó su primera celebridad en el papel de Desdémona en la ópera *Otelo* de Verdi, tan solo un año escaso después, con motivo de su debut en la Staatsoper Unter den Linden en Berlín. Desde allí comenzó su carrera internacional que la llevaría a Milán, París, Bruselas y Roma. Había aparecido una nueva estrella en el cielo operístico.

Capítulo 7

EL DOCTOR NO regresó hasta primera hora de la mañana, pálido, cansado y con una oscura barba incipiente. Había sido efectivamente un parto de una criatura que venía de nalgas, lo cual significaba una enorme fatiga para cualquier médico, pero después de todo nunca tan intensa como para la madre parturienta.

Por este motivo, el asunto del fracasado alzamiento no lo volvieron a mencionar hasta el día siguiente; el doctor, después de apenas dos horas de sueño, había tenido que presentarse en su consulta mientras su esposa seguía reposando. Ahora se encontraban los dos en el comedor durante el almuerzo conjunto.

Para disgusto de su esposa, Gustav no mencionó apenas ese asunto sino que desapareció de inmediato tras la lectura obligatoria del periódico *Münchner Neueste Nachrichten*. El amigo de Gustav, Fritz Gerlich, trabajaba en él desde 1920 como redactor jefe.

Como es natural, el intento de golpe de Estado y la búsqueda del fugitivo eran la noticia de la primera plana de aquel día. Justo al lado del editorial saltaba a la vista el retrato del golpista. Pero Elisabeth no lo descubrió hasta después de que su marido levantara el periódico para leer en las páginas interiores y la imagen apareciera por completo detrás.

Ella se enfadó un poco porque le dedicaba más atención a la lectura que a la comida, por no hablar de su encantadora presencia. Se había arreglado hoy especialmente para él y tenía un aspecto verdaderamente cautivador; Otilie la había ayudado a ponerse su vestido azul a medida que realzaba a la perfección sus delicados contornos.

Ahora que había reconocido al personaje de la fotografía, sabía cómo podía atraer la completa atención de su esposo.

Con su voz melódica exclamó por encima del periódico:

—Mira, ahí está, Gusti, ahí, en la primera página, el hombre con el que me topé anoche en casa de Helga. De verdad que no entiendo el bombo que le da

todo el mundo a ese hombre. Yo lo encontré absolutamente soso. E imagínatelo, ¡ni siquiera estaba afeitado! Un hombre bajito. Otilie tampoco tiene buena opinión de él. Verdaderamente habría que prestar más atención a la voz de las gentes del pueblo porque tienen olfato para estas cosas.

El efecto buscado fue sensacional. Gustav se estremeció como si le hubieran disparado un tiro. El periódico se le escurrió de los dedos. En el intento de volver a agarrarlo con un rápido movimiento de la mano golpeó su taza de café prácticamente llena y cayó de la mesa.

Félix, el perro salchicha que como siempre aguardaba impaciente debajo de la mesa, aulló y se marchó de allí de un salto, y dos días más tarde aún seguía oliendo a café. Gustav, sin embargo, parecía no haberse enterado del percance ni de la desgracia del perro. Se quedó mirando a Elisabeth por encima de la mesa.

—¡Por todos los cielos, Elisabeth! ¡Espero que no le hayas dicho a Otilie que viste ayer a ese hombre!

Gustav pensó con horror en la lengua de Otilie, siempre preparada para hacer correr cualquier noticia. ¿Qué ocurriría si se hacía público que su esposa se había topado con Hitler en persona? ¡Eran inimaginables las consecuencias que podía tener eso en estos tiempos revueltos! Se puso a pensar con intensidad en el número de personas que sabían que su mujer era amiga íntima de Helga Putzinger. Gustav vio en su mente ya a una docena de policías de Kahr entrando precipitadamente en su casa.

La vinculación especial de Bubi Putzinger con Adolf Hitler era suficientemente conocida. ¡Bubi había convertido a Hitler en el padrino del pequeño Egon! Gustav sabía que Putzinger creía en el futuro político de aquel hombre y promovía al totalmente implicado excabo austríaco. Así logró en poco tiempo introducir a Hitler en la élite burguesa de Múnich que financiaba la política del otrora sintecho vienés con generosas donaciones del partido y egoístas segundas intenciones. Bubi iba ejerciendo cada vez más el rol de portavoz de prensa oficioso de Hitler. Incluso se pavoneaba de haber sugerido a Hitler la idea de los desfiles con antorchas porque él mismo había experimentado en su época de estudiante en Harvard lo imponentes y efectistas que podían llegar a ser.

Y anteayer en la cervecería Bürgerbräukeller, es decir, en mitad del airado golpe de Estado, había conseguido celebrar una rueda de prensa espontánea para los reporteros extranjeros allí presentes, particularmente estadounidenses. Esa información se la suministró a Gustav por la mañana un paciente que había

tenido un desagradable encontronazo nocturno con una pandilla de fugitivos de la SA.

ELISABETH, FELIZ DE haber conquistado la atención ilimitada de su esposo, volvió a informarle entre gorgoritos sobre su breve encuentro en la casa de los Putzinger. Al hacerlo no pudo resistir la tentación de adornarlo todo con la teatralidad innata en ella alargando aquel encuentro casual, enfatizando la actitud cautelosa de Helga y destacando la valentía de ésta:

—Bueno, qué valor tiene, Gusti. A mí seguramente me habría paralizado el miedo al encontrarme de noche frente a tantos hombres sucios. —Cuando terminó su informe y dio a entender a su marido con una sonrisa la ilusión que le hacía haberse encontrado súbitamente en el centro de un acontecimiento importante, éste tuvo que hacer grandes esfuerzos por mantener la calma. Con mucho gusto habría sacudido a su esposa como a un ciruelo. Al fin y al cabo, los golpistas estaban armados, eran extremadamente peligrosos y se les estaba persiguiendo muy de cerca. Y por este motivo serían capaces de cualquier cosa. Elisabeth, la famosa soprano, podría haber acabado perfectamente como su rehén. Sin embargo, a Elisabeth no se le habrían pasado jamás estos pensamientos por la cabeza.

Ése fue el instante en el que se apoderó por primera vez de Gustav el temor de haberse sobrevalorado un poco en su rol de profesor Higgins de la obra *Pigmalión*.

Desde un principio, Gustav fue consciente de las alegres debilidades de Elisabeth, que ciertamente poseía un alma bella pero que requería todavía de una cuidadosa modelación, una tarea para la cual él se había sentido llamado. Sin embargo, Elisabeth no era Eliza, la florista.

Gustav se formuló ahora la pregunta tardía de si no se había casado con una niña eterna de veintitrés años. Exteriormente era una maravillosa joven, pero por dentro era una persona de una inocencia conmovedora, una niña pequeña que quería que la amaran y la elogiaran. Él colocó todo su amor en el platillo de la balanza para no dejarse arrastrar por adjetivos como crédula o incluso insensata en relación con la criatura verdaderamente encantadora que tenía a su lado.

Y tal como solía ocurrir, aunque indirectamente corriera el peligro de descubrir una cualidad negativa en su esposa, a quien amaba con ternura, no tardaba nada en relativizar esa cualidad encontrando él mismo una justificación para ella, diciéndose a sí mismo que estaba claro, que Elisabeth se había pasado

prácticamente toda su existencia en el aislado mundo de la música. Ella vivía alejada y apartada de todo, casi como en el interior de una bola de nieve. Ese lugar lo había elegido ella misma, lo compartía con las partituras y las creaciones de maestros del pasado cuya inspiración ella ponía en el aquí y en el ahora. Era el arte de la intérprete Elisabeth el que insuflaba vida a la música. El brillo de su voz era el que otorgaba inmortalidad a las melodías de los compositores.

Gustav, que para no perturbar su propia paz interior enfocaba con una luz halagadora la conducta de Elisabeth, recordó cómo ella establecía siempre una relación de todo con la música, ya fuera para las nimiedades de la vida o para los sucesos relevantes que dejaban huella en la existencia.

Si su joven esposa probaba por ejemplo un nuevo plato en un restaurante y éste le gustaba especialmente, podía suceder que prorrumpiera en un estallido de entusiasmo delante de los demás y que exclamara sin rubor: «¡Oh, se deshace con tanta ligereza y delicadeza en la lengua, sabe a Vivaldi!». El temperamento de Elisabeth era burbujeante como el champán.

Inolvidables eran para él las semanas de luna de miel que pasaron en el mar Báltico. El clima era crudo, el viento soplaba tormentoso, las nubes se habían apilado en el cielo con un color gris amenazador. Los demás paseantes dieron la vuelta a toda prisa y se retiraron para tomar una taza de té muy caliente con ron. Sin embargo, Elisabeth quiso permanecer a toda costa en la orilla del mar que había divisado por primera vez ese día. Se soltó del abrazo de Gustav y se precipitó hacia el mar rugiente, un diminuto punto de contraste con el horizonte imponente. Se desprendió a toda velocidad de sus botines, se quitó el vestido y casi se tira de cabeza al mar si el hombre con quien acababa de desposarse no se lo hubiera impedido en el último momento.

Con un fervor cuyo sonido seguía llegándole a él hoy hasta la médula, ella extendió los brazos y exclamó con su carita mojada vuelta al mar: «¡Es esto! Sí, debió de ser justo esto. ¿Lo percibes? ¿Puedes sentirlo, Gustav? La obertura del mundo recién creado. Es *Tristán e Isolda*, es pasión y amor, tormenta y energía. ¡Es lo incierto de las fuerzas de la naturaleza!».

Sus botines iban ya surcando las olas hacia nuevas orillas.

PERO ELISABETH TAMPOCO era ingenua ni tan ajena al mundo como daba la impresión de ser: tenía una sensible alma de artista que ciertamente se consumía por la música y que trataba de sustraerse a casi todo lo que no estaba en consonancia con su tono interior, pero disponía también de un fino olfato para

las personas.

Durante un tiempo Elisabeth, se tomó un descanso en sus conciertos para disfrutar de las ventajas y de las libertades de una mujer casada. No obstante, seguía ejercitando la voz igual que antes con la disciplina severa de la cantante de escuela, y al cantar se acompañaba ella misma al piano.

Gustav, que también se desvivía por su trabajo de médico, mostraba desde siempre una gran comprensión por todos aquellos que se dedicaban a su oficio con amor y fervor. De ahí que no titubeara un solo instante en aprobar que su esposa recibiera una invitación para actuar en La Scala de Milán en febrero de 1924 para cantar el papel de Violetta en *La Traviata* de Verdi. El papel de Alfredo iba a interpretarlo el famoso tenor italiano Benjamino Gigli. Los ensayos comenzaban a mediados de enero y a Elisabeth le hacía muchísima ilusión. El de Violetta era uno de sus papeles favoritos.

Su muy temprano éxito, inhabitual para una soprano, no se lo debía únicamente a su excelente voz y a su hermosa y exótica presencia, sino sobre todo a su modo de actuar. A pesar de su juventud, Elisabeth era ya una actriz consagrada, a quien los críticos otorgaban una expresividad cautivadora.

LA ARTISTA, NO obstante, se demoraba todavía en Múnich y se ejercía en la partitura de la esposa recién casada para quien lo único importante es el bienestar de su marido. Al cabo de tres meses de matrimonio ya había aprendido un poco a leer en el semblante de su esposo.

Elisabeth se dedicaba a esta tarea completamente nueva en su vida con el mismo afán con el que estudiaba un nuevo papel en el canto. Así que se devanaba los sesos pensando si debía llamar a la puerta de su consulta después del café de la tarde o si tal vez su esposo prefería seguir consultando un ratito más sus escritos médicos, o si estaba animado para dar un paseo o con el humor suficiente para ir de noche al cinematógrafo, por el que Elisabeth sentía una pasión especial. Justamente estaban echando *Der böse Geist Lumpaci Vagabundus* con el actor y cantante Hans Albers, una película que ella quería ver sin falta.

No se trataba de asuntos revolucionarios, por supuesto, pero servían para llevar una apacible vida, una vida que estaba restringida en concreto al estado de ánimo de los hombres. Con sus atenciones, Elisabeth demostraba, no obstante, que había entendido a la perfección que su vida no representaba ninguna sesión continua donde al final caía el telón y se cosechaban ovaciones y ramos de

flores.

Así que Elisabeth, con una férrea voluntad, se conminó a dar los primeros pasos vacilantes para salir de las sombras que la música arrojaba sobre ella y conceder mentalmente a su Gustav una importancia pareja.

ANTES DE QUE Elisabeth encontrara a su Gustav —una colega se lo había recomendado a causa de un constipado que no quería acabar de curarse del todo—, había tenido poco contacto con hombres y tampoco había sentido ninguna necesidad en este sentido. Dedicaba todo su pensamiento y todo su tiempo a la música; el talento era ciertamente un requisito, pero la capacitación y el saber había que ganárselos con mucho trabajo duro.

Y había otro motivo más para su reserva: había aprendido de su madre que se podía amar desmedidamente a una persona y estar sin embargo la mayor parte del tiempo muy triste e infeliz.

Elisabeth no quería sufrir preocupaciones, ella deseaba una vida feliz y alegre. Deseaba sentirse viva, cantar, bailar, tocar y viajar a tierras lejanas. Era joven.

Y entonces apareció Gustav, un maravilloso hombre, alto y moreno, que continuamente andaba haciendo o diciendo cosas impresionantes y que poseía unas manos más bellas y sensibles que todos los pianistas de este mundo. Gustav había encendido en ella aquella melodía desconocida y embriagadora que desde ese momento sonaría todos los días en su alma.

GUSTAV HABÍA RECONQUISTADO entretanto su periódico y el habla, pero no así su acostumbrada paz anímica. Le largó a Elisabeth una conferencia muy seria cuya quintaesencia se desvaneció con rapidez en la cabeza de su esposa. Pero como contenía muchas palabras como peligroso, tener cuidado, no salir nunca más sola, etcétera, Elisabeth comprendió muy bien sus repercusiones prácticas. Aquello significaba que Gustav ¡estaba a punto de limitar su libertad personal!

Eso no le gustó nada a Elisabeth, quien ya había aprendido a apreciar su nuevo estatus de mujer casada con la autonomía que ello conllevaba.

En calidad de becaria menor de edad, en el Mozarteum no tenía apenas libertad de movimiento. En los primeros pasos de su carrera, el cuerpo docente colocó a un observador a su lado, a quien el consejo de la fundación había escogido para que vigilara todos sus movimientos. Ese hombre la siguió, efectivamente, a todas partes. Esto le resultó muy molesto a ella, sobre todo

porque despedía un olor verdaderamente desagradable con su mísero traje y Elisabeth tenía que llevar consigo permanentemente una buena provisión de perfume. De todos modos, tras sus primeros éxitos se reunieron otros fondos que permitieron que su madre, María, que únicamente percibía una pequeña renta como viuda de guerra, la acompañara en adelante como dama de compañía.

Su madre, temerosa de Dios, nunca llegó a entender el excitante e inquieto mundo de la ópera al que había ido a parar su hija. Vestida con una falda larga y un chal de lana, esperaba tras los bastidores como los decorados de una función olvidada. Contemplaba con incredulidad a las muchas personas que pasaban rápidamente a su lado en los entreactos sin prestarle atención, con maquillajes chillones y a menudo con muy poca ropa. Sin embargo, nunca salió de sus labios una palabra de censura, admiraba a su hija y disfrutaba de la silenciosa felicidad de estar unida a ella.

Así pues, cuando el asunto giraba en torno a sus libertades personales, Elisabeth reaccionaba con intensidad. Verdaderamente no faltaba mucho para que la primera pelea enturbiara esa reciente felicidad matrimonial.

Pero igual que ocurría con la música, la espontaneidad era un don divino con el que también contaba. Elisabeth era una maestra en esta disciplina. Siguiendo un impulso súbito, se puso en pie de un salto, rodeó la mesa en dirección a su esposo y le echó los brazos al cuello. Con la cabecita pegada a la mejilla de él, dijo con un arrullo de voz:

—¡Ay, queridísimo mío, no hablemos más de esas cosas horribles! «Las repeticiones solo mejoran algo cuando se está ejercitando uno», dice siempre mi agente. Al fin y al cabo no tengo la culpa de que ese Hudler quisiera ir a la casa de Helga. Mira, te prometo de veras que nunca más volveré a salir sin el acompañamiento del larguirucho de Hans. ¿Te parece bien?

Gustav aspiró el aroma dulce de su piel, su mente dispersa registró que ella había vuelto a olvidarse del apellido correcto de ese hombre, y rindió las armas.

Un beso en la mejilla de su esposo acabó por amansar completamente las olas, pero, a pesar de todo, Gustav se sintió obligado a añadir acto seguido:

—Está bien, Elisabeth, pero no te olvides de que me has prometido no decirle a nadie que estuviste ayer en la casa de Utting. Y ni una sola palabra a Ottilie, por supuesto. Hablaré con Helga. Entenderá que esas cosas me parezcan peligrosas en estos tiempos revueltos. Sobre todo mientras ese Hitler se halle fugado. Menos mal que Helga te presentó con mi apellido. —Entonces se le pasó algo más por la cabeza—: Dime, ¿se dio cuenta de algo el chófer?

Donde otros adoptaban una pose de pensador, Elisabeth se limitó a arrugar su encantadora nariz.

—Creo que no. Estoy bastante segura de que el automóvil encaró el patio de la hacienda una vez que esos señores ya habían entrado en el vestíbulo. En el mejor de los casos habrá visto sus nuca. No tienes que preocuparte para nada por él, mi Gusti. ¿Quieres que te toque alguna pieza al piano?

TAN SOLO UN día después, el 11 de noviembre, Otilie entraba precipitadamente en la cocina. Bertha estaba junto a los fogones, Hans estaba sentado a la mesa e intentaba arreglar el mango flojo de una sartén.

—¡Jesús santo! —anunció Otilie con un tono triunfal las novedades que se había traído desde el mercado semanal—. Ya lo han pillado, al fino señor Hitler. Estaba escondido donde los Putzinger, en Utting, en las afueras. Se lo han llevado en pijama y batín de la casa del señor. Lo que habría dado por ver esa escena, el señor Putzinger le saca por lo menos medio metro y es más corpulento que ese esmirriado. Fue un inspector de Utting con treinta policías de Múnich. No sé por qué necesitaron tantos policías para ese tontorrón de pacotilla. — Otilie propinó un cariñoso coscorrón a Hans y añadió—: Ahora ya puede abrigarse bien tu hermano Franz. Ojalá encierren a esos dos tontos en la misma celda, y así podrán desfilan y cantar juntos.

La política en general y ese Hitler en particular pasaron rápidamente a un segundo plano. Pocos días después quedó comprobado que Elisabeth esperaba un hijo, y eso a pesar de que el doctor sabía en realidad cómo prevenirlo.

Los novios hablaron durante la boda sobre el asunto de los niños con una franqueza desacostumbrada en aquella época, pues el doctor conocía los miedos y los padecimientos de una parturienta y también las complicaciones de un parto.

De ahí que se pudiera tildar de moderno al doctor cuando defendía la opinión de que una madre debía determinar ella misma el número de sus hijos así como el momento en que se sentía con la suficiente responsabilidad para tenerlos.

La pareja había planeado conscientemente para más adelante su deseo presente de tener hijos. Sin embargo, todo el mundo sabe que a veces las cosas suceden de manera distinta a como fueron planeadas.

Y por consiguiente, Milán, *La Traviata* y Violetta quedaban aparcados por el momento.

Tercera Parte

Déborah

Capítulo 8

El arca de Noé
Junio de 1924

DESDE EL COMIENZO, Gustav y Elisabeth estuvieron de acuerdo en haber engendrado una criatura prodigiosa, y los nombres posibles se acordaron con rapidez. En el caso de que fuera niña, se llamaría Déborah, por el nombre de la madre difunta de Gustav. Si se les concediera un chico, se llamaría Wolfgang, por Amadeus Mozart, el gran ídolo de Elisabeth.

EL NACIMIENTO DE la pequeña Déborah tuvo lugar en junio de 1924, en un día soleado en Géminis, el signo del zodiaco del que se decía que nacían bajo su influencia muchos artistas. Y en efecto, la recién nacida llegó con buena estrella porque su futuro hogar era feliz y estaba lleno de música, con unos padres que se amaban y que amaban a su criatura con pasión, y en un entorno provisto de todas las comodidades burguesas.

Cuando Gustav contemplaba la maravilla de la pequeña Déborah en su cuna, veía en ella la promesa de un futuro mejor. Al mismo tiempo era plenamente consciente de las épocas pasada y presente, una época en la que muchas personas padecían hambre y en la que predominaba el miedo ante un futuro incierto.

Apenas hacía seis años que Alemania había perdido la guerra más sangrienta de la historia de la humanidad. Él mismo había estado en la guerra y había vivido la miseria y el absurdo como médico en la primera línea del frente.

A pesar de todo, aún le depararía muchas más preocupaciones el desarrollo catastrófico que vendría después y que llevaría a su patria definitivamente al borde del precipicio: la revolución de noviembre y la caída del Reich guillermino sellada con el Tratado de Paz de Versalles en 1919. La paz dictada exigía unos pagos exagerados en concepto de reparación a las potencias vencedoras y vino acompañada de graves disturbios sociales que desataron una

guerra civil y que finalmente desembocaron en la República de Weimar, una república con más de treinta partidos diferentes que se pisaban y zancadilleaban unos a otros, que se peleaban entre ellos.

Además del constante terror de las hordas comunistas, el denominado «bloque negro», lo que más conmocionaba a Gustav era el creciente antisemitismo. La animadversión y la violencia frente a los judíos se había radicalizado desde el final del Imperio; las acciones judeófobas se convirtieron en una característica de la nueva República de Weimar, tildada de «judaizante». La víctima más reciente y destacada había sido el primer ministro judío de Asuntos Exteriores del Reich, Walther Rathenau. Los ripios tan repetidos de «Matad a tiros a Walther Rathenau, ¡venga! / a ese maldito judío de mierda» se llevarían a la práctica en el verano de 1922. Fue asesinado. También el amigo de Gustav, Maximilian Harden, socialista y editor del semanario político *Die Zukunft* [El futuro] había resultado gravemente herido en un atentado terrorista y todavía no se había restablecido del todo. El antisemitismo se extendía por todas las capas sociales, pero sus partidarios sobresalían especialmente en las filas de la clase media y de la burguesía culta. Una vez más, los judíos eran pararrayos y chivo expiatorio para todo, incluso se les echaba la culpa por la guerra perdida, se les tildaba de cobardes que se habían escabullido del frente, se les representaba en caricaturas, carteles y octavillas como astutos usureros que estaban inundando cada vez más el país con su presencia.

También el vencedor de la batalla de Tannenberg, el mariscal de campo Von Hindenburg, había contribuido a la formación de esa opinión negativa al haber sido el coautor de la leyenda de la puñalada por la espalda en su declaración de 1919 ante la Asamblea Nacional de Weimar. Afirmó que el ejército alemán, que había permanecido «imbatido en el campo de batalla», había sido «apuñalado por detrás» por civiles apátridas y por revolucionarios de noviembre de la propia patria. La opinión pública reaccionó con indignación y de una manera unívoca, pues con esas palabras, el mariscal de campo solo podía haber aludido necesariamente a los judíos.

No siendo suficiente con esto, se fue difundiendo cada vez más la leyenda de una conjuración internacional judía a través de los infumables «Protocolos de los sabios de Sion», un libelo difamatorio que obtuvo una muy buena acogida. Gustav lo había leído y no pudo sino negar con la cabeza en ademán de incredulidad. Suspiró. ¿Cuándo se volverían por fin más inteligentes los seres humanos? ¿Por qué caían una y otra vez en las mismas invectivas cargadas de

odio? ¿Y por qué era tan fácil hacer creer a la gente algo malo? ¿Por qué se dejaban instrumentalizar con tanta facilidad? Todas esas cuestiones no se las planteaba él por primera vez en su vida. Era judío, ni mejor ni peor que cualquier otra persona, un ser humano completamente normal.

Por el momento, el país iba dando tumbos en medio del caos político, se perdía en interminables disputas estériles, mientras el pueblo alemán se iba desangrando. La guerra y una política inadecuada habían conducido inevitablemente a la hiperinflación.

En octubre de 1923, una hogaza de pan costaba cincuenta y ocho millones de marcos; la gente iba a comprar con carretillas llenas de billetes sin valor y regresaban a casa con apenas nada dentro de ellas.

La gente no encontraba trabajo, padecía hambre y perdía la esperanza de tiempos mejores. No gobernaba la política sino la miseria. Era un caldo de cultivo peligroso para malas hierbas y personajes radicales.

PARA ALEGRÍA DE SUS padres, el horóscopo favorable de Déborah se cumplió ya en la cuna. Déborah nació en mitad del comienzo de los dorados años veinte, justo cuando el país comenzaba a levantarse con una ligera esperanza de mejoría, pues a partir de noviembre de 1923 se estabilizó la situación en Alemania mediante la reforma monetaria y el Plan Dawes, medidas ambas que volvieron a poner un poco en pie a la tambaleante República de Weimar en lo referente a la economía.

La recién nacida reaccionó ya muy pronto a todo tipo de tonos y de sonidos. Apenas entonaba Elisabeth una canción de cuna para la pequeña, ésta caía en un embeleso con pataleo, tomaba impulso con sus bracitos y sus piernitas y marcaba un compás todavía desconocido.

Para pesar suyo, la joven madre tuvo que reconocer muy pronto que la niña no seguía para nada el fin propio de las nanas, esto es, ir quedándose dormida. Era todo lo contrario, parecía no estar dispuesta a contentarse con el silencio sin música: en cuanto se acababa la nana de Elisabeth, aquella carita se ponía roja y exigía un bis con un rugido propio de un león.

Hasta una soprano puesta a prueba en los escenarios como Elisabeth Malpran, tras algunas horas de canto ininterrumpido alcanzaba también sus límites físicos. También ponía a prueba el sistema nervioso del padre el pasarse las noches insomne en el lecho matrimonial hasta que madre e hija caían en el sueño debido únicamente al puro agotamiento.

Como es natural, aquello no era, a la larga, ninguna forma de vivir. El padre, que no solo era médico sino también un pensador profundo, vivía con la convicción de que tenía que haber una solución para todo problema. Una tarde regresó a casa con un gramófono portátil nuevo de Victrola, que colocó en el cuarto de la niña.

Con tesón científico, el padre se dedicó en adelante a la tarea de someter al bebé a todo tipo de experimentos fonéticos. Al principio se trataba de averiguar cómo reaccionaría la niña a otras voces femeninas distintas a la de la madre, por ejemplo las de las famosas sopranos Kirsten Flagstad o Mary Garden. El resultado fue que a la pequeña Déborah le gustaba el canto femenino viniera de quien viniera. Lo decisivo parecía ser aquí única y exclusivamente la duración del sonido.

A continuación, Gustav reprodujo la primera grabación de un intérprete masculino. Poseía algunas de las pocas grabaciones valiosas de Enrico Caruso, a quien él veneraba casi como a un Dios. A Déborah le gustaba también esta voz del siglo, como especialmente exitosa resultó ser el aria *La donna e mobile* del *Rigoletto* de Verdi.

De todas maneras, este método tenía un inconveniente fatal: en 1924, había que poner con mucho cuidado cada disco de 78 revoluciones por minuto y de 25 centímetros de diámetro, había que soplar constantemente su sensible aguja de toda mota de polvo y la duración máxima de seis minutos no bastaba para que la niña se quedara dormida, tal como deseaban sus padres. Así que algunas noches se encontraban Gustav y Elisabeth medio dormidos por los pasillos y se turnaban cada seis minutos para volver a poner la aguja sobre el disco. Además, este truco no funcionaba todas las veces y con el tiempo se fue desgastando y fue perdiendo su eficacia.

Gustav decidió poner fin a las excursiones nocturnas y aumentó el servicio doméstico con un nuevo miembro: Magda, la sobrina de quince años de Bertha, la cocinera. Sin ser consciente, creó con ello una nueva profesión que, sin embargo, no quedaría reconocida como tal hasta décadas después, la profesión de la «cambiadiscos».

Magda era una chica poco vistosa con una raya brillante en el medio y coletas finas, una cosita tímida que apenas levantaba alguna vez la cabeza. Todo su vocabulario parecía consistir en un «sí, señora», «sí, señor» y «gracias», expresiones acompañadas de una reverencia. Además tenía un miedo cerval a su tía Bertha, cuya cuchara de palo no siempre revolvía en las ollas.

Sin embargo, bajo su insignificante cofia se ocultaba una mente ágil, con una rápida facultad de comprensión. Magda acometió desde el primer día su tarea con fervor. Con mucha rapidez arraigó de manera literal con el gramófono portátil, lo limpiaba y lo cuidaba, cambiaba las agujas desgastadas y pronto se vio capaz incluso de subsanar pequeños defectos. Trataba los discos como pequeños tesoros de gran valor. Elisabeth le regaló dos pares de guantes para la limpieza. Ya nadie veía a Magda sin ellos.

Con la llegada de Magda, las noches volvieron a transcurrir apaciblemente por fin; los papás y la niña prosperaron magníficamente en los siguientes años, y todos estaban contentos. El doctor trabajaba mucho y Elisabeth se deleitaba con Déborah.

Elisabeth tomaba clases de canto dos veces a la semana en casa de la señora Lehmann, practicaba diariamente sus ejercicios al piano y mantenía elásticos los dedos y la voz con escalas musicales, con la pequeña Déborah siempre a su lado en la cuna. A pesar de todo, la cantante comenzó pronto a echar de menos la ópera, los ensayos con colegas de pensamientos afines, la espera con tensión febril antes de una actuación, los solos y los duetos, y finalmente la liberación a través del aplauso del público.

Por esta razón habló con Gustav, y pronto volvió a aumentar el servicio doméstico con un nuevo miembro. La niñera ya entrada en años, Klara Schnapphahn, que bizqueaba ligeramente pero que traía las mejores referencias, hizo su entrada en la casa de la Prinzregentenplatz número 10.

DE ESTA MANERA, Elisabeth pudo satisfacer por fin la invitación a actuar en La Scala de Milán, que dos años atrás se había visto obligada a rechazar.

El público no había olvidado a Elisabeth Malpran. «Nunca había habido bajo la dirección del maestro Arturo Toscanini una Violetta tan arrebatadora», fueron las palabras que el tenor comunicó a la prensa entregada la mañana siguiente a su primera función después de la pausa por maternidad. En su euforia desbordada, un crítico llegó a afirmar que la artista hubiese convencido incluso si no hubiera cantado, pues sus dotes dramáticas habían sido capaces de fascinar por completo al público.

Elisabeth estuvo a punto de quedar enterrada bajo la multitud de flores que alcanzaron el escenario, y fueron incontables los vítores y los levantamientos del telón en su honor.

A pesar de todo el éxito alcanzado, Elisabeth amaba con ternura a su hija

Déborah y no la dejaba nunca mucho tiempo sola. Por este motivo rechazó todas las invitaciones para la Met de Nueva York y para las óperas de Chicago y de San Francisco, porque esos compromisos la habrían tenido separada demasiado tiempo de su hija. Por Déborah renunció Elisabeth a una carrera internacional segura.

Capítulo 9

A MEDIADOS DE 1929, el nacionalsocialismo se aproximó aún más, y eso era al pie de la letra. Tras un paseo con Hans, Otilie se había traído a la cocina el chismorreo más novedoso, y anunció que en la segunda planta del número 16 de la Prinzregentenplatz había un nuevo inquilino, el Hitler con el que el señor doctor se ponía siempre tan nervioso.

—¡Y no paga el alquiler él mismo, no! ¡Permite que lo mantengan, como a un haragán de mala vida! De verdad es un señorito ese Adolf Nazi —dijo Otilie.

En el año 1931 era la tercera vez que invitaban a la señora Elisabeth Malpran a los Festivales de Música de Bayreuth; en 1927 y 1929 había tenido que rechazar la invitación en favor de otros compromisos ya negociados en el extranjero. Ofrecían a la cantante el papel de Isolda y el de la homónima Elisabeth en el *Tannhäuser*, y podría trabajar junto a su maestro preferido, Arturo Toscanini.

Esta vez, Elisabeth sí podía hacer un hueco en su agenda a este compromiso. A pesar de todo, titubeó a la hora de dar una respuesta positiva. Primero quería escuchar la opinión de su esposo al respecto. Y es que los Wagner de Bayreuth, que habían vuelto a reavivar los Festivales en 1924, hacía años que se confesaban abiertamente proclives al nacionalsocialismo, mientras que Gustav y su amigo Fritz Gerlich, quien recientemente había fundado su diario propio *El camino recto. Periódico alemán para la verdad y el derecho*, eran adversarios comprometidos en contra de los nacionalsocialistas.

Desde el fracasado golpe de Estado del año 1923, el periodista Gerlich se había convertido en uno de los críticos más mordaces del movimiento nacionalsocialista. Siempre que Elisabeth se lo encontraba en casa junto con su marido, los dos hablaban únicamente de un asunto y compartían una preocupación común: ¡Había que parar a Adolf Hitler!

Gerlich escribió en fechas muy tempranas estas proféticas palabras sobre el nacionalsocialismo: «Significa mentira, odio, fratricidio y miseria ilimitada».

—Sin embargo, esto apenas interesa a la gente, y mucho menos desean oírlo o leerlo —aclaró Gustav a Elisabeth—. El analfabetismo intelectual se está extendiendo, y el virus pardo vence por doquier; va encontrando víctimas bien dispuestas entre los ciegos y los entusiastas, entre los sordos y los serviles.

AÑOS MÁS TARDE, Elisabeth se acordaría de una conversación de los dos amigos sobre Hitler, sobre todo porque poco después casi se produjo la primera disputa matrimonial seria entre Gustav y ella. El motivo fue la excarcelación de Hitler de la prisión de Landsberg, después de tan solo nueve meses de reclusión cuando había sido condenado a cinco años. El futuro *führer* fue puesto en libertad el 20 de diciembre de 1924 por buen comportamiento y volvía a estar suelto para abalanzarse sobre la nación alemana. Para Fritz y Gustav, aquello era el colmo del fracaso del derecho penal en el Estado de Baviera.

Así pues, aquella tarde del 20 de diciembre sonó el timbre de su casa como un ciclón, y Fritz entró como barrido por un viento de otoño. Apenas era capaz de contener su irritación airada:

—Es un escándalo, Gustav —dijo echando pestes—. Ese hombre monta un golpe de Estado, mueren cuatro policías, todos ellos honrados padres de familia, y luego lo dejan libre para que se marche con viento fresco como si cualquier cosa. —Mientras hablaba, Gerlich caminaba de un lado a otro de la habitación de Gustav, gesticulando con furia—. El juicio ya fue una farsa. Estuve en él. El juez le dejó hablar durante cuatro horas seguidas. ¡Aquello no fue ningún juicio, sino un mitin del partido!

Gustav asintió con la cabeza.

—Por desgracia, ese hombre ha encontrado el tono de la época, Fritz, y son muchísimos los que se apuntan al coro. Es un demagogo peligroso. Hitler ha creado ya la imagen de los enemigos a quienes echa la culpa de la miseria de Alemania, los judíos son los primeros de todos. Y no está solo. Tiene a su lado a inteligentes compañeros de armas como Alfred Rosenberg y Hermann Göring, que le aconsejan y lo apoyan porque esperan salir catapultados hacia arriba si siguen su estela.

—Sí, entretanto se ha ganado a muchísimos simpatizantes influyentes, ésta es la razón de que las condiciones de su arresto fueran tan laxas y ridículas. Ese criminal no estuvo en la cárcel sino que residía en un hotel.

—Ya he oído hablar de eso. Un médico amigo mío tuvo que asistir allí a alguien y me informó detalladamente al respecto. La celda de Hitler estaba

provista, en efecto, de todo tipo de comodidades.

—Sí, habitación con vistas y régimen de visitas, un continuo ir y venir de amigos, los Wagner de Bayreuth, la señora Bruckmann, media sociedad muniquesa. Hitler recibió tantos paquetes con víveres que podría haber abierto una tienda de exquisiteces gastronómicas. Así que pudo compartirlas también con los demás presos y se ha procurado nuevos aliados más por la vía rápida. He oído que se generalizó el ritual de saludar la llegada de cada paquete de víveres con un ¡Heil Hitler! ¡Qué idiotas! Como si estuviéramos en la Antigua Roma.

Gerlich informó también de que en la prisión de Landsberg, Hitler había dictado a Rudolf Heß, su fiel compañero de camino, la obra demagógica llena de injurias que ha titulado como *Mi lucha*, y en la que este nacionalsocialista encuentra la tapa correspondiente a cada olla insatisfecha de la extrema derecha.

—Tiene simpatizantes allí donde mires. ¿Quién sabe adónde nos conducirá esto? Los alemanes no saben dónde se meten con ese austríaco —siguió Gerlich en un tono muy acalorado.

AL DÍA SIGUIENTE se produjo la pelea de Elisabeth con Gustav. Ocurrió de la siguiente manera: Helga Putzinger había invitado a Elisabeth a asistir el 21 de diciembre a una tertulia de señoras en su nuevo domicilio en la Pienzenauer Straße, en el barrio muniqués de Bogenhausen.

En ese encuentro, Helga mencionó que ella y Bubi ofrecerían una pequeña velada en la Nochebuena, e invitó a Elisabeth, a Gustav y a la pequeña Déborah a pasar con ellos las Navidades.

—Al pequeño Egon le haría muchísima ilusión ver a tu bebé, Elisabeth. El señor Hitler, a quien justamente excarcelaron ayer de la prisión de Landsberg, también ha confirmado su presencia —siguió contándole Helga.

Elisabeth, que estaba ilusionada por celebrar la primera Navidad en familia con Déborah y su esposo, no se vio con ánimos de rechazar a las bravas la invitación de su amiga. En su lugar, respondió con una evasiva:

—Con gusto, Helga, pero primero quiero preguntarle también a Gusti. Al fin y al cabo, son nuestras primeras Navidades como familia, como tú ya sabes.

No mencionó para nada la intensa antipatía de Gustav hacia Hitler. La política nunca había sido tema de conversación entre Helga y Elisabeth. Helga lo evitaba adrede, y todo el mundo sabía que Elisabeth no se interesaba por ese asunto.

Una vez en casa le habló a Gustav sobre la invitación en casa de Helga y Bubi, y le contó, más bien como de pasada, que además de a ellos, habían

invitado también a ese señor Hitler. Lo dijo convencida de que su esposo opinaba igual que ella y que querría celebrar las Navidades en casa, en un ambiente íntimo y familiar. De ahí que solo contara con un simple «mejor no» como respuesta.

En lugar de esto, Gustav se puso hecho una furia apenas sonó en la estancia el nombre de Hitler, y utilizó expresiones rudas para Helga y Bubi porque mantenían trato con ese parásito inútil. Elisabeth se quedó de una pieza a continuación cuando él le prohibió estricta y definitivamente el trato con los Putzinger.

Al principio ella solo se quedó desconcertada. Pero a continuación se puso furiosa también, no con su marido, sino con ese tipo, con Hitler. No por sus fechorías, de las que sabía poco, sino porque por culpa de ese señor la gente se indignaba tan a la tremenda. Y se enfadó consigo misma. Si hubiera mostrado hoy más ánimo y menos corazón, habría rechazado ipso facto la invitación de Helga. Y como estaba en desavenencia consigo misma y no deseaba que le prohibieran el trato con otras personas por segunda vez, hizo algo muy tonto: se decantó por la otra parte:

—Gusti, mira que te pones como un loco con ése. Y eso que tenéis muchas cosas en común. Mira, Helga me ha contado hoy cómo adora ese hombre la música. Siempre le ruega a Bubi que le toque algo al piano. Y le chiflan por completo los dulces, y también es vegetariano, como tú, porque le gustan tanto los perritos, dice Helga. Y está también entusiasmado del todo con el pequeño Egon, por supuesto. Una persona así no puede ser tan mala, ¿no te parece? ¿Quién sabe? A lo mejor si os conocierais y hablarais entre vosotros, entonces...

Ya mientras hablaba, a Elisabeth le sobrevino una de sus famosas oscilaciones del ánimo que podían aparecer en ella de un instante a otro. Le pareció que toda aquella disputa era ridícula y estaba de más, se olvidó por completo del motivo y sintió un anhelo súbito de música y de armonía. Se levantó, dejó el café y a su marido con la cara enrojecida, se dirigió a su piano y hojeó con tranquilidad interior entre sus partituras en busca de la inspiración adecuada.

Gustav se quedó como petrificado. Si hacía un momento estaba completamente colorado, ahora toda la sangre se había retirado de su rostro.

Sin embargo, no fueron el enfado ni el asombro por tanta insistencia por parte de Elisabeth en no aceptar la verdad los que habían llevado a Gustav a ese estado de súbito espanto. Había sido una única palabra lo que había liberado el horror

de la bestia guerrera y conjurado los demonios de su mente. Vegetariano... como una girándula pirotécnica le atravesó el recuerdo, y Gustav se encontró de pronto catapultado a los escenarios de la guerra más terrible de la historia de la humanidad: Verdún, Somme e Ypres se llamaban los campos de batalla en donde se habían abierto nuevas dimensiones al horror mediante gas tóxico.

Fue realmente una carnicería entre seres humanos. Las nuevas armas modernas como los tanques, los obuses y las ametralladoras habían ocasionado una horrorosa matanza por ambas partes. Al mismo tiempo había faltado de todo para mitigar los sufrimientos: faltaron médicos y enfermeras, camillas, mantas, material de vendaje, y las medicinas y analgésicos se acabaron con demasiada rapidez.

En cambio, nunca faltaron en ningún momento los muertos y heridos, cegados por el gas o con las extremidades amputadas. Y todos gritaban, maldecían, imploraban desesperadamente. Un coro horripilante unido en los dolores y en la desesperación. Ésa es la verdadera voz de la guerra, pensó Gustav en aquel entonces. La voz que deberían escuchar todos los incorregibles en lugar de proferir gritos de «¡viva el emperador!» junto con el ruido de sables de las filas de soldados en pleno desfile con sus cascos en punta, despedidos por multitudes que les arrojaban flores, obnubilados por el falso patriotismo.

Sin embargo, no era esa yuxtaposición surrealista de imágenes lo que le paralizaba cuando era obligado a amputar brazos y piernas sin cesar y sin ningún tipo de anestésico, con los pacientes atados como paquetes para que no pudieran moverse en su agonía.

No, era el recuerdo del joven teniente, aún imberbe, que tenía delante bañado en su propia sangre y que mantenía apretada contra el pecho su propia pierna desgarrada, como si fuera un hijo suyo. Gustav vio la pierna joven y fuerte con la bota puesta todavía. Fue necesario llamar a dos muchachos fornidos para quitársela al teniente entre gritos estridentes.

Ya a última hora de la tarde abandonó la tienda de campaña en una pausa excesivamente corta. Aunque trató de evitarlo, su mirada quedó atrapada en la montaña diaria de extremidades arrancadas; brazos y piernas de abuelos, padres e hijos, hermanos y maridos.

Hasta hacía muy poco era todavía carne viva; ahora ya no era más que inútil desperdicio de la guerra, preparada para ser incinerada. Observó a un sanitario cómo echó mano de una pierna amputada y le quitó la buena bota —en la guerra no se desperdiciaba nada excepto las vidas humanas—, y el doctor reconoció la

pierna y la bota del teniente.

Desde aquellos días en los que tuvo que soportar varias veces al día el olor a carne humana quemada, Gustav no había vuelto a tocar ningún pedazo de carne.

Hitler, en cambio —así lo creía Gustav—, renunciaba a la carne por otro motivo. Gustav lo había visto algunas veces en el Café Heck de Múnich, y le habían llamado la atención su palidez insana y los rasgos de amargura en la cara. Presumiblemente aquel hombre padecía alguna enfermedad del estómago y violentas flatulencias.

También había oído decir de Hitler que no caía bien entre sus propios compañeros de armas. Lo tenían por una persona muy sumisa a la autoridad y por un lameculos. Por este motivo le habían endosado también un mote malévol: «el cuervo blanco».

«Es igual de triste que de estúpido —siguió cavilando Gustav—; el mundo podría ser un paraíso, solo con que los seres humanos pudieran mantener la paz en él».

Con un sabor amargo como la hiel en la boca emprendió el regreso mental desde Francia. Regresó al presente y se encontró de nuevo al lado de su versátil esposa. Elisabeth estaba realizando los primeros ejercicios mudos de dedos al piano.

El doctor actuó como si no hubiera sucedido nada, y el 24 de diciembre del año 1924 celebraron una primera y maravillosa Nochebuena con su hijita Déborah.

Capítulo 10

UNOS POCOS DÍAS DESPUÉS, Elisabeth volvió a recordar su comportamiento en la biblioteca, y lo hizo después de haber sido testigo de otra conversación entre Gustav y Fritz sobre las actividades de Hitler.

Entonces se avergonzó por su conducta. Por su parte, Gustav, a quien también resultaba un poco desagradable haberse salido de sus casillas tan desproporcionadamente y haberle prohibido a su esposa el trato con sus amigos, se retractó y afirmó que ella era una persona libre con sus decisiones libres.

A pesar de todo, Helga y Elisabeth se veían ya con muy poca frecuencia desde entonces, y los dos caballeros, Gustav y Bubi, no volvieron a encontrarse nunca más.

ÉSTE FUE EL motivo por el cual titubeó Elisabeth a la hora de aceptar la invitación de Bayreuth para actuar en el año 1931, aunque le atraía volver a colaborar con el maestro Toscanini. Al parecer, Adolf Hitler no se había perdido hasta el momento ni una sola vez el Festival de Bayreuth y también era un asiduo huésped de la villa Wahnfried.

No fue sino tiempo después cuando Elisabeth comprendería que por primera vez en su vida había incluido una consideración política en sus decisiones. Esperó a tener una agradable velada en pareja con su marido para volver a sacar sobre el tapete el asunto de Bayreuth. Gustav daba sorbos a la copa de coñac que Elisabeth le había servido, y ella se sentó a su lado y se arrimó cariñosamente a su hombro.

Tal como era de esperar, Gustav no encontró de entrada ningún placer en los planes de Elisabeth; sin embargo, ya hacía tiempo que contaba con ellos en secreto. En algún momento toda diva se siente atraída a la Bayreuth de los Wagner, y él ni podía ni quería prohibírselo. Demasiado honda y conmovedora había sido la huella que dejó en su interior el brillo de la pasión que vio en los ojos de ella cuando le habló de los dos papeles y de su tan admirado maestro

Toscanini. En sus pensamientos se veía ya en el papel de Isolda repasando la partitura, las poses y las escenas.

Así pues, Elisabeth viajó a Bayreuth y volvió a cosechar triunfos. En la recepción que hubo tras el estreno, la señora Winifred Wagner le presentó, con una especie de orgullo de propietaria de un tesoro, al señor Adolf Hitler. Éste se mostró absolutamente cautivado por la bella artista a quien se le concedía conocerla por fin personalmente. Exhibió toda la paleta de su galantería austríaca y las miradas de sus ojos azules hacia ella eran de total encandilamiento.

Y Elisabeth tuvo que admitir que él mostró a la luz del día un comportamiento inesperadamente encantador. No obstante, sintió una sensación desagradable en su presencia. Por ello quedó contenta de que aquel encuentro fuera breve. A Gustav prefirió no contárselo porque no habría hecho otra cosa que ponerse malo. Él tampoco preguntó nada al respecto.

En ese momento llevaban más de ocho años casados y ambos conocían ya a la perfección sus respectivas susceptibilidades.

POR FORTUNA, EN 1932 no se celebró el Festival de Música de Bayreuth, de modo que Elisabeth no se vio en la tesitura bochornosa de tener que rechazar una invitación. Y es que unas pocas semanas antes la política había arrojado sus primeras sombras amenazadoras sobre el número 10 de la Prinzregentenplatz.

Los afectados fueron Hans, Otilie y Gustav, y justamente en ese orden. Elisabeth se encontraba de gira de conciertos en Roma, interpretando el papel principal de la *Tosca* de Puccini, cuando ocurrió lo siguiente durante su ausencia:

Franz, hermano mayor del criado de la casa, Hans, y miembro de la Sección de Asalto desde sus inicios, había realizado una carrera fulgurante movido por las más profundas convicciones y por un afán aún mayor, y había ascendido a alférez de esa organización paramilitar. Franz no había podido superar el hecho de que su hermano pequeño se hubiera negado todos esos años a afiliarse a la SA. Por este motivo, Franz hizo ahora lo que mejor sabía hacer: emplear la violencia y la maldad.

Invitó al hermano pequeño la tarde que libraba de su trabajo en la casa, lo emborrachó y le estuvo propinando una paliza hasta que Hans hubo firmado el formulario de ingreso a la Sección de Asalto, sin que él fuera plenamente consciente de cómo ni de cuándo lo firmó. Hans era ahora oficialmente miembro de la SA y, por consiguiente, un nacionalsocialista.

Como todo el mundo sabe, después de la guerra hubo una enorme cantidad de

nacionalsocialistas que, si hemos de creer sus palabras, nunca lo fueron realmente sino que fueron reclutados en el transcurso de la mayor de las borracheras (dejamos al criterio de cada cual decidir si fue por el alcohol o por la embriaguez del poder); sin embargo, podemos afirmar con toda la razón del mundo que al menos Hans, de corazón, era un no-nacionalsocialista profundamente convencido.

Después del encuentro extremadamente desagradable con su hermano, Hans tuvo otro encuentro mucho más desagradable al día siguiente con su Otilie, quien, como suplemento a la paliza de Franz, le propinó otras dolorosas bofetadas unidas a un sermón de padre y muy señor mío. Pero eso no le sirvió de nada, su adhesión era ya oficial y desde ese momento significó para Hans tener que desfilar.

Como en el nacionalsocialismo no había nada gratis excepto la persecución, la tortura y la muerte, Hans tuvo que echar mano de su dinero ahorrado con tanto esfuerzo para comprarse él mismo por obligación el uniforme y todo el equipamiento. ¡Lo que costaban solo las botas de la talla 50! Otilie estaba fuera de sí.

Solicitó al doctor el permiso para una tarde libre y se apresuró a ir a la casa de Franz para intervenir personalmente en este asunto.

Franz, el bruto que se tenía a sí mismo por el mejor partido («¡alférez contra un criado doméstico, hombre por Dios!»), encontró gusto en las diversas redondeces de Otilie y le metió mano. Sin embargo, Otilie no encontró ningún gusto en él y le soltó la mano, lo que él interpretó de inmediato como empleo de la fuerza física. Franz encerró a la pobre en su despacho atiborrado de banderas y estandartes, llamó a la servicial policía, y se llevaron detenida a Otilie.

Al no regresar la criada a la vivienda de la Prinzregentenplatz esa noche ni a la mañana siguiente, el doctor comenzó a sospechar que Otilie se encontraba probablemente en alguna situación complicada. Así que sin mayor dilación comenzó a realizar sus pesquisas, primeramente en casa de Franz, quien se lavó las manos y lo remitió a la policía municipal.

En el camino a la comisaría, el doctor fue detenido y agredido de improviso y en plena calle por un grupo de hombres de la SA, y los policías que acudieron presurosos se lo llevaron detenido a él. La pandilla de la SA se largó mientras tanto con el billetero de Gustav sin mayores contratiempos.

ASÍ PUES, EN la vivienda de la Prinzregentenplatz ahora no solo echaban en falta a

Ottillie, sino también al señor doctor, ¡y la señora estaba en Italia!

Bertha, la cocinera y la persona con mayor antigüedad en la casa, perdió de inmediato la cabeza y los ánimos, como les ocurre a casi todas las personas de natural colérico cuando ya no tienen nada más para gritar; Klara, la niñera hizo lo que mejor sabía hacer y para lo que la habían contratado a fin de cuentas: ella se ocupaba de Déborah, la niña de ocho años, y de nada más.

Por si esto fuera poco, Renate, la asistente y mano derecha del doctor durante mucho tiempo, se había mudado a tierras renanas como consecuencia de su boda reciente. Renate habría sabido tal vez qué medidas había que tomar en esa situación, todo lo contrario que su sucesora en el cargo, que apareció por allí como cada mañana a las siete en punto para abrir la consulta del doctor. Ahora era la tercera vez que llamaba con los nudillos a la puerta en nombre de las personas que tosían y sufrían diversas indisposiciones, para rogar «por favor la presencia del doctor en la planta baja».

Había llegado el gran momento para Magda, la sirvienta. Fue ella quien tomó la iniciativa. Se puso su mejor vestido y ya estaba a punto de salir de la vivienda cuando Bertha, que parecía haber descubierto de pronto sus hondos sentimientos por la sobrina, la abrazó y le dijo:

—¡Por la misericordia de Dios, no te vayas, Magda! Todo el que sale de aquí, desaparece para siempre. Créeme, ahí afuera hay algo tremendamente malo en acción —dijo estas palabras visionarias entre sollozos—. Tenemos que rezar y confiar en Dios, Nuestro Señor —exclamó de nuevo al tiempo que se arrodillaba para caer en un estado de éxtasis.

Magda no se dejó confundir por ella, sino que se apresuró a acudir a la consulta del doctor. Mientras bajaba las escaleras pasó, sin realizar ninguna reverencia, al lado del general incombustible que regresaba en ese momento de su paseo con todo el medallero encima y que se volvió a mirarla con gesto de indignación.

Lo primero que hizo Magda fue mandar a sus casas a la asistente de la consulta y a todos los pacientes con unas pocas pero sentidas palabras. Magda, la tímida, se dirigió a ellos con palabras muy selectas e imitando a la perfección la modulación vienesa de su señora Elisabeth. Con sus 23 años de ahora se había convertido ya en una verdadera dama joven.

Entró en lo más sagrado de todo el edificio, en el consultorio del doctor. Allí le abandonó la valentía por unos breves instantes y sintió un desaliento repentino, como si esperara quedar sumergida en vapores de azufre por la

contravención de las normas. Su siguiente pensamiento fue que si ella también desapareciera, al igual que el doctor y Ottilie, ¿qué diría Bertha entonces?

Casi le hizo gracia a Magda imaginarse a su tía Bertha sin atreverse a salir ya nunca más de la casa, muriéndose de hambre entre oraciones y con los huesos de su cadáver palideciendo en la cocina. Había que superar el momento de la vacilación. ¡Aquella situación requería acciones y soluciones!

Magda procedió a registrar sistemáticamente el escritorio de Gustav y enseguida halló lo que buscaba, una tarjeta de visita del bufete Finkelstein & Asociados. No hacía mucho, en una conversación con la señora Elisabeth, el doctor había mencionado al señor Finkelstein como su asesor en asuntos jurídicos.

Magda hablaba ciertamente poco, pero en cambio escuchaba con muchísima atención. No para espiar, sino para aprender. Absorbía todo como una esponja grande, lo importante y lo irrelevante, lo trivial y lo que poseía interés. No siempre podía clasificar correctamente las informaciones por separado porque a menudo carecía de los contextos en los que se insertaban, pero era una maestra de la interpretación vocal. Sabía captar el grado de importancia de los temas de conversación guiándose exclusivamente por la cadencia de la voz, y así reconocía ella las informaciones relevantes.

Ya en la escuela del pueblo —que tuvo que abandonar por deseo expreso del padre tras haber realizado solamente tres cursos, ya que se precisaba de su ayuda en el trabajo de la granja— había intuido que, junto a una buena cuna, era la formación en cuyas manos se hallaba la clave que procuraba el acceso al mundo de los privilegiados. En este sentido, la colocación en la casa de los señores resultó ser para ella un golpe de la fortuna, se convirtió en la fragua de sus deseos y en la esperanza de un futuro mejor. Estaba dispuesta a hacer todo por sus señores, quienes siempre la habían animado a aprender; desde el comienzo le habían permitido asistir a las clases particulares que recibía Déborah en casa, apenas ella manifestó ese deseo.

Por este motivo, se llevó todos sus ahorros consigo para el caso de que el abogado le exigiera un depósito como señal por sus servicios. Sus ahorros eran más que pobres, de ahí que Magda se alegrara de que el bufete Finkelstein se encontrara en la Brienner Straße. Por la urgencia del caso se habría visto obligada si no a tomar un taxi. Recorrió el camino a buen paso y sin realizar ninguna pausa.

La calle Brienner fue una verdadera conmoción para Magda, pues en ella

reinaba una actividad febril de los camisas pardas en actitud paramilitar. Se acordó de que el doctor le había dicho a Klara, la niñera, que no quería que ella extendiera su paseo diario con Déborah en esa dirección.

Y es que allí, en el número 45 de esa calle, en el Palais Barlow, se hallaba el cuartel general del NSDAP. Al presenciar aquello cualquiera se daba cuenta enseguida de que el partido nacionalsocialista, financiado con mucho dinero procedente de la industria, había invertido mucho en la industria textil. Magda sintió repelús ante la pompa de las banderas de color sangre. En el portal de bronce de la entrada principal saltaban a la vista algunas cruces gamadas, y al pasar más de cerca pudo leer el eslogan del partido: «¡Despierta, Alemania!».

La recepcionista del bufete Finkelstein & Asociados, que se encontraba unas pocas casas más adelante, tenía los mismos aires distinguidos que todas las demás personas de aquel lugar. Se quedó mirando fijamente y con los labios fruncidos la aparición de Magda ante ella, como si estuviera por debajo de su categoría gastar siquiera una palabra con ella. Como es natural, se negó en redondo a transmitir la petición de aquella indeseada.

Magda no se dejó amedrentar y con voz firme le comunicó que el doctor la había enviado personalmente para tratar con el señor Finkelstein «un asunto urgente de lucratividad financiera».

Aquella era una expresión culta y difícil, y «financiero» y «lucrativo» eran desde siempre las palabras que con más complacencia se escuchaban en cualquier bufete. La conducta desdeñosa de la recepcionista se desinfló hasta convertirse en una actitud servil y casi cortés, y Magda, tras una consulta exitosa, fue conducida al despacho de Samuel Finkelstein.

Con sus facciones pronunciadas y su bella y portentosa nariz, Samuel Finkelstein parecía una persona marcadamente juiciosa, como si conociera la vida en todas sus singularidades y manifestaciones. A Magda le gustó ese hombre de inmediato porque tenía la misma mirada sosegada del doctor, una mirada que indicaba que no había nada a la vista de lo cual una persona tuviera que desalentarse y sí muchas cosas por las que valía la pena dar lo mejor de sí mismo.

El abogado escuchó con seriedad y con mucha atención el informe entero de Magda y a continuación le hizo una serie de preguntas. Luego se levantó, llamó a la recepcionista y le pidió que les sirviera un café.

Ésta les sirvió con suma cortesía y añadió algunos pastelitos exquisitos. Magda, a quien, excepto en una cafetería, nunca en la vida le habían servido

nada, disfrutó sobremanera de ese cambio de roles. El señor abogado dejó a Magda a solas durante un ratito en un despacho gigantesco, completamente revestido de madera noble.

Justamente se estaba preguntando Magda la cantidad de bosque que era necesaria para un revestimiento de aquella naturaleza, cuando regresó el abogado con su socio, un hombre alto y de porte distinguido, con un modélico aspecto ario. El señor Finkelstein se lo presentó con un gesto cálido como su socio, el señor barón Gerhard von Meyerlinck.

Samuel Finkelstein era tan bajito como inteligente, tan astuto como previsor, y por este motivo se mantendría en un segundo plano en el asunto del doctor. Y es que ya en 1932, en Múnich, en la capital de aquel movimiento, en la ciudad con el mayor porcentaje de miembros de la SA, habían comenzado los tiempos intempestivos para los ciudadanos judíos, y la cristalería se había convertido en un negocio en alza.

Tal como Samuel Finkelstein aseguró a Magda, el señor Von Meyerlinck estaba en posesión de las mejores cualidades humanas y profesionales, así que la joven dama podía irse sin preocupación a su casa y esperar allí el regreso del doctor.

El barón realizó primeramente algunas llamadas por teléfono, efectuó después una serie de pesquisas y envió por último a un mensajero, después de lo cual y tras el trueque correspondiente de donaciones financieras, se permitió al doctor y a Otilie ya al día siguiente la salida de su involuntario lugar de residencia para cambiarlo por su hogar.

Hubo mucho jaleo cuando todos juntos, los señores Finkelstein y Von Meyerlinck llegaron en compañía de los dos desaparecidos a la casa de la Prinzregentenplatz. Todos alabaron como es debido la acción juiciosa de Magda, que recibió un aumento de su sueldo semanal. Bertha lloraba por la emoción y el orgullo mientras balbuceaba una y otra vez: «Es mi sobrina, es mi sobrina».

Después del alegre reencuentro, el doctor tuvo que ir él mismo al médico, pues los matones se habían tomado muy en serio su trabajo. Desde entonces mostraba un chichón en la nariz y tenía una muela de menos, pero la herida en el ojo se curó muy bien.

Con ello, claro está, no quedaba resuelto el problema de que Hans se hubiera afiliado a la SA, aunque lo hizo de manera involuntaria. Fue necesaria una cuantiosa sumita de dinero y recurrir a todos los contactos políticos para que Hans escapara de las garras de la SA, si bien solamente hasta el mes de febrero

de 1933.

Solo unos pocos días después del 30 de enero de 1933, cuando Adolf Hitler fue nombrado canciller del Reich por Paul von Hindenburg, el anciano presidente de Alemania, volvió a emerger desde los sótanos de alguna oficina el formulario con las notas redactadas con malicia aprovechando hasta los márgenes, escritas por Franz, alférez de la Sección de Asalto.

A la SA se la podía sobornar, cierto, pero una firma era una firma. Se llevaron a Hans enseguida, y éste volvió a llevar la camisa parda y a desfilar en adelante hacia el hundimiento.

Y Otilie le dijo a Bertha en la cocina: «Dios Santo, las cosas se están poniendo muy feas».

Y Bertha preguntó: «¿Por qué?».

Y Otilie dijo: «Porque el señor doctor es judío, y a los nuevos amos no les gustan los judíos».

Y Bertha dijo: «¿A los judíos no les gustan los nuevos amos?».

Y Otilie dijo: «Vamos, no seas tan boba. Es al revés».

Y Klara, la niñera bizca, que apenas asomaba la cabeza alguna vez por la cocina, preguntó: «¿El doctor es judío?».

Félix, el perro salchicha que había acudido puntualmente a la cocina en el momento de la preparación de la comida y que estaba sentado frente al aparador como si lo hubieran fijado allí con un torno de banco, se mostró generoso y los obsequió con un cuesco.

—Vamos, *Félix*, cochinito mío —dijo Otilie con una sonrisa satisfecha a su favorito.

—Está haciendo eso con frecuencia en estos últimos tiempos —comentó Bertha en tono de reprobación, pero no se atrevió a echar de la cocina al perro salchicha de los señores, al menos no mientras estuviera presente Otilie.

—Ya lo sé —replicó Otilie—. A los señores también les ha llamado la atención. El doctor dice que son flatulencias —y agachándose hacia el perro salchicha—: Eres mi guarritoapestoso —y acarició al tierno animalito al que se le escapó otra ventosidad por puro amor.

—¡Ajá! —exclamó Bertha intentando ajustar la mirada como si hubiera entendido el término empleado por Otilie. No deseaba de ninguna de las maneras que la niñera presumida la tuviera por más tonta que a su rival Otilie con más años en el cargo.

Sin embargo, Otilie sabía siempre cuándo había ganado ella. Se pilló una

manzana roja del cesto de la fruta. Al salir dijo como de pasada a Bertha:

—Lo mejor es que le preguntes a nuestra criadita lista.

Que Otilie considerara a Bertha más tonta que a su sobrina era una doble humillación, por supuesto, ¡y eso en presencia de la niñera!

Klara, la bizca presumida, salió también de la cocina, no sin antes poner al corriente a la cocinera sobre la palabra latina empleada por el doctor sobre el diagnóstico del padecimiento de *Félix*:

—Gases, tiene gases.

—Eso ya lo huelo yo también —dijo la cocinera jadeando y descabezando el pollo para el caldo.

Tal como se comprobaría pronto, Klara no solo bizqueaba de un lado con la vista, sino que toda ella estaba abocada en una determinada dirección. Por este motivo, la pequeña Déborah no la echó en falta cuando Klara, al poco tiempo del suceso en la cocina, renunció a su puesto para perderse en la parda lejanía.

Elisabeth no regresaría nunca más a Bayreuth. En los años siguientes solo aceptó unos pocos compromisos, la casi totalidad de ellos en el extranjero.

Ni siquiera Richard Strauss, el recientemente nombrado presidente de la Cámara de la Música del III Reich —apenas había ya palabras procedentes de la cancillería que no comenzaran con «Reich», lo que designaba el doctor como «reichsmanía» con un movimiento desaprobador con la cabeza—, pudo persuadirla para un nuevo compromiso en la Ópera Estatal de Berlín.

Tras su negativa, le hicieron llegar la información de que el *führer* había acogido su decisión con decepción. Sin embargo, Elisabeth estaba muy preocupada en esos días por su Gustav. Había decidido permanecer a su lado y ocuparse de él. Los nuevos tiempos nacionalsocialistas intranquilizaban a su marido en lo más profundo. Dormía aún peor que antes, y eso cuando podía quedarse dormido. Aparte de esto, había perdido a algunos de sus pacientes solventes, si bien algunos de ellos pasaron de ser pacientes de día a pacientes de noche y se colaban por la puerta trasera en secreto para la consulta del doctor.

Había una nueva enfermedad, y ésta se denominaba «miedo».

Capítulo 11

EL RESTAURANTE EN los sótanos del ayuntamiento de Múnich situado en la Marienplatz era enorme, con muchos rincones, y con sus bóvedas de cañón llenas de humo irradiaba la típica confortabilidad bávara.

Desde hacía muchos años, Gustav y Fritz Gerlich se encontraban en él todas las tardes de los jueves en una mesa reservada. Con el tiempo se fueron juntando otros amigos médicos de Gustav y también algunos colegas de Fritz, la mayoría de las veces estaban juntas una buena docena de personas de una similar manera de pensar.

Sin embargo, desde la toma del poder cada semana iban siendo menos los participantes. Esa tarde se contaban tan solo cinco hombres en el lugar: dos médicos, dos simpatizantes del SPD y un redactor del diario *Münchener Post*.

Llegaron las jarras de cerveza pedidas, y Gustav trató de animar un poco el ambiente deprimido de los contertulios:

—¡El miedo parece estar derrotando a la sed! A pesar de todo, señores míos, vamos a saborear hoy estas cervezas. ¡Salud!

El debate fue especialmente vehemente esa tarde. El dueño se pasó por su mesa y les rogó, abochornado, que tuvieran un poco más de consideración hacia los demás clientes y volvió a desaparecer rápidamente tras la barra.

Los pensamientos de Gustav comenzaron a divagar. Hacía seis semanas que había tenido lugar el nombramiento de Adolf Hitler como nuevo canciller del Reich. En Múnich habían tomado nota del cambio de gobierno en Berlín con la típica calma bávara y habían dado paso al orden del día, es decir, al carnaval. A la elección del príncipe de carnaval se le dio casi tanta importancia como a las nuevas elecciones al Reichstag del 5 de marzo. Y es que ya habían visto ir y venir a demasiados cancilleres en Berlín durante los últimos años: Brüning, Von Papen, Schleicher, Hitler...

El dueño volvió a pasarse por su mesa. Se secó las manos en un paño de cocina al tiempo que dirigía la mirada hacia la entrada al otro extremo de la sala.

Acababan de entrar en el restaurante algunos hombres de la SA. A continuación se marchó a toda prisa de allí, como si quisiera evitar que lo vieran próximo a ellos.

Gustav siguió con la vista al hombre mientras hacía un movimiento negativo con la cabeza. Diez años de mesa reservada con mucha gente y mucha bebida y buenas conversaciones en las que el dueño solía participar con gusto. Y ahora hacía como si no los conociera. Gustav hundió su mirada triste en la jarra de cerveza. Había comenzado una nueva época. Las personas se estaban adaptando ya a esa nueva política.

Echó un vistazo por enésima vez a su reloj que marcaba ya las ocho pasadas. ¿Dónde se había metido Fritz tanto rato? Poco a poco comenzó a preocuparse por su amigo. Hasta entonces, Fritz no se había olvidado nunca de su cita a la mesa reservada de los jueves. Alguna que otra vez aparecía por allí un poco tarde cuando recibía una noticia que tenía que figurar en titulares y había que rehacer la primera página para la edición del día siguiente; pero en esos casos, siempre había enviado a un chico para que diera el recado en el restaurante. Faltar a la cita no iba con Fritz. Además, su amigo lo había llamado esa misma mañana por teléfono y le había confiado que tenía que hablar con él de un asunto muy importante. Gustav esperaba que Fritz se hubiera decidido finalmente a dar la espalda a Alemania y mudarse a vivir a Austria. El periódico crítico de Fritz *El camino recto. Periódico alemán para la verdad y el derecho*, había sido desde sus comienzos una espina clavada en el ojo para los nacionalsocialistas.

Hitler ordenaba que le trajeran siempre sus ediciones, y se decía que leía las colaboraciones de Gerlich con creciente disgusto. Además, el nuevo canciller del Reich le tenía ojeriza a Gerlich porque había redactado los discursos de su enemigo, el comisario del Reich Ritter von Kahr, entre otros también aquel de la cervecería de Múnich durante el fracasado intento de golpe de Estado de 1923.

Gerlich ya había experimentado represalias de todo tipo provenientes de la SA. Recientemente les habían dejado sin cristales en las ventanas de la casa. Su esposa Sophie se llevó un susto de muerte. Una de las piedras casi llega a herirla. Fritz iba recibiendo cada vez más amenazas escritas de muerte. Este valiente periodista no se dejó impresionar por tales actos e, impávido, siguió imprimiendo los provocadores textos en su periódico.

Con su estilo desordenado y malicioso, los escritos con las amenazas de muerte reflejaban la limitación intelectual de sus autores. Por este motivo, ya desde hacía tiempo sus amigos trataban de convencer a Fritz de que se marchara

de Múnich en compañía de Sophie.

Gustav se levantó y pidió permiso al dueño para utilizar el teléfono. En el edificio de la editorial sonaba la señal de ocupado, y en el hogar de los Gerlich no le respondió nadie. Lo volvió a intentar varias veces en los veinte minutos siguientes. Su desazón iba en aumento, la cerveza comenzaba a resultarle insípida. Gustav se despidió entonces a toda prisa de aquel último grupo reducido de valientes contertulios y los dejó allí con sus propias preocupaciones.

Había decidido ir a buscar a Fritz a la redacción de su periódico. Probablemente, los acontecimientos del día lo habían retenido allí, se dijo a sí mismo tratando de calmarse. No obstante, sus sombríos presentimientos no le dejaban en paz, había llegado a sus oídos que el moderado alcalde conservador Karl Scharnagl había tenido que dejar la alcaldía de Múnich después de doce años. Los nuevos gobernantes de Berlín lo habían decretado así.

La distancia entre el restaurante del ayuntamiento y los locales de la redacción era de apenas cuatrocientos metros. Gustav aceleró el paso y prácticamente iba corriendo por las calles. Perdió el sombrero y ni tan siquiera se apercibió de ello. A medio camino tuvo que esquivar a una cuadrilla vociferante de la SA y se escondió de ellos a tiempo. Casi sintió vergüenza de su temor. ¿No hacía un momento que habían pronunciado sus grandes discursos a viva voz en la mesa reservada del restaurante sobre lo importante que era no dejarse amedrentar por nadie, sobre que había que luchar por la expresión y la opinión libres y oponerse rotundamente a la arbitrariedad y a la injusticia?

Y ahora evitaba él mismo los lugares iluminados y se metía en un oscuro portal con el corazón en un puño. ¿No se estaba comportando él como todos los demás, con miedo, con cobardía y conformismo, pensando únicamente en sí mismos? «¡Pero qué contagioso es el miedo!», pensó. El miedo era capaz de aniquilarlo a uno. «¡Alto, Gustav!», anunció una voz desde lo más profundo de sí mismo, la voz que sabía de los padecimientos de su pueblo. «Eres judío, Gustav», le susurró esa voz. «Procedes de un pueblo que es apátrida desde hace 3.000 años. Prácticamente en todas las generaciones se ha perseguido a los judíos, se les ha acosado, expropiado, asesinado. Ser judío significa no estar nunca a salvo. Así que estate en paz contigo mismo, Gustav. Protege a tu familia. No puedes cambiar el rumbo del mundo porque no puedes cambiar al ser humano. Solo está en tus manos hacer lo que deberían hacer todos los padres: salvar a sus propios hijos de este mundo de odio que les están preparando los adultos».

Gustav sentía por su amigo católico la mayor veneración justamente porque Fritz Gerlich era un hombre valiente e intrépido como había pocos. Hacía años que luchaba sin temor con su pluma contra la dictadura y la tiranía, y no se dejaba apartar de sus convicciones por las amenazas de muerte ni ante la ruina económica.

Su tirada iba disminuyendo semana tras semana porque los hombres de la SA saboteaban la venta intimidando abiertamente a los vendedores de ese diario.

Los hombres de la SA se alejaron en otra dirección. Después de otear con precaución a su alrededor, Gustav prosiguió su camino. Aquí y allá se iba encontrando con paseantes solitarios, personas que regresaban tarde a sus casas o con parejas de enamorados que, al igual que él aunque por motivos muy diferentes, evitaban la luz de las farolas en la calle.

Antes de doblar por la Hofstatt, ya le llegó a la nariz el olor a humo frío. Gustav volvió a acelerar el paso, dio la vuelta a la esquina con celeridad y se detuvo abruptamente.

Delante de él, en el suelo, distinguió algunos montículos dispersos que en los lugares más oscuros permitían reconocer los rescoldos. Una ráfaga de viento frío barrió la calle y reavivó de nuevo el fuego casi apagado.

Había unos cuantos curiosos y paseantes repartidos por la calle; algunos gesticulaban, el resto comenzó a dispersarse poco a poco. Todavía flotaba en el aire la tensión de los sucesos acaecidos allí recientemente. Gustav se acercó al número 6 de la Hofstatt con la peor de todas las premoniciones posibles. Dos casas le separaban todavía de la última certidumbre. Elevó al cielo una jaculatoria desesperada rogando que no hubiera resultado afectado su amigo Fritz.

De inmediato volvió a avergonzarse, y ya era la segunda vez en el intervalo de unos pocos minutos. Aunque no hubiera resultado afectado su valiente amigo, ¿cómo podía desear la desgracia para otra persona así, con tanta ligereza? Se trataba de la cruz eterna de la humanidad. Cada cual miraba únicamente por sí mismo y por quienes estaban más próximos. Lanzaban un suspiro de alivio cuando la desgracia no les afectaba personalmente. Para mantener la paz interior apuntalaban como es debido sus argumentos diciendo que las cosas sucedían por algún motivo determinado y que cuando el río sonaba, agua llevaba, ¿no es verdad? Es decir, no había que malgastar ningún pensamiento, solo había que mirar a otro lado, retomar con calma las riendas de la vida propia, al fin y al cabo cada cual tenía ya suficiente con su propia cruz...

Gustav superó con paso vacilante los últimos metros hasta que estuvo directamente frente a la fachada de los locales de edición y de redacción de Fritz. Su entendimiento se negaba a comprender lo que su corazón ya sabía hacía rato. Alzó despacio la cabeza y miró con suma atención la fachada oscura del edificio de ladrillos hasta llegar a la segunda planta. Ante sus ojos se extendía la huella habitual de la devastación provocada por la represalia estatal.

Todos los cristales de las ventanas estaban hechos añicos, y los montones humeantes en la calle se explicaban por sí mismos: se trataba de muebles, libros y papeles que habían arrojado a la calle por las ventanas. Gustav permaneció conmocionado ante la escena. La pata de una silla sobresalía de la montaña de cenizas como un dedo admonitorio. A su lado yacía una máquina de escribir Triumph abollada, en cuyo carro todavía podía verse un pedazo de papel calcinado. La obra de toda la vida de Fritz destruida y perdida. Pero ¿dónde estaba Fritz? ¿Qué había sucedido con su amigo? No lo había visto entre la gente. ¿Había podido ponerse a salvo a tiempo, antes de la llegada de los esbirros?

Un hombre bajito y entrado en años, con unas gafas con montura de metal, se colocó a su lado y se puso a mirar las ventanas destrozadas con la misma expresión de conmoción en el rostro.

—Hola. ¿No es usted el amigo del señor Gerlich, el médico? —le susurró a continuación con disimulo y mirando a su alrededor como si temiera que lo estuvieran espionando.

—¿Quién es usted? —respondió Gustav con una pregunta y miró a su vez de arriba abajo y con desconfianza a aquel hombre a quien creía haber visto ya en alguna ocasión.

—Disculpe. Me llamo Köhler, Friedrich Köhler. Soy... —Se interrumpió por unos breves instantes, tragó saliva y lo volvió a intentar—. Bueno, más bien tengo que decir que soy el redactor de noche del señor Gerlich.

Aquel hombre irradiaba una perplejidad tan desvalida que se le clavaba a Gustav en las tripas como un puñal de hielo. Aterrorizado por completo lo agarró del brazo.

—¿Sabe usted qué ha sucedido con el señor Gerlich? ¿Dónde está? Vamos, hable, dígame.

—¿Me pregunta que dónde está? No lo sé. Eran hombres de la SA. Maldita gentuza. Destrozaron todos los despachos y arrojaron por la ventana las máquinas de escribir y los muebles. El señor Gerlich quiso impedirselo, pero se

abalanzaron varios sobre él y lo molieron a golpes. El señor Gerlich llegó a exclamar: «¿Me pegan a mí? ¿A mí, a uno de los fundadores del movimiento patriótico?». Se lo llevaron. Fue terrible, sencillamente terrible. Estos nuevos usos brutales, ¿adónde nos va a llevar todo esto?

El viejo periodista se quitó las gafas y se restregó la base de la nariz al tiempo que movía la cabeza en señal de desaprobación, todavía aturdido por aquellos sucesos incomprensibles.

Gustav no pudo sino asentir con la cabeza. Le atravesó por todo el cuerpo la certeza de que había comenzado definitiva e imparablemente la guerra contra la libertad. Era consciente de que hoy, en este lugar, había muerto la verdad. El monstruo de la dictadura había levantado cabeza. Fue un jueves, el 9 de marzo de 1933, el día de la toma de posesión en Baviera del nuevo comisario del Reich, Franz Ritter von Epp. Al mismo tiempo era el día de la última edición del diario *El camino recto. Periódico alemán para la verdad y el derecho*. Ya no existía el derecho a la verdad. Los nacionalsocialistas habían comenzado en ese mismo momento a saldar las deudas pendientes con la moneda de la brutalidad.

Fritz Gerlich fue una de sus primeras víctimas.

Ya ni siquiera Meyerlinck & Cía., como había pasado ahora a llamarse el bufete —con sabia previsión, Finkelstein había preferido desaparecer detrás del «Cía.» del rótulo—, pudo lograr hacer alguna cosa en favor de Gerlich. Lo único que consiguieron saber de él fue que lo llevaron al calabozo de la comisaría de la Ettstraße y posteriormente a Stadelheim. No se le permitían las visitas.

El doctor no volvió a verlo ya nunca.

AQUEL DÍA FUNESTO, Magda se encerró en su habitación y no volvió a salir de ella hasta el día siguiente, con los ojos enrojecidos por el llanto. Y Gustav le dijo a Elisabeth:

—Mira, ahí lo tienes. La valentía es la llave que abre el corazón de Magda. Y la valentía, mi queridísima Elisabeth, es el arma que el enemigo pardo más teme. Son los perseverantes y las personas íntegras como nuestro amigo Fritz los que se enfrentan sin miedo a la tormenta de la injusticia.

El 6 de mayo de 1933 tuvo lugar la primera quema de libros en Múnich; el 10 de mayo sucedió lo mismo en Berlín, la capital del Reich.

Los libros de todos aquellos autores que también se encontraban en la biblioteca de Gustav encuadernados con cuero noble de tafilete, entre ellos los de Heinrich Mann y los de su hermano y ganador del Premio Nobel de

Literatura, Thomas Mann, los de Heinrich Heine y los de Kurt Tucholsky, encontraron la muerte en la hoguera. Y Gustav dijo a Elisabeth, citando a Heine:

—Allí donde queman libros, acaban quemando también a personas.

Y se encerró en su biblioteca para ocultarle a Elisabeth las lágrimas.

No fue sino mucho tiempo después cuando Gustav se enteró de que su amigo Fritz Gerlich fue sometido a dieciséis largos meses de interrogatorios, de humillación y de tortura, pero que fue fiel a sí mismo, a sus creencias y a sus convicciones hasta el final.

El 30 de junio de 1934, Hitler ordenó la eliminación de los rivales políticos y de los críticos del sistema. Solo dos días después, los esbirros de las SS asesinaron al antiguo canciller del Reich Kurt von Schleicher y a su esposa, al anterior comisario general del Estado en Baviera, Gustav Ritter von Kahr, rival de Hitler en el golpe de Estado de 1923, y al periodista Fritz Gerlich. Lo fusilaron en el primer campo de concentración en Alemania, en la localidad de Dachau cercana a Múnich. En ese acto vengativo de Hitler resultaron víctimas más de doscientas personas, un mensaje claro para todos aquellos que pensaban de una manera diferente. Pasó a la historia como la «noche de los cuchillos largos».

Esa noche, después de que Sophie le diera la noticia de la muerte de su marido, Gustav le dijo a Elisabeth:

—Fritz tenía razón en todo lo que decía, ¿sabes? Y desde el primer día lo previó todo con su inteligencia y su perspicacia. Resulta trágico que los nazis hayan confirmado con su asesinato justamente todo aquello de lo que él nos estuvo advirtiendo y contra lo que estuvo luchando todos estos años, esto es, que son unos monstruos, unos fanáticos fuera de la ley y unos amorales, y que jamás formarán un Estado de derecho sino una dictadura mortal y funesta. Fritz fue el testigo de la acusación y, al mismo tiempo, el condenado. Fue similar al insecto que advierte a sus congéneres del peligro de la luz de la llama. Y como nadie quería creerle, voló él mismo hacia ella y se quemó ante la vista de todos para ilustrarles acerca de la peligrosidad de la llama. Su muerte ha sido en vano, Elisabeth, los demás no quieren ver ni oír y aún mucho menos entender. Que el Todopoderoso nos ayude.

Capítulo 12

GUSTAV NO RECONOCÍA ya su patria en esas aberraciones extremas. Ya en marzo de 1933, cuando maltrataron y detuvieron a Fritz Gerlich, él sopesó por primera vez la posibilidad de marcharse de Alemania con la familia.

Paul, el hermano de Gustav, y su esposa Annabelle, una judía de origen francés de la Alsacia, hacía ya varios meses que se habían marchado de Núremberg para irse a vivir a Londres, en donde entretanto habían acabado acomodándose bien.

Pero la vida, imprevisible y caprichosa en sus meandros, tenía otros planes para Gustav y Elisabeth.

Elisabeth estaba dando la clase de piano a su hija Déborah que acababa de cumplir diez años, cuando llamaron a la puerta de la casa. Otilie abrió, y poco después pudo oírse jaleo proveniente del pasillo.

Elisabeth ordenó a Déborah, que había aguzado los oídos por la curiosidad, que permaneciera sin moverse de su sitio y que prosiguiera con los ejercicios para los dedos. A continuación salió de la habitación para ver lo que sucedía.

En la zona del vestíbulo se encontró con un desconocido en apuros. En cambio, Otilie parecía conocer a ese hombre y estaba regañándolo a placer mientras él buscaba un refugio cada vez más profundo en el cuello de su camisa. A Elisabeth le dio pena. Bajo el brazo mantenía sujeto un cestito del que podían escucharse unos sonidos lastimeros. *Félix*, el perro salchicha, se había posicionado ya a sus pies con evidentes muestras de interés.

—¡Toma ya! Y ahora, además, has molestado a la señora doctora con tu jaleo —le regañó Otilie, y eso que ella era la única que estaba armando ruido allí—. Vete de aquí, tontolaba, y rapidito —siguió vociferando, y agarró sin contemplaciones al hombre por el brazo que tenía libre para empujarlo en dirección a la puerta.

—¿Qué es lo que sucede aquí? —se interesó Elisabeth.

Al hombre le habría gustado quitarse la gorra para saludar a la bella señora,

pero no tenía ya ningún brazo libre:

—Hola, señora. Yo quería traerles esto de aquí, por favor.

Y tendió a Elisabeth el cesto de los sonidos lastimeros.

Debajo de un paño a cuadros parecía moverse algo casi de manera imperceptible. Elisabeth levantó el paño con la punta de los dedos y descubrió tres cachorros de perro tan diminutos que era imposible determinar la raza o el origen.

—El Sepp, este tontorrón de aquí, dice que son del *Félix*, y que su señor, uno de esos zurullos al viento de la SA que me han robado a mi Hans, le ha dicho que se deshiciera de estas crías judías. Ése está como una cabra —dijo Otilie resoplando.

—Me ordenaron que matara a estos tres pequeñajos. Que los arrojara al río Isar. Pero son de raza, ¡son de nuestra buena perrita *Biene!* Pero no he tenido el coraje de hacerlo. Por favor, no me delate, señora —le rogó con insistencia ese hombre que a fin de cuentas había obrado bien pero que ponía ahora a Elisabeth en la difícil tesitura de tener que tomar una decisión.

—Dígame, buen hombre, ¿cómo sabe usted que son realmente de nuestro *Félix*? —inició ella un débil intento por huir de la responsabilidad sobre la vida de aquellos diminutos seres. Justo en ese instante se oyó un sonido alargado procedente del cestito, se percibió un olor familiar, y a *Félix* se le escapó un guau de orgullo. Elisabeth suspiró, extendió el brazo con gesto resignado y dijo —: Está bien. Me los quedo.

Déborah no cabía en sí por ver aumentada la familia; el doctor dio menos muestras de alegría por la noche.

Los cachorros apenas tenían tres semanas y sin la leche materna no iban a ser capaces de sobrevivir, pero la conmovedora mirada de su hija hizo que el doctor intentara lo imposible. Mezcló con agua la leche demasiado grasa que les suministraban cada día en casa y añadió un poco de vitaminas en polvo que preparó él.

Las voluntarias, Otilie, Magda y Déborah, se hicieron cargo de la difícil tarea de alimentar a los cachorros, a los cuales bautizaron con los nombres de *Biene*, *Liesl* y *Félix II*.

Liesl, la más débil desde el principio, murió ya al cabo de dos días; *Félix II* aguantó una semana más. No había manera de consolar a Déborah, que estaba desesperada como solo las niñas pequeñas pueden estarlo.

Estos dos cachorrillos de perro salchicha fueron las primeras víctimas

mortales que el nacionalsocialismo causó en la vivienda de la Prinzregentenplatz. Solo porque el dueño de la perra había declarado que *Félix*, su galán, era un perro salchicha judío, había enviado a la perdición a aquellos animales.

Y eso que el pedigrí de Félix, bien documentado, demostraba que «tenía un origen más puro que todos los gobernantes nazis juntos», se desahogó Gustav con Elisabeth al respecto.

Esa noche le dijo Gustav a Elisabeth:

—Esta nueva raza de señores, tal como se designan ellos mismos, es estremecedora en su primitivismo, Elisabeth. En el fondo, los animales son más inteligentes que el ser humano. No conocen la arrogancia ni la distinción de razas, no padecen de afán de protagonismo ni aspiran al poder, ni nunca matan a uno de sus semejantes por odio o por ser diferente. Los animales matan únicamente para sobrevivir. Pero el ser humano representa la perdición del ser humano.

Déborah se ocupaba hasta la extenuación, noche y día, de la delicada *Biene* que dormía junto a su cama en un cestito. Y tras haber sobrevivido el segundo mes, su padre le dijo que había obrado un verdadero milagro con la perrita.

A partir de ese momento, *Biene* entró a formar parte de la familia, y pronto tuvo a *Félix* a sus pies. Por lo demás, el doctor se cuidó de que castraran al fiel doncel para prevenir nuevas sorpresas.

Sin embargo, no fue únicamente *Félix* quien se ocupaba de la descendencia. Elisabeth llevaba algunos días sintiéndose mal, débil, sufría mareos y tenía constantes vómitos. El doctor constató pronto que estaba esperando otro hijo. Fue un embarazo complicado desde el principio. Y llegaba justamente en el momento menos oportuno que uno pueda imaginarse.

Los planes del matrimonio de emigrar a Austria, a la tierra de Elisabeth, quedaban postergados hasta después del parto. Elisabeth se sentía verdaderamente tan mal que prácticamente solo podía guardar cama y al doctor se le encaneció el pelo debido a las preocupaciones.

También Elisabeth sufría mucho por el hecho de verse tan falta de fuerzas y de bríos, y eso que solo tenía treinta y un años. Era la primera vez en su vida que solo era capaz de percibir atenuada la música deliciosa en su interior, como si se hubiera hundido en las tristes profundidades de su melancolía.

EL NACIMIENTO DEL pequeño Wolfgang a finales de 1933 se convirtió para

Elisabeth en una tortura continuada de diecinueve horas. Las contracciones se habían iniciado un mes antes, y la criatura venía de nalgas. Para salvar la vida de la madre, que estaba cada vez más débil, el doctor no tuvo otra elección que practicar a la madre una complicada y peligrosa cesárea.

La debilitada madre tardó mucho tiempo en recuperarse de los agotadores esfuerzos y no pudo dar el pecho a su hijo. El niño era enfermizo, tenía unos pulmones débiles y una pierna ligeramente más corta, y precisó de una permanente asistencia médica durante su primer año de vida.

A Gustav no le quedó más remedio que postergar sus planes para la salida del país.

Capítulo 13

EL ARCA DE Noé se iba adentrando en los peligrosos remolinos de las mareas y flotaba sobre los agitados abismos de las tribulaciones.

Los pensamientos de los moradores del número 10 de la Prinzregentenplatz se iban volviendo cada vez más grávidos y desangelados. Gustav y Elisabeth se ocupaban de sus hijos y del futuro de éstos. Magda tenía miedo de tener que regresar pronto otra vez a su anodina existencia en la granja paterna, si los señores acababan marchándose del país. Y Ottilie andaba inquieta y temerosa por la salud mental de su Hans, a quien solo veía ya de tanto en tanto.

Únicamente la cocinera seguía preocupándose como siempre del horno y de la cocina. Bertha iba derecha a los setenta. Sus mejillas otrora hinchidas se habían vuelto flácidas porque su apetito había ido disminuyendo sin cesar, y los dientes, que cada vez se le movían más, abrían huecos en su dentadura que le dificultaban el habla. Ahora solía mascullar para sí misma y escupía repartiéndola saliva hacia todos los puntos cardinales ya que le faltaban la mayoría de los dientes que habrían podido detenerla. A nadie le gustaba pensar en ello, pero estaban seguros de que algo debía aterrizar sin duda en ollas y sartenes.

Ni Gustav ni Elisabeth tenían el coraje para despedir a Bertha. De ahí que desde entonces evitaran ir a verla a sus dominios en la cocina, porque a la paz interior le resultaba más soportable no verla para nada mientras cocinaba y mascullaba, de lo contrario se le quitaban a uno las ganas de comer, cosa de la que ya se había dado cuenta Elisabeth.

Biene, la perra salchicha de pelo duro, era la única que seguía haciendo compañía a Bertha en la nueva soledad de su cocina. No hacía distinciones en los pormenores culinarios, y por esta razón tampoco le faltaban las correspondientes recompensas por tanta fidelidad y compañía, y *Biene* se puso bastante gorda en poco tiempo sobre sus patas cortas.

Un día que llegó a la mesa un cocido especialmente turbio y espeso, un plato sabroso que el doctor en otro tiempo atacaba sin mayor dilación, todos

titubearon a la hora de servirse en un repentino y tácito acuerdo. Pero entonces, el doctor dijo encogiéndose deportivamente de hombros:

—¿Qué os ocurre, queridos? Ojos que no ven, corazón que no siente, ¿no es verdad? El cocido no sabe a nada cuando se enfría.

Agarró la cuchara y lo probó sin demora. Todos imitaron al cabeza de familia, y estaba sabroso, un sabor intenso y bien condimentado.

Después, Gustav le dijo a su inteligente hija Déborah, a quien estaba educando en los valores de la tolerancia y del humanitarismo:

—Presta atención, Déborah. Nuestro trato con... bueno, llamémosle el esputo de cocina de Bertha, es en el fondo una alegoría desenmascaradora sobre el pueblo alemán. Por desgracia, el pueblo alemán tampoco ve lo que no quiere ver, y tendrá que comerse la sopa a cucharadas hasta el amargo final.

Luego estuvieron todos sentados un buen rato en silencio.

Magda, que siempre absorbía las palabras del doctor, corrió hasta la biblioteca y hojeó en la enciclopedia *Der Große Brockhaus*. Quería enterarse de lo que significaba exactamente la palabra «alegoría», y encontró la explicación: «parábola». Y debajo, el ejemplo que le pareció preñado de desgracias: «La muerte como guadaña».

Esa noche, Magda dio muchas vueltas de desasosiego en la cama y soñó con el señor de la muerte. Y la imagen soñada se parecía completamente a la de un hombre pálido de mirada fanatizada y con un bigotito.

No fue sino hasta finales de 1936 cuando Elisabeth, tras muchas recaídas, volvió a sentirse lo suficientemente fuerte como para emprender otro intento de abandonar Alemania. Pero en enero de 1937 el pequeño Wolfgang se puso gravemente enfermo, y el doctor le diagnosticó tifus.

El tifus, igual que la tuberculosis, eran consideradas enfermedades como la lepra, y estaban proscritas del Reich de Hitler. El mismo *führer* las había proscrito. Ningún hospital habría atendido al pequeño Wolfgang. De ahí que el doctor cuidara a su hijo en casa. Volvió a pasar casi un año más hasta que Gustav pudo comunicarle por fin a Elisabeth poco antes de las Navidades, que Wolfgang había sanado y tenía la fortaleza suficiente para poder realizar el viaje.

Gustav lo planeó todo con minuciosidad, corrió a las oficinas, esperó durante meses los papeles y los sellos necesarios. Entonces, en marzo de 1938, se produjo la anexión de Austria, su «recuperación» para el Reich, tal como lo denominaron, y la familia tuvo que volver a cambiar sus planes.

Primeramente pensaron en Suiza como destino, lugar al que había ido a parar

ya a comienzos de 1937 Bubi Putzinger, por ejemplo, quien acabó perdiendo las simpatías del régimen por su temperamento alborotador y excéntrico. También Franz Lehár, el primer mecenas de Elisabeth, se había alojado con su esposa judía en el hotel de lujo Baur au Lac en Zúrich.

Hitler, sin embargo, seguía extendiendo su poderoso brazo. El matrimonio se temía que Suiza pudiera quedar demasiado cerca para los ambiciosos planes de expansión del *führer*.

Mientras ponderaban destinos y posibilidades, Elisabeth, que había dejado dicho en el despacho de su empresario ducho en los negocios que estaba abierta a nuevas ofertas, recibió un sobre confeccionado con un papel de tina finísimo. Éste ocultaba una invitación a Elisabeth para actuar en Londres, en el Covent Garden, en el papel de Reina de la Noche en *La flauta mágica* de Mozart.

Y Gustav dijo a Elisabeth:

—¿Lo ves, cariño? Cuando esperas o incluso te demoras el tiempo suficiente, al final acaban llegándote los destinos ellos solos.

Acordaron entonces que seguirían a Paul, el hermano de Gustav, y se mudarían a vivir a Londres. Solo quedaba pendiente la cuestión de si debían comunicar oficialmente su expatriación.

Ciertamente, los nacionalsocialistas veían con agrado que los conciudadanos judíos abandonaran los territorios de su dominio, siempre y cuando dejaran en el país la mayor parte de su fortuna, claro está. A las personas que deseaban emigrar se les practicaba el denominado «impuesto para judíos sobre sus bienes inmuebles» y se les infligía, adicionalmente, un «impuesto sobre la fuga de capitales del Reich».

El Ministerio de Hacienda actuaba en este sentido con diligencia, como en todas las épocas y con todos los gobiernos. «Esto no es nada más que un robo organizado y legalizado», renegaba Gustav con enojo. Elisabeth estableció contacto con la embajada británica y se citó con un agregado diplomático que resultó ser un gran admirador de sus dotes artísticas. Propuso bajo mano a la célebre cantante el siguiente procedimiento: Elisabeth Malpran debía registrar de manera oficial en la Cámara de Música del Reich su compromiso en Londres y solicitar también el permiso para llevarse con ella a sus dos hijos menores de edad, Déborah y Wolfgang, junto con la institutriz Magda, que entretanto había ascendido a ese puesto de gran responsabilidad. Sin embargo, debía emprender estos pasos de manera repentina, como si se hubiera decidido ya muy tarde a aceptar la invitación. Al mismo tiempo debía hacer correr la voz de que volvía a

estar a disposición del Reich alemán para futuros compromisos.

Por contra, su esposo, unos días antes del viaje de Elisabeth a Londres, debía dirigirse con poco equipaje («para no despertar a los gigantes dormidos», en palabras del agregado diplomático) en tren desde Múnich a Zúrich. Si la señora Elisabeth partiera antes, entonces tal vez se dirigirían las miradas de desconfianza hacia el esposo, mientras que una ausencia de varios días de su marido anterior a su partida, apenas llamaría la atención de nadie.

El plan era que Gustav continuara después viaje desde Zúrich hasta Londres. Otra recomendación, también expresada bajo mano, era que el doctor debía encontrar de alguna manera la posibilidad de viajar en el interior de Alemania con documentos falsos.

Gustav comprendió de inmediato que los documentos necesarios iban a costarle una pequeña fortuna. Consultó a su asesor jurídico, el señor Von Meyerlinck, que entretanto se había vuelto un buen amigo suyo. Von Meyerlinck, cuyo bufete, como es sabido, estaba pegado al cuartel general del NSDAP, consiguió que le proporcionaran esos papeles gracias a diversos contactos con sus vecinos. Gustav viajaría como Peter Friebling.

La fiel Otilie viajaría también en el mismo tren hasta Zúrich y llevaría consigo los verdaderos documentos de identidad del doctor. Gustav los necesitaba para su entrada legal en Inglaterra. El prudente agregado diplomático consideraba que era excesivamente peligroso que los llevara él mismo consigo, mientras que una señora mayor aria en un vagón de tercera clase no debía de temer ninguna sorpresa desagradable. Otilie solo tenía cuarenta y un años, pero desde que le habían quitado a su Hans tenía un aspecto muy envejecido.

El doctor dejó la decisión al criterio de Otilie porque, a su entender, seguía siendo una empresa arriesgada. Ella aceptó de inmediato y sin reservas la propuesta. ¡Los nazis le habían arrancado ya a su Hans, y ahora echaban del país también a sus señores! Por esta razón sentía como un deber sagrado ayudar a su patrón.

Capítulo 14

La huida

LAS GENTES SE habían vuelto desconfiadas y andaban siempre al acecho.

Aquellos que antes tenían poco, tenían de repente muchísimo, y aquellos que hasta entonces no habían tenido apenas significación, de pronto habían ganado influencia y poder. Y quien tenía poder, ansiaba que lo supiera el mayor número posible de personas.

Y aquellos que no habían hecho nada se convirtieron en víctimas.

EL ABOGADO SAMUEL Finkelstein había emigrado ya en 1934 a los Estados Unidos, y con él prácticamente toda la élite intelectual de Alemania, del país que era alabado por sus poetas y pensadores.

Entre los muchos que se marcharon se encontraban unos veinte premios Nobel, ¡lo cual habría tenido que dar motivos para pensar «a la gente del extranjero»!, como observó el doctor, triste y colérico a partes iguales. Pues era así como comenzaba cualquier dictadura: no eran las ratas quienes abandonaban el barco que naufragaba, sino los mejores y más capaces para marcharse de un país consagrado al hundimiento. Los camisas pardas no querían tenerlos porque los inteligentes estorban el trajín malévolos de los vulgares.

Aquellos que se quedaron para alzar su voz fueron silenciados por la mala ralea parda de los obligados a pensar de la misma manera.

A esos escasos valientes se les honra hasta nuestros días con coronas de flores, actos conmemorativos y discursos monitorios, pues no debe olvidarse jamás que solo la valentía de muchos es capaz de superar y de vencer la maldad.

Gustav y Elisabeth pusieron al corriente sobre sus planes de abandonar la patria a Déborah, que era una chica muy inteligente para la edad que tenía. También le dijeron que iban a emigrar a Londres. Pero a Déborah solo le interesó una cosa de todo aquel asunto, algo sobre lo que ni Gustav ni Elisabeth habían reflexionado hasta el momento: «¿Qué será entonces de mi *Biene?*». Félix había

iniciado el camino hacia el cielo de los perros hacía tres años, cuando ya contaba la bendita edad de dieciséis años para un perro salchicha. El tono en la voz de Déborah dejaba perfectamente claro que no tenía la menor intención de dejar a su querida *Biene* en Múnich, a pesar de que la perra salchicha seguramente habría llevado una buena vida al lado de Otilie.

Establecieron un nuevo contacto con la embajada británica para conocer las condiciones sobre la introducción de perros salchicha en el país. Les comunicaron que a *Biene* le aguardaba una cuarentena de varios meses en la isla. Eso no era nada bonito, por supuesto, no lo era sobre todo para *Biene*, pero Déborah lo quería así y de ninguna otra manera, y no había más que discutir sobre ese asunto.

La fecha quedó fijada. El 12 de junio de 1938, Gustav se subiría al tren en dirección a Zúrich, en un vagón de segunda clase, y tras tres horas de viaje atravesaría la frontera cerca de Lindau. Otilie tomaría el mismo tren, en un vagón de tercera clase.

Desde Zúrich, Gustav continuaría su viaje hasta la localidad francesa de Calais y desde allí tomaría un barco hacia Dover. Su hermano Paul lo recogería en el muelle del ferry y lo acompañaría hasta el hotel Mayfair en la Stratton Street de Londres. La dirección musical del Covent Garden tenía preparada una *suite* en el Mayfair para Elisabeth Malpran y sus hijos.

Gustav no quería ser en absoluto un lastre para su hermano Paul, que gozaba de un éxito relativo pero que, como le ocurría a la mayoría de los pintores en vida, no se había enriquecido con su actividad. Él y su mujer Annabelle vivían principalmente de la herencia de los padres de él.

Gustav no sabía todavía si le autorizarían a ejercer la medicina en Londres. Eso solo podía aclararlo sobre el terreno. Por precaución había liquidado todos los bienes matrimoniales con ayuda del abogado Meyerlinck. La mayor parte de la fortuna de Gustav estaba depositada en una cuenta fiduciaria del bufete y sería transferida en varias sumas pequeñas, y por tanto menos llamativas, a una cuenta corriente que Gustav tendría que abrir en una entidad bancaria londinense. Además, Meyerlinck había recibido los correspondientes plenos poderes para rescindir el contrato de alquiler a los inquilinos estadounidenses y para llevar a cabo la venta de las viviendas y de la consulta médica en cuanto llegara de Londres una llamada de Gustav.

Aparte de todo esto, Gustav había dispuesto que el abogado pagara a Otilie y Bertha una buena suma de dinero por sus largos años de servicio fiel. El doctor

quería que no les faltara de nada.

Elisabeth llevaría ella misma todas sus joyas consigo en el viaje a Londres que estaba planeado para el 15 de junio, dos días antes de cumplir Déborah sus catorce años.

EL 9 DE JUNIO, unos pocos días antes del viaje planeado, la empresa de construcción muniquesa Leonhard Moll demolió la sinagoga principal de Múnich situada en la Herzog-Max-Straße. Tal como había vuelto a enterarse Otilie por «uno de ahí enfrente, del número 16 de la Prinz», fue por orden expresa del *führer* «porque al Adolf siempre le molestaba ese edificio que veía por la ventana los días que frecuenta la tertulia en su mesa reservada del Café Heck. Y eso que siempre me había esperado que no fuera nadie allí por la peste que hace. Los pedos de nuestro *Félix* son una mierdecilla en comparación con los suyos. ¡Ese Hitler no está nada sano!»

Y Gustav le dijo a Elisabeth:

—Está bien que nos marchemos. Ya han dado inicio a su obra ciega de destrucción. Mi patria se muere.

Y esta vez no ocultó sus lágrimas ante ella.

Capítulo 15

Lecciones

TAL COMO HABÍA hecho y seguía haciendo con su hija Déborah, Gustav iba a ver a su hijo todas las noches antes de quedarse dormido a no ser que lo llamaran para una urgencia. Cuando el pequeño Wolfgang se fue haciendo mayor, continuó habiendo una historieta emocionante o una lección para el pequeño, y con frecuencia ambas cosas a la vez.

El doctor explicó a su hijo ya desde muy pequeño el principio de causa y efecto. Todo lo que el pequeño Wolfgang hacía, debía hacerlo de forma consciente y examinando siempre las repercusiones que podía tener, «pues la acción más pequeña puede cambiar todo el curso del mundo. Dios había creado las cosas originariamente de una manera sencilla y comprensible: el bien es la lógica simple de la mente, y se la denomina razón. El mal es un largo rodeo dañino, y se le denomina estupidez. Esta sabiduría clara vive de una manera completamente natural en los niños, pero cuando se hacen adultos, la olvidan».

Su hijo era todavía muy pequeño, pero ya tenía un entendimiento despierto para los sucesos que tenían lugar a su alrededor, y también poseía un sentimiento natural sobre la injusticia, cosa que testimoniaban sus preguntas. Gustav solía lamentarse de que en realidad ya de niños sabemos las cosas correctas, pero posteriormente, como adultos, ya no las comprendíamos o no queríamos comprenderlas, y por ello apenas conservábamos siquiera su recuerdo.

Para Gustav, los niños eran la prueba de que existía la evidencia de la razón. Y los adultos eran la prueba de cómo pueden complicarse y darse la vuelta a las verdades sencillas hasta que éstas están tan retorcidas y encerradas en sí mismas que después ya nadie sabe decir cómo eran antes. Sobre este hecho se originan las guerras.

—PAPÁ, VUELVE A contarme la historia de Adán y Eva y de la primera hormiga — le pidió el pequeño Wolfgang a Gustav la última noche en Múnich.

Ya la había escuchado por lo menos una docena de veces, pero a Gustav le ilusionaba que a su hijo le gustara tanto escucharla, y comenzó a contarla:

—Adán y Eva fueron los primeros seres humanos que Dios creó, y su hogar era el paraíso. Un buen día salieron a dar un paseo como solían hacer siempre. Entonces, Adán divisó de pronto un puntito negro en la tierra que se movía. Era la reina Moriah, la primera hormiga. Adán contempló un buen rato con interés cómo deambulaba por la hierba, aparentemente sin ninguna meta. Entonces, él levantó su pie grande y desnudo y la pisó hasta que ya no se movió más.

»Y Eva preguntó:

»—¿Por qué lo has hecho, Adán?

»Y Adán respondió:

»—Porque puedo.

»Más tarde llegaron al Árbol del conocimiento del bien y del mal que tenía muchos frutos rojos y preciosos que Dios les había prohibido estrictamente tocar. A pesar de ello, Eva arrancó una manzana y se la ofreció a Adán. Adán se asustó porque pensó en la prohibición de Dios, y preguntó:

»—¿Por qué lo has hecho?

»Y Eva le respondió:

»—Porque puedo.

»Dios se enfadó entonces terriblemente y expulsó a Adán y a Eva del paraíso. Los dos lloraron y se quejaron y preguntaron a Dios:

»—¿Por qué lo has hecho?

»Y Dios les respondió:

»—Porque puedo.

»—Dios siguió creando más especies variadas —prosiguió Gustav—. Y las hormigas fueron muy numerosas entre ellas. Sin embargo, en la memoria de los pueblos de las hormigas sigue recordándose incluso en nuestros días que su primera reina, la reina Moriah, fue asesinada en su día por el primer ser humano. Por ello, desde el primer día de la humanidad, las hormigas cargan con la misma maldición de Dios que nosotros. Los seres humanos y las hormigas son los únicos seres vivos en este planeta cuyos pueblos hacen la guerra entre ellos.

El pequeño Wolfgang se quedaba siempre muy silencioso después de esta historieta y se quedaba dormido mientras pensaba en el derrotero del mundo.

Gustav permaneció sentado un buen rato al lado de la cama de su hijo, una cama tallada a mano en la que habían descansado ya él y, antes que él, su padre. Recordó cómo su padre se había sentado en su día al lado de esa cama cuando

era él el niño pequeño que estaba metido en ella. El hijo del pequeño Wolfgang, en el caso de tener uno, reposaría en una cama diferente. Gustav deslizó suavemente la mano por la madera pulida que ya su padre había tocado, siguió las huellas de las vetas y se despidió de su antigua vida. Encontró finalmente la paz interior al tener la certeza de que se llevaba consigo lo más valioso de todo, su familia.

Contempló a su hijo durmiendo, y su corazón se contrajo de amor. Sobre la mesita de noche había una edición muy gastada de *Old Shatterhand* de Karl May. La boca del pequeño Wolfgang se crispó, y Gustav se preguntó en qué estaría soñando su hijo. ¿En vaqueros e indios, en héroes y bandidos? El mundo joven de Wolfgang estaba todavía claramente delimitado en negro y en blanco. En su imaginación no habían florecido todavía los colores del odio y de la codicia, de la infamia y de la intolerancia. Gustav quería protegerlo de ellos el máximo tiempo posible, igual que había hecho su padre con él.

Gustav había nacido como hijo de padres judíos, sí, pero él no definía su identidad por el azar de la pertenencia a una religión u otra. Su familia llevaba casi dos siglos residiendo en Múnich. El abuelo de su padre había alcanzado fama y honores como banquero personal del rey Maximiliano I de Baviera. El rey había concedido al tatarabuelo los derechos civiles por sus méritos.

Antes de que el nacionalsocialismo se fortaleciera, Gustav no había considerado siquiera la posibilidad de enseñar a sus hijos la lengua hebrea en la que su padre le había enseñado. Pero había cambiado de opinión, y en los últimos años había comenzado a acercar a sus hijos el idioma de sus antepasados. Déborah parecía tener un don especial para esa lengua, y pronto no podría enseñarle nada más.

Tanto más amargo le resultaba entonces a Gustav tener que tragar la píldora de convertirse de repente en una *persona non grata* en su propio país, solo porque la nueva dirección política había declarado a los israelitas como a los leprosos de la sociedad, como a personas inferiores sin derechos civiles.

Gustav se veía a sí mismo no tanto como perteneciente al pueblo judío sino que se sentía más bien como un cosmopolita alemán. Gustav tenía interés por la historia y por las religiones, pero sobre todo lo mantenían ocupado las repercusiones que éstas tenían en la humanidad en su conjunto. Entendía a Dios más como una especie de dimensión universal, reconocía en él la potencia y el acicate para una buena conciencia que debía guiar a los seres humanos hacia los buenos pensamientos y las buenas acciones.

Ya que le había sido concedido al ser humano el don de la libertad de pensamiento, Gustav consideraba que la religión, creada por la mano del ser humano, era una usurpación, y lo pensaba así porque la religión impedía el pensamiento autónomo y manipulaba a los seres humanos, y porque trataba de interpretar para su propio provecho los pensamientos y las acciones de Dios. Gustav tenía por buenas y pacíficas a todas las religiones en sí, pero también sabía, por desgracia, que el ser humano no era pacífico. De ello resultaba que las religiones no podían funcionar en el sentido de su fundador originario, precisamente porque eran seres humanos quienes las ejercían.

A Elisabeth y a Déborah les explicó:

—Solo porque algunos libros y algunas creencias hayan encontrado una mayor difusión que otras muchas que a mí, tras un largo y detallado estudio, no me han parecido ni mejores ni peores, eso no significa de ninguna de las maneras que sean más verdaderas o que traigan antes la salvación. Más bien deben la importancia alcanzada al hecho simple de que sus representantes procedieron con mayor habilidad, con refinamiento y, por desgracia también, con coacción y violencia en sus métodos misioneros. El pueblo alemán es un ejemplo característico de esta forma de propaganda. Aunque sean millones las gargantas que vitorean *heil* y otras exclamaciones jubilosas, la injusticia no se convierte para nada en justicia de esa manera.

Gustav encontraba suficiente espiritualidad en su amor hacia su familia y hacia su trabajo. Su convicción sobre todo ser y todo obrar podía resumirse en una única fórmula, tal como la había formulado Immanuel Kant en su *Crítica de la razón pura*: «Actúa solo conforme a una máxima tal que puedas querer al mismo tiempo que se convierta en ley universal».

Este principio filosófico era materia dura para su hijo Wolfgang, por supuesto, que no tenía ni cinco años, aunque los adultos tenían que darle vueltas también. Pero ya Lutero, el reformador, lo había traducido con palabras sencillas en la Biblia, y había introducido en el lenguaje popular como regla de oro: «No hagas a los demás aquello que no quieres que te hagan a ti».

Wolfgang apretó los ojos y amasó la regla de oro con sus pensamientos, la examinó a la luz de las causas y de los efectos tal como le había enseñado su padre. De pronto levantó su carita con descaro y sonrió a su padre con algunos huecos en su dentadura:

—¿Significa esto que ya no tengo que comer ninguna sopa más?

Ahí le dejó al doctor completamente desarmado, lo dejó escupido en la sopa,

por decirlo así, como Bertha, la masculladora.

«Este listillo se las sabe todas», pensó el doctor con orgullo. Apenas podía comprender cómo su pequeño Wolfgang había dado como de pasada con la única manera posible de interpretación negativa, sobre la cual habían redactado extensos tratados los filósofos de Occidente.

Aunque la pregunta del pequeño Wolfgang ya llevaba en sí misma la solución, el padre quiso saber sin embargo cómo el chico la fundamentaría. Por ello le preguntó:

—Dime, ¿cómo has llegado a esa conclusión, Wolfgang?

Y el pequeño le respondió:

—A ti no te gusta comer carne, ¿verdad, papá? Y nadie te obliga a ello. Pero yo siempre tengo que comerme la sopa entera. Ahora no tendré ya que comérmela, ¿o qué, papá?

Aquella fue verdaderamente una buena lección, del hijo al padre... En conclusión, Gustav se vio confrontado con la desagradable tarea de comunicar a su mujer Elisabeth que la alimentación de su hijo más pequeño debía limitarse en el futuro en un determinado sentido. Pero a ella le pareció encantador el bochorno de él y se rio con ganas de que el inteligente doctor se hubiera dejado embaucar por su pequeño hijo.

LA NOCHE ANTES de la partida de Gustav, el matrimonio estuvo mucho tiempo abrazado. Gustav había meditado mucho al respecto, y tenía muchas instrucciones que darle a Elisabeth, la más importante fue que la seguridad de los niños estaba siempre por delante de todo lo demás.

Conversaron hasta el alba sobre sus dos hijos, sobre la salud delicada del pequeño Wolfgang y su entendimiento agudo, y sobre Déborah, que solo les procuraba alegrías.

—¿Sabes, Gustav? —dijo Elisabeth arrimándose aún más a su esposo—. No tenemos que preocuparnos nunca por nuestra Déborah. Es una fascinante mezcla de nosotros dos; el Señor le ha otorgado verdaderamente lo mejor. Ahora canta ya de una forma más madura que yo a su edad y toca infinitamente mejor el piano porque, a diferencia de mí, tiene un oído absoluto. ¡Pero es mucho más importante que al mismo tiempo sea tan seria e inteligente como tú, mi vida! Todavía no te he visto perder los nervios ni una sola vez. Creo que nuestra Déborah cambiará algún día el mundo.

Gustav estuvo de acuerdo con ella en todo y sin embargo tuvo que pensar

para sus adentros que Déborah no solo poseía un oído absoluto sino también un alma absoluta. Las personas valientes vivían peligrosamente en esos tiempos, y un alma absoluta oscila siempre hacia dos lados: no conocía medida en el amor y en el odio, en la decencia y en la valentía, y muy a menudo se dirigía el daño contra sí misma.

Gustav recordó a su valiente amigo Fritz, que había sido barrido por la tempestad parda. De pronto tuvo frío, y pudo sentir cómo se extendía en él el veneno desmoralizador de la premonición. De repente no sabía de dónde le venía esa inspiración ahora, no pudo menos que pensar en las dos cartas de Plinio en las que describió los últimos días de Pompeya.

Elisabeth, que entretanto llevaba quince años casada con Gustav, percibió el súbito desasosiego de él. Por ello lo abrazó con todas sus fuerzas, lo envolvió con la alianza de esposa y madre y con la esencia de amor y de esperanza.

La absoluta confianza de ella infundió en Gustav la fortaleza necesaria para expulsar aquellos pensamientos inciertos. Y se aferró a la frase de Plinio: «¡La suerte ayuda a los valientes!», solo que Gustav no se sentía en absoluto valiente.

Capítulo 16

La despedida

A LA MAÑANA siguiente estaban todos agitados y deprimidos en igual medida. Elisabeth no pudo acompañar a Gustav a la estación al mediodía. Habrían podido reconocer a Elisabeth, a la famosa cantante, y ellos querían evitar cualquier revuelo, así que la despedida tuvo lugar entre muchos abrazos y lágrimas, exhortaciones y juramentos en la Prinzregentenplatz, y a continuación se marchó Gustav.

A primera hora de la noche, Elisabeth llevó al pequeño Wolfgang a la cama después de contarle por lo menos veinte veces la historia del caballero Winnetou. Cerró el libro, besó al pequeño en la frente y le dijo como siempre:

—Que duermas bien y que sueñes con las estrellas.

Pero el pequeño no quería dormir y preguntó:

—Mamá, ¿por qué papá se ha vuelto un judío? No ha hecho nada malo, ¿verdad?

Y Elisabeth, que ya de por sí se hallaba de cuclillas, presa de la preocupación, estuvo a punto de caerse del mareo que le entró. Sin embargo se recompuso y respondió:

—No, mi gorrioncillo, claro que no. ¿Cómo se te ocurre tal cosa?

—Otilie dice que están persiguiendo a los judíos y que los están encerrando. Y eso solo se hace con las personas malas, ¿no es verdad?

—Otilie no te lo ha explicado bien. Los judíos son buenas personas, como tu papá, pero siempre han sido perseguidos por malas personas.

A Elisabeth no se le ocurrió una explicación mejor con las prisas, pero maldijo en su interior a Otilie. El pequeño Wolfgang preguntó de sopetón:

—¿Cómo se vuelve uno judío, mamá?

—Se nace judío, Wolfgang.

—Pero si los judíos son buenos como papá, ¿por qué hay personas que están

a malas con ellos?

—Porque las personas que son malas, también son estúpidas y por ello no saben para nada lo que hacen.

—Ésas son las últimas palabras de Jesús —replicó Wolfgang con un movimiento serio de la cabeza, un gesto que no cuadraba para nada con su edad. Elisabeth se quedó boquiabierta de la sorpresa.

Otro regalo de Otilie, la versada en la Biblia.

—¿Son las personas tontas también malas, mamá? Otilie dice que Bertha es tonta, pero a mí no me parece que sea mala.

—Bertha no es mala, pero Otilie es muy parlanchina. Pero tú tienes razón también, cariño. Ése es el misterio del mal. Siempre encuentra una vía para introducirse en el alma de las personas. Y ahora, a dormir, mi gorriocillo.

A Elisabeth le habría gustado escabullirse ahora de allí, antes de que su hijo la enredara en otras lides filosóficas que en realidad eran asunto de su marido. Pero Wolfgang no había acabado todavía:

—Londres también es un misterio, ¿no es verdad, mamá?

A Elisabeth estuvo a punto de parársele el corazón de verdad ahora, porque Wolfgang no tenía que saber ni una palabra acerca de Londres. A Otilie, la parlanchina, le aguardaban algunos momentos extremadamente desagradables a continuación.

Besó a Wolfgang una segunda vez en la frente y dijo:

—Sí, Londres también es un misterio. No debes hablarle a nadie de eso, ¿me oyes, Wolfgang? ¿Me das tu palabra de honor?

Y Wolfgang levantó la mano en señal de juramento y dijo con solemnidad:

—¡Te doy mi palabra de honor de indio!

Pero claro que Londres le estaba dando vueltas y más vueltas en la cabeza a Wolfgang, y tardó mucho rato en quedarse dormido. Le habría gustado saber dónde quedaba la misteriosa Londres, pero Otilie no había sabido decir exactamente y solo desvarió acerca de una isla mojada en el mar. Sin embargo, sí pudo pillar que tal vez se irían a vivir allí para siempre, y por ello, hacía algunos días quiso saber de su padre cuánto tiempo significaba «para siempre».

Y el padre le había respondido con una leve sonrisa que seguramente sería hasta que a él, a Wolfgang, le saliera la primera barba.

A Wolfgang, con su universo de apenas cinco años, eso le pareció un tiempo inimaginablemente largo, igual que la lejana meta de Londres existía para él en otra dimensión.

En su mundo, todo eso era todavía algo abstracto, y su padre estaba contento por ese motivo, pues esperaba que el niño que iba a abandonar su patria resultara menos perjudicado así.

Elisabeth, que suponía equivocadamente que su hijo hacía rato que dormía, se dirigió a su salón de música y se sentó al piano. Aporreó algunos compases y suspiró con melancolía porque la música que siempre le deparaba sin falta una paz interior, hoy le estaba fallando en ese cometido.

Se puso a dar vueltas de un lado al otro del salón. Incapaz de sosegar su mente, se dirigió varias veces al aparato de teléfono instalado en el pasillo que había hecho entrada en su hogar en el año 1929. Levantó el auricular y comprobó que hubiera línea. ¿Cuándo llegaría la llamada redentora de Gustav?

Tenía que haber llegado ya hacía aproximadamente una hora a Zúrich. Probablemente el tren llevaba retraso, o no pudo subirse enseguida a un taxi, o lo tenían esperando en recepción porque no había ninguna habitación libre, o el teléfono del hotel estaba ocupado o estropeado. Éstas y otras miles de posibilidades más se le pasaron en esos instantes por la cabeza sobre lo que le habría sucedido a su Gustav, cosas que se le podían torcer a uno justo cuando tenía que realizar una llamada telefónica urgente.

Sin embargo, no pensó en lo peor que pudiera haberle sucedido, esto es, que hubieran detenido a su Gustav en el tren con la documentación falsa. Simplemente porque no quería pensar en tal cosa. Pero por supuesto que esa posibilidad habitaba un pequeño espacio en su mente, era un zumbido suave y al acecho, dispuesto en cualquier momento a elevar el volumen y a sumirla a ella en el miedo y en el terror.

ELISABETH PERMANECIÓ EN vela toda la noche, pero no llegó la anhelada llamada. Hora tras hora se empecinó en apaciguarse y en mantener a raya las sospechas, se convencía a sí misma de que seguramente se le había hecho demasiado tarde y Gustav no había querido despertar a los niños con su llamada. Exhausta, se aferró a la esperanza de que su llamada llegaría con toda seguridad a la mañana siguiente.

Dieron las siete, luego las ocho, después las nueve, pero Gustav seguía sin llamar. La melodía que acechaba en la cabeza de Elisabeth fue ganando en ritmo, de un *adagio* con una transición a un *moderato* se llegó a un rápido *prestissimo*, y su corazón latía de la misma manera, rápida y desbocadamente, sin seguir el compás.

Entonces, poco después de las nueve de la mañana, sonó por fin el característico sonido estridente del teléfono. Elisabeth se precipitó alocadamente al aparato. La señorita de la centralita habló con un sonido metálico en la voz:

—Una llamada de Suiza para usted. Un momento, por favor.

Alguna interferencia, luego un crujido y entonces llegó la voz de la lejana Zúrich. Pero no era la de Gustav, sino la de Otilie la que gritaba a pleno pulmón:

—Señora doctora, señora doctora, ¿es usted?

—Sí, soy yo, Otilie. Vamos, dime, ¿dónde está el señor? ¿Está bien?

—Gracias a Dios, es usted de verdad, señora. ¡Pero el señor doctor no está aquí!

Otilie se esforzaba en hablar alemán, no bávaro, porque el doctor se lo había pedido expresamente antes de su partida.

—¿Cómo? ¿No está, dices? ¿Dónde está pues? —exclamó Elisabeth que mantenía el auricular apretado al oído como si quisiera deslizarse a través de él. Sin embargo, el pánico de Otilie le salía al encuentro por el otro lado y la contaminó con terribles presentimientos.

—¡Pues no lo sé! Estuve esperando y esperando hasta que el andén quedó completamente vacío y retiraron todas las maletas, pero el doctor no bajó del tren. ¿Qué hago ahora? —sollozó sobrecogida por la enorme lejanía desde el extranjero. La localidad de Straßlach era el lugar situado más al sur al que había ido nunca.

—Otilie, por favor, tranquilícese.

Y mientras Elisabeth pronunciaba esas palabras, percibió a su alrededor las miradas temerosas posadas en ella. Déborah, pálida y con los ojos abiertos como platos, trataba de mantener la compostura, tenía sujeta la mano de su hermano en un gesto reconfortante. A la derecha del pequeño Wolfgang estaba Magda, una persona de fiar en todo tipo de situaciones.

Elisabeth los miró a todos uno por uno y fue consciente de que aquélla era su familia, a la que ella amaba y en la que confiaba. Desde ese sentimiento de la fortaleza de la unión recuperó sus fuerzas ahora. Le sobrevino una gran paz interior. En el caso de que hubiera sucedido lo peor, ella tenía una misión por delante en la que el miedo y el titubeo no servían de nada. Ahora, lo único que contaba era el entendimiento y una acción resuelta. Lo primero era extraer toda información útil que pudiera suministrarle Otilie e impartirle nuevas instrucciones.

—Otilie, escúcheme con mucha atención. ¿Vio usted al señor en Múnich

subirse al tren?

—¡Sí, señora, pero solo de lejos porque habíamos quedado en que no debíamos hablar entre nosotros hasta llegar a la estación de Zúrich!

Eso significaba, pensó Elisabeth, que Gustav tuvo que dejar el tren en algún lugar del trayecto, o bien de manera voluntaria porque se encontraba en peligro, o bien porque... Se le pasó por la cabeza que no sabía las veces que el tren podía hacer alguna parada durante el viaje. Seguro que siempre había paradas extraordinarias.

—¿Paró el tren en algún lugar en el que no tuviera que detenerse, Otilie? ¿Hubo algún registro de la policía, o vio usted a otras personas con uniforme?

—No. Eso es lo raro. No hubo nada, y el doctor ha desaparecido a pesar de todo, y yo tengo sus papeles conmigo. ¿Qué hago? —preguntó volviendo a lloriquear acto seguido.

—No hay ningún motivo para las lágrimas, Otilie —dijo Elisabeth con determinación—. Escúcheme bien, haga usted lo siguiente: hoy y también mañana quédese en Zúrich alojada en su pensión. Estudie bien el horario de los trenes y espere la llegada de todo tren proveniente de Múnich para ver si se baja el señor en alguno de ellos. Dos días, ¿me oye? El doctor pudo bajarse tal vez de camino para tomar otro tren más tarde, y entonces necesitará sus papeles. Compórtese sin llamar la atención, y vuelva a llamarme esta noche a las ocho. El señor y yo confiamos en usted, Otilie. Se lo recompensaremos con creces. Que Dios la proteja.

—Que Dios la proteja también a usted, señora.

Se oyó un clic en el auricular y se interrumpió la conexión con Suiza.

Inmediatamente después de la llamada telefónica, Elisabeth se dirigió al bufete Meyerlinck & Cía., para solicitar asesoramiento al abogado. El barón Von Meyerlinck tenía ya un montón de visitas pero que ni de lejos eran tan bienvenidas como la de la señora Elisabeth Malpran y con total certeza menos hermosas y cultivadas.

En el bufete reinaba un desorden desastroso. Por todas partes había clasificadores y jirones de papel tirados por los suelos, había muebles medio derribados con los cajones extraídos. Un gran número de uniformados estaba a punto de marcharse de allí con cajas llenas a rebosar. Evaluaron con miradas curiosas la elegante aparición de Elisabeth.

Von Meyerlinck acababa de ser víctima de un apocalíptico registro domiciliario y estaba metido él mismo en dificultades hasta las orejas. A pesar de

todo se tomó su tiempo para recibir a Elisabeth en su despacho devastado. Dijo que no era bueno que se la viera allí en su bufete porque le endosarían el muerto de «hacer causa común con los cerdos judíos».

Elisabeth leyó en los cansados ojos de Von Meyerlinck que contaba con su próxima detención.

Le comunicó que a causa de la situación momentánea de él, se veía incapaz de ayudarla. Elisabeth cambió el rol de la solicitante de ayuda por el de consoladora y obsequió al barón algunas palabras de ánimo.

Él insinuó una sonrisa:

—No se preocupe por mí, señora. Tengo aquí al lado a algunos clientes de alto rango y sé demasiadas cosas sobre ciertas cuentas en el extranjero para el caso de que ocurriera algo.

Elisabeth quiso despedirse, pero él la retuvo. Un titubeo mínimo y el gesto torturado en los ojos del abogado delataron a Elisabeth que debía prepararse para otras malas noticias más.

Y así fue, en efecto. Von Meyerlinck dijo:

—Lamento profundamente, señora, tener que proporcionarle esta información, pero debe saber que esos hombres, además de mis actas se han llevado consigo también los poderes del doctor para la venta de sus propiedades inmobiliarias. Además no puedo decir tampoco lo que ocurrirá con las cuentas de mis clientes, pero presumiblemente la mayoría de ellas será liquidada. Lo que quiero decir con esto, señora Malpran, es que ya no tardarán mucho tiempo en saberlo. ¿Entiende? Si me permite un consejo, váyase lo antes posible con sus hijos de Alemania. Lo mejor sería hoy mismo si usted tiene esa posibilidad.

Eran, en efecto, las peores novedades imaginables. Y nada menos que ahora, pero Elisabeth estaba tan preocupada por el paradero de Gustav, que era incapaz de ponderar en su justa medida el alcance de las declaraciones de Von Meyerlinck.

Regresó abatida a casa en donde la esperaban con muchas preguntas y muchas esperanzas. Sin embargo, necesitaba primero un poco de tiempo para ella, para poder reflexionar en calma sobre los siguientes pasos que debía dar. Había que tomar importantes decisiones. Por ello envió a Magda con los niños y con la perra salchicha *Biene* a dar un paseo y a tomar un helado, y a Bertha la envió a la cocina.

Elisabeth recorrió la vivienda con aire reflexivo buscando inconscientemente aquellos espacios en los que la presencia de su marido obraba todavía con mucha

intensidad. En el salón de los caballeros se acercó a la caja de los puros y levantó la tapa. Aspiró el aroma que surgió de ella y que le era tan familiar. Le gustaba aquel olor a pesar de que Gustav, que solo en contadas ocasiones disfrutaba de un puro habano en compañía de otros caballeros, mantenía una posición muy personal en lo referente al fumar. No tenía en buena consideración el hecho de andar rodeado de humo, y había afirmado delante de ella que el humo no era sano a no ser que uno fuera un jamón.

Entró en el salón de música y le vino el recuerdo de aquellas inolvidables horas estudiando sus arias y acompañándose ella misma al piano. En ocasiones se acercaba Gustav a hurtadillas para sumergirse en la música en compañía de ella. Aunque Elisabeth no lo veía, sabía siempre cuándo él estaba allí. Podía percibir su presencia. Se comunicaban el uno con el otro sin ningún sonido, compartían las oscilaciones de la música que sonaban en sus corazones y que seguían siendo perceptibles para Elisabeth ahora mismo. Puede que incluso sigan percibiéndose hoy en día, porque los recuerdos son inmortales.

Elisabeth entró a continuación en el dormitorio de Gustav. Sus finas fosas nasales temblaron cuando percibió el delicado aroma de su colonia y de su jabón de afeitar. Sin embargo, ella no estaba allí para llorar y entregarse a sentimentalismos torturadores como hundir el rostro en la almohada de Gustav. «¡No, no voy a hacer eso de ninguna de las maneras!», se dijo a sí misma. A fin de cuentas era algo solo momentáneo el hecho de que Gustav no estuviera ahora con ella.

En lugar de esto, Elisabeth se puso a pensar con una ligera sonrisa en la primera época de su matrimonio, en la que ella solía aparecer torpemente en el dormitorio de Gustav, demasiado impaciente como para esperarlo. Y él le tomaba la mano, le besaba la punta de los dedos y le susurraba con una voz ronca: «Puedo sentir cómo vibra la música debajo de tu piel, mi amor». A continuación la abrazaba estrechamente para abandonar como flotando la habitación y perderse los dos en el Elíseo.

Por último se dirigió a la habitación de Déborah, que entretanto había sido adaptada a la edad adolescente de la niña e incluía cama con dosel y un tocador.

Elisabeth podía percibir todavía en esa habitación el consolador olor a bebé, vio ante sí la cunita y recordó con nostalgia la de veces que habían estado con Gustav delante de ella, cogidos de la mano y mirando desde arriba a aquella pequeña maravilla humana, henchidos del asombro incrédulo de todos los padres de este planeta de que ese pequeño ser se hubiese originado por mediación de

ambos.

«¿Adónde habrá ido a parar la cuna de Déborah y de Wolfgang?», se preguntó Elisabeth. De pronto, esta cuestión fue aumentando su importancia hasta convertirse en algo esencial. Tenía que averiguar como fuera lo que había sucedido con ella, como si con la pérdida de la cuna permaneciera desaparecido para siempre también Gustav. Corrió y exclamó todavía en el pasillo a Bertha:

—Bertha, dime, ¿adónde ha ido a parar la antigua cuna de los niños?

Bertha se plantó con paso pesado delante de su señora. Sus mejillas rojas se enrojecieron aún más, como si toda la sangre fluyera a ellas mientras reflexionaba. Retorcía el paño de cocina, como si tuviera que exprimirle la respuesta. De pronto abrió los ojos por completo y anunció su ocurrencia súbita:

—¡En el desván, señora, en el desván! Ahí es donde Hans guardaba antiguamente todos los enseres sobrantes.

Trajeron una escalera, Bertha prestó ayuda y la sostuvo firmemente mientras la señora subía a toda prisa. Constató de paso que el afán de orden y limpieza de Otilie no había llegado nunca hasta el desván, pero al cabo de unos instantes encontró debajo de una sábana grande la cunita tallada por una mano maestra.

El pánico se desvaneció ante ella en el polvo y por fin pudo volver a pensar con claridad. Acarició la cuna con un gesto tierno y volvió a taparla con cuidado. A continuación bajó, se zafó de Bertha que quería liberar «a la señora doctora de las telarañas» con el trapo de cocina, y la mandó de vuelta a la cocina.

UNA HORA MÁS tarde, Elisabeth seguía indecisa sobre lo que debía hacer. Le daba vueltas todo el rato por la cabeza la última frase de Gustav sobre la prioridad de la seguridad de los niños frente a todo lo demás.

Por supuesto, pero ¿cuánta seguridad había en el hecho de viajar con los hijos a un destino incierto sin saber nada acerca del paradero de Gustav? ¿Y si lo habían detenido durante el viaje por utilizar una documentación falsa? ¡Entonces tenía que quedarse aquí por fuerza e intentarlo todo para lograr su liberación! Desde Londres no le podía ser apenas útil a Gustav.

Por lo menos, gracias a su profesión, ella conocía a algunas personalidades que ocupaban puestos de alto rango en Berlín. Una vez más volvió a repasar todos sus pensamientos. Von Meyerlinck le había aconsejado con apremio que no perdiera un solo instante y que se marchara inmediatamente. En contra estaba el hecho de que todos sus papeles y billetes estaban expedidos para el 15 de junio. Conseguirlos había requerido mucho tiempo, era imposible cambiar las

fechas con tan poco tiempo. Además, con Otilie en Zúrich y con el destino incierto de su esposo, ¿cómo podía siquiera pensar en viajar? Todo en ella se oponía de frente.

De repente sintió una dolorosa nostalgia por su madre que había fallecido hacía dos años. ¡Qué no habría dado ahora por su consoladora presencia!

Era terrible. Ella dándole vueltas y más vueltas a esas importantes cavilaciones mientras el tiempo se volatilizaba como el gas. Deseó que su voluntad fuera una sogá que la atara con firmeza. «Verdaderamente», pensó Elisabeth, «el tiempo es realmente la medida más maligna en todo el universo de Dios... siempre se comporta de una manera diametralmente opuesta a los deseos de las personas, y era especialmente lento y pegajoso en las épocas tristes».

Dirigió una mirada intranquila al reloj que estaba encima de la repisa de la chimenea. Era poco más de la una. Elisabeth calculó mentalmente las horas. Le quedaban algo más de dos días hasta el momento de tener que subirse al tren en dirección a Calais vía Stuttgart y París. Desde la localidad francesa de Calais, un barco los llevaría a Dover en Inglaterra atravesando el canal de la Mancha. Se trataba prácticamente del mismo recorrido que Gustav había querido hacer pasando por Zúrich.

Elisabeth se levantó. Su irresolución nerviosa la llevó hasta el aparador sobre el que estaban reunidas varias fotografías de su familia en marcos de plata. Eran instantes congelados de felicidad y conservados para la eternidad, pero Elisabeth se nutría ahora de ellos, sentía en cada imagen una confianza absoluta, y cada sonrisa infundía valentía y determinación a su corazón.

Le acometió un impulso súbito. ¡Ahora sabía qué iba a hacer! ¡Realizaría ella misma sus investigaciones para averiguar el paradero de su marido! Agarró una fotografía de Gustav y la extrajo del marco. A continuación tomó un taxi en dirección a la estación central, se dirigió al jefe de estación y le preguntó el nombre del revisor que se había encargado en la víspera de la supervisión del tren del mediodía a Zúrich.

Tuvo suerte. Esperaban a ese hombre a las 14:30. Elisabeth valoró esta circunstancia de inmediato como una buena señal y pasó ese breve tiempo de espera en una cafetería de las inmediaciones. Después necesitó un par de guantes nuevos porque los que llevaba puestos no habían resistido su nerviosismo.

A las 14:30 en punto abordó al hombre mayor en el andén, le mostró la fotografía de su marido y le preguntó si podía acordarse de ese pasajero en dirección a Zúrich.

El hombre tenía unos ojos bondadosos, al modo de los abuelos. Estudió seriamente la fotografía a través de su monóculo mientras se tiraba del bigote, cuyas puntas tías aún honraban la gloria del emperador Guillermo. Finalmente respondió:

—No. Lo siento, señora.

Y se apresuró a apartarse de Elisabeth.

Elisabeth, ya más mayor y más madura, era capaz de entender a las personas, y entendía en concreto el idioma de los ojos. Sabía leer en ellos como en una partitura, de ahí que supiera ahora que aquel hombre había mentido. Y reconoció también por qué. Por miedo, por el mismo miedo que padecían ya ahora demasiadas personas en este país, causado por las amenazas provenientes del poder.

Esta comprensión la condujo a su siguiente decisión: tenía que viajar a Berlín, tenía que ir directamente al centro del poder. Era absurdo desperdiciar más tiempo en Múnich, en la ciudad en la que residía Heinrich Himmler en calidad de jefe superior de la policía.

Gustav conocía a ese Himmler, de casi su misma edad, del Instituto Wilhelm, situado en la Thierschstraße, al que habían ido los dos. El instituto fue fundado en 1559 por la orden de los jesuitas, era el instituto de Múnich más antiguo y de mayor renombre.

Tras el nombramiento de Heinrich Himmler, Gustav le había dicho a Elisabeth:

—Y es así como los pequeños monstruos se convierten en grandes monstruos. Pobre patria, pobre Múnich.

SI ELISABETH QUERÍA viajar a Berlín y seguir manteniendo después el horario previsto para el viaje a Londres, entonces tenía que utilizar el nuevo medio de transporte, el avión, para su viaje a la capital. Iba a ser la primera vez en su vida. Un viaje de ida y vuelta en tren a la capital del Reich le habría consumido demasiado tiempo. Pese a no ser de su agrado, no dudó un solo instante en su decisión.

Se apresuró a volver a casa. Magda había regresado ya con los niños. Elisabeth la puso al corriente de sus intenciones y le dio algunas instrucciones mientras llenaba al azar una maleta grande con algunas prendas que necesitaría para una tarde y una noche en la capital.

Capítulo 17

Berlín, capital del Reich

ELISABETH ATERRIZÓ A primera hora de la tarde con una avioneta de Lufthansa en el aeródromo berlinés de Tempelhof. El vuelo la mareó de lo lindo, se le metió el frío en los huesos y se sentía medio anestesiada por las emanaciones de gasolina del avión.

Una vez llegada al hotel Adlon, al lado de la Puerta de Brandeburgo, realizó de inmediato algunas llamadas.

Primero se dirigió al director de la Filarmónica de Berlín y vicepresidente de la Cámara de Música del Reich, Wilhelm Furtwängler, pero éste se encontraba de viaje. Su secretario pidió a la señora que esperara hasta la mañana siguiente, pues el señor Furtwängler estaría seguramente localizable por teléfono para entonces.

Pero Elisabeth no quiso esperar. No vaciló mucho tiempo y pensó para sus adentros que si las cosas estaban así, mejor comenzar desde el principio por lo más alto. Marcó el número del despacho del mariscal de campo Hermann Göring, fundador de la Gestapo, la policía secreta del Estado, comisionado del plan cuadrienal para el rearme del ejército —lo cual era en realidad un secreto, pero todo el mundo estaba al corriente—, y número dos en el Gran Reich alemán.

Göring, al igual que el ministro de Propaganda del Reich, Josef Goebbels, pertenecía al círculo de los admiradores de Elisabeth. Era como decidirse entre la peste o el cólera. Los dos hombres le habían enviado una y otra vez ramos de flores al camerino, siempre provistos de imponentes tarjetas de visita. Elisabeth se alegraba de no haberlas arrojado todas a la basura, era como si lo hubiera planeado para este día de su vida.

El señor Göring no estaba presente, pero pudo hablar con Bodenschatz, su oficial adjunto. Éste la informó de que el señor mariscal de campo se encontraba

en la casa, presumiblemente en el despacho del *führer*, pero que le transmitiría con gusto el recado de la señora y que el señor mariscal de campo le devolvería la llamada en el momento que se le ofreciera una oportunidad para hacerlo.

Se produjo el milagro de Berlín. Apenas media hora más tarde sonó en su *suite* el teléfono, y el señor mariscal de campo estaba en persona al otro lado de la línea.

Göring tenía curiosidad por saber qué quería de él la célebre artista, más que nada por la sencilla razón de que Goebbels, su gran enemigo, había ido detrás de la bella cantante, y no había tenido éxito hasta el momento. Al saber de su interés por ella y solo por enfadar a ese hombre, él había enviado algunas veces un ramo de flores a la señora Malpran.

Cuando Bodenschatz, su oficial adjunto, le informó de que ella deseaba hablarle de un asunto urgente, echó mano espontáneamente del teléfono. Le comunicó que como tenía una cita en el hotel Adlon a última hora de la tarde con una delegación rumana para tratar asuntos en torno al suministro de materias primas al Reich, estaba dispuesto a unir el deber con el placer y por ello le proponía a Elisabeth que se encontraran para una cena ligera en el restaurante para sibaritas del mismo hotel:

—Digamos que a las ocho y media, ¿le parece bien?

Elisabeth aceptó la invitación como una dama. A continuación se dedicó a su aspecto con todo cuidado. Si estaba obligada a mendigar a los nazis, debía estar lo más guapa posible.

EL SEÑOR MARISCAL de campo apareció uniformado y puntual, rodeado como era habitual por un pequeño ejército de acompañantes, a quienes dejó en el vestíbulo. Empezaba a mostrar los primeros signos de una gran corpulencia.

Elisabeth constató para sus adentros que ese hecho apenas tenía ningún significado, pues bajo el peso de las exquisiteces que pidió él para la «cena ligera», la mesa amenazaba casi con quebrarse. También se dio cuenta de que ese hombre tenía un aspecto insano, estaba pálido y flácido, casi abotargado. En cualquier caso daba la impresión de ser mucho más mayor que sus cuarenta y cinco años. Gustav le había contado una vez que Göring era uno de los compañeros más antiguos de Hitler y que ya en 1923, en el intento fracasado de golpe de Estado, había desfilado a su lado hacia la Odeonsplatz. En aquella ocasión, Göring recibió un balazo doloroso en la parte superior del muslo y desde entonces se había vuelto morfinómano. Nada menos que un amigo de

Gustav, Robert Ballin, había proporcionado alojamiento al futuro mariscal de campo del Reich en una propiedad suya ubicada en la Residenzstraße.

Después de esperar pacientemente a que Göring realizara una pausa entre sus cumplidos hacia la «maravillosa e incomparable artista» y sus monólogos desenfrenados sobre las cualidades del *führer* y lo benefactor que resultaba el nacionalsocialismo para la nación alemana, Elisabeth pudo finalmente formularle su preocupación, pero para su propia consternación no pudo menos que constatar que Göring parecía estar sinceramente perplejo al respecto. La esperanza de Elisabeth se desmoronó en el postre.

Göring no sabía nada sobre la desaparición de Gustav, tal como se lo confesó incluso con franqueza. En su lugar aludió a algo diferente preguntándole si la señora estaba segura de que su marido judío no la había dejado a ella y a sus hijos en la estacada. Y prosiguió por esta vía diciendo que en relación con esto ya habían llegado a sus oídos algunos sucesos lamentables muy similares, en los que esos cobardes andrajosos habían puesto pies en polvorosa.

A partir de ese instante, Elisabeth tuvo que realizar verdaderos esfuerzos por mantener las riendas de su carácter temperamental. Con muchísimo gusto habría arrojado su bolsito de noche con brillantes al cráneo flácido de su obeso interlocutor. Mientras Göring hablaba, iba imaginando mentalmente al mismo tiempo diversos escenarios: si el médico judío había desaparecido realmente, ¿quién de entre sus subordinados había podido realizar tal jugada? ¿Era posible que Goebbels estuviera detrás del asunto? Había oído decir que el cabrón de Babelsberg, tal como llamaban a Goebbels a sus espaldas, planeaba una película operística y que la Malpran era su primera opción. Desde la época de Lida Baarová, su amiguita checa, todo el mundo sabía que Goebbels sentía una especial predilección por personajes exóticos. La pequeña cantante austríaca encajaba a la perfección en su esquema de botín. ¿Se había permitido una broma con el marido para asegurarse a la Malpran para el papel principal? Si era así, le pararía los pies como es debido. ¿Cuánto cotizaba para arrebatarse a la bella cantante a Goebbels ante sus propias narices?

No pensaba necesariamente en una aventura amorosa, sino mucho más en un concierto privado de la artista en su residencia familiar de Carinhall, con la presencia del *führer*, por supuesto.

El viejo zorro se dio cuenta de la profunda decepción de Elisabeth. Su esposo judío le importaba un comino, pero sabía cómo sacar provecho de la necesidad de los demás. Por ello desplegó su cola de pavo real y afirmó que a la mañana

siguiente iba a realizar las pesquisas necesarias para esclarecer el paradero de su esposo, por supuesto, y que si ella se acercaba por la Cancillería del Reich al mediodía, él tendría seguramente ya algunas informaciones al respecto. Y añadió:

—Puedo asegurarle, mi venerada amiga, que con nosotros impera el orden. ¡La gente no puede andar por ahí desapareciendo así como así y sin dejar ninguna huella! —exclamó. Y sin transición preguntó—: ¿Cuándo vio usted por última vez a su señor esposo?

Elisabeth se arriesgó y le explicó que su marido se hallaba de camino a Zúrich:

—Franz Lehár, a quien tengo en la más excelente de las consideraciones, es paciente de mi marido desde hace muchos años. Le pidió ayuda en un asunto concerniente a su salud.

La mentira le salió con toda facilidad de sus labios, pero enseguida se dio cuenta de que Göring no le había creído ni una sola palabra a pesar de aparentar lo contrario.

Elisabeth, que por su parte lo había estado observando con suma atención, sabía desde hacía ya mucho rato que Göring se ocuparía del caso no porque quisiera ayudarla, sino más bien porque quería averiguar quién de sus camaradas de partido podía estar detrás de la desaparición de Gustav. En el fondo, a Elisabeth le importaban poco los objetivos que perseguía Göring; lo principal para ella era que averiguara cualquier información sobre el paradero de Gustav.

Elisabeth agradeció con buenas maneras los esfuerzos del señor mariscal de campo en este asunto a pesar de estar tan ocupado con el trabajo, los papeles, la solicitud de información y etcétera, etcétera...

Le tendió un poquito más de lo debido las puntas de sus dedos enguantados en blanco para simular debilidad e indicar al mismo tiempo lo largo y fatigoso que había sido el día para ella.

El señor mariscal de campo entendió el gesto y estaba a punto de desearle las buenas noches a Elisabeth cuando una persona de una mesa cercana exclamó justo en ese momento con un claro acento inglés: Por favor, sean tan amables —seguido inmediatamente por un relámpago de luz y un intenso olor a fósforo.

Göring reaccionó con una rapidez asombrosa pese a su corpulencia. Se levantó de un salto, y la expresión de su rostro ya no podía decirse, ni de buena fe, que fuera amable. Sus escoltas de las SS, que habían permanecido discretamente en un segundo plano, acudieron a toda prisa y despojaron

inmediatamente a aquel hombre de su cámara y de su libertad.

Unos brazos fuertes se llevaron con tanta rapidez al fotógrafo que pateaba, que Elisabeth solo le oyó exclamar de lejos:

—¡Soy un ciudadano americano!

El devoto jefe del restaurante se acercó con rapidez, hizo varias reverencias ante Göring con una asombrosa elasticidad, tocando casi la alfombra con la punta de la nariz, y se puso a despotricar de los buitres de la prensa a quienes echaban por la puerta delantera y volvían a colarse por la de atrás.

Göring dejó de prestarle atención y en su lugar volvió a tomar la mano de Elisabeth, la besó con galantería y se disculpó por la desagradable molestia. Se despidió reiterándole que aclararía su asunto, y repitió varias veces la ilusión que le haría poder saludar a la señora Elisabeth mañana al mediodía en su despacho para transmitirle buenas noticias.

A Göring le pareció que aquélla era una jugada genial, pues al hacer que la señora Elisabeth Malpran acudiera a su despacho, fortalecía e intensificaba el papel de ella como solicitante de ayuda.

Elisabeth ya se sentía horrorizada con el nuevo encuentro con el mariscal de campo y al mismo tiempo estaba esperanzada con aquella cita; el poderoso Göring era tal vez su única oportunidad real para averiguar algo sobre el paradero de Gustav.

ELISABETH NO TUVO que simular su indisposición. Le dolía terriblemente la cabeza y se sentía afiebrada. Puso todas sus esperanzas en no haber pillado ningún resfriado en aquella avioneta expuesta a las corrientes de aire; era lo último que podía necesitar en esos momentos.

De vuelta en su *suite* tomó inmediatamente un baño de agua muy caliente. Mientras se llenaba la bañera, llamó a recepción para solicitar una llamada a la Prinzregentenplatz a pesar de la hora que era. Tal vez había vuelto a llamar Otilie entretanto con buenas noticias, pero Elisabeth presentía que no era así porque de lo contrario, la prudente Magda no habría dejado pasar un solo instante sin comunicárselo. Elisabeth le había dado el teléfono del hotel Adlon por si acaso.

Magda informó escuetamente a su señora que la jornada de Otilie había transcurrido sin novedades, igual que la anterior, y que mañana volvería a la estación y estaría al tanto de la llegada del señor. Por la noche, la criada regresaría a Múnich con el último tren.

Con toda prudencia, Magda se guardó que Otilie había hablado con ella en un ataque de histeria con muchísimas lágrimas, «por primera vez en el extranjero, y el doctor desaparecido, y ¡está lloviendo a cántaros!». Elisabeth, que naturalmente conocía la predisposición dramática de Otilie, valoró tanto más a Magda por su tacto.

Tras el baño, Elisabeth mandó que le subieran un vaso de leche caliente con miel. Su *suite* era una de las mejores de la casa, con vista directa a la Puerta de Brandeburgo iluminada y adornada con banderas de la cruz gamada. Incluso ahora, a última hora de la tarde, reinaba en la plaza de enfrente una actividad febril. Ella había querido desde el principio una habitación normal, pero la dirección del hotel insistió en la *suite*. El radiante director insistió también en enviar a la venerable cantante a muchos sirvientes para atenderla personalmente. Ella pensó durante unos breves instantes en los costes adicionales de ese tipo de servicio.

Elisabeth sentía un cansancio de muerte. A pesar de ello o precisamente a causa de ello no pudo conciliar el sueño durante mucho rato. Hora tras hora dio vueltas en la cama cambiando una y otra vez de posición, como si estuviera tumbada directamente sobre las puntas de sus preocupaciones. No cayó en un sueño inquieto sino hasta el final de la noche, del que despertó apenas dos horas después bañada en sudor. Sentía unos dolores tremendos en la garganta y en las extremidades. «¡Estupendo, Elisabeth! ¡Justo lo que necesitabas en estos momentos, una infección gripal!»

Siguió el consejo de Gustav en esas situaciones de dar un paseo a buen paso inhalando y exhalando profundamente el aire. Según su marido, ese remedio era verdaderamente milagroso unido a un té bien caliente con un chorro de ron. Sin embargo, no se produjo el milagro. En lugar de eso, le lloraban ahora los ojos, y le moqueaba la nariz. La amable recepcionista le procuró un remedio probado contra la gripe de la farmacia cercana, pero tampoco esto surtió mucho efecto. Elisabeth se iba sintiendo cada vez peor, y se acercaba la hora de la cita con Göring en la Cancillería del Reich.

Además de esto pendía sobre ella como un mal presagio la decisión de si emprender el viaje a Londres con sus hijos.

¿Qué pasos debía seguir dando para el caso de que el mariscal de campo no consiguiera recabar información sobre el paradero de Gustav? ¿A quién podía dirigirse? ¿Dónde debía buscar? «¡Oh Gustav! ¿Dónde estás, dime?», imploraba una y otra vez.

La cabeza parecía hacérsele añicos con todos sus temores torturadores. Contempló con melancolía la cama y la venció el deseo súbito de arrojarse bajo la manta hasta el último momento. Apartó la vista profiriendo un suspiro. Un vistazo al reloj de pulsera le mostró que ya era hora de cambiarse de ropa para su segundo encuentro con Göring. No le quedaba otro remedio que componerse y controlarse.

Abrió su maleta. Por primera vez se sintió contenta de haber metido en ella tantas prendas, como solía hacer siempre. Eligió el vestido negro corto con una pelerina fina de encaje, se maquilló con cuidado y tiró de sus rizos brillantes. Estuvo un buen rato batallando con el cierre del collar de perlas en tres hileras, un regalo de Gustav en el nacimiento de Déborah, por lo mucho que le temblaban las manos. Para acabar se puso sus zapatos de tacón de Chanel y se contempló en el espejo. Perfecta. El negro oscuro modelaba sus delicados contornos, y las perlas destellaban compitiendo con su tez.

Para ahorrarse fuerzas y aliento, Elisabeth mandó que le pidieran un coche para realizar el breve trayecto hasta la Wilhelmstraße.

PUEDE QUE LA Casa Parda del NSDAP en Múnich impresionara por su empaque, pero era la pariente pobre comparada con la tremenda pompa nazi de la Cancillería del Reich.

La sede de los ministerios del Reich era una construcción monumental: 420 metros de largo y 20 metros de altura, con una amplia escalinata entre cuatro columnas macizas como las de un templo. Elisabeth estuvo a punto de marearse ante la visión de la gigantesca águila del Reich y de la cantidad de banderas de color rojo sangre que ondeaban al viento por encima de ella. Al cruzar entre los mástiles de las banderas, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

Mientras subía despacio los diez peldaños de la escalinata, Elisabeth no pudo menos que pensar sin querer en el impresionante esplendor y en la grandeza de la catedral de Milán y en la basílica de San Pedro en Roma. Como artista sabía que la escenificación lo significaba todo. Y lo que tenía delante era puro efecto teatral.

El interior no le pareció mejor, había demasiado exceso y de poquísimos gusto. El edificio parecía una colmena con sus abejas laboriosas. Por todas partes se oía el taconeo de botas militares pulidas creando un eco incesante y de camino hacia la resolución de importantes asuntos.

Elisabeth se anunció a la hora acordada, pero el señor mariscal de campo

brillaba por su ausencia. Uno de sus oficiales adjuntos le comunicó que le habían convocado con carácter de urgencia en asuntos relativos al *führer*, pero que regresaría lo más rápidamente posible a su despacho y que hiciera el favor de esperarlo unos breves instantes.

Elisabeth pudo disfrutar durante toda una hora del carnaval en la Cancillería del Reich. Sintió cómo la fiebre le golpeaba en las sienes, y con cada minuto que transcurría iba sintiéndose cada vez peor. Además estaba casi segura de que Göring la estaba haciendo esperar adrede.

Bodenschatz se pasó un instante a verla y le hizo el típico gesto de los cinco minutos de espera. Ese gesto tenía algo de irreal en sí y produjo en Elisabeth la sensación de algo conocido: se vio a sí misma en su camerino sentada ante el espejo y esperando con una intensa impaciencia febril su siguiente entrada en escena.

Y era una fiebre real la que estaba haciendo mella en ella con una intensidad creciente. Pidió a Bodenschatz un vaso de agua y una aspirina.

El oficial adjunto frunció el ceño. Él mismo se dio cuenta en esos momentos de que la señora no parecía encontrarse bien. Se fue de allí a paso rápido y al poco tiempo apareció una joven sirvienta que trajo a Elisabeth lo que había pedido en una bandeja de plata.

—Señora, ¿hay algo más que pueda hacer por usted? —quiso saber la criada. Elisabeth le preguntó si había la posibilidad de asearse un poco, y la condujo a los servicios reservados a las señoras.

En el largo pasillo inundado de luz, Elisabeth tuvo un encuentro decisivo que marcaría su destino. Un hombre se acercaba a ella a contraluz; la estatura y el porte se parecían a los de su marido de tal manera que durante unos instantes tuvo la alucinación febril de que Gustav se acercaba a ella desde la luz.

Ella se detuvo abruptamente. El corazón se le aceleró, y presa entre la esperanza y el miedo, dirigió una mirada expectante a aquella figura que se le acercaba.

Sin embargo, aquel hombre no era Gustav. Tenía un cierto parecido real con él, pero esa impresión desapareció cuando estuvo más cerca. De manera especial se diferenciaban sus ojos de los de Gustav que revelaban profundidad y bondad, mientras que en los de aquel desconocido, Elisabeth encontró poco de las promesas de la vida, pero sí en cambio muchos deseos y apetencias. Aparte de todo esto, llevaba un uniforme de las SS cortado a medida y con tejido de calidad.

Como ella se había detenido en medio del pasillo, aquel hombre de las SS se detuvo también. Una extraña expresión anidaba en su rostro, una expresión que Elisabeth no fue capaz de interpretar porque la fiebre estaba absorbiendo cada vez más sus fuerzas.

El hombre se inclinó con elegancia ante ella, se presentó como Albrecht Brunnmann y preguntó si podía serle útil a la señora.

Elisabeth negó con la cabeza, confundida, evitó la mano de él en el saludo sin ser consciente de que ella le había tendido la suya antes, y pasó a su lado despacio. Ya se había olvidado de él nuevamente al darse cuenta de que no era Gustav.

La criada que la acompañó hasta el interior del baño no tardó nada en cotorrear acerca de aquel encuentro:

—¡Albrecht Brunnmann, teniente coronel de las SS, es aquí el hombre promesa, tiene una buenísima reputación para el *führer*, señora! Todas las damas de por aquí andan completamente locas por él.

Elisabeth no le prestó atención sino que se desabrochó los botones de la muñeca y dejó correr el agua fría por ella. A continuación humedeció su pañuelo y se refrescó varias veces la cara caliente. Percibía el eco de la cháchara de la muchacha sin atender al contenido de la misma. El agua fría y la aspirina le parecieron que le producían algún efecto, y se sintió preparada para sobreponerse al encuentro con el mariscal de campo.

ESTA VEZ ESTABA ya presente Hermann Göring. Llevaba puesto uno de sus uniformes blancos recargados que en el habla popular le habían procurado el sobrenombre de «faisán dorado».

Salió al encuentro de ella con los brazos abiertos y una expresión forzada de disgusto por haber hecho esperar tanto rato a la «venerable artista», y luego, en voz baja, porque para referirse al *führer* parecía necesario emplear un tono especial:

—Ya me entiende usted, el *führer*, un asunto de inmensa importancia —dijo guiñando un ojo. Y Elisabeth no pudo menos que pensar espontáneamente en una lechuza gorda.

Deseó mandarlo a que se posara en la rama sólida de un árbol muy alto y en compañía de un cuco cuando Göring le comunicó que no disponía de novedades acerca de su esposo. Le dijo que por desgracia no se había podido ocupar del tema hasta hacía unos instantes, y que Bodenschatz había recibido entretanto las

instrucciones pertinentes. Sentía en lo más profundo no poder informar a la señora por el momento con noticias más agradables, y le ofreció comer con él.

Más tarde, Elisabeth no fue capaz de acordarse ni de la comida con el obeso mariscal de campo ni tampoco de cómo regresó a la cama de su *suite* en el hotel.

CUANDO DESPERTÓ, SE encontró sentado en una silla al lado de su cama a un hombre de las SS de buen porte.

Elisabeth, cuyo vacío en la memoria llegaba hasta la tarde con Göring, pensó en su bolsito de mano, relacionó su situación con su carácter temperamental y se supuso detenida.

Sin embargo, el uniformado se identificó enseguida como un capitán médico preocupado por la salud de ella y que había estado allí velando su sueño. Pero sobre todo se mostró muy alegre de que la señora hubiera recobrado la consciencia. Elisabeth se sentía realmente un poco mejor. El martilleo del dolor de cabeza se había convertido en un zumbido sordo, pero a cambio, la debilidad plomiza de sus extremidades había aumentado con claridad.

—¿Qué ocurrió? —preguntó y se incorporó con esfuerzo.

—Le dio usted un buen susto al señor mariscal de campo, señora —replicó el hombre.

—¿Cómo, que yo...? —balbuceó Elisabeth confusa.

—Se cayó usted desmayada de la silla al suelo en su despacho. —Lo dijo en tono serio y respetuoso, pero Elisabeth se dio cuenta de que a ese hombre le hacía gracia toda aquella situación. Se veía que le habría gustado estar presente cuando al señor mariscal de campo Göring se le cayó la dama de la silla ante sus propias narices.

—El mariscal de campo pidió ayuda, y el señor Albrecht Brunnmann acudió enseguida al lugar y requirió mi presencia, permítame que me presente, señora Malpran, soy el capitán Ansgar Strelitz, y los dos la condujimos a usted, de vuelta a su hotel porque la señora, en unos breves instantes de lucidez, insistió enérgicamente en que no la lleváramos bajo ningún concepto al hospital de la Charité.

De pronto se dio cuenta Elisabeth que su habitación estaba iluminada con luz artificial y se sobresaltó:

—Dios mío, pero si es de noche ya. ¿Qué hora es?

—Es casi medianoche, señora Malpran. Ha dormido casi diez horas. —Lo dijo con satisfacción, como si se tratara de un logro absolutamente personal.

Elisabeth estaba a punto de apartar la colcha de la cama, pero el médico se lo impidió:

—No lo haga. Por favor, señora. ¿Adónde quiere ir? Tiene que reponerse todavía un buen rato. Este mediodía le suministré una potente medicina antipirética. El termómetro marcaba más de cuarenta grados. Lo mejor para usted sería que intentara seguir durmiendo hasta mañana temprano. Yo me pasaré mañana de nuevo a verla.

—Pero no lo entiende usted, señor Strelitz. Mis hijos me esperan en casa. Les prometí que estaría esta noche de vuelta. Seguramente estarán ahora muertos de preocupación. Tengo que hacer una llamada por teléfono ahora mismo.

Volvió a intentar bajarse de la cama. El médico pudo sostenerla en el último instante cuando a ella le cedieron las piernas debilitadas por la fiebre.

—Pero ¿qué hace, señora Malpran? ¡Se lo ruego, permanezca echada! Sigue usted demasiado aturdida. Además puedo asegurarle que el señor Brunnmann se ha ocupado personalmente de todo. Pudo establecer comunicación con la institutriz de sus dos hijos y me pidió que le diera el recado de que en su casa todo está perfectamente y que desde Múnich le desean una pronta mejoría. Así que ya ve, señora, no hay motivo para estar preocupada. Duerma ahora, por favor, y así volverá usted a estar sana antes.

Él echó mano de un vaso medio lleno que estaba sobre la mesita de noche y que contenía un líquido turbio que dio para beber a la mujer agotada. Debía de ser un potente somnífero porque Elisabeth cayó prácticamente de inmediato en los brazos de Morfeo.

CUANDO DESPERTÓ A la mañana siguiente a eso de las ocho, no prestó atención ninguna a su estado de salud. El primer pensamiento que tuvo lo dirigió a sus hijos en casa, y el segundo, que hoy era el 15 de junio, el día de su partida planeada a Londres.

No podía aplazar por más tiempo la decisión. Pese a las muchas determinaciones importantes que primeramente quedaban sometidas en ella a un eterno titubeo, ésta de ahora la tomó en cuestión de pocos segundos: ella, Elisabeth, iba a quedarse en Berlín y a mover todos los hilos necesarios en favor de Gustav. Se le pasó brevemente por la cabeza el pensamiento de que habría necesitado ahora con urgencia a Bubi Putzinger, el antiguo jefe de prensa internacional de Hitler. Pero hacía tiempo que se había metido en un berenjenal nacionalsocialista, se había ido de Suiza y se había acabado instalando en

Londres.

No obstante, el episodio del fotógrafo durante la cena con Göring le había proporcionado una idea a Elisabeth. ¿No disponía ella misma de algunos buenos contactos con la prensa internacional? Tenía que sacar provecho de alguna manera de esa circunstancia.

Su segunda decisión, mucho más importante, concernía a sus hijos: enviaría hoy a Magda, ella sola, con Déborah y Wolfgang a Londres. En el momento en que sus hijos estuvieran seguros, ella podría moverse y actuar de una manera completamente distinta.

Después de tomadas ambas decisiones de largo alcance, se dispuso a llevarlas a la práctica.

Llamó por teléfono a Magda, que asimiló la noticia con serenidad y contención. Las dos mujeres hablaron durante un buen rato, como amigas. Tras la conversación, Elisabeth estaba aún más convencida de que su decisión era correcta y de que podía confiarle sus hijos a Magda sin ningún tipo de reparo.

Otilie había regresado la noche anterior a Múnich sin haber logrado nada y completamente desanimada. Magda le ordenó que se tomara un día de cama y hasta el momento ni la había visto ni oído todavía.

Elisabeth mandó que se pusiera Déborah al teléfono, le aseguró que todo estaba la mar de bien, incluso su salud, «de verdad, solo es un pequeño resfriado», y que ya había algunos datos importantes concernientes al paradero de su padre que hacían necesaria su permanencia por algunos días en la capital del Reich.

Siguió explicando a su hija que había delegado en Magda la responsabilidad del viaje a Londres, pero que de todas formas confiaba plenamente en su madurez porque era mayor y que ella, Elisabeth, se uniría a ellos dentro de pocos días en compañía del padre.

—Un beso muy grande, mi niña, sed buenos y valientes los dos y obedeced a Magda. Llamadme aquí, al Adlon, nada más llegar al hotel Mayfair. Saluda al pequeño Wolfgang de mi parte y dile que mamá le envía muchos besitos.

Al acabar la conversación, Elisabeth se dio cuenta de lo débil que se sentía todavía. Tras un breve baño caliente seguido de una ducha fría, se dedicó a su aseo personal. La soltura que había adquirido gracias a sus decisiones activas, parecía ir menguando de nuevo, y volvía a anunciarse el martilleo del dolor de cabeza. Tomó otra aspirina y estaba esperando a que le hiciera efecto cuando un caballero llamó desde la recepción anunciándole en un tono tenso que el capitán

de las SS, el doctor Strelitz, estaba de camino hacia la suite de la señora. «¡Heil Hitler!»

Siguió una consulta breve. El médico se mostró satisfecho de volver a encontrarla en tan buen estado. Además sacó por sorpresa un ramo de flores encantador por encargo del señor Brunnmann junto con una tarjetita en la que ponía: «Con mis mejores deseos para el pronto restablecimiento de su salud», que se completaba con la oferta «de servir en todo momento y para cualquier asunto a la venerable señora».

La memoria de Elisabeth había borrado por completo los dos encuentros con el señor Brunnmann en la Cancillería del Reich. También se le había olvidado que por un momento creyó haber reconocido en él a Gustav. Extrañamente podía acordarse en cambio de todas y cada una de las palabras elogiosas sobre las cualidades del señor Brunnmann, que la cargante empleada de servicio había pronunciado en el baño de señoras.

El doctor Strelitz se despidió con el inevitable saludo hitleriano, y Elisabeth respiró hondo y se puso de inmediato a buscar ayuda entre los contactos que tenía a su disposición. Telefonó al despacho de Furtwängler («se encuentra en una grabación para la radio, pero la llamará enseguida que pueda, confíe, señora Malpran»), habló también con Bodenschatz, del despacho de Göring («se encuentra reunido con el *führer* y no, por desgracia no hay novedades, pero se las daremos en cuanto las tengamos»).

Elisabeth se acordó ahora de una recepción en Berlín de hacía tres años, en la cual le presentaron al embajador estadounidense, William E. Dodd, y a Martha, la atrevida hija del embajador. Sin más preámbulos, Martha Dodd intentó persuadirla para que aceptara actuar en la Ópera Metropolitana de Nueva York. Ese contacto le pareció ahora extremadamente valioso, y lo aprovechó de inmediato.

Para decepción suya le comunicaron que Martha Dodd había regresado a los Estados Unidos. Se limitaba a dejar recados en todas partes y se sentía agotada y frustrada a partes iguales por los continuos reveses y fracasos.

A Elisabeth le pareció que había llegado la hora de poner su fama en el platillo de la balanza. Retomó la idea que tuvo al recordar al fotógrafo americano detenido por la escolta de Göring.

No se le había pasado por alto que el gordo señor mariscal de campo cuidaba y disfrutaba de la compañía femenina. Sin embargo, a pesar de mostrar su fanfarronería sin ambages a la luz pública de la prensa, por lo visto no quería

aparecer en los titulares de un periódico con una dama que no fuera su esposa.

Conociendo a Emmy, su segunda esposa de carácter resuelto, una actriz mediana con una carrera corta, que mandaba que la llamaran «primera dama», sobraba cualquier otra explicación.

Elisabeth pensó para sus adentros que ciertamente existía una cantidad ingente de tiranos, pero al parecer, cada uno de ellos encontraba en algún momento a alguien que lo superara.

Por este motivo mandó a la centralita que le pusieran en contacto telefónico con Louis P. Lochner, el corresponsal de la agencia norteamericana de noticias más grande en Berlín, la Associated Press, y le ofreció —para sorpresa y alegría mayúsculas del periodista, ya que la famosa diva se había mostrado hasta el momento muy esquiva a los medios informativos— una entrevista en el hotel Adlon.

Elisabeth no tenía el propósito de dar a conocer a la prensa a través de Mr. Lochner el motivo real de su estancia en Berlín. Solo pretendía recordar a Hermann Göring que ella, Elisabeth Malpran, existía y que había otras personas que le prestaban atención.

Capítulo 18

MR. LOCHNER ESTABA casado con una alemana de alta alcurnia. Hablaba un buen alemán, mantenía muy buenas relaciones con los círculos elevados y, según había oído decir Elisabeth, se mostraba crítico frente al nacionalsocialismo.

Lochner, bajito y casi calvo, acudió enseguida, y Elisabeth le habló detalladamente sobre su vida privada con su marido y sus hijos y sobre lo mucho que le ilusionaba poder actuar ya pronto en el Covent Garden de Londres interpretando *La flauta mágica* de Mozart. En ninguna expresión ni en ningún gesto dejó traslucir su preocupación por su marido; tenía sus ventajas ser una artista formada en la disciplina dramática.

Sin embargo, sí mencionó, por supuesto como de pasada, la encantadora conversación que pudo mantener en una cena conjunta en el hotel Adlon con Hermann Göring, mariscal de campo y aficionado a la música, una conversación que giró en torno a la ópera.

Mr. Lochner escuchó todo con mucha atención e hizo muy pocas preguntas. Elisabeth supuso que él sospechaba que había algo más tras la repentina franqueza de ella, pero que él contenía con distinción sus ganas de saber, lo cual le pareció una cualidad asombrosa tratándose de un periodista.

Más tarde meditaría si el hombre había demostrado aquella buena paciencia simplemente porque presentía de manera intuitiva que iban a volver a encontrarse pronto. Fuera como fuera, se despidieron de manera más amistosa.

Al día siguiente, en todos los periódicos importantes aparecieron artículos exaltados sobre Elisabeth Malpran, la soprano más hermosa que jamás se había visto...

Elisabeth había conseguido lo que pretendía, atención pública. Su mensaje caló, pues la reacción no se hizo esperar mucho tiempo.

Ya hacia las once de esa misma mañana, el caballero enérgico de la recepción anunció la visita «del ayudante personal del señor mariscal de campo Göring, el señor Karl-Heinrich Bodenschatz. ¡Heil Hitler!».

BODENSCHATZ, CORONEL DE la fuerza aérea, había sido oficial adjunto del «Barón Rojo», Manfred von Richthofen, hasta su muerte. Göring había servido en la misma escuadrilla que ellos durante la Primera Guerra Mundial. Desde 1928, Bodenschatz trabajaba como oficial adjunto de Göring y mantenía una relación de amistad con él. Era su hombre factótum, especialmente para los asuntos más espinosos. Las tareas de su flexible puesto iban desde hacer de cabeza de turco hasta de mensajero de amores. Siempre bien informado y discreto, su sola visita a Elisabeth era ya más que elocuente.

Pero luego dijo algunas cosas más, aseguró a la artista tan apreciada por todos que realmente se estaba haciendo todo lo posible para aclarar las circunstancias de la desaparición de su esposo, y rogó con insistencia a la señora que se distanciara por el momento de otras citas con la prensa extranjera y que hiciera el favor de mostrar al señor mariscal de campo la confianza manifestada...

Y entonces introdujo un fantasma terrible en su conversación. Al ver la expresión atormentada en el rostro de Bodenschatz, Elisabeth creyó que estaba padeciendo un dolor de muelas. Aunque el hombre no lo pronunció directamente, Elisabeth lo entendió a la perfección. Estaba exhibiendo el medio que el gobierno en el poder empleaba siempre con absoluta devoción: la amenaza. Le dijo que la venerable señora tenía que pensar ahora exclusivamente en sus dos hijos, que la prensa no siempre era muy remilgada a la hora de conseguir informaciones y tal vez se atrevía a sacar provecho de la situación.

—¡Piénselo bien, señora! Seguramente no querrá usted arriesgarse a que una turba de periodistas se aproveche de su presencia aquí en Berlín y a que sus queridos hijos queden expuestos al acoso en su ámbito privado.

Elisabeth comprendió perfectamente la alusión de Bodenschatz. No era por parte de la prensa de quien había que temer el acoso en Múnich...

Y como si aquello no fuera ya de por sí suficiente, el oficial adjunto de Göring, como quien no quiere la cosa, dejó encima de la mesa una carpeta de color marrón tras despedirse haciendo sonar los tacones de sus botas militares.

Elisabeth encontró dentro algunos folletos: «El Reich alemán y el *führer* informan». En la parte superior destacaba el decreto de las Leyes de Núremberg del año 1935 con el bello y patriótico rótulo: «Ley para la protección de la sangre alemana y del honor alemán».

En ellos podía leerse en letra impresa que los hijos de matrimonios mixtos entre judíos y arios eran considerados mestizos de primer grado. En lenguaje

claro aquello significaba, por supuesto, que los nuevos señores consideraban semijudíos indeseados a Déborah y al pequeño Wolfgang. Los folletos tenían como objetivo sellar la boca de Elisabeth.

Y Elisabeth pensó que de igual manera que los nazis no se andaban con chiquitas en sus acciones, también eran muy poco sutiles en la aplicación de sus métodos. Tenían manos torpes y pensamientos torpes, y ella no quería seguir pensando en esa autoproclamada raza superior porque se ponía enferma de indignación. Por dentro estaba furiosa. ¡Emplear contra ella a sus propios hijos como medida de presión!

El señor Bodenschatz podía considerarse afortunado de haber emprendido la retirada hacía rato ya, de lo contrario se habría llevado una buena. En cambio, el Adlon necesitaba ahora una nueva cafetera, y la alfombra había quedado hecha una pena.

TRAS ESA BREVE descarga temperamental, Elisabeth se entregó unos breves instantes a la sensación del triunfo, ya que suponía que sus hijos hacía tiempo ya que se encontraban fuera del país y a salvo. Desde su partida de la estación central de Múnich, sobre la cual Göring parecía no estar al corriente —no podía interpretarse de otra manera la intervención de su ayudante con su vulgar advertencia—, habían transcurrido dieciocho horas.

Así pues, Magda y los niños hacía ya rato que debían haber cruzado la frontera hacia la Francia libre por Estrasburgo, era posible incluso que hubieran llegado ya a París. Como mucho en otras dieciocho horas, la inquebrantable Magda y los niños se encontrarían cruzando el canal de la Mancha en dirección a Dover, donde los iría a buscar Paul, el hermano de Gustav, para darles cobijo seguro.

Como ocurre con todas las sensaciones de triunfo, también ésta se disipó enseguida porque todavía no se había producido la llamada de Paul desde Dover, ni se había aclarado la suerte de Gustav, y el dolor de cabeza volvía a atormentarla con saña.

De ahí que Elisabeth hiciera la única cosa sensata en su situación: se tomó un medicamento contra el dolor de cabeza y decidió tumbarse en el sofá por algunos instantes. Se quedó dormida. Cuando despertó de sus sueños inquietos, hacía rato que la habitación se había quedado a oscuras. ¡Elisabeth constató con espanto que había dormido durante seis horas seguidas!

Acto seguido preguntó a recepción si había habido llamadas para ella durante

ese tiempo. Para disgusto suyo se enteró de que había descuidado varias llamadas telefónicas. Habían llamado varios periodistas y también el señor Furtwängler, una señora Martha Dodd de ultramar y un caballero extremadamente impetuoso y agitado que se había dado a conocer como el mánager de ella. «Pero la señora, a través del señor Bodenschatz, había dejado al mediodía el recado de que no se la molestara. Por ese motivo no le hemos pasado las llamadas a la habitación. ¡Heil Hitler!».

Elisabeth deseó al señor Bodenschatz el purgatorio de Dante para los próximos mil años y abroncó al pobre empleado del hotel hasta dejarlo con las piernas temblando. Le dijo que solamente a ella, a la señora Malpran, le correspondía decir cuándo había que pasarle o no las llamadas a la habitación. ¡Válgame Dios!

A continuación fue consciente de que se sentía mucho mejor que por la mañana, y que la mejor medicina contra un resfriado con fiebre no era el descanso sino un acceso vívido de ira. Incluso volvía a sentir un poco de apetito y pidió que le subieran una cena ligera a su *suite*. Un botones bajito vestido con un uniforme rojo le trajo inmediatamente todos los recados.

Entretanto ya habían pasado 24 horas desde el comienzo del viaje de sus hijos. Elisabeth había especulado con la posibilidad de que Magda la llamara desde París; así lo habían acordado siempre y cuando hubiera suficiente tiempo durante el transbordo. Pero se contentó con la esperanza de que como muy tarde a la mañana siguiente se produjera la anhelada conferencia desde Londres. Efectuó una llamada a su vivienda de la Prinzregentenplatz, y una reestablecida Otilie aseguró a la señora que en casa todo estaba en perfectas condiciones, sólo que un poco vacía sin los chicos ni el perro salchicha.

Luego telefoneó a su agitado mánager que se había subido a todas las paredes austrohúngaras y ahora estaba en caída libre porque ella se demoraba todavía en Berlín (¡y había tenido que enterarse por el periódico!) y no se hallaba de camino a Londres. Para librarse de su locuaz interlocutor, le aseguró que cumpliría por supuesto con su compromiso en el Covent Garden y que tan solo iba a llegar un poco más tarde de lo acordado.

El señor Furtwängler volvía a no estar localizable por teléfono. La centralita del Adlon comunicó que lo lamentaba mucho, pero no había podido establecer una conferencia con Martha Dodd en Nueva York.

A pesar del enfado de Elisabeth con Bodenschatz, llamó a la Cancillería del Reich. No iba a permitir que la amedrentaran, ni tampoco iba a desistir de su

empeño. Sin embargo, ni Göring ni Bodenschatz estaban localizables o puede que no quisieran hablar con ella. Ignoró por el momento los recados de los periodistas, pero se los guardó para más tarde.

Elisabeth seguía sintiendo una cierta debilidad y un picor en la garganta, pero como era una noche templada de junio, decidió que un pequeño paseo al aire libre iba a contribuir a su completo restablecimiento.

Se vistió con un conjunto de color borgoña y un sombrero a juego, se puso con todo cuidado unas medias negras de costura americana y se calzó los zapatos de tacón. El rojo oscuro le quedaba formidablemente. Revisó su apariencia en el espejo, y al hacerlo le sobrevino una inesperada sensación de confianza absoluta de que todo iba a dar un giro hacia lo mejor.

En el vestíbulo le aguardaba una inoportuna sorpresa. Bodenschatz no había subestimado para nada la pesadez de la prensa: una abigarrada tropa se había congregado allí y asedió de inmediato a Elisabeth como una bandada de gansos a los que hay que dar de comer. Al mismo tiempo graznaban todos a lo bestia, y salían los flashes de muchas cámaras fotográficas que parecían flotar como por arte de magia por encima de la multitud.

La señora Elisabeth Malpran estaba realmente encantadora para las maravillosas tomas que aparecerían al día siguiente en varios periódicos para la admiración general. El paseo se quedó en nada porque Elisabeth prefirió regresar a su *suite* a la vista de aquella concurrencia. Hasta ahí había llegado su sensación de incipiente confianza absoluta.

Mientras se quitaba las horquillas del pelo con las que se había sujetado aquella miniatura de sombrero, no tuvo más remedio que pensar en su mánager, una persona hábil para los negocios, que se había indignado al teléfono por la entrevista gratuita que había ofrecido ella a la Associated Press, porque «¡toda entrevista debe tener su precio!». (De acuerdo con lo estipulado en el contrato, le correspondía el veinte por ciento de los ingresos de Elisabeth).

Ahí estaba de nuevo en su *suite* sin saber qué hacer durante esa larga tarde. Iba de un lado a otro de la habitación como un animal enjaulado, y además, condenada a esperar una noticia sobre Gustav o sobre sus hijos. En algún momento cayó rendida en la cama.

A una hora muy temprana de la mañana siguiente despertó con los miembros entumecidos. Lo primero que hizo fue intentar dar con Paul, el hermano de Gustav, en Londres. La centralita del Adlon volvió a lamentar la falta de éxito en sus intentos de establecer conexión:

—No se debe a un fallo técnico nuestro, señora, sino de los británicos.

Elisabeth se temió entonces que ese mal funcionamiento podía producirse en sentido inverso y que, por tanto, tampoco Paul estaba en disposición de contactar con ella en el Adlon.

A eso de las nueve de la mañana se le ocurrió una idea. Llamó por teléfono de nuevo a Mr. Lochner de la Associated Press y le preguntó si sería posible utilizar su teléfono para una llamada a Londres.

Mr. Lochner aceptó encantado porque contaba con otra entrevista en exclusiva, y elogió su fino olfato que había detectado desde el principio que la estancia de la señora Malpran en Berlín escondía en el tintero alguna historia importante.

Elisabeth, a quien la experiencia había vuelto muy prudente, se informó primero en recepción sobre lo que había sido de la jauría de la prensa acampada en el hotel. Le dieron la respuesta satisfactoria de que habían limpiado el vestíbulo. A saber lo que había que entender con esa expresión.

Elisabeth se subió a un taxi, y desde la oficina de la Associated Press consiguió sin mayor demora dar con su cuñada Annabelle en Londres.

Annabelle era una criatura vital, continuamente en movimiento. Le comunicó con agitación que Paul se había trasladado a Dover la tarde anterior tal como habían acordado. Su intención era pernoctar allí porque el ferry arribaba muy temprano por la mañana. Elisabeth le dejó el número del despacho de Mr. Lochner para que llamara allí en todos los casos y le pidió el número de teléfono del hotel de Paul. Llamó allí, pero Paul ya había realizado los trámites de salida del hotel. Por esta razón, Elisabeth se apresuró a regresar al Adlon, el primer lugar al que Paul trataría de llamarla, y esperó. Y esperó. Hora tras hora. Durante la espera la llamó Mr. Lochner una vez para comunicarle que la esposa de Paul había telefoneado para decirle que Paul no le había dado noticias hasta el momento.

LOS NERVIOS DE Elisabeth amenazaban ya con fallar cuando desde recepción le anunciaron la visita de Mr. Louis P. Lochner, y Elisabeth se precipitó a su encuentro en el pasillo.

Mr. Lochner daba vueltas a su sombrero con los dedos de una manera que no presagiaba buenas noticias. Y eso explicaba también que hubiera acudido en persona a verla. Le dijo que el señor Paul Berchinger, hermano de Gustav, le había llamado a él después de no poder dar con ella en el Adlon. Paul había

acudido ya a la arribada de dos ferrys al puerto de Calais, pero que los niños y Magda no aparecieron en ninguno de los dos. Iba a esperar esta tarde al próximo y último ferry del día y que volvería a llamar.

Elisabeth se vino abajo y Mr. Lochner, que ya no pensaba en su entrevista sino solamente en la madre preocupada por sus hijos, le prestó una enorme asistencia. Pidió café y coñac, y administró la mezcla a Elisabeth sin presentir que Elisabeth se había tomado dos pastillas con el estómago en ayunas para mitigar los intensos dolores de cabeza que le habían sobrevenido de nuevo. Se puso tan mala, que Mr. Lochner tuvo que acompañar al baño a la mujer tambaleante.

Elisabeth regresó con gesto confundido al cabo de quince minutos y con el estómago nuevamente en ayunas. Mr. Lochner obtuvo ahora su exclusiva con Elisabeth Malpran, pero fue una entrevista que jamás publicaría, y es que Elisabeth, que había adquirido confianza en ese hombre, le habló de su plan para emigrar de Alemania.

Mr. Lochner, que ya había visto bastantes cosas en su vida, sobre todo desde que informaba acerca del Reich alemán, se quedó sorprendido de que ella y su marido no hubieran procedido al revés. Por Dios, ¿por qué la había precedido su marido y con su propia identidad? ¿No habría sido mejor que hubieran viajado ella y los niños antes, y que él lo hubiera hecho después con una identidad falsa?

Elisabeth replicó que había viajado con papeles falsos, y entonces se puso completamente pálida, y se le dilataron los ojos de color violeta. Mr. Lochner temió de inmediato nuevas arcadas y miró a todos lados en busca de un recipiente adecuado. Sin embargo, Elisabeth no vomitó sino que dijo:

—Dios mío, mi marido no viaja como el doctor Gustav Berchinger, sino como Peter Friehling.

Mr. Lochner dijo:

—Supongo que no le habrá contado usted eso al señor Göring, ¿verdad?

—No, por supuesto que no —respondió Elisabeth y miró a Mr. Lochner, mucho más experto que ella en asuntos conspirativos, como si le exhortara a que le ofreciera soluciones.

—Hum —hizo Mr. Lochner rascándose la barbilla.

En algún lugar de la cabeza de Elisabeth, un diapason sonaba con notas desafinadas comunicándole que no iban a gustarle los pensamientos que venían a continuación de ese «hum» de Mr. Lochner.

—Bueno —dijo Mr. Lochner aclarándose la voz. En ese breve sonido había

un titubeo manifiesto para desembuchar sus reflexiones. Entretanto y de algún modo, el desdichado sombrero de Mr. Lochner había ido a parar a las manos de Elisabeth y ya podría volver a cumplir su función—. Bueno, hay dos posibilidades, señora Malpran. El señor Göring no le ha preguntado porque conocía desde hacía tiempo su plan para huir a Inglaterra y ha estado jugando con usted. O bien, la desaparición de un ciudadano judío simplemente no es de su incumbencia. Sabemos que nuestros «arios de pura raza» —había mucho desprecio en la manera en que pronunció esas cuatro palabras— están afanándose por barrer del país con una escoba de hierro a todos los elementos indeseados. Por eso se ponen contentos cada vez que uno de ellos se va voluntariamente. En el caso de que fuera válido lo primero, entonces la pregunta sería la siguiente: si los nazis no tienen a su esposo, ¿quién lo tiene entonces?

Con espanto se le pasó a Elisabeth por la cabeza el viejo revisor en Múnich.

—Mr. Lochner, creo que podemos estar seguros de que está en manos de los nazis.

Le informó brevemente acerca de ese hombre, del miedo inconfundible que afloró en sus ojos y de sus miradas a uno y otro lado como si temiera ser el centro de las atenciones pardas.

—Bien, entonces volvamos a pensar todo otra vez. Tendríamos el asunto de la documentación falsa que identifica a su marido como un ario de viaje. O bien han descubierto que los papeles están falsificados y lo han detenido por esa razón, o los nazis sabían de antemano quién era porque estaban al tanto de su plan desde el comienzo. En el primer caso lo habrá interrogado la policía; en el segundo, lo habrán hecho o bien las SS o bien la Gestapo.

Elisabeth empalideció al oír la palabra «interrogado», porque sabía lo que significaba.

—Pero ¿qué es lo que debo hacer entonces, Mr. Lochner? ¡Tengo que salvar a mi marido! —exclamó Elisabeth con desesperación.

—Yo le recomendaría lo siguiente, señora, aunque sé que le resultará difícil hacerlo. En cuanto sepa que sus hijos están a salvo, debería volver a contactar con Göring e informarle de que su marido viajaba con la identidad de Peter Friehling. Le recomiendo que le haga esta confesión a ser posible con muchas lágrimas. Göring parece ser muy receptivo al llanto, o en todo caso eso es lo que se cuenta por ahí. Me temo que no puedo ayudarle con otros consejos, señora.

Mr. Lochner se levantó y se sirvió un coñac. La conversación enmudeció, y ambos miraron al mismo tiempo al teléfono negro. Sin embargo, el conjuro

conjunto de técnica y de baquelita fracasó... El aparato no dio ninguna muestra de deferencia y permaneció mudo; de una manera despiadada no irradiaba otra cosa que la melancolía de un objeto muerto.

Cuando se despidió Mr. Lochner, prometió ponerse en contacto más tarde con la señora Malpran.

Elisabeth lo llamó de nuevo cuando éste se encontraba ya en la puerta. Su voz estaba extrañamente tensa como si ya conociera la respuesta a una pregunta que acababa de formularse ella misma:

—Mr. Lochner, por favor, sea usted sincero conmigo. ¿Van a ponerse aún peor las cosas? La seguridad, ¿es solo un sueño de las madres?

Mr. Lochner se giró hacia ella y la vio apesadumbrada. En la tristeza de su mirada reconoció que la pregunta no incluía solamente a su marido y a sus dos hijos, sino el destino de todas las minorías que convivían en el país, de todos aquellos desdichados que habían pasado a ocupar el centro de la política sin respeto por la dignidad humana que llevaban a cabo los nacionalsocialistas. No pudo evitar recordar lo que Elisabeth le había contado de su hijito, que tenía una pierna algo más corta y que por ello cojeaba, y de los rumores que corrían por ahí de que Hitler, a quien él había conocido y entrevistado en persona, planeaba erradicar a las personas con defectos físicos.

Probablemente habían dado comienzo ya a ese plan pues, para su labor maligna, los nazis estaban erigiendo campos de concentración por todas partes en el país. Además se rumoreaba en sus círculos acerca de esterilizaciones forzosas de discapacitados con las que el régimen pretendía impedir que pudiera reproducirse ese «tipo indeseado de personas con malformaciones». Por lo visto existía al respecto una orden del *führer* por escrito, mantenida en secreto.

Algo en los ojos y en la actitud de la cantante delataba a Mr. Lochner que ella, mediante su pregunta, no esperaba de él de ninguna manera que la tranquilizara falsamente o que le confirmara que mucho de lo que se oía sobre los planes y chanchullos de los nazis no eran más que rumores infundados, cháchara estúpida a la que no había que prestar demasiada atención. Louis P. Lochner reconoció con sorpresa que ella, en el fondo del corazón, hacía mucho tiempo que conocía la verdad. Y que disponía de suficientes agallas para soportarla.

Por esta razón replicó él con sinceridad:

—Me temo que van a ponerse mucho peor las cosas, señora Malpran. Pienso, como muchas otras personas en el país, que va a venir otra guerra grande.

Se despidió, y mientras dejaba a la cantante y se apresuraba en dirección al ascensor, no solo creía en lo que acababa de decir sino que lo sabía. Estaba tan seguro de eso como de que jamás volverían a salirle cabellos en la cabeza.

Mr. Louis P. Lochner iba a tener razón. Más de un año después llegó el momento: Hitler ordenó la guerra ofensiva sobre Polonia, y Mr. Lochner fue el primer periodista americano que acompañó a los soldados alemanes en la campaña de Polonia.

Por sus reportajes de guerra, tan realistas como críticos, recibió en 1939 el premio Pulitzer. Pero en 1941, se volvió tan incómodo para los nazis por sus valientes artículos que no tardaron en internarlo.

Al final de la guerra, en 1945, Mr. Lochner se encontraba entre los primeros periodistas que pudieron visitar el campo de concentración en Dachau para documentar y fotografiar el sufrimiento vivido allí para que las generaciones venideras aprendieran de ello para el futuro.

Capítulo 19

ELISABETH PASÓ DOS días más en el infierno de la incertidumbre, dos días en los que ella, como teledirigida, desarrolló diversas actividades porque cualquier cosa era mejor que estar sentada esperando.

Realizó un sinnúmero de llamadas telefónicas, tan desesperadas como infructuosas a Paul, el hermano de Gustav, no durmió apenas, y comió y bebió solo lo suficiente para no desmoronarse por completo.

Volvió a encontrarse una vez más con Göring en la Cancillería del Reich y dinamitó en ella su última esperanza en la carrera con Goebbels por la copa Elisabeth; telefoneó a Furtwängler y a Martha Dodd así como al antiguo director de la Cámara de Música del Reich, Richard Strauss, quien, sin embargo, se comportaba de forma discreta con la batuta porque tenía una nuera judía. De todas maneras le prometió que intentaría estar al tanto de lo que se decía, de la misma manera que todos los demás también le dieron apoyo y ánimos.

Su situación presente parecía también una venganza por el hecho de que desde su única actuación en Bayreuth en 1931 y la detención de Gustav al año siguiente mientras investigaba la desaparición de Otilie, solo había actuado en escasas ocasiones en Alemania y su carrera se había concentrado exclusivamente en otros países de Europa. Sus contactos, que en otro tiempo tenía a montones, ahora escaseaban y se habían distanciado en parte de ella.

QUIZÁ POR ESTA razón, el 17 de junio, día en el que Déborah cumplía catorce años, no rechazó la invitación del señor Brunnmann a cenar, a pesar de que en lo que menos pensaba era en pasar una tarde con compañía. El señor Brunnmann resultó ser un anfitrión extremadamente cultivado y discreto, que al final se ofreció compasivamente a realizar a título personal las pesquisas necesarias sobre el paradero de los hijos de la señora Malpran.

Elisabeth se lo agradeció con toda sinceridad porque creyó haber percibido que él estaba interesado en efecto en ayudarla, aun cuando aquel hombre era un

enigma debido a su impenetrabilidad. También creía haberse topado con él en otro momento, y cuando ella formuló esta suposición, él replicó:

—Por supuesto que ya he tenido el placer de encontrármela a usted anteriormente. Pude admirarla en el ejercicio de su arte en Roma, en París y en Bruselas, pero allí yo solo era uno más entre muchos en la platea. Sin embargo, sin duda se acordará usted de que nos encontramos hace dos días en la Cancillería del Reich, ¿verdad?

Elisabeth contestó con elegancia y con toda sinceridad que lamentablemente había olvidado ese momento, pero se disculpó aduciendo que aquel día tenía fiebre y se encontraba muy alterada, y que solo guardaba en su memoria retazos de los sucesos de todo aquel día.

Durante la noche estuvo dando vueltas en un duermevela inquieto. Soñó con Gustav saliendo a su encuentro desde un largo pasillo de luz. Pero en el momento en que se encontraba directamente ante ella, no era Gustav, sino Albrecht Brunnmann. Y allí donde debían encontrarse los ojos de él, se abrían dos agujeros profundos y oscuros.

Elisabeth despertó profiriendo un grito terrible y con temblores en todo el cuerpo.

MR. LOCHNER SE convirtió en un auténtico amigo durante esos días terribles. Tomó sus propias iniciativas y contactó con periodistas amigos de todo el Reich que le prometieron, todos sin excepción, que mantendrían los ojos abiertos y aguzarían los oídos para investigar tanto sobre la ruta de viaje de los niños como sobre la de Gustav Berchinger.

Pero todos los esfuerzos se estrellaron contra los poderosos molinos nazis. No fue sino más tarde cuando Elisabeth comprendería que se había topado aquí con el arma más efectiva del régimen nacionalsocialista, su única y verdadera arma milagrosa: la facultad de devorar personas por completo y de hacerlas desaparecer para siempre en las tierras bajas del mal.

Pese a haber llegado al límite de sus fuerzas, Elisabeth se levantaba de nuevo una y otra vez con la energía de una madre, daba vueltas sin descanso a nuevas ideas y hasta había puesto un parte de desaparición en la policía. Para el día siguiente planeó alquilar un coche con chófer y realizar el trayecto hasta la frontera franco-alemana que sus hijos habían hecho en tren.

Mr. Lochner le rindió una nueva visita la víspera, el segundo día desde la desaparición de sus hijos y el quinto desde la de Gustav.

Le conmovió el aspecto de su figura delicada y pálida. Había conseguido por fin persuadir a Elisabeth para que se tomara al menos una infusión y algunas cucharadas de un consomé ligero, cuando llamaron enérgicamente a la puerta. Alguien abrió sin esperar respuesta, y Elisabeth fue arrollada por un montón de brazos y piernas.

Aquello resultó ser demasiado para la pobre después de los agobios de los últimos días: se sumergió en una súbita negrura y procuró un susto de muerte tanto a la visita presente como a los recién llegados.

Cuando fue volviendo despacio en sí, percibió algo húmedo en la frente que resultó ser una manopla para el baño, algo pesado sobre las piernas que parecía ser un perro salchicha, y después de parpadear con cuidado —por temor a haber experimentado alegría únicamente en sueños— descubrió a su lado las caras temerosas pero tensas de expectación de sus hijos. Casi estuvo a punto de volver a caer desmayada si no hubiera estado ya tumbada.

¡Aquello sí que fue todo un júbilo! Y Mr. Lochner —con sombrero nuevo— tenía una sonrisa de oreja a oreja. Albrecht Brunnmann, que había traído a los niños, se mantenía discretamente en un segundo plano en aquella conmovedora fiesta del reencuentro.

Se encontraba tan rendida por la embriaguez de la alegría, que Elisabeth necesitó algún tiempo para ser plenamente consciente de la presencia allí de Brunnmann. También los niños, sobre todo el pequeño Wolfgang, estaban rebosantes de palabras y de lágrimas. Pero había algo en los ojos de su hija Déborah, una queja que tenía el efecto de un susto permanente.

Entonces fue cuando Elisabeth comprendió por qué la dicha no era completa, por qué Déborah titubeaba en la expresión de su alegría:

—Pero ¿qué ocurre con nuestra Magda, la joven institutriz de mis hijos? ¿Dónde está? ¿No está aquí?

Y todos en la habitación, incluida *Biene*, la perra salchicha, dirigieron las cabezas como en una sincronización estudiada hacia el señor Brunnmann. Él accedió a esta reclamación tácita, como si hubiera estado esperando su intervención:

—Su institutriz se encuentra todavía bajo arresto en Stuttgart, señora. La tomaron erróneamente por una ladrona ya que en su equipaje le encontraron una gran cantidad de joyas valiosas. Por desgracia todavía tengo que realizar algunas gestiones para su puesta en libertad.

—¡Pero santo cielo! ¿Qué disparate de historia es ésa? ¡Magda no es ninguna

ladrona! Se trata de mis propias joyas. Yo se las confié personalmente a Magda. Es inocente y hay que ponerla en libertad inmediatamente.

—Por supuesto, señora Malpran, y soy también muy optimista, pero se necesitan todavía uno o dos días hasta que estén resueltas todas las formalidades. Confiscaron las joyas como pruebas, pero ya me estoy ocupando de su devolución. Le propongo que disfrute ahora del encuentro con sus hijos y permítame que me ocupe yo de su institutriz. Mañana volveré a hacerle una visita. El equipaje de sus hijos se halla en el vestíbulo del hotel y se lo traerán a su *suite* en cuestión de unos pocos minutos. Yo me despido ahora, señora, y le deseo una agradable tarde rodeada de sus hijos.

Sus palabras habían sonado corteses, pero de alguna manera tenían también un tono determinante, como si el señor Brunnmann no previera contestar a más preguntas. Se dirigía ya a la puerta cuando Elisabeth reaccionó a tiempo:

—Disculpe, por favor, señor Brunnmann. Me he mostrado descortés con usted. Me trae a mis hijos y yo ni siquiera le he dado las gracias. No crea que no sé valorar sus esfuerzos, pero nuestra institutriz Magda lleva ya mucho tiempo con nosotros en casa. Para mí pertenece también a la familia. Es muy importante para mí que no le suceda nada malo. Por ello le ruego fervorosamente que haga todo por nuestra Magda, de la misma manera que ha intervenido usted en favor de mis hijos. Le quedaría muy agradecida.

El señor Brunnmann soltó el pomo de la puerta y regresó. Realizó una reverencia ante Elisabeth y tomó la punta de los dedos que ella le ofreció con su característico e inimitable donaire. Ejecutó el besamanos con toda formalidad, sin que sus labios tocaran el dorso de la mano de Elisabeth. A continuación se irguió e indagó durante unos breves instantes en el rostro de Elisabeth, como si buscara en él una confirmación de sus últimas palabras antes de abandonar la habitación con largos pasos silenciosos.

Elisabeth lo siguió con la mirada. Nunca antes se había encontrado con un hombre de esa estatura que se moviera con esa tranquila agilidad. Pero había notado algo en las profundidades de sus ojos que la desconcertó brevemente. No obstante, estaba demasiado distraída con sus hijos como para poder darle más vueltas a esa percepción.

Mr. Lochner también se despidió de ella. Las siguientes horas, Elisabeth iba a estar absorbida por completo por sus hijos.

El pequeño Wolfgang y Déborah, pero también *Biene*, necesitaban urgentemente un baño, y pronto estuvieron todos en el agua. La espuma, para

alegría de Wolfgang, sobresalía por el borde de la bañera; no era de extrañar pues había echado en ella un frasco entero de gel de baño.

Entretanto habían traído las maletas, y los niños estaban sentados en el sofá con los pijamas limpios. Elisabeth mandó que les trajeran una cena abundante, y Wolfgang la atacó de inmediato. Elisabeth se puso contenta con su sano apetito porque demostraba que su hijo había salido ileso de la experiencia vivida. Al menos parecía no haberle afectado al estómago.

Con Déborah, las cosas eran diferentes. Fue picando de todo un poco y decía que no tenía hambre. Elisabeth contemplaba a su hija con gesto de preocupación. Déborah daba la impresión de estar agitada. ¿Se debía a que Magda había tenido que quedarse en la cárcel, o había algo más detrás?

A Elisabeth se le pasaron por la cabeza miles de cosas terribles que podían sucederle en la cárcel a una chica joven e inocente como Déborah. Únicamente con el mayor autodominio consiguió luchar contra el horror que iba apoderándose de ella. A pesar de temer por la respuesta, le preguntó ahora:

—¿Qué tienes, Déborah? ¿No me vas a contar lo que sucedió?

Déborah negó con la cabeza y señaló a su hermano que estaba masticando con los carrillos llenos.

—Luego, mamá, cuando duerma Wolfgang.

Pero el pequeño estaba demasiado animado como para pensar ahora en dormir. Le rebosaba precisamente la necesidad de comunicar y ya era la tercera vez que relataba la historia de su detención por la policía en la estación de Stuttgart, cómo los habían separado de Magda, cómo *Biene* mordió a un policía en la pantorrilla, y cómo él, Wolfgang, le había gritado «¡córre, *Biene!*» y cómo la perra salchicha se largó de allí rápidamente justo cuando el policía desenfundaba su pistola. Para el pequeño Wolfgang, la experiencia vivida existía más bien en la forma de una aventura excitante, tal como debían existir sus héroes de los libros de Karl May. Si lo habían tratado con rudeza, o si había pasado hambre y frío, eso tenía que ser así porque en una aventura de verdad debía haber también un poco de sufrimiento. ¿Cómo lo iban a festejar después como a un héroe si no?

Puede que su lógica fuera conmovedoramente infantil, pero en este caso había cumplido su cometido y le había protegido de la conmoción que sí había experimentado su hermana Déborah.

El pequeño Wolfgang había pasado la mayor parte del tiempo al cobijo de los brazos de su hermana mayor. Tal vez residía aquí la explicación del agotamiento

tanto físico como mental de Déborah, ya que se había propuesto que su hermano no sufriera ningún temor, le dio calor, le entregó su propia ración escasa de comida, veló su sueño y le espantó todo bicho reptante.

Finalmente se le cerraron los ojos al pequeño. Justo acababa de decir algo y un instante después hundía su cabeza sobre el hombro de Elisabeth. Ella besó su tierna frente, lo levantó en brazos y lo llevó a la cama.

El amor y la ternura la vencieron casi con una sensación dolorosa al acomodar en los brazos el peso cálido de su hijito. Lo acostó y le tapó con sumo cuidado, como si el niño fuera frágil. Le resultó difícil apartarse de la visión sosegada de su hijo por la felicidad que le deparaba el simple hecho de poder mirarlo dormir. Durante más de dos días había implorado ese momento, y ahora estaba allí.

Al mismo tiempo sentía la presencia inquieta de su hija, percibía su horror secreto, un asunto sobre el que debía hablar con ella en calidad de madre. Elisabeth temía ahora conocer la verdad, igual que le asustaba la responsabilidad que Déborah iba a trasladar ahora sobre ella. Esperó fervorosamente estar a la altura de las circunstancias en su papel de madre, de modo que Gustav pudiera estar orgulloso de ella. Pero sobre todo rezaba por encontrar las palabras correctas para infundirle consuelo y fortaleza y procurar un alivio al ánimo vulnerado de Déborah.

Elisabeth se sentó a su lado y tomó las manos frías de su hija entre las suyas. Se las frotó con un gesto familiar, tal como solía hacerlo cuando Déborah se quejaba de que tenía las manos frías. Las manos de Déborah eran bonitas, delgadas y gráciles, y ágiles por el hábito de tocar el piano.

Déborah comenzó ahora su relato de lo sucedido, que era muy diferente al que había realizado el pequeño Wolfgang. Mientras madre e hija mantenían las manos unidas y compartían su calor, ella contó cómo dos policías entraron en su compartimento del tren en la estación central de Stuttgart, les pidieron la documentación y acto seguido afirmaron que había algo que no estaba bien en los papeles y que por esa razón debían acompañarlos, de cómo Magda se les encaró con valentía y enseguida les ofreció que telefonaran a la señora Elisabeth Malpran, la cantante famosa que estaba alojada en el hotel Adlon de Berlín, la capital del Reich, y que ella confirmaría la validez de sus datos.

Pero aquellos hombres no quisieron hacer caso a Magda; en su lugar la agarraron y la sacaron del compartimento tirándole del pelo. El pequeño Wolfgang comenzó a llorar, pero Magda se dirigió a él diciéndole que todo

aquello era solo una broma y que no dolía nada. Puede que Wolfgang se lo creyera, pero no así *Biene*, que mostrando los dientes se abalanzó sobre la pierna de uno de los policías. El otro desenfundó su arma, el pequeño Wolfgang gritó «¡corre, *Biene!*» y Magda imploró: «¡Por Dios, caballeros! No irán ustedes a disparar a niños pequeños y a perros. Ya está bien. Iremos con ustedes.»

Biene pudo escapar de aquel tumulto general.

Se los llevaron de allí en un camión y los arrojaron en la celda de una cárcel. A Magda la vinieron a buscar al poco tiempo, y Déborah no la había vuelto a ver desde entonces.

Déborah y el pequeño Wolfgang pasaron dos días solos en la cárcel. Había poca comida, no había nada para asearse, y para sus necesidades disponían de un cubo de hojalata abollado con una simple tapa. Déborah intentó una y otra vez iniciar una conversación con la vigilante amargada, pero ésta era o estúpida o muda, o presumiblemente ambas cosas a la vez. Finalmente empleó todas sus fuerzas en ocuparse del pequeño Wolfgang, le contó todas las historias que había leído y le cantó todas las canciones que había aprendido para protegerlo del aburrimiento o del miedo.

Elisabeth dio las gracias a Dios por tener aquella hija, y en ese mismo instante lo inculpó: ¿Cómo podía permitir Él las acciones de personas así? ¿Qué bestias eran aquéllas que podían hacer semejantes cosas a niños inocentes?

Pero los días pasados en la cárcel no eran el horror de Déborah propiamente dicho. Éste no se manifestó hasta el momento en el que contó a su madre cómo el señor Brunnmann llegó y los liberó de la celda de la cárcel.

El señor Brunnmann armó primeramente un buen escándalo porque «allí se había cometido el craso error judicial de encerrar sin motivo a los hijos de la famosa cantante Elisabeth Malpran a quien el *führer* tiene en mucho aprecio».

Como Déborah se negó en firme a salir de allí sin Magda, fue testigo de la conversación entre el señor Brunnmann y el director de la cárcel a través de las paredes finas de la habitación contigua en la que les mandaron esperar a ella y al pequeño Wolfgang. Oyó cómo el director señalaba que el interrogatorio de la sospechosa no había aportado más datos a la luz del día, pero que sí, en cambio, había ocasionado daños físicos.

—Lamentablemente —dijo el director sin el menor atisbo de lamento— nuestro hombre puso excesivo empeño en el cumplimiento de sus funciones. La mujer no se encuentra en buen estado. Un transporte podría arruinarla definitivamente.

Déborah entendió de inmediato que esa conversación solo podía significar una cosa: que habían maltratado de mala manera a Magda en los dos últimos días.

De todas formas también oyó cómo el señor Brunnmann ordenaba los mejores cuidados médicos para Magda y quería estar informado de inmediato cuando la mujer estuviera de nuevo recuperada para poder realizar el viaje de vuelta a Múnich.

Salieron de la cárcel bajo una lluvia torrencial. Cuando se acercaban a la limusina negra de Brunnmann, tuvieron la primera sorpresa agradable de los últimos días: a juzgar por su aspecto sucio y su estado semihambriento, la fiel *Biene* se había pasado todo el tiempo de guardia frente a la cárcel. Ahora se precipitaba a ellos gimiendo.

El señor Brunnmann aceptó sin pestañear que la perra completamente calada se subiera a su coche bien cuidado. Fue ése un momento en el que se ganó la confianza de Déborah.

Al final de su informe, Déborah se echó a llorar con el cuerpo temblando y la cabeza recostada en el hombro de Elisabeth. En algún momento, mucho más tarde, alzó su rostro hinchado y preguntó a su madre:

—Mamá, es terrible lo que le han hecho a Magda. ¿Cómo puede una persona torturar a otra voluntariamente y hacerle tanto daño que esté a punto de morir? ¿Y dónde está papá? ¿Qué ha sucedido con él? Si lo detuvieron, ¿le habrán hecho el mismo daño que a Magda? Tengo mucho miedo, mamá.

Elisabeth mantuvo a su hija toda la noche en brazos, después de haber llorado las dos juntas hasta quedarse dormidas. Elisabeth se propuso firmemente pedirle al día siguiente al señor Brunnmann que organizara todo lo necesario para poder viajar ella en persona a Stuttgart. Tal vez podría viajar con ella también el Dr. Strelitz. Era ciertamente un hombre de las SS, pero no parecía ser un médico sin talento en lo que ella era capaz de juzgar si lo comparaba con las habilidades de su marido.

Magda debía saber que se estaban preocupando por ella, que no la habían dejado sola en el sufrimiento que le habían infligido unas personas vulgares y sin sentimientos.

POCO DESPUÉS DE las cinco de la madrugada sonó el teléfono en la *suite*. Elisabeth se despertó asustada de sus sueños disparatados y pensó que solo había soñado el regreso de sus hijos.

Entonces percibió a derecha e izquierda la calidez de los familiares cuerpos de Déborah y de Wolfgang, pegados a su costado. Asustados por el timbre del teléfono, los dos hermanos se movieron aturdidos, pero solo llegó a despertarse Déborah. El pequeño Wolfgang se dio la vuelta resoplando suavemente y volvió a quedarse dormido con el pulgar dentro de la boca.

En la habitación reinaba una completa oscuridad. Elisabeth había corrido por la noche las pesadas cortinas de damasco y necesitó de algún tiempo para orientarse. Por fin dio con el interruptor de la luz. El teléfono enmudeció en el mismo instante en que se encendía la bombilla de la lámpara de la mesita de noche.

Elisabeth y Déborah se miraron y sintieron un alivio compartido. Ambas habían percibido la estridencia del aparato como algo ominoso, un sonido agorero que ponía a vibrar sus miedos secretos. Ahora pensaron que se trataba de una equivocación, que probablemente alguien había marcado mal el número de teléfono. Justo cuando las dos, ya relajadas, se dejaron caer de nuevo en las almohadas, volvió el sonido estridente del teléfono. Elisabeth descolgó el auricular profiriendo un suspiro.

Así fue como se enteró de la siguiente catástrofe, cuya portadora era Otilie esta vez.

Capítulo 20

LOS LACAYOS DEL régimen habían aparecido por el número 10 de la Prinzregentenplatz poco después de las cuatro de la madrugada.

Los bárbaros del Gobierno conocían el efecto y la cualidad del terror cuando se saca a alguien de la seguridad de su cama caliente en mitad de la noche. Entraron atropelladamente en la vivienda con ademanes autoritarios y armando mucho jaleo.

—¡SEÑORA DOCTORA, SEÑORA doctora! ¿Es usted? —vociferó Otilie como si pretendiera superar la distancia entre Múnich y Berlín con el volumen de su voz. También tenía que gritar de esa manera porque de fondo sonaba todo tipo de ruidos, cristales haciéndose añicos y el estruendo de muebles al caer. También podían oírse gritos y mucho alboroto.

—Otilie, ¿es usted? ¿Qué ocurre a estas horas? ¿Y qué es todo ese tumulto en nuestra casa, santo cielo?

—Vienen en busca del doctor. Dicen que es ¡un delincuente fugitivo y un ladrón! ¡Nuestro doctor! Están haciendo pedazos todo lo que encuentran, toda la vajilla buena y el piano de usted. Me han dejado telefonarla porque el capitán al mando ha visto una bonita fotografía suya. Señora doctora, tiene usted que hacer algo inmediatamente, ¡de lo contrario no quedará títere con cabeza!

—Otilie, la cosa es grave, pero tampoco es para tanto —replicó Elisabeth haciendo esfuerzos por reprimir una risa histérica.

Su Gustav estaba en alguna parte, pero no en casa. Por eso, sabiendo también a salvo los cuerpos consoladores de sus hijos a su lado, en la cama caliente dijo:

—Solo son objetos, Otilie. Pero dime, ¿te han hecho algo a ti o a Bertha? ¿Estáis bien las dos?

—Sí, sí, pero las copas y los muebles y la ropa. Todo está roto, todo está sucio —siguió quejándose Otilie.

—Ya lo arreglaremos todo de nuevo, Otilie. Lo mejor es que le digas a ese

capitán que se ponga al teléfono.

La mente de Elisabeth trabajaba a toda velocidad, recapituló su visita a las oficinas de Von Meyerlinck, pensó en los poderes y en los papeles de Gustav que estaban custodiados allí, y en cómo el abogado le confió al despedirse que seguramente pronto estarían al corriente de sus planes de fuga.

Aquel registro demostraba que había llegado la hora. Pero primero tenía que enterarse de lo servicial que iba a mostrarse el jefe de la acción. Después no tendría otra posibilidad que dirigirse al señor Brunnmann otra vez para pedirle ayuda y engrosar así la lista de deudas pendientes de pago.

—Capitán Kaspar Brandmeier. ¡Heil Hitler! —vociferó el hombre al aparato con un volumen no mucho menor que el de Otilie. El golpe de los tacones de sus botas al cuadrarse para realizar el saludo resonó a través del auricular haciendo que le doliera a Elisabeth su oído sensible.

—Señor capitán, le agradezco que haya permitido a mi criada que me pusiera al corriente de la situación. Seguramente está cumpliendo usted una misión importante y tiene motivos para el registro domiciliario. Pero le aseguro que me hallo por el momento en Berlín para aclarar la desaparición de mi marido. Göring, el señor mariscal de campo, se está ocupando personalmente de este asunto, tal como me ha asegurado recientemente en una cena. ¿Hay alguna posibilidad de que termine usted ahora su registro, y de que yo me ocupe de que usted reciba en las próximas horas la orden correspondiente?

—Lo siento, señora, pero tengo mis órdenes estrictas. Como es natural, usted puede elevar una protesta en Berlín. De todas formas puedo asegurarle que sus criadas arias no tienen nada que temer. —Sus palabras sonaron decididas y desaprobatorias a la par, y Elisabeth comprendió que aquel hombre estaba empapado por completo de la ideología parda, lo cual significaba a su vez que había perdido la facultad de pensar por sí mismo y que era incapaz de ver más allá del cuello de su uniforme.

Con él no iba a lograr nada más, solo estaba desperdiciando su tiempo. A través del auricular se coló de nuevo un estrépito de cristales haciéndose añicos. Elisabeth oyó exclamar a Otilie: «Jesús santo, la vitrina bonita» y pudo imaginarse muy bien cómo se llevaba las manos a la cara completamente aterrorizada.

Elisabeth conservó la serenidad a pesar de que le raspaban en las cuerdas vocales algunas expresiones gruesas, y replicó con forzada cortesía:

—Se lo agradezco de todas formas, señor capitán.

Ottillie volvió a ponerse al teléfono, y Elisabeth hizo todo lo posible por calmarla contándole que Déborah y el pequeño Wolfgang habían llegado a Berlín sanos y salvos. También le prometió regresar a casa lo más pronto posible.

Así QUE SE quedó en nada el propósito de Elisabeth de viajar a Stuttgart a la mañana siguiente para ir a ver a la desdichada Magda.

El peso abrumador de las preocupaciones de Elisabeth no cesaba de aumentar. Todavía no lo presentía, pero aquel registro nocturno iba a resultar de una fatalidad extrema.

ELISABETH ESPERÓ HASTA poco más de las siete de la mañana. Entonces llamó a la oficina del señor Brunnmann y se enteró, para pesar suyo, que no le esperaban por su despacho en todo el día porque se encontraba de viaje por razones de servicio. Pero entonces pensó que bueno, que la cosa no era para tanto, al fin y al cabo ya se habían llevado a cabo los destrozos en su domicilio.

Reflexionó brevemente si debía dirigirse de nuevo al despacho de Göring, pero su indignación era muy grande. Por ello decidió regresar ese mismo día con los niños a Múnich. Sus esfuerzos hasta el momento de aclarar en Berlín el destino de su esposo no habían obtenido resultados, y realmente podía continuar persiguiendo ese asunto igual de bien desde casa.

Además, Múnich quedaba más cerca de Stuttgart, de modo que podría emprender el viaje a la cárcel al día siguiente y regresar tal vez con Magda ese mismo día a la Prinzregentenplatz.

Cuando pidió que le fueran preparando la cuenta en el hotel, vivió la siguiente sorpresa desagradable: el banco de Elisabeth se negó a realizar la transferencia telegráfica en la que insistía el hotel.

Al verse allí en el vestíbulo del hotel, obligada a contactar con su avaro mánager de Viena para que le prestara el dinero para pagar la cuenta del hotel y los tres billetes de tren a Múnich, se le encendió en la conciencia el verdadero alcance de su situación: ¡No poseía ningún recurso económico en absoluto!

Sí, claro, Von Meyerlinck ya había hecho alusión a esa circunstancia. La confiscación de todos los valores de capital había sido la consecuencia inmediata del registro en las oficinas de su abogado.

Elisabeth disponía ciertamente de una cuenta bancaria propia para sus honorarios, pero la había vaciado cuando preparaba su emigración a Londres.

Precisamente porque Gustav y ella no planearon entregar su dinero ganado con esfuerzo a los nacionalsocialistas, les habían posibilitado apropiarse ahora de toda su fortuna, incluido todo lo que Elisabeth había ganado por sí misma como artista.

Elisabeth no poseía ni un solo marco. Ni siquiera se hallaban en su poder sus valiosas joyas. No supuso que volvería a verlas algún día; probablemente hacía tiempo que colgaban de los delicados cuellos de las esposas nazis de Stuttgart. Solo le quedaban las perlas del collar, el reloj de oro y los dos anillos que llevaba puestos. Uno de ellos era su alianza matrimonial.

Su mirada se dirigió ahora a sus hijos que estaban dando vueltas al soporte de las postales en la recepción. Déborah estaba enseñando a Wolfgang el emblema de Berlín, y su hijo alargaba su pequeño cuerpo para mirarlo todo bien. Ellos dos eran su verdadero tesoro, su único tesoro, y su corazón voló hacia ellos. ¡Ella iba a darlo todo, absolutamente todo por sus hijos, costara lo que costara, y aunque tuviera que firmar un pacto con el diablo!

Así pues, lo importante ahora para Elisabeth, la nueva cabeza de familia, era ganar dinero. Conociendo como conocía el fino olfato de su mánager para los negocios, seguramente ya había comenzado en ese mismo instante a solicitar ofertas de actuaciones en Alemania y en el Reich, pues a fin de cuentas el dinero prestado debía regresar de nuevo a sus manos.

A Elisabeth le sobrevino una nostalgia infinita. El régimen había conseguido justo lo que siempre había pretendido: a una Elisabeth Malpran, artista fiel y humillada que iba a sacrificarse por sus hijos en el altar de la cultura parda.

No pasaría ni siquiera un mes cuando Elisabeth regresó a Berlín para el estreno en la Staatsoper en presencia del *führer* y, a su lado, un Göring que resplandecía más que sus medallas, como si se debiera a él la actuación de la artista.

Su marido Gustav constaba todavía como desaparecido.

Capítulo 21

Múnich

—¡ES UNA VERGÜENZA, señora doctora! Todas esas cosas bonitas hechas pedazos. Y llevarse, solo se llevaron los papeles del doctor, nada más que eso. Yo estuve vigilando que no se llevaran nada más. Destrozaron la vajilla y los muebles solo por divertirse. Se comportaron como críos pequeños. No lo entiendo, de verdad, se merecen todos un buen sopapo.

—Está bien Otilie, ya pasó todo —dijo Elisabeth con cansancio, ya era por lo menos la tercera vez que escuchaba esa letanía desde su regreso, sin contar con las quejas de Bertha. Al menos ella se había proscrito voluntariamente a la cocina diciendo:

—¡Los niños y la señora doctora necesitan ahora una buena comida!

Otilie y Bertha se habían ocupado todo el día en barrer las esquirlas, en poner todos los objetos del derecho y ordenar los armarios, las cómodas y las vitrinas, en clasificar la ropa y en reunir en el lavadero los cuadros destrozados y los muebles dañados para mirar de arreglarlos y que su señora pudiera seguir utilizándolos. En resumidas cuentas, arreglaron lo que podía arreglarse; eran dos criadas modélicas, dos perlas que brillaban a porfía en su trabajo.

Elisabeth no ahorró ningún elogio ni ningún consuelo para ellas, pero ahora necesitaba ella misma algo de reposo y echó de su habitación a la ofendida Otilie. Percibía que se le venía encima otra migraña. Como no tenía ningún apetito, mandó a Otilie que únicamente le trajera una infusión. Los niños cenaron con las dos empleadas y con *Biene* en la cocina.

A la mañana siguiente, Elisabeth volvía a tener una temperatura muy elevada. Déborah se fue corriendo a la consulta a primera hora de la mañana para buscar un medicamento para ella. Pero allí ya no había nada, todo estaba destrozado o había sido robado. Y Otilie se lamentó lloriqueando:

—Jesús, con los nervios me olvidé del todo de la consulta. Así que estuvieron

también ahí, esos gamberros babosos. ¡Ay, la bonita consulta! ¿Qué va a decir ahora el doctor?

Elisabeth se temió una nueva cadena de lamentos, más larga. De ahí que enviara a Otilie a la cocina pidiéndole que le hiciera otra infusión, en la que Bertha echó un buen chorro de ron sin que se lo pidieran pues para algo era ése el remedio universal.

A ESO DEL mediodía llamó el señor Albrecht Brunnmann, pero Elisabeth dormía exhausta. Déborah no quiso despertarla y tomó recado. El señor Brunnmann la informó de que iban a trasladar a Magda a la prisión de München II en un transporte de prisioneros y que desde allí la enviarían a la Prinzregentenplatz.

Déborah la estuvo esperando todo el día, pero Magda no apareció. Su impaciencia y sus temores se fueron alzando ante ella, funestos y altos como torres.

Su madre Elisabeth se sintió muy mal ese día, tosía y tenía fiebre, y se quedó dormida durante toda la agitación de su hija, tal vez se debía también al hecho de que en la infusión de Bertha había más ron del que habría sido necesario desde un punto de vista medicinal. Déborah birló la tarjeta de visita del señor Brunnmann del bolso de su madre, pero según la información de su oficina se hallaba nuevamente de viaje.

Al mediodía siguiente, Magda no había regresado todavía a casa, y Elisabeth seguía guardando cama. Déborah era incapaz de soportar por más tiempo aquella incertidumbre y decidió preguntar en la comisaría de München II.

Magda, a pesar de ser quince años mayor que Déborah, se había convertido en una amiga íntima en quien podía confiar por completo; no debían dejarla en la estacada. Además —siguió pensando Déborah tal vez para infundirse ánimos— era mejor hacer algo que no hacer absolutamente nada.

Teniendo en cuenta que acababa de vivir un encontronazo extremadamente feo con el arbitrario poder de la policía, aquello demostraba una enorme carga de valor y de decisión para una chica que acababa de cumplir catorce años. Pero tal vez se traslucía aquí un poco del legado de su madre, su tendencia a los actos impulsivos. Solo que a Déborah le faltaba el talento de su madre para aplicar esa impulsividad en el momento adecuado.

EN LA ESCALERA principal de la casa se produjo una breve demora. Déborah se topó de frente con el el viejo general que pretendía seguir en activo. Otilie, que

en los días de truenos y lluvia era quien más se encontraba con él, recientemente había comentado con saña que ese hombre debía de ser verdaderamente el más decrepito en todo el Reich, y que por tal razón se merecía una medalla extra. Y Magda, que estaba en ese momento zurciendo unas medias, añadió con una amplia sonrisa que el anciano ya tenía más medallas que pecho. Después pasaron unos momentos divertidos especulando qué lugar se habría buscado el general en el caso de que le concedieran una nueva medalla, y en algún momento adivinaron entre fuertes risas que seguramente sería en la bragueta.

Déborah quiso zafarse de él con una reverencia cortés, pero el general anciano que pasaba siempre completamente por alto a las personas jóvenes como si estuvieran hechas de aire o de cristal, parecía estar, precisamente hoy, muy sociable. Se le interpuso en el camino y dijo con un volumen de voz metálica que resonó muy lejos como en el campo de batalla:

—Dígame, jovencita. ¿Qué les está ocurriendo a ustedes en estos últimos tiempos? La consulta está cerrada y al doctor no se le ve por ninguna parte. ¿Y por dónde anda la señora Elisabeth? ¡Deme el parte!

Déborah no tuvo más opción que ilustrarle que el doctor estaba desaparecido, la madre, enferma, y su institutriz seguía estando presumiblemente en la cárcel porque era una presunta ladrona, y que ella misma se disponía en ese momento a ir la comisaría de policía más cercana para informarse acerca de su paradero.

A continuación el general quedó completamente desarmado y dejó caer algunas palabras gruesas sobre los cabos austríacos, la megalomanía y la chusma parda a la que habría dado tantos años de hospitalidad de la Gestapo como los que contaba él en su haber. Luego respiró hondo, sonó como el bramido de un ciervo bronquítico o tal vez se trataba de su forma personal de anunciar el final de la caza, y anunció algo que Déborah no habría tenido nunca por posible:

—¡Voy con usted!

Déborah tuvo una sensación desagradable de primeras, pero, según la opinión de él, no era más que una niña para quien ese asunto se le hacía demasiado grande, ¡y él era un soldado, un veterano del emperador Guillermo, con medallas e influencias!

Y así desfilaron los dos juntos a la guerra. El general, con paso enérgico, levantando bastón y piernas, con la barbilla alzada, sacando pecho, y Déborah a su lado caminaba con pasos cortos, acicalada como una elegante dama con los primeros zapatos de tacón que se ponía en su vida. Llevaba un traje de chaqueta que había sacado del armario de su madre, y sobre el cabello, cuidadosamente

recogido en alto, reposaba un descarado sombrerito. Una presentación encantadora para parecer una mujer con algunos años más encima.

Llegaron enseguida a su objetivo. El valiente héroe de guerra abordó como en un asalto el despacho oficial disparando de inmediato como un obús. Volaron como balas expresiones verbales como «exijo...» y «aquí no se le ha perdido nada, abuelete» y «¿sabe a quién tiene usted delante?» y «que te den».

El general menospreciado en su fama decidió someter a aquel hombre al tratamiento que habrían aplicado en los viejos buenos tiempos a cualquier canalla desvergonzado: propinó un bastonazo al incrédulo sorprendido, y Déborah se puso mala.

¡Eso era un exceso, era un ataque en toda regla a un funcionario del Reich! De ahí que no se anduvieran con muchas contemplaciones y se dispusieron a arrestar al general sin vacilar. Pero la cosa no resultó tan sencilla porque el general anciano había sido un glorioso combatiente en todos los frentes, su bastón volaba en todas direcciones, acertó un ojo aquí, una nariz allí, y al final fue precisa la presencia de tres hombres para reducir a aquel señor indignado.

Pero entonces, el general actuó de forma sorprendente: profirió un sonido que sonó como un «crajjj», se llevó una mano a las medallas en un gesto similar a un último saludo militar, y luego se tumbó todo lo largo que era y exhaló su último aliento. Una muerte heroica a la vista del enemigo.

Los funcionarios se quedaron mirando con cara de bobos desde sus vestimentas pardas; ahora se les echaron encima todas las calamidades imaginables: había que escribir el parte, solicitar la presencia de un forense y había que responder a algunas preguntas y dar una serie de explicaciones, pero el general tuvo un entierro muy bonito con todas sus medallas.

Asistieron muchas personas al sepelio y al bonito discurso («Alemania no olvida a sus héroes de guerra»), pero no se encontraba entre ellas ningún familiar. El general los había sobrevivido a todos.

En algún momento de aquel día, cuando ya se habían quitado de en medio al general, uno de los funcionarios, con un esparadrapo reciente en la nariz, se acordó de pronto de la agradable acompañante del anciano y preguntó a sus colegas:

—¿Adónde se ha ido la señorita guapa?

Déborah, a la vista del desfavorable cariz que estaba adoptando aquello, prefirió volver en otro momento. Pero esa visita ya no se produjo.

Llegada a casa, Ottilie se le echó encima ya en el pasillo y le gritó en el más

vívido bávaro:

—¡Vaya! ¿Dónde estaba, señorita Déborah? Ha llegado Magda, y tiene muy mal aspecto. Le han dejado señales de todos los colores, y no tiene ni un pelo. ¡Dios santo bendito, ojalá estuviera al menos aquí el doctor!

Magda tenía un aspecto verdaderamente muy desmejorado. Realmente habría que haberla llevado al hospital, pero ella se negó en redondo. Enviaron a Otilie a por un médico que no apareció sino ya al anochecer; había demasiado trabajo para poquísimos médicos. La mayoría de los doctores judíos se habían marchado de Múnich, una marcha forzosa porque les habían retirado los permisos de trabajo en los hospitales y en las aseguradoras médicas. El siguiente paso que planeaba el gobierno era retirar a todos los galenos judíos su licencia para ejercer y, por consiguiente, su sustento.

El médico puso en su sitio varios dedos rotos de Magda. Su cuerpo estaba también plagado de contusiones y con cardenales de todos los colores, tal como lo había descrito Otilie. Pero era una mujer muy valiente y apenas consideraba dignas de mención las palizas que le habían propinado. En lugar de eso lloró lágrimas de felicidad por lo contenta que estaba de que no les hubiera sucedido nada malo a Déborah ni a Wolfgang. A la vista del tratamiento que había sufrido ella, había temido lo peor.

El médico diagnosticó de forma profesional una conmoción cerebral cuando Magda, al despedirse, le vomitó sobre los zapatos. A continuación fue a echar un vistazo a la señora Elisabeth, a quien la infección mantenía alevosamente en cama, lo cual no era de extrañar después de los esfuerzos realizados en los últimos días.

A la señora Elisabeth le prescribió una semana como mínimo de reposo absoluto en cama y muchas pócimas fortalecientes de las que hacía Bertha, y se permitió una para él, y luego una más. Déborah esperaba que no tuviera que realizar más visitas ese día. Echaba infinitamente de menos a su padre.

Pero los días pasaban y no había ninguna noticia sobre él.

Capítulo 22

DOS SEMANAS DESPUÉS, llamó por teléfono el señor Albrecht Brunnmann a la vivienda de la Prinzregentenplatz para anunciar su visita a la señora Elisabeth Malpran.

Elisabeth se había reestablecido lo suficiente como para poder iniciar sus primeros ejercicios de voz para el compromiso en la Staatsoper de Berlín que había confirmado recientemente. Recibió al señor Brunnmann en su salón de música en el que había un nuevo piano de cola, todavía sin pagar porque el anterior había sufrido daños irreparables provocados por verdaderos catetos en materia artística fieles al gobierno.

El señor Brunnmann trajo un regalo tan inesperado como bienvenido: las joyas confiscadas de Elisabeth. La colección estaba completa y totalmente incólume. Elisabeth se quedó asombrada porque después de todo lo vivido contaba justamente con lo contrario.

Como es natural, no dejó traslucir sus pensamientos, al menos no ante un representante de alto rango del régimen. Sin embargo, cuando ella levantó la cabeza descubrió en los ojos del señor Brunnmann que le había adivinado los pensamientos.

El señor Albrecht Brunnmann no era muy propenso a emplear demasiadas palabras, y mucho menos cuando se trataba de su propia persona. De todas formas, ese día se enteró Elisabeth de que él era en realidad ingeniero mecánico y que hasta la toma del poder de los nacionalsocialistas había trabajado en la filial alemana de una compañía petrolera estadounidense.

Elisabeth no se enteró, ni tampoco le preguntó, a qué se dedicaba desde comienzos de 1933 embutido en su uniforme de las SS cortado a medida y viajando constantemente en una limusina de la casa Mercedes, negra y siempre brillante, con chófer y estandarte.

Nunca se lo confesó a sí misma, pero temía saberlo. Al fin y al cabo había salvado a sus hijos, había librado a Magda de la acusación de robo y le había

devuelto sus joyas. A ella le correspondía ahora un poco de agradecimiento ciego.

Por desgracia, la devolución de sus joyas resultó ser para Elisabeth un negocio de trueque desventajoso, muy típico de aquellos tiempos.

Y es que el señor Brunnmann, además de sus alhajas le trajo también una confirmación oficial de la confiscación del «inmueble situado en el número 10 de la Prinzregentenplatz». Gustav estaba registrado como propietario del inmueble. Sin embargo, el esposo de Elisabeth era considerado ahora por el régimen prácticamente como un fugitivo judío, y todo lo que por derecho le había correspondido en su día, pertenecía ahora al Gran Reich alemán y a su *führer*.

Se trataba de otro golpe doloroso para Elisabeth, que perdía por consiguiente su hogar. Pero el previsor señor Brunnmann tenía preparada ya una solución: él mismo había adquirido el inmueble de manera legal y le ofrecía ahora a Elisabeth que se quedara a vivir en él con sus hijos el tiempo que ella estimara conveniente. Extrajo un montón de papeles de su cartera y le presentó un contrato de alquiler ya listo en el que figuraba el nombre de ella.

El importe del alquiler era, en efecto, extremadamente atento. Elisabeth, confusa y todavía bajo el shock de la deprimente noticia de la expropiación, firmó de inmediato sin tan siquiera reflexionar al respecto. Con ello quedaba asegurado el hogar de los niños, y Elisabeth sintió alivio. Aseguró al señor Brunnmann varias veces en el transcurso de ese encuentro que su intención era adquirir de él la propiedad del inmueble, inmediatamente, en cuanto dispusiera de los medios necesarios.

Volvió a rogarle su ayuda en las investigaciones sobre el paradero de su esposo Gustav, cosa que él le prometió. Elisabeth realizó ella misma varias veces el trayecto hasta la frontera suiza, mostró por todas partes la fotografía de Gustav y preguntó a todos los que la alojaron. Todas esas iniciativas eran como una promesa a sí misma de que Gustav seguía estando en su corazón y de que nunca quedaría olvidado.

Pasaban las semanas y los meses en el país, y con cada día se alejaba un trocito más la esperanza de un buen final; sin embargo, el amor de Elisabeth por Gustav permanecía constante.

EN NOVIEMBRE DE 1938, tras cinco meses de diferentes compromisos en ciudades del Reich alemán, Elisabeth cayó por primera vez en la cuenta de que hasta el

momento no le había llegado ni siquiera una oferta de actuación en los grandes escenarios europeos libres de París, Londres o Bruselas. Únicamente tenía delante una oferta procedente de la Roma fascista.

Preguntó desconfiada a su mánager austríaco, quien, tras algún que otro rodeo, acabó confesándole que le habían pedido desde las altas instancias que hiciera caso omiso de tales ofertas a la soprano Elisabeth Malpran.

Elisabeth comprendió entonces que la tenían como a una rehén en su propio país. Primero se puso hecha una furia y luego muy lúcida y decidida. ¿Así que la tenían por una persona de poco fiar? Vale, si la consideraban una persona de la que no podían fiarse, ella no iba a decepcionar al régimen de ninguna de las maneras.

Y fue así como Elisabeth comenzó en el mes de noviembre de 1938 a planear por segunda vez una huida de Alemania.

Capítulo 23

UNOS POCOS DÍAS antes había vuelto a desfilar por Múnich el carnaval del mal. Aquella noche estaba Elisabeth junto a la ventana de su sala de estar en el cuarto piso y observó el resplandor del fuego que se levantaba por encima de la ciudad. Con una sensación de terror definitivo reconoció que la locura fascista era imparable y que iba a extenderse cada vez más hasta devorar para siempre todo lo bueno y bello.

En esa noche funesta del 9 de noviembre, las tiendas judías ardieron en llamas por todo el Reich y se expulsó a los ciudadanos judíos de sus casas y de sus pisos. El fuego selló también esa noche el destino de las dos últimas sinagogas de Múnich que quedaban en pie.

La cultura judía y toda vida judía debían extinguirse por completo, pues esa era la voluntad del *führer*.

Se trataba del comienzo del pogromo de noviembre. Esa noche fue el testimonio de la deshumanización creciente y del embrutecimiento moral de la casta dominante. Pasaría a los libros de historia con el nombre de la «noche de los cristales rotos». A Elisabeth le pareció que esa expresión de inofensiva sonoridad no hacía justicia ni de lejos a los terribles sucesos de esa fecha. Pero, bien mirado, no podía existir en realidad ninguna expresión.

A pesar de los innumerables fuegos ocasionados por los hombres de la SA, no hubo que lamentar prácticamente ningún destrozo en las propiedades arias. Y es que el lema transmitido a los bomberos no era simplemente apagar los fuegos sino impedir que el fuego judío se desparramara por su cuenta y afectara a una vivienda aria.

Pues el deber de la nación alemana era someterse al humor de su *führer* y a la plena confianza de Dios. Y la nación alemana aprendió rápidamente. Aprendió sobre todo a dirigir la vista a otro lado y a comportarse sin levantar la voz; así, la desgracia afectaba solamente a los demás. Una nación entera se colocó voluntariamente una venda ante los ojos.

ESTANDO ELISABETH JUNTO a la ventana, pensó en el grado de virtuosismo con el que los nacionalsocialistas tocaban el instrumento del terror y en cómo dominaban la partitura de la dictadura: los solistas eran ruidosos y fanáticos, el coro popular era silencioso y pasivo para que ninguno de ellos atrajera sobre sí la atención del director ni le tocara sentir en sus carnes la batuta del Estado.

Había dado comienzo con un carácter funestamente definitivo la obertura de la aniquilación y del hundimiento. Se la había podido escuchar muy lejos en todo el mundo, pero durante mucho tiempo no se produjo ninguna respuesta.

Elisabeth comprendió una cosa aquella noche: sus dos hijos inocentes no iban a estar jamás seguros en este país dominado por los nacionalsocialistas.

UNA VEZ MÁS volvió a dirigirse a la embajada británica solicitando ayuda. Pero esta vez sus pretensiones resultaron ser muchísimo más complicadas, y eso que podía presentar como fiador en Londres al hermano de su marido. Y es que, entretanto, la cifra de los dispuestos a emigrar superaba a la de los inmigrantes, y por ello exigían un depósito previo en un banco de Inglaterra que cubriera los costes de cinco años de vida para Elisabeth y de dos años para sus hijos. Elisabeth no disponía de la correspondiente suma.

Pero en lugar de pedírsela a Paul Berchinger, se le ocurrió vender una parte de sus joyas. Pero de pensarlo a hacerlo había mucha distancia y muchas dificultades, cosa que pronto tendría ocasión de experimentar Elisabeth. Por desgracia, muchas de las personas que deseaban emigrar del país recurrían a esta medida para conseguir dinero; la oferta desesperada superaba con creces a la demanda y hacía que los precios se hundieran constantemente.

No obstante, con ayuda de los contactos de Mr. Lochner, su amigo americano, Elisabeth consiguió vender algunas de sus joyas. Rechazó la oferta de Mr. Lochner de prestarle ayuda para la organización de su salida del país. No quería ponerlo en dificultades.

Ciertamente se trataba de un gesto noble, pero por desgracia no muy inteligente, tal como se demostraría al poco tiempo.

LOS PREPARATIVOS PARA la huida se demoraron hasta la primavera de 1939, sobre todo porque Elisabeth aceptó para finales de marzo un compromiso bien pagado de varias semanas en Viena para actuar en el papel de Desdémona en la ópera *Otelo* de Verdi. No podía permitirse renunciar a esos ingresos adicionales.

Luego, su mánager cumplió finalmente su parte, aunque a regañadientes. A

las manos de Elisabeth llegó la invitación oficial para una velada de *lieder* en el lujoso hotel de Zúrich, Baur au Lac. Le serviría de excusa para el caso de que la reconocieran en el tren.

De manera oficial no viajaba con su nombre artístico sino con el apellido de Gustav, que también llevaban sus hijos en los pasaportes. Ella le había pedido hacía meses al señor Brunnmann —sin comunicarle su verdadero propósito, por supuesto— que en la documentación de sus hijos no constara ninguna nota acerca de su ascendencia judía, y él accedió a su petición.

El 9 de junio de 1939, un viernes, y casi un año exacto tras la desaparición de Gustav, había llegado el momento:

Por la tarde, Elisabeth, sus hijos y Magda se subirían al tren en dirección a Suiza. Se trataba de la misma conexión que había elegido también Gustav.

Capítulo 24

DÉBORAH ESTABA TUMBADA encima de la cama de su habitación despidiéndose para sus adentros de su antigua vida. Su madre la acababa de poner al corriente de su plan. Mañana intentarían huir de nuevo de la tierra que la vio nacer.

Pensó en su padre y en qué habría sido de él. Igual que su madre, ella seguía confiando en volver a verlo.

Mucho antes de que su entendimiento se acercara al estadio de la comprensión consciente, Déborah ya había percibido que algo malo se estaba cociendo a su alrededor.

Recordó cómo su inteligente padre, cuando ella era todavía una niña pequeña, le había explicado lo vieja que era esta Tierra ya: ¡tenía miles de millones de años, una edad inimaginable! Por esta razón, el mundo giraba muy despacio y de forma pacífica y respiraba silenciosamente al ritmo de la eternidad. El corto periodo de tiempo del ser humano sobre ella tenía escasa importancia. Probablemente, la Tierra ni se había dado cuenta todavía de la presencia del ser humano sobre ella. Precisamente esto deparaba preocupaciones a la chiquilla, pues había experimentado la velocidad inmensa con la que se estaba transformando el mundo en los últimos años.

La autodenominada raza superior creaba un alboroto impresionante llevada por una monstruosa fuerza destructora. La torturada Tierra, ¿estaba prestando atención a la perturbación de su paz debida al ser humano?

Déborah comprendió esa transformación por primera vez cuando tenía nueve años, poco después de que Alemania hubiera recibido un nuevo canciller del Reich y el pueblo de los judíos, al que también pertenecía su padre, hubiera sido declarado como indeseable por el nuevo soberano y sus vasallos.

El tío Fritz, el hombre de la prensa, cuyas conversaciones ruidosas y vívidas con su padre había espiado ella con tanto agrado, había desaparecido al poco tiempo como si nada. A pesar de que ella era muy pequeña cuando ocurrió y de que era incapaz de encontrar una explicación, sí había entendido que las

conversaciones que tanto le gustaban a ella, eran condenadas por los otros.

Desde entonces tenía la sensación de que se iban sucediendo en su corta vida una desgracia tras otra, como si una catástrofe sirviera de cimiento para otra posterior, como si cada una fuera el terreno abonado para la siguiente.

Dentro de una semana iba a cumplir quince años. Su decimocuarto cumpleaños lo había pasado en una sucia celda de una cárcel. ¿Dónde iba a celebrar su decimoquinto cumpleaños? ¿En Londres, en casa de su tío Paul de quien apenas podía acordarse?

A Déborah le parecía irreal su propio futuro. Apartó ese pensamiento de sí, tal vez porque en su corta vida ya había tenido la experiencia de que precisamente las cosas que se esperan con impaciencia, jamás se hacen realidad tal como las imaginamos.

Con sus casi quince años podía percibir en ella las promesas de la adolescencia, compartía los deseos soñados millones de veces por todas las chicas de esta Tierra, una melancolía inconsciente, todavía inexplicable. Sin embargo, ahí estaba también ese dolor latente que ya no la abandonaba nunca desde que su padre había desaparecido sin dejar rastro. A veces se despertaba por las mañanas y estaba triste. Entonces se apoderaba de ella un miedo indefinido a que esa felicidad no se cumpliera nunca para ella.

Pero no deseaba sentirse triste ni temerosa, hoy no. Interpuso con valentía una cuña entre sus pensamientos y sus temores concentrándose en la prueba objetiva de su partida, las tres pesadas maletas que estaban ya preparadas en su habitación. Una para cada miembro de la familia.

Déborah las había hecho por la tarde. Su madre se lo había pedido después de haber fracasado ella misma en esa tarea:

—Déborah, cariño mío, ¿puedes hacerlas tú, por favor? Ya me conoces, no puedo decidirme nunca por algo. ¡Tú lo harás mucho mejor que yo!

Como hacía siempre con todas sus obligaciones, Déborah se dedicó también a esta a conciencia. Pero esa tarea resultó ser enseguida más complicada de lo esperado. La pregunta central que tuvo que formularse Déborah era la siguiente: ¿cómo se elige entre las cosas que hasta el momento han acompañado durante una vida entera si solo es posible llenar una maleta?

Estuvo cavilando durante mucho rato hasta que llegó a la conclusión profunda de que todo lo que podía arrojarse al suelo, romperse, desgarrarse o que podía destrozarse irrevocablemente de cualquier otra manera, es decir, todo aquello que poseía un peso físico y había sido creado por la mano humana,

jamás podía ser tan valioso como los recuerdos que podía tomar en cantidades inagotables. A partir de ahí, la cosa se volvió muy fácil. Cerrar la maleta no requirió tampoco ninguna ayuda en forma de un trasero voluminoso y pesado encima.

Mientras tanto se había hecho de noche. Déborah, a quien le gustaban los crepúsculos, no había encendido ninguna luz hasta el momento en su habitación, así que no podía percibir los contornos de las tres maletas sino únicamente unas formas angulosas.

Las maletas Louis Vuitton eran desde hacía años las fieles acompañantes en los viajes de su madre. Una vez, durante una gira de conciertos, desaparecieron de repente y no volvieron a aparecer hasta transcurridas varias semanas en el salón del vestuario. Un trabajador tomó aquellas piezas extravagantes como parte de la utilería del escenario.

El tiempo que duró la recuperación de las maletas, no había manera de consolar a su madre. Su padre se permitió una broma al respecto y redactó una necrológica a las maletas. Déborah creyó oírle todavía declamar como en aquel entonces:

—Fueron buenas maletas, de piel y robustas, y de una elegancia sobresaliente. Siempre honraremos el recuerdo de su buena fabricación y de los nobles cierres con correas.

En su día, Elisabeth se había traído las maletas de París con el orgullo de ser su propietaria, tras comprarlas impulsivamente en los Campos Elíseos. De manera irresponsable había sacrificado todos sus honorarios de la actuación de entonces por ellas. Eso había sido mucho antes del nacimiento de Déborah. Elisabeth y sus maletas habían viajado mucho juntas. Las tres tenían incluso sus nombres. Era una peculiaridad de Elisabeth encontrar una designación para toda persona y para toda cosa. Su padre había descrito esa inclinación de su madre como la revelación del alma.

Elisabeth había bautizado como «Diva» a la más grande de las tres maletas porque albergaba sus maravillosos vestidos de gala hechos a medida; a la mediana la llamó «Sophie», el nombre en griego antiguo para sabiduría por las partituras y los libretos que custodiaba, y a la última le puso el nombre de «Vanita» por la diosa de la vanidad. Como es natural, esa maleta contenía los innumerables utensilios de maquillaje y las pelucas de la artista Elisabeth. Un tesoro mágico de la transformación en la que Déborah y su madre solían deleitarse despreocupadamente en otros tiempos.

Déborah había admirado muchas veces los letreros de alegres colores con los nombres de ciudades pegados a ellas que daban testimonio de una época espléndida y de un placer de viajar. Las maletas, en efecto, habrían tenido una multitud de cosas que contar. Hoy, esos vistosos letreros de papel producían en Déborah un efecto de alguna manera melancólico, como si se cerraran al recuerdo.

Esa noche, ni Elisabeth ni Déborah pudieron descansar, solo el pequeño Wolfgang durmió el sueño de una criatura de seis años.

A LA MAÑANA siguiente, las horas hasta la partida transcurrieron extremadamente lentas; Elisabeth quería salir de casa lo más tarde posible para no tener que esperar demasiado tiempo en la estación.

Por su propia seguridad, Bertha y Otilie sabían únicamente que la señora Elisabeth se iba con los niños a una gira de conciertos, pero llevaban tanto tiempo conviviendo en la casa que probablemente se figuraban algo. Parecían nerviosas y holgazaneaban de manera llamativa en su cercanía hasta que Elisabeth les dijo:

—¡Pero bueno! ¿Qué os pasa hoy a vosotras dos? ¡Se tropieza una con vosotras hoy más que con nuestro perro salchicha!

Elisabeth había dejado a hurtadillas un sobre con una explicación y el sueldo de todo un año en el dormitorio, donde Otilie lo encontraría más tarde.

APROXIMADAMENTE MEDIA HORA antes de la partida prevista sonó la campanilla de la puerta. Otilie anunció a la señora la visita sorpresa del señor Albrecht Brunnmann.

Enseguida estalló una gran agitación en la casa porque había que retirar rápidamente las maletas del pasillo para llevarlas a la habitación de Déborah.

No fue sino más tarde cuando Elisabeth pensó en lo mucho que puede influir una mala conciencia a la hora de emprender acciones precipitadas. Simplemente podría haber afirmado lo mismo que había dicho a Otilie y a Bertha, es decir, que estaba a punto de salir para una gira de conciertos; el señor Brunnmann estaba acostumbrado ya a tales cosas. En lugar de eso, su reacción precipitada había puesto a Otilie al corriente de su plan porque no se le escapó su mirada consternada.

Ahí estaban ahora sentados, tomando café y conversando con cortesía, mientras Elisabeth tenía que obligarse todo el tiempo a mantener calmados los

ojos y las manos para no ceder al impulso de mirar fijamente su reloj de pulsera.

Tenía que ser precisamente hoy cuando el señor Brunnmann se encontrara animado y de excelente humor. Había vuelto a traer a Wolfgang una bolsa de caramelos y, además, su golosina favorita, las auténticas bolas de Mozart de Salzburgo, y para Elisabeth y Déborah una tarta Sacher de Viena, lo cual daba información sobre los destinos de sus últimos viajes. Bertha cortó de inmediato en generosos pedazos y sirvió ese pecado de chocolate.

El señor Brunnmann permanecía sentado. El tiempo transcurría, y no había ninguna manera elegante de librarse de él, en cualquier caso ninguna que a Elisabeth fuera a ocurrírsele en su apurada situación. Y entonces fue ya demasiado tarde para la partida.

Cuando tras más de dos horas se despidió por fin el señor Brunnmann, Elisabeth experimentó unos segundos de terror. Él extrajo un pequeño joyero, y ella pensó con pánico: «Por todos los cielos, no me irá a hacer ahora una propuesta de matrimonio, ¿verdad?».

Sin embargo, él lo abrió despacio, se lo tendió y le dijo, aparentemente de pasada:

—Este anillo lo descubrí por casualidad en una joyería de Berlín. Es suyo, ¿verdad doña Elisabeth? Lo he reconocido por el desacostumbrado color de la joya. Tiene el mismo violeta que sus ojos. Querría rogarle que acuda a mí la próxima vez que necesite dinero. Ya sabe usted que yo soy su amigo.

Él besó la mano de ella, y fue la primera vez que los labios masculinos tocaron el dorso de su mano.

Se fue y dejó a Elisabeth con el corazón latiéndole con vehemencia. Seguía sintiendo los labios de él en su mano y se la restregó mecánicamente en su vestido. Se recostó en el sillón impotente. Elisabeth había comprendido que no se había tratado de ninguna visita normal y amistosa del señor Brunnmann, sino de una advertencia.

A pesar de ello, o precisamente por ello, Elisabeth decidió volver a intentarlo al día siguiente.

SIN INCIDENTES ALCANZÓ la estación central con los niños y Magda. Frente a la estación había un gran despliegue de policías y de hombres de las SS.

El taxista, con un brazalete con la cruz gamada, detuvo el coche poco antes del acordonamiento, giró la cabeza y dijo:

—¡Vaya, otra redada! Seguro que andan buscando otra vez a criminales

judíos fugitivos.

Y Elisabeth intervino:

—Por favor, dé usted la vuelta, me lo he pensado mejor. —A su lado escuchó el sonido de cuando se arruga un papel. El pequeño Wolfgang estaba a punto de zamparse otro de los caramelos que le había traído el señor Brunnmann—. No, Wolfgang, ya has comido suficientes —dijo Elisabeth irritada y le quitó el caramelo de la mano. Luego se quedó mirando fijamente en el envoltorio y pensó que sus ojos le estaban jugando una mala pasada: en el papel del envoltorio del caramelo saltaba a la vista una cruz gamada.

No había manera de evadirse de ella.

ELISABETH CANCELÓ LA actuación en Zúrich, pero no renunció de ninguna manera a sus planes. No obstante, pensó que tal vez lo más inteligente sería dejar pasar algunos meses hasta intentarlo de nuevo, hasta que se pensara (sin que ella misma estuviera muy segura de a quién se refería realmente ese «se»), que ella había renunciado a escapar.

Pero sobre todo decidió no poner a nadie más al corriente de su propósito, ni a la embajada británica, ni a Mr. Lochner, ni a su mánager sobreprotector, de quien por cierto sospechaba que había sido él quien había delatado sus planes, y eso que le había pedido explícitamente discreción y silencio en este asunto. Ese hombre era tan brillante en su versatilidad como en la habilidad para los negocios; en ella surgió la suposición de que él podría temer perder con Elisabeth Malpran su mejor caballo ganador en el establo de la ópera si se largaba al extranjero libre.

De ahí que lo primero que hiciera Elisabeth fuera buscarse un nuevo mánager. Una cantante tenía que poder manifestar a su agente operístico casi la misma confianza que ella tenía que depositar en su pianista o en su director quienes le daban las entradas y los tiempos correctos.

Elisabeth pensó que su mánager jamás entendería la ironía oculta en esa decisión suya. En el fondo, el temor de él a perderla había provocado justamente lo que el hombre había querido evitar: la pérdida de su estrella.

Capítulo 25

LOS SIGUIENTES TRES meses fueron una pesada prueba de resistencia para Elisabeth. Durante largo tiempo fue una prisionera situada entre el miedo y la esperanza, entre la resignación y la rebelión. Cuando al final de una actuación se encontraba de pie sobre el escenario y rompían sobre ella los aplausos, se veía a sí misma como una torre de arena que se resquebraja y a la que solo sostiene en pie el pensamiento de la protección de sus hijos.

Si miraba a sus espectadores, a los nuevos gobernantes con sus uniformes de gala, codo con codo con damas adornadas con joyas, entonces tenía que componerse para no gritarles a la cara su tormento: «¿Qué le habéis hecho a mi Gustav?».

Hacia fuera se mostraba como la bella y radiante estrella de la ópera, actuó en Berlín, en Hamburgo y en Viena, y de nuevo en Múnich, en la que no actuaba desde hacía mucho tiempo. Aquí no le quedó más remedio que dejar que Heinrich Himmler, a quien ella detestaba profundamente, la tratara de «querida señora» y le besara la mano. En su presencia no pudo reprimir la sospecha de que él había tenido algo que ver con la desaparición de su marido. A continuación, la invitó a una cena de gala, en la que ella podría presidir la mesa sentada a su derecha. Esa fue la razón de que durante toda la velada Elisabeth padeciera náuseas y de que no pudiera tragarse ni un bocado.

También el señor Brunnmann la invitó dos veces a cenar, pero en un marco más privado. Y aunque él seguía comportándose frente a ella con el mismo carácter comedido de siempre, casi con una sobria actitud comercial, contra la cual habría reaccionado con indignación incluso una mujer menos agraciada que Elisabeth, ella creía haber percibido en su conducta un ligero cambio desde la devolución del anillo. Sin embargo, cada vez que se separaban y él se despedía de ella con evidente serenidad, Elisabeth pensaba que debía de haberse equivocado en su apreciación.

No obstante, solo el hecho de que le diera vueltas al asunto mostraba que no

podía estar completamente equivocada. Cuanto más se ocupaba de su conducta, tanto más creía descubrir en su actitud una especie de expectativa no pronunciada. Elisabeth se preguntó si él esperaba de ella algo más que solo un profundo agradecimiento por el rescate de sus hijos.

Su tensión interior sobrepasó pronto la medida de lo soportable. Dormía aún menos que antes, se olvidaba de comer, viajaba y trabajaba mucho y se iba sintiendo cada vez más cansada. Su voz y su concentración padecieron las consecuencias. Su cansancio se iba pareciendo cada vez más a una forma de agotamiento mental, como si fuera capaz de adivinar ahora ya las futuras cargas.

UNA NOCHE EN que acababa de regresar de Viena y daba vueltas y más vueltas inquieta en la cama, tal como hacía con frecuencia en esos últimos tiempos, volvió a soñar una vez más con Gustav; lo vio como corría él hacia ella, pero de pronto se transformaba en Albrecht Brunnmann. Se despertó y se sintió confusa y desorientada. Necesitó un buen rato para orientarse de nuevo y para afinar sus pensamientos que vibraban en su cabeza en todas las tonalidades posibles.

Y de una manera completamente inesperada, en un momento de lucidez que le vino como una inspiración, se preguntó si el problema no residiría tanto en el señor Brunnmann sino mucho más en ella. ¿Era posible que ella esperara más de él que él de ella?

Elisabeth era una mujer apasionada y una artista, había personificado suficientes veces sobre el escenario el alma del amor y la embriaguez de los deseos. Conocía las ansias y el placer carnal de los cuerpos humanos, tanto del hombre como de la mujer, pues ella misma había podido experimentarlo en su propio cuerpo con Gustav.

Elisabeth siguió pensando que las necesidades femeninas no eran atendidas en esos tiempos, las mujeres quedaban limitadas a sus tareas domésticas. La mujer ideal de la ideología nacionalsocialista tenía sobre todo una tarea sagrada, la de parirle hijos al *führer* con los que poder atiborrar el ávido hocico de la guerra.

Elisabeth admitió lo mucho que echaba de menos a Gustav, que llevaba ya quince meses desaparecido. Ella no solo extrañaba la mente inteligente de él sino que su cuerpo ansiaba al hombre y sus caricias.

Se planteó este asunto a fondo y con sinceridad porque se lo debía a Gustav. Por ello se preguntó incluso de una manera autocrítica si acaso no ofendía a su vanidad de mujer que el señor Albrecht Brunnmann pareciera ser el único

hombre de su entorno que jamás le tirara los tejos.

En cualquier caso, estas consideraciones sobre sí misma la dejaron no menos confusa y desconcertada que antes. Elisabeth ya no podía quedarse dormida sino al cabo de muchas horas.

LA SIGUIENTE VEZ que el señor Brunnmann se demoró un tiempo en Múnich y volvió a invitarla, ella simuló una migraña y se puso contenta de que él no la apremiara.

Capítulo 26

EN JULIO TUVO lugar el siguiente incidente.

Elisabeth se encontraba en Berlín, Déborah estaba en su clase de canto y Otilie estaba de camino con Magda al mercado, el Viktualienmarkt de Múnich.

Entonces, el pequeño Wolfgang decidió dar un paseo él solo con *Biene*, la perra salchicha. Bertha, que en realidad debería haber estado vigilándolo, se había quedado dormida con la boca abierta sobre la banqueta de la cocina. Solía quedarse así en los últimos tiempos, se había vuelto una persona muy soñolienta de modo que Otilie le dijo a Magda: «¡Un día se nos va a quedar Bertha dormida mientras cocina y va a aterrizar ella misma en la olla, ya verás!».

Magda y Otilie regresaron del mercado con los cestos llenos y se dieron cuenta enseguida de que el pequeño Wolfgang y *Biene* no estaban en casa. La previsorá Magda consideró que no era buena idea llamar a la policía. De ahí que salieran ella y Otilie, junto con Déborah que entretanto había regresado a casa. Encontraron pronto a Wolfgang, gracias a Dios, pero estaba completamente perturbado porque la pícara *Biene* se le había escapado. Estuvieron buscándola hasta la noche, pero la perrita salchicha no apareció. El pequeño Wolfgang lloraba desgarradoramente, de modo que no pudo enfadarse Déborah con él como es debido, pero Bertha sí recibió algunas palabras duras.

Para alegría de todos, *Biene* esperaba delante de la puerta a la mañana siguiente. Estaba muy despabilada y dio cuenta enseguida de la escudilla que la arrepentida Bertha le llenó de cosas ricas.

DOS SEMANAS MÁS tarde, Elisabeth tenía a sus espaldas una agotadora gira de conciertos de diez días de duración que había realizado por dinero, apareció el señor Albrecht Brunnmann por la Prinzregentenplatz de nuevo sin avisar con antelación.

Elisabeth se esforzó por atenderle con la debida cordialidad. Sin embargo, aunque la sensibilidad no se contaba entre las virtudes del señor Brunnmann,

comprendió enseguida que la señora Malpran se tomó su visita más como una obligación que como un placer, y se despidió al poco rato.

ELISABETH ELIGIÓ UN día de septiembre para su siguiente intento de abandonar el Reich. Sin embargo, no quiso decidir el día exacto hasta el último momento posible, como si temiera que los nacionalsocialistas supieran leer los pensamientos.

Informaría también a Déborah y a Magda como muy pronto la víspera, para no poder delatarse con ninguna acción o declaración inconsciente.

El 1 de septiembre de 1939, Otilie regresó del mercado con el cesto vacío. Estaba completamente fuera de sí y se expresó por ello en su más amplio bávaro:

—¡Jesús, señora, estamos en guerra, tal como el pobre doctor había predicho siempre! No es de extrañar que esos llamen a la casa del partido la «Casa Parda». ¡Una Casa Caca es lo que es! Esos solo tienen mierda en el coco...

—Otilie, por favor, modérese usted. ¡El pequeño Wolfgang! —interrumpió Elisabeth su monólogo plagado de tropezones. Y eso que podía comprender muy bien la agitación de Otilie. Tanto el padre de Otilie como su hermano mayor habían caído en la Primera Guerra Mundial, y su Hans ahora era un soldado. Pero la amonestación llegó demasiado tarde para el espabilado de Wolfgang. Iba dando saltos en círculo y gritaba como extasiado:

—Casa Parda, Casa Caca, Casa Parda, Casa Caca...

Otilie se largó de allí con la cabeza gacha y completamente colorada. Elisabeth entabló inmediatamente una conversación seria con su hijo, pues esas palabras no debía repetir las en ningún caso ante ciertos oídos. No obstante, era un asunto prácticamente rayano en la imposibilidad explicarle a un chico de seis años que ya no existía ninguna libertad de expresión, así que solo funcionó con una amenaza de castigo y sin que el pequeño Wolfgang lo hubiera comprendido.

Elisabeth encendió entonces el receptor de radio y escuchó el discurso de Hitler justificando la guerra ante el parlamento:

—POLONIA HA DISPARADO esta noche por primera vez en nuestro propio territorio empleando soldados regulares. Desde las 5:45 horas se devolverán los disparos. Y a partir de ahora cada bomba se devolverá con otra bomba.

ELISABETH SE ACORDABA bien de cómo Gustav le había dicho que en la guerra no reinaban el derecho ni la verdad. Por ello pensó que si Alemania se encontraba

ahora en estado de guerra, sería mucho más complicado abandonar el país. Y el reproche se posó en ella como una premonición maligna: ¿había tardado demasiado tiempo en decidirse?

Su confianza absoluta en sí misma se oponía a esa reflexión. Elisabeth pensó que los nazis iban a estar ocupados ahora con otro asunto de mayor calado. Tal vez sería incluso más fácil para ellos abandonar el país. Pero una cosa era segura: con el comienzo de la guerra se iniciaría un éxodo, y muchas personas más querrían irse del país. De ahí que la mayor preocupación de Elisabeth se resumía en esta pregunta: ¿cómo reaccionaría el país libre de Suiza? ¿Cerraría sus fronteras?

Elisabeth actuó de inmediato. Agarró un fajo de billetes, pilló un taxi y se dirigió a la estación central en donde pretendía sacar los billetes a Zúrich para el siguiente día. Su instinto no la había engañado. Esa tarde había en la estación de Múnich mucha más gente de la acostumbrada, y se habían agotado ya los billetes deseados.

Elisabeth, siguiendo una inspiración repentina, compró cuatro billetes de primera clase a Zúrich para el primer día con billetes disponibles para ese trayecto, el 5 de septiembre, así como para los dos días siguientes. Le costaron todo el dinero que llevaba en efectivo.

A continuación se sintió aliviada por haber descargado el peso de la decisión, y también por haber previsto cualquier eventualidad. Aunque surgiera un imprevisto el 5 de septiembre, como otra visita no anunciada del señor Brunnmann, disponía de una alternativa para los dos días siguientes.

Seguía estando el problema de cómo continuarían las cosas con Bertha y Otilie, que iban a perder pronto su trabajo y, por consiguiente, su sustento. La vivienda en la Prinzregentenplatz ya no les pertenecía. Las dos criadas que llevaban tantos años de servicio no podían quedarse en ella después de lo que le había sucedido a la inocente Magda en Stuttgart si sus señores abandonaban el país en contra de la voluntad de los gobernantes. Elisabeth no temía ninguna represalia directa contra ellas, pero haría un favor a su propia conciencia sabiendo que esas dos almas fieles estaban a salvo y bien provistas de todo.

Por este motivo, Elisabeth habló con Magda sobre este problema y encontraron una solución posible para la cocinera Bertha. A los dos días llegó a Múnich Josef, el hermano mayor de Magda, que tras la muerte del padre trabajaba ahora de campesino en la granja situada en Thanning. Se llevó a Bertha consigo. Bertha armó una buena y lloró, no quería irse porque creía que aquél

era el castigo por el día que se le escapó de casa el pequeño Wolfgang. Pero no le sirvió de nada todo el llanto.

A Elisabeth le dolió también mucho contemplar la desesperación de la anciana fiel, pero por su propia seguridad no debía contarle la verdad.

El asunto con Otilie quedó resuelto por sí solo en unos pocos días.

Hans, el soldado, hacía tiempo que había pedido su mano, y ahora, a la vista de la guerra, Otilie aceptó de inmediato.

Ya el 4 de septiembre, Elisabeth se despidió de ella para su nuevo futuro en la localidad de Frisinga. Entregó a Otilie una buena dote, aunque tuvo que imponérsela más o menos porque ella no quería aceptarla.

Ahora, en la vivienda de la Prinzregentenplatz solo estaban Elisabeth, Magda, Déborah, Wolfgang y la perrita salchicha *Biene*, que había engordado aún más en los últimos tiempos. Elisabeth sospechaba que Bertha, para lavar su mala conciencia, le estaba llenando la escudilla más de lo normal.

LA NOCHE DEL 4 de septiembre, Elisabeth emprendió una última vuelta por la vivienda y se obligó a no pensar en la felicidad de los años del arca de Noé que ella había podido vivir aquí con Gustav. Era extraña la sensación de vacío que dejaba la casa. Casi le pareció como si ya resonara en ella el eco de su futura ausencia.

MEDIA HORA ANTES de la medianoche, Elisabeth se había sumergido en el sueño cuando la despertaron bruscamente. Los autores de la canallada estaban de pie junto a su cama: ¡Déborah y Wolfgang!

Elisabeth se incorporó asustada y exclamó:

—Cielo santo bendito, ¿qué es lo que ha sucedido ahora?

Y Déborah dijo:

—Mamá, *Biene* es ahora mamá.

Sus ojos comunicaban en el idioma de la desesperación. Déborah, a quien su madre había explicado hacía pocas horas el plan, comprendió enseguida que no podían llevarse a *Biene* con sus cachorros. Al mismo tiempo imploraba a su madre una solución para ese nuevo dilema.

Elisabeth suspiró, se puso las chinelas y dijo:

—Vamos a verla.

El panorama de la orgullosa madre con sus cuatro cachorritos diminutos era conmovedor, pero no habría podido haber ningún momento más inoportuno para

ese incremento en la familia. Elisabeth pensó en lo contenta que estuvo ayer por Otilie y Hans y lo mucho que necesitaba en esos momentos a su criada que adoraba a los animales.

¿Qué hacer ahora? Sintió en ella las miradas suplicantes de sus hijos, sabía lo que deseaban de ella, sobre todo Déborah, que había criado con grandes esfuerzos a *Biene* con el biberón salvándole la vida.

Pero Alemania se encontraba en guerra, y la seguridad de los niños era ahora el mandamiento superior. Elisabeth se sentía demasiado débil y cansada, era consciente de que le faltaban las fuerzas y de que apenas se veía capaz de aguantar dos meses más de hipocresía sobre el escenario. Pensó que su tren no partía hasta mañana a las tres de la tarde. Ir a Frisinga y volver en taxi era un trayecto fácil de hacer.

Por eso dijo ahora:

—Lo siento por vosotros dos, pero no hay otra solución. Mañana iré muy temprano a Frisinga y llevaré a *Biene* y a los cachorrillos a casa de Otilie. Allí vivirán muy bien. Nosotros nos tenemos que marchar de Alemania. No podemos esperar más. Pronto será ya demasiado tarde. Tenéis que entenderlo, ¿sí?

Vio cómo los ojos de Déborah se sumergían en el lago triste de sus lágrimas, pero no protestó y aceptó las palabras de su madre, tal vez también porque había reconocido en su mirada el carácter inapelable de su decisión.

Elisabeth regresó despacito a su cama y no cayó en un sueño inquieto hasta poco antes del alba.

Elisabeth soñó. Transitaba perdida y descalza a través de un laberinto infinito de hielo negro. Siempre que pensaba que había encontrado una salida de allí, se alzaba ante ella un muro aún más alto. Percibió cómo el frío de sus pies ascendía cada vez más y se acercaba lentamente a su corazón. Elisabeth sabía que moriría una vez que ese frío alcanzara su corazón. Buscaba con desesperación una salida y se apuraba cada vez más.

Pero al final se le interponía siempre un hombre ataviado con un uniforme negro. Su cabeza era tan solo una calavera que decía sin labios:

—Lo lamento, señora, pero están cerradas todas las salidas.

Capítulo 27

MUY TEMPRANO A la mañana siguiente, Elisabeth ya se había preparado para la escasa hora de viaje en taxi hasta Frisinga, paró delante del número 10 de la Prinzregentenplatz una limusina Mercedes de color oscuro con banderines nazis, de la que se bajó un oficial de enlace de Hitler.

Con cortesía comunicó a doña Elisabeth Malpran que el *führer* se hallaba en Múnich y se había enterado que ella estaba realizando una pausa entre sus actuaciones. Por esa razón se solicitaba su presencia para esa noche en el castillo de Neuschwanstein, en donde habían planeado a corto plazo una velada con canciones de Wagner para el *führer*. Los ensayos habían comenzado ya y por eso se llevaba a la señora ahora mismo a Füssen para que no sufriera más molestias.

A Elisabeth se le pasó por la cabeza fugazmente la pregunta de por qué Hitler no se encontraba en Berlín si había declarado la guerra. Entonces cayó en la cuenta de que acababa de leer también que Göring estaba pasando sus vacaciones en la Riviera. El uno la invitaba a una velada wagneriana; el otro estaba de vacaciones; y en Polonia estaban muriendo soldados.

A Elisabeth no le quedó más remedio que acceder a esa petición que era similar a una orden, y dejar al cuidado de Magda a sus hijos con el extra añadido de los cinco perritos.

Albrecht Brunnmann en persona acudió presuroso a su encuentro dos horas más tarde para saludarla en el patio de armas del castillo para abrirla la portezuela. Estaba encantador y solícito como de costumbre. No dejó traslucir para nada el hecho de que Elisabeth hubiera rechazado su última invitación y que más o menos ella, con su comportamiento negativo, lo hubiera exhortado con buenas palabras a que se marchara de su casa.

SOBRE LOS TEJADOS de Múnich escalaba ya el nuevo día cuando Elisabeth regresó de Neuschwanstein completamente agotada. El señor Brunnmann había ofrecido a Elisabeth acompañarla a casa con su coche, y por esta vez ella no rehusó su

amabilidad.

Se dio cuenta con agradecimiento de que el señor Brunnmann parecía no tener interés en mantener una conversación, sino que permaneció mudo a su lado en el asiento trasero del vehículo. Aliviada, se arrellanó en la suave tapicería.

Elisabeth disfrutaba del silencio entre el día y la noche, entre la muerte y el nacimiento, pero se resistía a la seductora tentación de cerrar los ojos. Sabía que no podría descansar a su llegada, sino que debía llevar de inmediato a *Biene* y los perros a Frisinga, a casa de Otilie.

Para no quedarse dormida, Elisabeth intentó recapitular las canciones que había interpretado en Neuschwanstein, pero la velada parecía haber quedado inmersa para ella en una irrealidad difusa, como si no la hubiera vivido ella en persona. No habría sido capaz de describir esa extraña sensación, como tampoco lo habría sido para dar un nombre a ese color inanimado en el que estaba inmersa la ciudad fantasmal en esa hora. Era posible que la melancolía de la despedida inminente se hubiera apoderado de ella.

Ya antes de que el coche del señor Brunnmann se detuviera en la Prinzregentenplatz, a Elisabeth le sobrevino un extraño presentimiento. Ya le había ocurrido con frecuencia que tuviera que regresar de su trabajo en las primeras horas de la mañana, por ello necesitó unos instantes hasta comprender lo que había de diferente con respecto a otras veces: era la luz. Nunca a esas horas había notado tanta luz en las ventanas de las casas adyacentes. ¿Qué podía ser que hubiera perturbado el sueño a las personas a aquella hora tan temprana?

Sin despedirse del señor Brunnmann, y sin esperar tampoco que el chófer le abriera la portezuela, salió a toda prisa del coche, abrió la puerta de la entrada de la vivienda y subió corriendo las cuatro plantas del edificio. Encontró las dos hojas de la puerta de su casa abiertas de par en par y se quedó paralizada con un horror sin nombre.

Nunca antes había divisado algo más cruel: *Biene* yacía muerta en su propia sangre en el vestíbulo, los cachorrillos ciegos habían llegado a rastras hasta ella y chupaban de sus mamas frías al tiempo que proferían unos gemidos desgarradores.

El grito de Elisabeth ya no tenía nada de humano. Corrió como una loca por todas las habitaciones de la casa llamando incesantemente a Déborah, a Wolfgang y a Magda, pero nadie le contestó. Solo sonaban en aquel silencio los gemidos de los cachorrillos huérfanos.

Y lo que alguna vez había constituido la criatura llamada Elisabeth, se

quebró. Su valentía y sus fuerzas desaparecieron en la oscura desesperación de una madre que no había podido proteger a sus hijos.

El señor Brunnmann llegó justo a tiempo para tomar en brazos la delicada persona de Elisabeth antes de que cayera sin conocimiento al suelo.

Capítulo 28

NO FUE SINO mucho más tarde cuando Déborah fue capaz de ilustrar el transcurso de los acontecimientos de esa noche terrible y de confiarlos a su diario: el aporreo de la puerta, la resistencia de Magda, la muerte de *Biene*, el transporte en un angosto vagón de mercancías, embutidos con muchísimas otras personas acongojadas.

LLEGARON A ESO de las nueve de la noche, eran hombres con uniformes de las SS. Pudimos oírlos antes, durante un buen rato, cómo subían precipitadamente escaleras arriba con sus pesadas botas. Vi a Magda a mi lado que se ponía completamente pálida y se llevaba una mano al corazón. Seguramente pensó en lo que había vivido en Stuttgart. Pero ella es la mujer más valiente que una puede imaginarse, y les abrió la puerta al tiempo que me decía: «Mejor así, antes de que nos la echen abajo».

Luego, todo sucedió con una rapidez terrible. Magda se colocó delante de nosotros, protegiéndonos, pero los hombres la apartaron simplemente como si se tratara de una mosca molesta. Mi hermano gritó. Uno de los hombres lo agarró y le tapó la boca: «¡Cállate, mocosito judío!». Entonces se abalanzó Biene sobre el tumulto mostrando los dientes. Yo grité: «¡Biene! ¡No!». Dos hombres desenfundaron sus pistolas y dispararon por turnos a la perra. Se reían. Wolfgang se quedó completamente quieto y aplastado en las manos del hombre. Sus ojos enmudecieron.

Sé que desde entonces sueña con esa escena porque yo también sueño con ella. Se nos llevaron a los dos, a Magda la dejaron tirada en el suelo entre lamentos. Pero luego corrió detrás de nosotros e insistió en no dejarnos solos. Entonces se la llevaron también a ella.

Abajo esperaba un camión con una lona. Nos arrojaron adentro como si fuéramos paquetes. Recuerdo la estrechez, éramos tantísimos, y sin embargo quedaba suficiente sitio para el miedo. Magda y yo pusimos a mi hermano en

medio, y nos acurrucamos los tres abrazados. El viaje no duró mucho. Nos condujeron a la estación de mercancías de Milbertshofen, y supimos entonces que íbamos a ir de viaje. Llegaron aún más camiones con más paquetes humanos.

Nosotros estábamos entre todos los demás. Yo tenía a mi hermano sujeto de la mano. Tuvimos que caminar bastante a lo largo de las vías, y muchos tropezaban. Para Wolfgang, con su pierna corta, aquello fue una tortura. Los demás nos empujaban constantemente. Todo tenía que ir a buen paso, como si quisieran librarse de nosotros rápidamente. Teníamos que desfilas en silencio. Pegaban a quien se echaba a llorar. Creo que los otros se sentían importunados con nuestros lamentos. Teníamos que sufrir en silencio, sin pronunciar palabra, y así debíamos morir también.

Entonces se produjeron unos ruidos de pronto. Yo no podía ver, ocurría muy por delante de nosotros. Unos gritos y unas súplicas, y luego ¡disparos! Wolfgang se estremeció con cada uno de ellos. Entonces llegó hasta nosotros un gimoteo atroz, desde delante de todo venía una noticia desplazándose hacia las filas posteriores como una ola inquietante que dejaba un poso de miedo y de terror en todo aquel que tocaba, un terrible correo boca a boca: ¡están separando a las familias!

Entonces nos llegó el turno a Wolfgang y a mí, y me arrancaron de mí a mi hermano. Grité y batallé y entonces alguien me agarró entre risas y me sacó de allí. Magda peleó a su vez, pero también se la llevaron de allí. Yo sentía un odio terrible y sin embargo me encontraba impotente y débil, menos que la nada. Desde esa noche percibo esas notas crueles dentro de mí. No puede oírlas nadie excepto yo. Zarandean en mi alma, disonantes y estridentes, como si yo fuera un instrumento desafinado. Me desgarran el pecho. Desde aquella noche cargo en mi interior esa lejana tonalidad de la muerte y me pregunto: ¿puede una morir por el tormento de las notas interiores?

LA JOVEN ALMA de Déborah, cuya canción de vida sonaba prometedora unos pocos días atrás, quedó reventada aquella noche en un grito de tristeza y de odio. El odio era como sentía Déborah el presente, una mutación de amargura y sufrimiento.

EL SEÑOR ALBRECHT Brunnmann volvió a revelarse como el salvador en los momentos más dramáticos.

Después de enviar a su chófer para que fuera a buscar al doctor Strelitz, quien casualmente se encontraba en Múnich, para la señora Malpran, se quedó velando junto a Elisabeth hasta que ésta recuperó la conciencia, y le prometió firmemente traer de vuelta a casa a sus hijos. No dejó a Elisabeth hasta que llegó el doctor Strelitz y le administró un calmante.

Brunnmann se cuidó también de que quedaran eliminadas todas las huellas de los sucesos de aquella noche funesta. Regresó al mediodía. Con él estaban Déborah y Wolfgang.

No había podido hacer nada por Magda. Oficialmente constaba como desaparecida, pero el señor Brunnmann se había enterado de que habían disparado sobre ella al intentar huir.

Wolfgang se encontraba bajo los efectos de la conmoción. No hablaba y dejó que su madre lo abrazara como a una muñeca desprovista de alma.

Déborah se arrojó en los brazos de su madre, pero no lloró.

DON ALBRECHT BRUNNMANN y doña Elisabeth Malpran se casaban cuatro semanas más tarde, después de que las autoridades declararan oficialmente muerto a Gustav. A partir de ese momento, Elisabeth y sus hijos quedaban bajo el amparo personal de Brunnmann.

El matrimonio de su madre con el señor Brunnmann sería para Déborah un enigma sin solución. Puede que existiera entre los dos una cierta atracción física, aunque esto era para Déborah, en la edad de la adolescencia, más una suposición que una comprensión real. Pero Albrecht Brunnmann era un hombre de muy buena planta y con su aspecto elegante y tranquilo recordaba en cierto modo al padre de Déborah. Y trataba a Elisabeth como un perfecto caballero, con exquisita cordialidad y manifiesto orgullo de dueño.

No obstante, el nuevo matrimonio de su madre tenía para Déborah algo perturbador en sí mismo: nunca pudo observar, con excepción de un beso en la mano, que ambos intercambiaran caricias.

En cambio, su madre y su padre habían mostrado abiertamente su amor y su fascinación mutua. Hasta donde llegaba la memoria de Déborah, siempre hubo entre ellos susurros secretos y miradas intensas.

Había soñado siempre con un amor así para ella misma. Sabía que un día se toparía con ese amor.

Capítulo 29

DÉBORAH NO SOLO recapacitaba sobre ellos dos como matrimonio, sino que pensaba con la misma frecuencia en la persona del señor Brunnmann. Desde que lo conocía, reflexionaba si le gustaba o si sentía miedo de él. A menudo lo uno seguía inmediatamente a lo otro.

En el haber figuraba que ya los había rescatado dos veces a ella y a su hermano.

En cambio, con el aspecto del miedo la cosa era mucho más complicada. A veces aparecía simplemente ahí, igual que su cólera. De un minuto a otro le sobreveníá un súbito arrebató destructivo que rápidamente podía convertirse en odio ciego. Ahora bien, ¿contra quién debía orientar ese odio? Ese tormento suyo era abstracto.

Durante un tiempo intentó hacer frente a esa tortura, pero ello solo intensificaba sus agresiones y el impulso de destrozar alguna cosa, aunque se tratara únicamente de su muñeca vieja. Un día descubrió, más bien por casualidad, cómo podía procurar un alivio a esa tensión: hiriéndose ella misma. Comenzó a realizarse cortes secretamente en la cara interior de los brazos.

Con una extraña satisfacción contemplaba después cómo manaba la sangre de sus heridas. Aquellos regueros rojos se deslizaban sobre su piel blanca como serpientes. Déborah disfrutaba de ese dulce alivio de su alma. Por fin, por fin había encontrado una válvula de escape para su odio candente.

Por las noches, cuando yacía desvelada, algo que era bastante habitual en ella, se ponía a pensar en cuántas diferentes dimensiones de dolor podía haber en el mundo. ¿Existían igualmente muchas dimensiones del amor? ¿Podría colmarse el amor también en el dolor, o el dolor era solamente un tributo al odio?

POR ORDEN DEL señor Brunnmann entraron en casa una nueva cocinera y una nueva criada. Pero ya no había la misma comunidad familiar de antes. Las dos eran, como se dice en buen alemán, fieles a la línea del partido.

Déborah no se libraría jamás de la sensación de estar compartiendo desde entonces la vivienda con dos espías femeninas.

EN JUNIO DE 1940, Hitler alcanzaba la cúspide de su potencia beligerante: tras Polonia ocupó con éxito Dinamarca, Noruega, Bélgica y Luxemburgo, y había ganado la campaña de Francia. Había aceptado la capitulación de Francia en el mismo vagón de ferrocarril —que se mandó sacar del museo expresamente para la ocasión—, en el que quedó sellada la derrota de Alemania por las potencias victoriosas en la Primera Guerra Mundial.

Su madre, que desde la desaparición del padre repasaba atentamente el periódico, se lo leyó en voz alta. A Déborah le pareció que ese *führer* debía ser mezquino y vengativo a partes iguales.

La gota amarga de ese caldo de guerra fueron los británicos que declararon la guerra a la dictadura de Hitler el 3 de septiembre de 1939. Antes que otros políticos europeos y transatlánticos, fue su primer ministro, Churchill, quien primeramente reconoció la peligrosidad y las ansias de poder del *führer* alemán y de sus vasallos nibelungos, y quien adivinó perfectamente sus intenciones. Y eso que Hitler las había expresado detalladamente en la crónica de un demente publicada en 1925 con el título de *Mi lucha* para que todo el mundo la comprara. Un libro con millones de ejemplares vendidos, pero de alguna manera parecía que muy pocos lo habían leído.

EN UN BREVE avivamiento de sus antiguas energías, Elisabeth impuso al señor Brunnmann que Otilie fuera contratada de nuevo y que despidiera a la nueva criada. Así pues, Otilie regresó a la vivienda de la Prinzregentenplatz. Elisabeth, Déborah y el pequeño Wolfgang, que se había recuperado merced a unos cuidados amorosos, la saludaron como a quien realmente era, un miembro perdido de la familia.

Hans, el marido de Otilie, había caído por el *führer* y por la patria, en la campaña militar de Polonia.

Capítulo 30

La única muerte

EL SER HUMANO se lleva muchas heridas en la vida. Las peores son aquéllas que no son visibles porque permanecen encerradas en el interior del alma, como las heridas con las que padecía Déborah. Tal vez su espíritu herido habría podido experimentar una liberación si se hubiera encomendado a su madre. Elisabeth había caminado por sí misma por el infierno. La pérdida de Gustav y el miedo ininterrumpido por sus hijos la habían consumido y todas sus energías restantes las sacaba del hecho de saber que sus hijos estaban ahora a salvo. Y así nadie cayó en la cuenta de que el alma infantil de Déborah se había apagado.

TAMBIÉN SUFRÍA OTTILIE, y la mayor parte de su sufrimiento era visible por fuera. La criada, de tan buena presencia en otros tiempos, había adelgazado terriblemente, sus mejillas rojas de entonces las tenía ahora pálidas y secas como un fruto de invierno. Lloraba mucho, por el mínimo motivo. Una palabra dura de la cocinera nueva representaba una catarata para ella; un botón arrancado, una tragedia con llanto convulsivo. Quedaba demostrado ahora que el ciego vasallaje de Hans y el amor incondicional de éste eran los pilares en los que se había basado la fortaleza de Otilie.

Como ahora le faltaban esos cimientos, se convirtió en una persona inestable por dentro, y su carácter comenzó a apagarse. Donde antes reinaba la valentía, ahora lo determinaba todo la indecisión; donde en su día había burla certera, se estancaba ahora la resignación silenciosa; donde en otro tiempo se imponía la adoración por el orden, ahora imperaba la negligencia; donde antes había fortaleza, reinaba ahora la debilidad. Fueron necesarios muchos meses y mucha paciencia para que Otilie fuera dueña de su dolor y para que reviviera otra vez en ella su legendaria adoración por el orden.

TODA LA FAMILIA sentía agradablemente que el señor Brunnmann se encontrara

casi ininterrumpidamente de viaje y solo se pasara por casa en visitas relámpago. De todos modos, Déborah estaba segura de que la cocinera nueva lo mantenía diligentemente al corriente de todos los sucesos domésticos.

Elisabeth pasaba ahora la mayor parte de su tiempo en casa con sus hijos. Ya tan solo en raras ocasiones se comprometía a realizar alguna actuación, pues su salud se había vuelto aún más delicada desde aquella noche de septiembre. Su tierna belleza parecía más frágil que nunca y su piel era casi translúcida. Su alma había sufrido tanto daño como las de sus hijos. De manera similar a un animal arrinconado, se sobresaltaba ante cualquier ruido inesperado, de ahí que los moradores de la Prinzregentenplatz se acostumbraran pronto a realizar todas sus actividades con el menor ruido posible, a pisar con paso medido y a hablar en voz baja.

Tal vez por esta razón, Déborah, al recordar esa época, tenía la sensación de que la vida había sido de alguna manera más suave en sus contornos.

ELISABETH SUFRÍA INFECCIONES febriles cada vez con mayor frecuencia, y sus convalecencias duraban cada vez más tiempo.

A comienzos de 1941 volvió a enfermar. El doctor Strelitz le diagnosticó una neumonía. Pasaron casi tres meses hasta que pudo ponerse de nuevo en pie por sí misma. Su voz había sufrido bajo esos vaivenes de la salud y había perdido energía.

A partir de entonces, Elisabeth ya no volvería a actuar de nuevo en público y solo cantaría en círculos privados.

Pero tenía sus mayores alegrías cuando podía tocar piezas musicales junto con Déborah. Las veces que lo permitía su delicado estado de salud, le daba clases de canto y de piano a su talentosa hija.

Déborah acababa de cumplir los dieciséis años, pero su voz, soprano lírica, era muy prometedora y sonora, con un timbre plateado. Unía sin esfuerzo elegancia e intensidad, así se lo confirmó a Elisabeth el pedagogo del canto en el Conservatorio de Múnich, que fue fundado en el año 1927 y al que Déborah iba ahora todos los días.

Además de la asignatura de canto operístico, estudiaba allí también piano con maestros expertos. Elisabeth se llenó de orgullo cuando en una visita al Conservatorio le aseguraron que el talento de su hija sería suficiente también para una carrera pianística si ella seguía con la correspondiente concentración. Sin embargo, Déborah sabía desde hacía mucho tiempo que quería ser cantante

de ópera, igual que su madre. Ni Déborah ni Wolfgang iban a la escuela pública. Por deseo del señor Brunnmann, los niños recibían clases particulares en casa.

Capítulo 31

EL DÍA DE la boda, la familia conoció también a Leopold, el hermano mayor del señor Brunnmann. Representó para ellos una auténtica sorpresa. Sí, a Déborah le pareció incluso que él fue lo mejor de la boda de su madre.

Leopold era un sacerdote católico de pura cepa. Era ocho años mayor que Albrecht. Los dos hermanos eran muy parecidos por su apariencia física, pero tenían caracteres radicalmente diferentes. Y es que en contraposición a su hermano serio y pendiente de su aspecto exterior, a Leopold le gustaba reírse y era también bastante descuidado en cuestiones de vestimenta, lo cual solía dar motivos para los chistes.

Leopold se convirtió rápidamente en el interlocutor favorito de Déborah. En la manera que tenía de contar y de transmitir su saber, le recordaba a su padre Gustav. Déborah averiguó muy pronto que se le podía preguntar de todo, incluso sobre Dios. Leopold nunca se tomaba a mal una pregunta.

También parecía ser el único que se atrevía a hablar a su hermano Albrecht en un tono burlón en el cual solía ocultarse una crítica, solo perceptible a unos oídos finos.

En su presencia, el señor Brunnmann daba la impresión de que adoptaba un papel algo pasivo. Elisabeth y Déborah quedaron asombradas después de la primera visita larga de Leopold —el señor Brunnmann se hallaba de viaje— por la diferencia de los hermanos. El señor Brunnmann era un personaje elegante y se caracterizaba por su inaccesibilidad y su autocontrol. El tío Poldi, en cambio, disponía de salero y de una viva necesidad de comunicarse.

Elisabeth, que desde el principio se dirigió a él llamándolo afectuosamente Poldi, le dijo a Déborah tras una visita de Leopold:

—Anda, mira qué bien. ¡Qué criatura de Dios más alegre! ¿Te diste cuenta de la enorme mancha de grasa en su ropa? ¿Quién podría pensar que los dos son hermanos? ¡Y qué ojos tan cariñosos tiene Poldi! Creo que cualquiera puede pecar en lo que le venga en gana porque Poldi lo perdona ya por adelantado.

Leopold les deparó la primera sobremesa despreocupada desde hacía muchísimo tiempo en la Prinzregentenplatz; casi se quedaron asombradas ellas mismas de su alegría. Déborah se puso contenta de ver a su madre con tal despliegue de felicidad.

Déborah se atrevió pronto a hablarle al sacerdote sobre el antagonismo de ambos hermanos, a lo que Poldi respondió:

—Ése, pequeña Déborah, es un secreto que nuestra madre se llevó consigo al coro de los angelitos. —A continuación le contó cosas de su madre, le habló de sus ganas de vivir y de su alegre manera de ser y de que había sido una artista de talento, una cantante como la madre de Déborah, pero menos delicada y tan solo conocida en pequeños círculos porque a su padre no le parecía que el canto fuera un oficio de verdad. Por esa razón se despidió de los escenarios nada más casarse y solo cantaba ya en el ámbito doméstico y para sus hijos—. Yo mismo he salido a mi madre en lo que se refiere al carácter, pero por desgracia no sé cantar. En cambio, Albrecht ha salido más al carácter de nuestro padre, un oficial prusiano con una mente rígida y una manera anticuada de ver las cosas. ¡Pero no tenga miedo, señorita! Tengo todo mi empeño puesto en seguir enderezando a mi señor hermanito para que no se le suban demasiado los humos con su bonito uniforme.

Leopold se convirtió en un auténtico enriquecimiento de su vida. También el pequeño Wolfgang le profesó pronto un gran afecto, y en lugar de Albrecht Brunnmann, era ahora Poldi quien sustituía al padre que faltaba.

Para estar más cerca de Elisabeth y de los niños, el hermano de Albrecht se hizo cargo de una parroquia en el barrio de ellos, pues, tal como dijo guiñando un ojo: «Uno tiene sus enchufes».

Déborah iba con regularidad a sus misas, no porque hubiera descubierto a Dios de repente, sino porque era magnífico escuchar a tío Leopold en sus sermones.

Ciertamente no sabía cantar, pero en cambio poseía una voz que era como el rayo y el trueno. Igual que Ezequiel, predicaba a su parroquia y no se arredraba de recordarles sus deberes como cristianos, siendo los prioritarios el amor al prójimo y la misericordia.

—Y yo os digo, ¡reconoced la desgracia y el sufrimiento de los demás y mitigadlos! —Al mismo tiempo, Leopold era lo suficientemente inteligente como para no atacar directamente al régimen nacionalsocialista.

EN EL OTOÑO de 1941, Elisabeth volvió a enfermar, y el diagnóstico volvió a ser neumonía. Como Elisabeth había estado a menudo enferma en los últimos dos años y en todas las ocasiones se había recuperado por completo, todos los moradores de la Prinzregentenplatz esperaban que esta vez también sanaría pronto. Sin embargo, su estado se volvió tan preocupante que el doctor Strelitz, que se había trasladado de nuevo a Múnich por orden del señor Brunnmann, aconsejó ingresarla en un hospital. Elisabeth se negó vehementemente en otro de los reavivamientos de sus antiguas energías. El doctor Strelitz valoró esa reacción como una buena señal y cedió. Iba todos los días a su casa a pasarle consulta.

Durante esa época, Déborah pasó muchas horas junto al lecho de enferma de su madre, y Elisabeth se deleitaba en sus recuerdos. Le contó a Déborah cómo había conocido a su padre Gustav, cómo se había enamorado de él al instante y cómo él le pidió su mano ya al tercer día. Le habló con pasión de sus semanas de luna de miel en el inhóspito mar Báltico, pero sobre todo no cesaba de mencionar la época feliz de todos juntos, la época del arca de Noé. Al final acababa hablando exclusivamente de Gustav como su marido, como si se hubiera olvidado de que ahora estaba casada con Albrecht Brunnmann. Por las noches, sola en su habitación, Déborah registraba en su diario todo lo que había escuchado. Igual que su madre, deseaba acordarse siempre de quién había sido su padre.

Elisabeth se resistió enconadamente, pero fue consumiéndose cada vez más en su lucha y con el paso de los meses fue debilitándose mucho.

Un día de enero, el 19 del año 1942, exhaló su último aliento como los delicados copos de nieve que flotaban sobre la tierra como pelusa del cielo.

Déborah estuvo a su lado, al igual que Leopold y también el doctor Strelitz. Únicamente el señor Brunnmann no consiguió llegar a tiempo. Desde mediados de enero se hallaba en una importante reunión en Berlín, a orillas del lago Wannsee y allí resultaba imprescindible como secretario de la reunión.

Déborah, que no se despegaba de su madre y que al final se había ocupado de ella noche y día, se quedó abotagada y confusa respecto de sus propios sentimientos. Cuando sucedió la muerte de *Biene*, reaccionó más bien con furia, ahora sentía esa frialdad cruel en su interior, como si la muerte de su madre la hubiera despojado de todo calor. Quería llorar, pero no podía encontrar sus lágrimas. Su corazón estaba sordo y su alma, petrificada. Por las tardes, Déborah

se encerraba en su habitación, y a la mañana siguiente, un jersey negro ocultaba los muchos cortes practicados en los brazos.

Tampoco lloraba Wolfgang. Había vuelto a sumergirse en su propio silencio profundo, como por aquel entonces cuando fueron a buscarlos y Magda desapareció.

Leopold Brunnmann, ese regalo del cielo, se ocupaba de todo, consolaba al trastornado Wolfgang, pasajeramente olvidado por todos, y organizó el funeral de Elisabeth.

El día del entierro de Elisabeth despuntó con un frío tremendo. Artistas, directores de orquesta, directores artísticos y uniformes lustrosos acompañados de damas con abrigo de piel aparecieron para dar el último adiós a Elisabeth.

Déborah se situó al lado del viudo que no regresó de Berlín hasta esa mañana; tenía a su hermano agarrado de la mano a su lado derecho.

Soportó con dignidad férrea la larga ceremonia con los discursos de recuerdo a la fallecida, a pesar de que le sobrevino un rechazo vivo hacia esas muchas personas desconocidas que tenían cosas que decir sobre su madre. No deseaba otra cosa con más vehemencia que encerrarse por fin en su cuarto y poder anestesiar su dolor otra vez con la navaja. Quería estar sola, tan sola como se sentía por dentro, abandonada por todos; primeramente, por su padre, y ahora también por su madre.

Pero el desfile de los indeseados no terminaba de pasar por su lado. Déborah se sentía molesta con tantas miradas dirigidas a ella. En los ojos de los hombres estaba prendida una chispa extraña; en los de las damas había poca compasión y sí, en cambio, mucha envidia.

Veía cómo las bocas moldeaban palabras irrelevantes expulsando nubecitas de aliento que se perdían en el aire frío. Déborah deseaba con todo fervor que también todas esas personas se disolvieran en el aire como su aliento.

A pesar de todo, fue una despedida bella y conmovedora. Elisabeth inició su último viaje sobre un colorido mar de flores, tal como ella lo había deseado. Sobre su losa sepulcral había un cuenco redondo que llenaban siempre con agua fresca.

En un letrero pequeño podía leerse lo siguiente:

*Sobre mi tumba un pequeño cuenco,
al que irán a beber y a cantar los pajaritos.*

CUARTA PARTE

María

Capítulo 32

ES UNA RARA particularidad de la vida que el ser humano sepa casi siempre cuándo se halla ante el bien, mientras que ese instinto le falla prácticamente todas las veces frente al mal.

¿Reside la explicación tal vez en el hecho de que la energía del bien se nos revela sin falsedad para compartir con todo el mundo la sustancia de la decencia, mientras que el mal se nos acerca hipócritamente, nos embauca con artimañas y trucos, hasta que nos damos cuenta demasiado tarde o nunca de que hemos quedado atrapados sin esperanza en sus redes?

—BUENO, HERMANITO, ¿CÓMO van a seguir ahora las cosas? ¿Cuáles son tus planes para el futuro? —preguntó Leopold en un tono coloquial que dio una impresión demasiado inofensiva para abrir esa conversación de sondeo.

Tras el funeral de Elisabeth, los dos hermanos se retiraron al antiguo salón de caballeros de Gustav, que ahora era de Albrecht. Llenaba el espacio el olor a los libros de Gustav. Albrecht estaba de pie, de espaldas a Leopold al lado de un carrito de servir que hacía las veces de bar. Eligió lo que le apetecía tomar entre los frascos llenos de diferentes líquidos, se sirvió con generosidad y solo entonces se dio la vuelta hacia su hermano.

Contempló a Leopold con aire malhumorado. Sabía que la pregunta de Leopold no perseguía conocer el estado de ánimo de un viudo en duelo, sino que su hermano mayor le había adivinado las intenciones... Una vez más. Albrecht percibía como una molesta carga lo bien que su hermano le conocía. Se ahorró la respuesta y en su lugar dio un sorbo a su copa. A su hermano no le ofreció nada.

Leopold entrecerró los ojos y pasó al ataque.

—Dime, ¿vas a reemplazar a la madre con la hija?

Albrecht se sobresaltó y derramó algunas gotas del valioso coñac francés sobre el parqué de roble. Aquella era una afirmación monstruosa, pero Leopold tenía claro que a Albrecht no le enfadaba esa imputación sino lo rápido que él le

había descubierto las intenciones.

Desde su infancia común, Leopold era consciente de que los sentimientos y las emociones de su hermano no conocían ninguna otra manifestación profunda; todos sus afanes estaban marcados por una ambición casi insaciable que andaba royéndolo como un espíritu maligno. Era la némesis de Leopold, que tuvo que prometer en el lecho de muerte de su madre, quien conocía bien este déficit de Albrecht, que velaría por el hermano ocho años menor que él.

Leopold no se había equivocado del todo en su apreciación, pero un poco sí.

Albrecht, persona capaz de sentir emociones, había sentido realmente apego por Elisabeth. Ella había colmado todas sus expectativas. Poseerla le había procurado más satisfacción de la que habría esperado él mismo. Incluso los paladines más queridos de Hitler, Göring y Goebbels, le habían envidiado por Elisabeth. A través de su esposa se había ganado tanto el acceso a la sociedad culta como también su reconocimiento y había ascendido a los puestos directivos más selectos dentro de la Cancillería del Reich. Recientemente se le había encomendado una misión secreta muy especial que fue catalogada de decisiva para la guerra.

Elisabeth se había mostrado fascinante y afectuosa, una tierna mujer joven que nunca lo cuestionó, que lo aceptó sin condiciones y que estuvo entregada a él con una gratitud ilimitada por haber salvado a sus hijos. Ella nunca lo había decepcionado tampoco entre las sábanas. A veces, especialmente al principio, el temperamento y la pasión de ella incluso lo habían sorprendido y arrebatado. Sin duda, significaba una gran pérdida para él. Todavía no se había atrevido a abordar en serio ese pensamiento interesante que Leopold acababa de anticipar.

La hija de Elisabeth era, en efecto, muy prometedora y no le iba a su madre a la zaga en lo relativo a talento artístico, tal como la misma Elisabeth le había garantizado. También ella tenía una gran carrera por delante que podía ser de provecho para él. Además estaban su juventud y su aspecto exótico, a pesar de que no llegaba a igualar la belleza de su madre. Sin embargo había algo en los ojos de Déborah, algo profundo, provocador, que hacía tiempo que venía excitándole. Sí, seguramente sería una buena diversión amaestrar a esa potrilla. En cualquier caso, valía la pena ocuparse de esa posibilidad. Además podía darle a Leopold su merecida lección. Su hermano mayor le había tutelado ya durante demasiado tiempo.

Leopold no le había quitado los ojos de encima a su hermano, mientras éste reflexionaba. Acababa de enterrar sus últimas esperanzas sobre el posible error

de apreciación por su parte.

—Así que es verdad entonces. Albrecht, Albrecht, eres un chico malo de verdad. Nada es capaz de pararte los pies, ¿no? Primero los bienes del médico, luego la esposa y ahora la hija. Ya sé que no puedo domarte, así que tendré que seguir vigilándote, a ti y a tus demonios para que éstos no salgan disparados para llevarte con ellos. ¡Pero te voy a avisar! En esa muchacha no hay nada dulce a pesar de parecerlo por fuera. Tiene demasiada dignidad y está muy mayor y desarrollada para sus diecisiete años. Aprende rápidamente, su mente es osada y afilada como una cuchilla. Te cortarás en ella, créeme. Así que déjala en paz. Piensa mejor en que ahora tienes responsabilidad, y nada menos que sobre dos niños. Yo me voy ahora. —Se levantó.

—¡No, quédate! —le sorprendió Albrecht con su ruego. Acababa de ocurrírsele una idea brillante—. Dime, ¿qué me aconsejarías tú para los niños, Leopold?

La pregunta, y especialmente la manera de formularla, hizo aparecer la desconfianza en Leopold. Presintió de inmediato que su hermano estaba tramando algo contra él.

—Bueno, conociéndote como te conozco, Albrecht, estoy seguro de que continuarás tu carrera y que no derrocharás el tiempo en ocuparte de los hijos de tu difunta esposa. Como ya sabes, los he visitado con frecuencia en estos últimos dos años y me he familiarizado con ellos. Los dos son algo especiales, el chico también tiene un elevado grado de inteligencia, es una criatura vivaz y despierta y tiene interés en muchos campos. Por esta razón deberías seguir invirtiendo en la formación de ambos. Yo mismo me pondré a su disposición y me ocuparé del bienestar de los dos durante tus frecuentes ausencias.

Solo por la forma de recostarse en el sillón con desenfadada autoconfianza, le demostraba a Leopold que no se había equivocado. Su hermano parecía seguir en efecto un claro propósito. Albrecht tomó otro sorbo de su copa y replicó:

—Por supuesto que me ocuparé de los dos niños de la forma exacta en la que tú me digas, hermano, pero solo si me ayudas a ganarme a Déborah.

—¡Por Dios! ¿Cómo voy a hacer yo eso? Soy cura y no un asesor matrimonial.

Leopold dijo esto con aparente calma exterior, pero sintió cómo se formaba en él una tensión subliminal, como siempre le ocurría cuando creía tener que obrar contra alguna nueva diablura de su hermano.

—Es un maravilloso antagonismo, Leopold. Por cierto, han llegado a mis

oídos algunas noticias negativas acerca del clero en estos últimos tiempos. Pero el debate no es éste ahora, ¿verdad? ¿No te pavoneabas hace unos instantes de conocer bien a Déborah? Entonces dime, ¿cómo lo hago? Como es natural, también podría ganármela con violencia, ¿sabes?

Se puso a jugar con la copa de coñac deslizándolo el dedo índice por el borde de cristal.

Leopold mantuvo la compostura. Se trataba únicamente de un juego que su hermano llevaba jugando desde la infancia con él. La cuestión que se escondía detrás era: ¿hasta dónde iba a llegar Albrecht esta vez? ¿Y qué haría él, Leopold, para mantenerlo a raya? No obstante, la apuesta nunca había sido tan elevada como la de hoy. Se trataba de una persona, de una muchacha de alma bella y pura. Leopold tenía absolutamente claro que no servía de nada sermonear a su hermano con la decencia ni con la moral; esos conceptos no tenían ningún significado ni importancia en la escala de valores de Albrecht.

Por este motivo lo intentó con una táctica que había demostrado su eficacia hasta entonces entre ellos, con el cinismo y con la burla, pues apenas había otra cosa que su hermano Albrecht temiera más que exponerse al ridículo. En sus reflexiones, Leopold confiaba salir ganador por la falta de una auténtica seguridad en sí mismo de Albrecht.

Su enérgica prestancia era consecuencia únicamente de una férrea autodisciplina que él ya había mostrado cuando era un niño, resultado de la educación de su padre déspota. A ello había que añadir un autocontrol casi patológico, un logro considerable porque Albrecht siempre se había ocupado hasta entonces de mantener engañado a todo su entorno, exceptuando a su hermano mayor.

Sin presentirlo siquiera, Leopold erró fatalmente esta vez en su apreciación. Y es que Albrecht, entretanto, había perfeccionado un método que le permitía desarrollar realmente la conciencia de sí mismo, un método que la autoproclamada raza superior cultivaba con infamia, y que consistía en humillar a otras personas y torturarlas hasta la muerte. Y les era posible hacerlo porque se les había despojado jurídicamente de su humanidad. Los asesinatos de esas no-personas no solo no se sancionaban, sino que se deseaban, se trataba de un asesinato en masa planificado.

Aquí era donde la cruel psicología del régimen desplegaba toda su perversa obra. Era un sistema pérfido en el que las personas de carácter deficitario ganaban en fortaleza tan solo porque podían jugar a hacer uso de una violencia

sádica en calidad de raza superior a todas las demás.

Como Leopold necesitaría todavía unos instantes hasta comprender el alcance de toda esa infamia atroz, siguió el guion que le marcaba su hermano y se vio obligado a recurrir a la ideología nacionalsocialista que tanto detestaba:

—Albrecht, Albrecht, mira bien lo que dices. Es la hija de tu esposa, tiene veinte años menos que tú y además es la hija de un judío, ¿no? Tú lo sabrás seguramente mejor que yo, y si no, dime, ¿no está prohibido por ley la unión entre un ario y una persona de sangre judía? ¿No te gritarán los de tu gremio a pleno pulmón el atentado ignominioso que cometes contra la raza pura? No me creo que estés planeando en serio estrellarte en el momento más elevado de tu carrera, ¿verdad?

—Leopold, Leopold —contestó Albrecht imitando a su hermano con suficiencia—. ¿Quién ha afirmado aquí que voy a hacerlo oficial y que me voy a casar con ella?

—¿Vas a convertir a esa pobre muchacha en tu querida?

Leopold tuvo que hacer grandes esfuerzos para no salirse de su sotana. Al mismo tiempo buscaba febrilmente una nueva táctica, pero no quería ocurrírsele ninguna debido a la intensidad con la que se le cruzaban los pensamientos en el cerebro.

Albrecht no se molestó en ocultar lo contento que le ponía haberle quitado el habla a su hermano. Apuró su copa con placer.

—Bien, veo que lo has comprendido. Así que dime, ¿cómo hago para conseguir a la chica?

—Olvídalo, no voy a ayudarte en eso. Tienes que quitártelo de la cabeza, Albrecht.

Se dio cuenta del tono suplicante de su voz. Reconoció su craso error en el modo en que la expresión expectante del rostro de su hermano se convertía en un ademán de satisfacción. Le había enseñado sus cartas a Albrecht al revelar le lo mucho que le importaba el destino de los dos niños.

—Pero está claro que vas a ayudarme, hermanote. Por cierto, ¿conoces el T4?

—No, ¿qué es? ¿Un tanque nuevo?

Leopold intentó simular impasibilidad, mientras se le tensaban simultáneamente todos los músculos.

—Eso, querido mío, es el programa de eutanasia forzosa de nuestro *führer*. Lleva en vigor desde octubre de 1939. Ese decreto prevé que las vidas sin valor sean aniquiladas para que no puedan reproducirse. Servirá para mantener pura

nuestra sangre y para proteger nuestra raza. Debería tal vez mencionar que el programa T4 no distingue entre incapacidad física o psíquica.

Esa explicación y la alusión oculta en ella a la cojera del pequeño Wolfgang eran tan infames y tan repugnantes en su frialdad que el mismo Leopold, que creía conocer las profundidades abisales de su hermano, jamás se lo habría esperado de él.

La ira sagrada enrojeció el rostro de Leopold. Solo con el esfuerzo más extremo consiguió mantener las riendas de su temperamento. Le habría gustado propinarle de inmediato a su hermano un puñetazo en esa nariz de autocomplacencia para ver brotar de ella la sangre pura. Leopold era capaz de controlar sus acciones, pero no sus palabras. Replicó con muy mal humor:

—Anda, entonces os habéis pasado por alto completamente a vuestro doctor Goebbels con su pie contrahecho, ¿eh? Con la de chiquillos que debe de estar fabricando ése...

—Leopold, ¿qué mosca te ha picado ahora? Justamente tú, un hombre de la iglesia, ¿consideras que nuestro doctor Goebbels cojito es una vida sin valor? Tengo que decir que ya no te reconozco.

Por lo visto, a Albrecht pareció regocijarse su respuesta.

—Solo estoy repasando la infamia de esa ideología vuestra, Albrecht, que hace que el astuto mal surja arrastrándose desde cualquier rincón. Pero tienes razón, no considero a Goebbels una vida sin valor a causa de su pie, porque Dios sabe de muchas razas y formas de vida. No, lo digo más bien por los temas que defiende y propaga. Tal vez deberían practicarle un examen psiquiátrico, ¿no te parece?

—Basta ya, Leopold. Conozco tu propósito de sortear el tema que nos ocupa. Si Déborah se aviene a mí voluntariamente, eso será mucho mejor para todos que si me la tengo que llevar con violencia. En esto me darás la razón, ¿verdad, tío Poldi? Bueno, las cosas están así: tú me la amansas, y yo sigo manteniendo mi mano protectora sobre ambos niños. —Vio el gesto atormentado en la cara de Leopold, su rechazo y su repugnancia, y arrojó sobre el tapete su último triunfo. Fue como un puñetazo en el rostro del hermano mayor—: Y piensa también, padre Leopold, en la cantidad de acciones buenas que podrás seguir realizando, en la cantidad de personas a las que podrás seguir salvando en el futuro.

Leopold se quedó de piedra en su sillón de orejas, como si hubiera hecho diana en él la cólera de Dios. ¡Así que Albrecht lo sabía!

El terror sin nombre que le sobrevino al pensar en las muchas personas que lo

ayudaban y que arriesgaban sus vidas escondiendo a conciudadanos judíos para poder llevarlos a salvo fuera del país, era mucho mayor de lo que él creía poder soportar. Y sin embargo, era precisamente en ese momento cuando más necesitaba mantener la cabeza clara. «¡Piensa, Leopold! ¡Encuentra una vía, una posibilidad de convencer a tu hermano de que yerra, de que no puede hacer eso!» Leopold alzó la cabeza para plantar cara, miró al rostro de su hermano y reconoció en él la malicia indisimulada.

Leopold comprendía demasiado tarde lo mucho que su hermano había estado esperando ese momento perfecto de la humillación, de lo mucho que había andado maquinando en ella. ¡Qué necio ciego había sido, un tonto soberbio convencido de su causa justa, mientras su hermano Albrecht hacía mucho tiempo ya que tenía todos los ases en la mano...!

Ahí estaba ahora de pie, de espaldas a la pared. Y cargó con la culpa y tomó una decisión que era funesta y terrible, una decisión que le cambiaría para siempre: se dejó enredar por las matemáticas del diablo. Y fue así como el sacerdote Leopold cambió en trueque un alma por muchas almas y fue consciente de que, a cambio, iba a perder la suya para siempre. Leopold dilató el silencio entre ellos para restarle a Satán algunos minutos de inocencia.

Albrecht le permitió que se tomara su tiempo. Hacía rato que sabía que su victoria era total.

La voz de Leopold, monótona y cansina, daba muestras de la conmoción que sentía en su interior al tener que sacrificar a la codicia de su hermano todo aquello que él defendía.

Y mientras hablaba, se iba resquebrajando con cada palabra un pedazo de sí mismo:

—Muéstrale que te duele la pérdida de su madre. La chica tiene un corazón compasivo; no te escatimaré su consuelo. Simula tu soledad y dile lo difícil que te resulta vivir solo. No obstante, voy a advertírtelo una vez más, Albrecht, esa muchacha da la impresión de ser tranquila y serena, pero es como la música, está llena de vibraciones y de una entrega apasionada por aquello que adora y por aquello en lo que cree. Por este motivo, será muy difícil apagar su llama tanto en la ira como en el amor. Si le haces daño, te pagará con la misma moneda. Y dijo Pablo: *lo que el ser humano siembre, eso será lo que coseche*.

Leopold ocultó el rostro entre las manos, y sus hombros se estremecían. Lloraba por la inocencia, y por la traición y su sufrimiento futuro.

—Ya estaba empezando a extrañarme que no me arrojaras a los pies una de

tus sentencias bíblicas como colofón, hermano —replicó Albrecht con grosería. Se levantó para mostrar a su hermano el tamaño de su culpa e indicarle que ahora ya podía marcharse.

Leopold se enjugó el rostro con la manga y se levantó pesadamente del sillón. Sus ágiles movimientos de hacía tan solo unos instantes se parecían ahora a los de un anciano.

—Dime, ¿por qué lo haces? —preguntó a su hermano.

Albrecht sonrió con malicia y respondió:

—Porque puedo.

Leopold se fue sin despedirse; era un hombre roto con el paso cansino.

Ese día se quebró definitivamente la alianza de su fraternidad. Leopold sabía que no podía enfrentarse por más tiempo a los demonios de Albrecht y que el camino de éste desembocaba en el infierno.

—Perdóname, madre —dijo en un susurro.

Capítulo 33

DÉBORAH REGRESÓ DEL Conservatorio después de las Navidades. Únicamente en el mundo de la música era capaz de experimentar un rato de consuelo y de distracción por la muerte de su madre. De ahí que apenas cayera en la cuenta de que Leopold ya tan solo se pasaba por casa cuando ella estaba en sus clases del Conservatorio. ¿Cómo figurarse que a Leopold le causaba horror toparse con ella porque entonces habría tenido que mirarla a los ojos?

Leopold era consciente de que se estaba comportando como un cobarde, y de que le estaba pesando en exceso su conflicto interior. Sin embargo, seguía ocupándose de Wolfgang de una manera conmovedora, como si quisiera resarcir en él el yerro que había cometido con su hermana y que iba a seguir cometiendo en el futuro.

Un domingo de mediados de marzo, Déborah se dirigió a la sacristía para hablar con él después de la misa. Se quejó de no haberlo visto más desde el día del entierro de su madre. Lloró y parecía confusa e insegura, y Leopold la abrazó y la consoló. Al hacerlo se vio a sí mismo como un traidor repugnante.

Déborah dijo sorbiéndose los mocos:

—Al menos el señor Brunnmann es muy comprensivo. También echa mucho de menos a mi madre. Creo que se siente solo. —Leopold trató de distraerla tendiéndole un pañuelo y preguntándole:

—¿Le sigues llamando «señor» Brunnmann?

—Ya sé que es una costumbre estúpida. Siempre le he llamado «señor» Brunnmann. También él suele pedirme que le llame simplemente Albrecht, pero me resulta difícil. Es una cosa rara, ¿no? —Levantó la cabeza de la posición encogida en la que se había mantenido, y lo miró directamente—. Y mira que me resulta facilísimo llamarte tío Poldi a ti, tío Poldi.

—Bien, bien. —Se estaba sintiendo incómodo con cada segundo que pasaba. Carraspeó—. ¿Cómo se encuentra el pequeño Wolfgang? ¿Está comiendo bien?

—Sí, nuestra Ottilie está siempre encima de él. ¿Puedo pedirte un consejo

que concierne a tu hermano?

Eso era exactamente lo que había estado temiendo todo el tiempo Leopold. Primero pone al cordero en manos del lobo, y luego aquél regresa a él para pedirle ayuda. Se levantó con bastante rapidez y tiró de la casulla que había llevado durante la misa para quitársela. En realidad pretendía impedir que Déborah viera el gesto azorado en su rostro. Se maldijo a sí mismo por su cobardía.

—¿Qué ocurre, cariño mío? —dijo embutido en su estola.

—Mira, es esto. Desde la muerte de mamá, el señor Brunn..., quiero decir, Albrecht, está mucho en casa y le gusta pasar el tiempo conmigo. Y ayer me dijo que se iba de viaje durante algunas semanas. Me pidió que fuera con él. Le respondí que estoy en mitad del curso y que tampoco puedo dejar solo a mi hermano pequeño. Pero casi se me echa a llorar, tío Poldi, y me dijo que no sabía si él mismo podía estar tanto tiempo solo. Jamás me habría imaginado que la muerte de mamá le afectara tanto. Lo que quiero decir es que siempre había dado a todos la impresión de que era una persona muy estable. Me da pena. ¿Qué debo hacer, tío Poldi? Es tu hermano, tú lo conoces mejor que yo. ¿Debo ir con él?

Leopold maldijo las artes teatrales de su hermano y al mismo tiempo anheló poder nombrar como propio ese mismo talento. Precisamente hoy, Albrecht había acompañado a Déborah y a Wolfgang a la misa del domingo, cosa que nunca hacía.

Leopold comprendió que su hermano lo había organizado todo para que Déborah fuera a verlo después de la misa a pedirle consejo. Oyó en su mente cómo se cerraba de golpe la trampa, y ese sonido le pareció sarcástico y funesto a partes iguales. Si ahora desaconsejaba a Déborah que hiciera ese viaje con Albrecht, éste sabría de inmediato de quién partía su negativa.

Así que la única reflexión posible era: ¿hasta dónde llegaría la paciencia de su hermano? Si Déborah se negaba a viajar con él, independientemente de que le diera Leopold su aprobación, ¿habría todavía un periodo de gracia para el hermano de ella, o revelaría Albrecht de inmediato su verdadero rostro cruel?

Leopold se contestó a sí mismo. La respuesta le vino sola por su conocimiento secreto de las acciones pasadas de su hermano Albrecht. No podía hacer absolutamente nada para salvar a Déborah de su destino, pero Wolfgang no estaba perdido todavía.

Y así fue como encomendó su alma definitivamente al purgatorio diciendo:

—Pobre niña mía. Cargas con demasiadas preocupaciones. Si te apetece viajar con mi hermano, entonces no te lo pienses y hazlo con despreocupación. Yo velaré aquí por el bienestar de tu hermano pequeño.

Y haciendo creer que Déborah había venido tan solo a pedir su aprobación para ese viaje, Leopold había metido con habilidad en la cabeza de la chica que eso era lo que ella deseaba en el fondo.

Así como Albrecht se había crecido gracias al mal, Leopold había menguado con él. Comenzó su nueva vida en la certeza de ser un mentiroso entre mentirosos. Precisamente porque era consciente de esto, sintió que su mentira era completa y envidió a aquéllos que no lo comprenderían sino muchos años después. Se preguntó si bajo el cielo de Dios podía existir una figura más lóbrega que un sacerdote que ha perdido la confianza en sí mismo. Se le pasaron por la mente las últimas palabras del poema de Goethe *Bendita nostalgia*: «Solo eres un huésped melancólico sobre la tierra oscura». Ése era exactamente su estado de ánimo. Jamás podría volver a ser el viejo Leopold.

Ahora era más bien la sombra de su propio presente, apenas algo más que un esbozo de su antigua identidad. Su carácter alegre era ahora impostado, su fervor en la oración no era nada más que un ruego desesperado por un pronto final de la tiranía del mal. Pero presentía que hasta entonces habría muchas víctimas y que se pasaría una factura dolorosa a las generaciones venideras.

Incluso a su propia imaginación desbordante se le escapaba la cantidad de muerte y de aniquilación que iban a apilarse al final ante los ojos de todo el mundo.

Capítulo 34

San Galo y Zúrich, primavera de 1942

DOS SEMANAS MÁS tarde, el último día de marzo cuya incipiente mañana traía consigo ya el aroma y la promesa de la primavera, Déborah partió con Albrecht en dirección a Suiza. Entretanto le resultaba ahora más fácil pronunciar el nombre de pila de él.

Albrecht apareció esta vez sin chófer. Llevaba un elegante traje de color gris marengo con una corbata de seda. Era la primera vez que Déborah lo veía sin uniforme, y eso le gustó. Para ella, los uniformes arrojaban siempre la amenazadora sombra de la violencia.

Su viaje juntos los condujo a través de Landsberg, Memmingen y Bregenz hasta San Galo, su primera parada.

Déborah disfrutó del breve viaje por tierras suizas; le gustaron los colores intensos de los prados y de los pastos de alta montaña así como las vacas blanquinegras que rumiaban parsimoniosas y con una mirada dulce. En general, esas tierras le dejaron ya desde el principio una fuerte impresión de paz. Hacía ya mucho tiempo que no había salido de Múnich, y su ciudad se le había vuelto gris. Sin embargo, Suiza, como una visión de la inocencia, obraba en ella de una manera sosegada y de algún modo pacífica.

Albrecht aparcó su limusina en la St. Leonhardstraße. Se bajó del coche y sacó un maletín de piel de detrás del asiento del conductor. Por el modo de llevarlo, Déborah supuso que debía de pesar bastante.

Los dos pusieron rumbo al imponente edificio de Credit Suisse, una gigantesca construcción clasicista. Déborah se detuvo delante a escasos metros. Le gustaba la distinción callada del edificio, causaba una impresión concreta de discreción. Finalmente entendió a qué se debía. En ninguna parte ondeaban al viento las banderas de color rojo sangre, con la cruz gamada, omnipresentes en su ciudad pero que allí no había en ningún lado. Déborah estaba ya demasiado

acostumbrada a la enorme cantidad de banderas como para que eso le llamara la atención en casa. El hecho de que ahora no estuvieran presentes allí ejercía sobre ella un efecto consolador. Un mundo por descubrir en el que no había nazis, le templaba el ánimo confortablemente.

Albrecht se anunció en recepción, y los condujeron en ascensor hasta el sótano. Allí dejó a Déborah en el vestíbulo de la cámara acorazada al cuidado del empleado del banco. Regresó al cabo de unos diez minutos, y Déborah creyó reconocer que la maleta estaba ahora vacía.

Albrecht la invitó a continuación a tomar algo en una cafetería. En la puerta de entrada figuraba en letras doradas: *Confiserie & Chocolaterie*.

Al entrar los recibió un aroma pesado y dulce que hizo la boca agua a Déborah. La sola visión de las vitrinas era una fiesta para los ojos. En la larga barra y en los innumerables expositores estaba a la vista una cantidad desconcertante de bombones y chocolates de la mejor calidad.

Poco después se deleitaba Déborah con una taza de chocolate caliente de sabor delicadamente amargo, guarnecida con una gran mancha de nata, y comió además un trozo de tarta de nueces tan alto como una torre. Albrecht, con muchas ganas de hacer gasto, le permitió a continuación que eligiera tantos bombones como quisiera. Ella se llevó demasiado de todo, cierto, pero Albrecht la había animado a ello, y él ni musitó una sola palabra al pagar con la moneda extranjera, el franco.

Cuando Déborah vio los billetes en las manos de él, le sobrevino una tristeza súbita. Pensó en que su familia, haría pronto ya cuatro años, había querido huir a Suiza, y en cómo su padre había conseguido un fajo de francos. También pensó en el intento al año siguiente con su madre y cómo el viaje acabó ya en la misma estación de Múnich.

Ahora se encontraba de pronto aquí, en la libre Suiza, y por unos instantes se le pasó por la cabeza a Déborah este pensamiento: ¿por qué no esperar un momento propicio, cuando Albrecht no prestara atención, y marcharse corriendo? Aquí no había nazis, y Albrecht, por consiguiente, no pintaba nada. Pero desechó esa tentación rápidamente. Pensó en su hermano pequeño en casa, que no tenía en el mundo a nadie más que a ella. ¡Jamás dejaría en la estacada al pequeño Wolfgang!

Para disimular sus pensamientos dijo lo primero que se le ocurrió:

—¿Qué había en tu maletín?

En realidad, ella no esperaba ninguna respuesta, pero Albrecht no solo andaba

hoy generoso con las divisas sino también con las palabras. Golpeó brevemente con los nudillos de la mano en el maletín que tenía a su lado en el suelo y respondió:

—Mi seguro.

Déborah sabía lo que eran los seguros, por esta razón la respuesta no tenía para ella ningún sentido real.

—¿Por qué tienes que esconder tu seguro en los sótanos de un banco en Suiza?

—Porque la guerra acabará en algún momento. Apura tu chocolate, Déborah. Nos vamos.

Siguieron carretera adelante en dirección a Zúrich. Déborah no podía dejar de regocijarse de nuevo en la hermosura del paisaje que atravesaban, como si un pintor hubiera creado en él su idea de un oasis de paz. Procuraba a la chica un estado de ánimo casi extático y durante un rato le borró incluso la tristeza. Podía sentir cómo despertaba en ella la promesa del futuro y los anhelos de la juventud.

ALBRECHT HABÍA RESERVADO una *suite* con dos dormitorios en el hotel de lujo Baur au Lac de Zúrich. Quedaba en medio de la naturaleza y, sin embargo, estaba en la ciudad, en un parque propio a orillas del lago de Zúrich.

Cuando Déborah vio el lago destellante con aquella luz del sol de la primera hora de la tarde y las barcas que bamboleaban idílicamente en las aguas, estuvo a punto de lanzar un grito jubiloso como una niña pequeña.

Las nuevas impresiones estaban siendo avasalladoras. ¡El jefe de recepción del Baur se dirigió a ella con un *madame!* Nunca antes la habían tratado como a una persona adulta. Su entusiasmo adolescente se desbocó finalmente cuando entraron a la *suite* de lujo. Déborah recorrió las habitaciones de prisa, emocionada, admiró el estilo y la elegancia de los dos dormitorios y del salón, para acabar descubriendo con un grito de júbilo el gigantesco y ostentoso baño de mármol que le pareció tan grande como su habitación en Múnich.

Albrecht se acercó a ella por detrás con una sonrisa:

—Puedes tomar un baño si te apetece. Por desgracia tengo que volver a irme. Se me hará seguramente tarde. Lo mejor es que pidas que te suban la cena a la habitación.

Le dio un beso en la frente y la dejó sola. Déborah no sabía por qué, pero sintió una leve decepción.

Albrecht no regresó hasta muy tarde en la noche y al día siguiente y al otro volvió a dejarla también sola en el hotel. Déborah se aburrió pronto y aprendió que una puede acostumbrarse muy rápidamente incluso al mayor de los lujos.

Cada mañana tomaba un largo y generoso baño de espuma, daba un paseo dos veces al día hasta el lago, daba de comer a los patos y contemplaba con melancolía las barcas pequeñas, exploró el parque y el entorno, y pronto conoció el interior del hotel tan bien que habría podido encontrar a oscuras el camino hasta su *suite*.

El único lugar del hotel por el que no había aparecido todavía era el bar. Ya el primer día oyó allí tocar el piano, pero no se atrevió a entrar en el bar ella sola.

El pianista no le pareció nada malo, el sonido que le sacaba era ligero y fluido, aunque un poco desangelado. Pero claro, no estaba tocando en un estrado para un público interesado en el arte, sino que producía música a destajo.

«No es tan bueno como yo», juzgó ella con sobriedad y sin una pizca siquiera de vanidad. Su oído finísimo constató que, ante todo, había que afinar nuevamente el piano.

El cuarto día reunió todo su coraje y, con la cabeza alta y una simulada confianza en sí misma, se dirigió con paso majestuoso al bar, como si fuera costumbre suya salir siempre sola.

El pianista llevaba un frac de cola abierta, era bajito y flaco, y tenía el cabello cano en las sienes.

A Déborah le cosquillearon los dedos, pero solo pidió un café turco. Todo el resto de la tarde se quedó aferrada a esa taza porque los dedos se le contraían continuamente por el impulso de tocar sobre la mesa las piezas que ella conocía.

AL DÍA SIGUIENTE volvió a estar en el mismo lugar a la misma hora. En el primer descanso, el pianista se levantó del taburete, se encaminó todo derecho a ella y le habló. Ella casi se muere del susto.

Él se inclinó ante ella y dijo en un fino alemán suizo:

—¿Me permite, joven? Me llamo Friedrich Gold. ¿He acertado en mi suposición de que usted es una joven colega? —Tomó asiento y a la desconcertada Déborah no se le ocurrió otra cosa que replicar:

—Un placer. —Se preguntó cómo comportarse frente a un desconocido en un bar cuando solo tienes diecisiete años y es la primera vez que haces un viaje. ¿Se enfadaría Albrecht con ella, si entrara ahora por casualidad y la encontrara sentada a la mesa con ese tal señor Gold?

El señor Gold era un hombre con experiencia en el trato con las damas; un pianista tiene sus buenas ocasiones, por ello no se le pasó por alto la adolescente timidez de ella y dijo:

—Su concentración en la música y sus inquietos dedos me lo han delatado. Por eso quería preguntarle, señorita... ¿Desea tal vez tocar usted misma?

Una propuesta así no requería ningún remilgo, y seguramente Albrecht no tendría tampoco nada que objetar. Ella se sentó al piano de cola negro resplandeciente, y el primer contacto con las teclas fue como siempre, pura magia. Tocó una pieza tras otra: Mozart, Chopin, Brahms, Liszt, todas las piezas que añoraba. Olvidándose de sí misma se entregó a la música con arrobamiento. No se percató de lo que sucedía a su alrededor hasta que una inesperada cantidad de oyentes rompió en aplausos entre dos piezas, y ella se quedó desconcertada.

Déborah se había aislado por completo de su entorno y se había olvidado de que se encontraba en un lugar público. Estaba tan inmersa en la música que ni siquiera se dio cuenta de que de pronto había comenzado a cantar. Su voz atrajo a muchos oyentes al bar.

Era la primera vez que cantaba ante un público fuera del Conservatorio. Con su música era la causante de la alegría y la admiración que se reflejaban en las caras de los clientes del hotel presentes; muy pocas veces en su vida había experimentado Déborah tanta felicidad. No obstante, también se sentía un poco triste porque pensó en su madre que debía de sentir esa misma alegría en sus actuaciones. Nunca más volvería su madre a subirse a un escenario para transmitir al mundo su luz y su arte.

Un señor mayor con una levita fina y un sombrero de copa se abrió paso entre la multitud y se colocó al lado de ella. De manera súbita e inesperada agarró la mano de Déborah, le dio unas palmaditas y se deshizo en elogios:

—¡Qué voz, mi niña! ¡Ese lustre y esa lírica del alma! Me recuerda usted muchísimo a mi querida amiga, la inigualable Elisabeth Malpran. Dígame, ¿cómo se llama usted, mi niña?

Déborah se lo quedó mirando con los ojos como platos. Siempre necesitaba un rato para descender de las alturas de la música, que para ella era otro mundo con un idioma universal, y familiarizarse con el idioma terrenal.

—Muchas gracias, señor. La señora Malpran era mi madre. Mi nombre es Déborah.

—¡Oh, esto es verdaderamente un milagro! —dijo con alegría el caballero juntando las manos—. La providencia la ha traído a usted hasta aquí, mi niña.

¡Que se me haya concedido vivir esto una segunda vez! Venga conmigo, la invito a una tisana de hierbas medicinales que le refrescará la voz, ya verá.

Y condujo a una perpleja Déborah al salón y pidió enseguida para ambos una infusión a un camarero con frac y de rostro distinguido.

El enigma en torno a ese señor mayor se resolvió para Déborah de inmediato cuando dijo:

—¡Oh, qué cabeza tengo! Disculpe usted a este anciano, querida Déborah. Me llamo Franz Lehár. Oí cantar a su madre por primera vez en una iglesia de Viena, acababa de cumplir once años. Fue un golpe muy duro para mí enterarme de su muerte.

Déborah se quedó boquiabierta. ¡Encontrarte aquí y ahora con uno de los mayores compositores de tu época, con una de las más grandes y legendarias figuras de la música, tenerlo enfrente de ti tomando una infusión y que te cubran de elogios además! Estuvieron juntos un buen rato deleitándose con la música y los buenos recuerdos.

AL SEXTO DÍA, Albrecht dijo durante el desayuno que tomaron juntos en la *suite*:

—Hoy tengo tiempo para ti, Déborah. Solo tengo que hacer algunas llamadas por teléfono a París, nada más. Después iremos a comprarte un vestido de noche para ti. Como premio por tu paciencia, voy a llevarte esta noche a cenar al famoso Restaurant Français del hotel.

Albrecht llamó por teléfono y habló en un francés fluido. Déborah se quedó sorprendida de que dominara ese idioma, pero ella misma lo había estudiado también a fondo. Adoraba su sonoridad y su ritmo suave. Albrecht parecía estar organizando algunos transportes en tren desde la ciudad francesa de Compiègne hacia Belzec, el asunto iba de selección y de tasa de utilización.

Ésa era la primera vez que Déborah se hacía una idea acerca de la misteriosa actividad de su padrastro. Cuando más tarde le preguntó si su viaje iba a llevarlos también a Francia, a Compiègne, le dio la impresión de que no parecía hacerle ninguna gracia su pregunta.

Ya nunca volvería a telefonar en su presencia, en ningún idioma.

Albrecht y Déborah pasaron casi todo el día en la distinguida Bahnhofstrasse de Zúrich, con sus elegantes tiendas y cafeterías. Estaba nublado, el cielo tenía una luz mortecina y de tanto en tanto chispeaba un poco; sin embargo, en la calle reinaba una gran actividad ruidosa. Déborah no daba crédito a sus ojos por haberse encontrado en un solo día en la calle a tantísimas señoras ataviadas con

las pieles más finas.

Albrecht resultó ser un hombre de un gusto exquisito. En la tienda de mayor calidad y más cara del lugar seleccionó para Déborah dos vestidos de noche maravillosos: el uno destellaba en una tela de satén de color crema y producía su efecto gracias a una silueta delgada y sencilla; el otro, en cambio, era de terciopelo de color violeta intenso, un tono que casaba perfectamente con el color de sus ojos, y con un corte descarado que dejaba los hombros al descubierto. Completaban el conjunto unos guantes blancos hasta los codos. Déborah se alegró para sus adentros de que cubrieran las cicatrices de sus brazos.

Albrecht insistió en la totalidad de los complementos y adquirió también las sandalias de tacón y el bolsito de noche a juego con el color del vestido.

Como colofón la llevó a una joyería con clase. El propietario los atendió en persona. A pesar de la tímida resistencia de Déborah, Albrecht insistió en regalarle un collar de perlas auténticas y los pendientes de botón con perla a juego. Sintió el collar liviano y fresco en torno a su delgado cuello y confirió a Déborah una sensación de respetabilidad y de persona mayor.

Se lo dejó puesto, y una y otra vez se pasaba los dedos por él como para cerciorarse de que no lo había perdido. Entre las compras tomaron un almuerzo ligero en un diminuto restaurante para *gourmets* con solo seis mesas.

A última hora de la tarde regresaron al hotel Baur au Lac con los ánimos excitados. Albrecht adujo que Déborah podría ir al peluquero del mismo hotel para que le diera algo de forma a su larga cabellera.

Capítulo 35

LOS RECUERDOS TIENEN su propia visión de las cosas. Cuando años después Déborah pensara en la magia de aquellos primeros días con Albrecht, en su memoria eran días de un cielo despejado y azul y de un sol claro que ninguna nube ensombrecía. Era joven e inexperta, y todavía no adivinaba que se trataba de un sueño fugaz y pasajero.

Era ésta precisamente la razón por la que pudo disfrutar con el máximo de intensidad de esos pocos momentos de absoluta felicidad; la dicha vivida era una propiedad segura que nadie podía arrebatarse a uno, y durante mucho tiempo Déborah se nutriría de esa felicidad.

DEL BRAZO DE Albrecht, Déborah pisó esa noche el Restaurant Français del hotel. Ella era consciente de su propia belleza ya antes de que las cabezas de los clientes se dirigieran al unísono hacia la elegante pareja.

El salón, de estilo imperial, con arañas de cristal resplandecientes, con estucados adornados con oro batido, y con un reluciente parqué de madera de roble, formaba un marco perfecto para su aparición.

Déborah se había decidido por el vestido violeta con los hombros al descubierto. Una decisión absolutamente acertada, ningún otro color habría sido capaz de realzar el cálido tono de miel de su piel. Captó instintivamente que ese color la hacía parecer mayor que el vestido de color crema con las mangas de globo que era más de niña.

Con una feminidad apenas despierta le pidió al peluquero que le hiciera un peinado en alto, para que pudieran lucir y captar la atención los costosos regalos de Albrecht, los pendientes y el collar de perlas. El peinado dejaba al descubierto también la línea emocionantemente delicada de su cuello y la vulnerabilidad de su nuca.

Albrecht llevaba un esmoquin a medida y estaba extraordinariamente atractivo en su aspecto masculino. Causó apenas menos revuelo entre las señoras

presentes en el salón que Déborah entre los señores. Albrecht se comportaba ante ella como un perfecto caballero y la trataba como a una mujer adulta.

Para esa noche él levantó todas las prohibiciones vigentes para la niña Déborah y pidió champán francés para acompañar el caviar, y más tarde un vino blanco ligero para la lubina con verduras mediterráneas. De postre les sirvieron una tabla de quesos con nada menos que ocho variedades diferentes de brie. Déborah la pidió por puro capricho. Curiosamente no sentía hoy ningunas ganas de comer dulces, sino de experimentar platos nuevos.

Para terminar bebieron un café turco y Déborah su primer jerez; muchas cosas de esa noche fueron la primera vez para ella. Albrecht conversó de maravilla con ella, y la encantadora risa juvenil perlababa sobre la mesa y encontraba eco en los ojos de él. Le habló de los muchos príncipes europeos, como Elisabeth, la emperatriz austríaca, y de un auténtico califa egipcio, que se habían alojado como clientes en ese hotel. Además, no perdió la ocasión de informar a la entusiasta de la música que Richard Wagner, con ocasión de la fiesta de cumpleaños de su suegro, Franz Liszt, tocó en su día el piano en el Baur au Lac y también cantó. Aquel día celebró el estreno del primer acto de *La Valquiria* ante el público, puede que incluso ante el mismo piano de cola al que estaba sentado el pianista del Conjunto de Música de Cámara de Zúrich, que entretenía hoy la velada de los clientes.

Déborah quedó fascinada por esa historia y también porque se sentía un poco achispada por el inhabitual alcohol. Se soltó de la lengua y contó a Albrecht cómo había conocido a Franz Lehár hacía dos días en el hotel. Y éste apareció ante su mesa de repente, como si lo hubieran llamado.

El compositor besó galantemente la mano de Déborah y se inclinó ante Albrecht para, después de darse respectivamente sus nombres, felicitarlo por esa hija talentosa que gracias a su maravilloso don tenía una gloriosa carrera por delante como cantante. A continuación pidió a Déborah que cantara para toda aquella distinguida gente del salón.

Déborah buscó primero el permiso en los ojos de Albrecht a pesar de que ardía en deseos de acceder al ruego del señor Lehár. La melindrería o la coquetería eran cosas ajenas a su arte. No obstante, titubeó porque le pareció descubrir en su acompañante un deje de disgusto cuando el señor Lehár le felicitó por su hija talentosa, pero Albrecht replicó que se alegraría mucho de oírla cantar.

El señor Lehár se dirigió a toda prisa hacia el pequeño conjunto de música de

cámara. Iba a dirigir personalmente para Déborah, quien para su primera aparición en público eligió el aria favorita de su madre, el de Violetta de la ópera *La Traviata*.

Tras la actuación de Déborah, Albrecht se llenó de orgullo al recibir las felicitaciones de los clientes del hotel por su encantadora acompañante. Parecía disfrutar del aplauso tanto como Déborah. Más tarde bailaron juntos. Albrecht resultó ser un bailarín excelente conduciendo con mano firme a una Déborah todavía insegura. Déborah le preguntó asombrada que de dónde sabía bailar él tan bien; en su interior jamás habría relacionado con él esa habilidad. Albrecht le confesó que su madre fue su maestra y que murió cuando él tenía dieciséis años. Su voz sonó emocionada y delataba tristeza por la pérdida. El corazón de Déborah se derritió y se sintió aún más cerca de él al considerar su propia pérdida.

Después, ya en su *suite*, elogió a Déborah por su prestancia durante toda esa velada, y porque el aria, conmovedora y bien elegida, había hecho un excelente juego con su vestido.

Déborah, embriagada por el champán y el éxito, empezó a reírse y durante varios minutos no pudo parar. Y no era porque la observación hubiera sido muy ingeniosa que digamos, sino simplemente por el hecho de que le pareció tremendamente cómico que Albrecht, que siempre se comportaba con una seriedad aplastante, se hubiera atrevido a un comentario chistoso.

Déborah seguía sin lograr calmarse y un ligero hipo se apoderó de ella, cuando Albrecht súbitamente se le acercó por detrás y le puso sus grandes manos pardas sobre sus adolescentes hombros desnudos. A continuación hizo algo completamente inesperado: inclinó la cabeza y la besó con cuidado en la sensible nuca. Déborah se estremeció con aquella sensación de una dulzura nada habitual que se apoderó de su cuerpo. Su risa se ahogó y de pronto se quedó completamente callada. Se dio la vuelta despacito hacia Albrecht. La mirada de ella era clara y tranquila como el mar de noche. Sus ojos buscaron los de él, y leyó en ellos cómo la deseaba.

Le sobrevino una súbita lucidez. Ahora sabía a qué había venido; hasta aquí debía conducirla el viaje con Albrecht, solo a esto se habían encaminado los dos todo el tiempo.

Su cuerpo joven se llenó por completo de esas ansias desconocidas, del deseo imperioso de las maravillas de la vida: beber champán en un restaurante distinguido con un hombre de buena planta, llevar un carísimo vestido de noche

y costosas joyas, y sentir dirigidas a ti las miradas de admiración de los demás clientes. Todo esto henchía la idea infantil de Déborah sobre el romanticismo y el amor. La jovencita no desperdició un solo segundo en pensar que ese hombre que tenía frente a ella era el mismo que había estado casado con su madre. Y si lo hizo, eso incrementó aún más su deseo porque su acción llevaba el hálito de lo prohibido. Era una artista, y por ello no eran válidas para ella las convenciones burguesas; no se comparaba con el baremo normal. Había estudiado varios dramas clásicos en los cuales el amor entre un hombre y una mujer era algo por lo que valía la pena todo riesgo, toda mentira y toda infamia. El amor era la medida de todo anhelo humano. Solo el amor era capaz de difuminar los límites entre pobreza y riqueza, entre la nobleza y la burguesía, y de superar las barreras entre las razas, hasta más allá de la muerte...

Por este motivo ella inclinó ahora su cuello hacia atrás y le ofreció sin recelo sus labios frescos, jamás besados. Sin embargo, el experimentado Albrecht retrasó conscientemente ese momento. Agarró ligeramente a Déborah por debajo de los codos y se dedicó primeramente a su cuello con besitos suaves. La piel de ella tenía un gusto dulce y seductor como la miel. El cálido aliento de Albrecht provocaba deliciosos estremecimientos que recorrían el inexperto cuerpo de Déborah. Se tomó su tiempo y fue desplazando sus labios despacito hasta la oreja de ella y luego otra vez hacia los hombros, para descender luego hasta su pequeño canalillo en donde él dejó un rastro húmedo con su lengua en el valle suavemente vislumbrado.

Déborah se estremeció en ese primer contacto de unos labios masculinos. Era muy distinto y sin embargo mucho más bello de lo que se hubiera imaginado jamás. Sensaciones desconocidas le cosquilleaban en la piel, y sintió una agradable contracción en el bajo vientre. Su cuerpo joven se excitaba por primera vez, y ya le estaba exigiendo a Déborah más que solo besos.

Llena de impaciencia hizo algo entonces con lo que Albrecht, que se estaba sintiendo como amo y señor de la situación, nunca habría contado. Ella, la joven de diecisiete años, a quien nunca antes se le había acercado tanto un hombre, tomó la iniciativa, agarró la cabeza de Albrecht por el pelo y lo atrajo a su boca con toda la fuerza de su cuerpo delicado. Y no fue suave, sino salvaje y exigente. Déborah arremetió contra él con una pasión que le pilló de sorpresa y que estuvo a punto de hacerlo tambalear.

Déborah se pegó a él, lo abrazó fuertemente con los dos brazos y presionó su estrecho vientre contra el de él. Se estaba conduciendo como una amante experta

y no como la virgen que era. Cuando ella notó entre los dos el deseo enardecido de él, se lo agarró sin rastro de timidez, y él gimió y se retorció, y Déborah sintió su poder sobre él.

Sin consideración ninguna hacia las telas ni las costuras, se desgarraron las prendas de vestir del cuerpo y encajados el uno en el otro se precipitaron sobre la cama. Albrecht, que había pretendido dominarse para no tratar a la delicada virgen con excesiva brusquedad, quedó impetuosamente arrebatado por la pasión salvaje de Déborah. Cayó sobre ella como una fiera hambrienta. Esto le procuró otra nueva sorpresa. Ella le devolvía de inmediato toda brusquedad, la superaba mordiéndole con saña en el cuello y arañándole la espalda con gemidos. El dolor de la desfloración no hizo sino atizar aún más la fiereza de ella.

¿Cómo podía Albrecht presentir siquiera que Déborah adoraba el dolor y le daba la bienvenida porque hacía tiempo que había sellado con él una alianza?

Esa noche, Déborah descubrió una nueva posibilidad de doblar el odio con la batalla física del amor. Tuvo a Albrecht encendido toda la noche, no podía saciarse con él, ni le parecía suficiente el amor, y ninguno de los dos era suave en sus métodos eróticos. Albrecht devolvía a Déborah también cada mordisco, y la manera como la chica disfrutaba del dolor casi como en éxtasis, elevaba su propia excitación en una medida desconocida para él hasta entonces. Déborah no parecía estar jamás satisfecha, y fue finalmente Albrecht quien, exhausto, pidió una tregua.

No se había imaginado para nada de esa manera la seducción de la virgen Déborah mientras se recobraba de su cansancio como tras una noche de juega y escocado en sitios delicados.

Déborah lo despertó a eso de las diez, ella ya se había tomado un baño, olía a frescura, como una rosa, y zumbaba llena de actividad, como una abeja. Había pedido en recepción que les subieran un desayuno opíparo, y los dos lo atacaron hambrientos.

Luego, Déborah le preparó un baño a Albrecht y le dio diez minutos enteros para que se relajara antes de entrar desnuda y descarada al baño y de meterse en la gran bañera de mármol exigiéndole un *da capo*.

Más tarde, Déborah estaba de espaldas a Albrecht, sentada entre sus piernas con los ojos cerrados, con la cabeza reposando en el pecho de él. El sol de la mañana entraba por la ventana y calentaba sus caras.

Albrecht mantenía también cerrados los ojos, pero él no andaba en ensoñaciones como Déborah, sino que estaba reflexionando sobre sí mismo, algo

que hacía en raras ocasiones, la mayoría de las veces se dedicaba a la observación de los demás, pues solo de esa manera podía perfeccionarse constantemente el arte de la manipulación.

Seguía estando sorprendido por lo mucho que le había impresionado esa criatura mágica. Nunca antes se había encontrado con tanta pasión y con tanto temperamento, sobre todo en una persona tan joven. Bajo su ser aparentemente dulce se mantenía oculto un tigre sin domar. Se sorprendió de sí mismo porque sentía efectivamente ternura por ella, una deficiencia que no se le había concedido hasta el momento porque siempre había sentido la ternura como un sentimiento de debilidad.

Pero ahí estaba ahora, sentado con ella, acariciando los hombros y los brazos de ella, disfrutando de la suavidad de su piel y al mismo tiempo sentía que germinaba en él un sentimiento que siempre había querido mantener a distancia. De pronto se interrumpió. Sus dedos percibieron unas irregularidades en la piel, y giró un brazo de Déborah a la luz.

—¿Qué es esto? ¿Quién te lo ha hecho? —exclamó al divisar las numerosas cicatrices pequeñas a diestro y siniestro que casi parecían dar la impresión de un dibujo a cuadros. Por unos instantes le invadió la sospecha de que la habían torturado en Stuttgart a pesar de sus órdenes estrictas, lo cual desató de inmediato su cólera.

Déborah se estiró lentamente contra la luz del sol y se contempló los brazos al parecer sin sentir emoción ninguna. Sin embargo, le contestó sin titubear, entre sus cuerpos o entre sus pensamientos no debía reinar ninguna disonancia:

—¿Esto? Nadie. Yo misma me lo he hecho. La cosa comenzó después de que los hombres de las SS vinieran a buscarnos a Wolfgang, a Magda y a mí aquella noche terrible. Desde entonces me lleno a veces de un odio y de una rabia atroz que me desgarran por dentro. Entonces me hago un corte porque el dolor me procura alivio durante un rato. Me gusta el dolor, me ayuda a sentirme mejor. ¿Te molesta?

—No. Me parece fascinante que te guste el dolor. Tiene algo de excitante.

—Así es, señor mío.

Y restregó las nalgas contra él como si tuviera la experiencia de muchos años y no la de una sola noche.

—Y tú, señora mía, al parecer no puedes comportarte como una tal sino que eres de armas tomar. Donde me esperaba un corderito me encuentro en realidad con una gata montesa de garras afiladas y dientes cortantes.

Se llevó la mano al cuello para tocarse la hinchazón de un mordisco y se alegró de que el cuello del uniforme la ocultaría más tarde.

No pudo menos que pensar por unos instantes en su hermano Leopold y en la conversación que mantuvieron en la biblioteca después del entierro de Elisabeth. ¿Cómo lo había expresado él? ¡Ah, sí! Leopold le había advertido de que Déborah era una cuchilla afilada y de que él se cortaría en ella. Bueno, le pareció que al menos no era melindrosa en el asunto de los arañazos y los mordiscos. Qué pena que Leopold no pudiera verlo así en ese momento. Una expresión autocomplaciente se deslizó por su rostro.

Déborah disfrutó del dulce escozor entre sus piernas de la primera noche. Le pareció que le había concedido a Albrecht suficiente tiempo para recuperarse, y se dio la vuelta en la bañera de modo que quedó tumbada sobre él. Movi6 las caderas en actitud provocadora, pero Albrecht la apart6 de sí con ambos brazos y le dijo con una sonrisa:

—Lo siento, pequeña. Ya me gustaría, pero tengo ahora mismo una cita y debo darme prisa.

La abraz6 fuerte y la bes6 con dureza, tal como le gustaba a ella. Déborah intent6 morderle el labio ya rendido, pero 6l se zaf6 y se sali6 a tiempo de la bañera.

—Ya basta, insaciable. Hoy voy a tener que oír algunas historias de los camaradas. Nos vemos para la cena. Si necesitas dinero, lo tienes en el caj6n del escritorio.

Ya había cruzado la puerta del baño cuando regres6 de nuevo. Con una indiferencia que era demasiado impostada como para producir un efecto de autenticidad, dijo:

—Hay una cosa más. Tu nombre. No me parece que Déborah sea un nombre apropiado para ti. Por este motivo te llamaré María a partir de hoy mismo.

Se dio la vuelta y dej6 at6nita a Déborah que se sintió tan sorprendida que al principio no supo siquiera cómo reaccionar. Pero entonces se puso furiosa, y a falta de algo mejor estamp6 la esponja completamente llena de agua contra la puerta que Albrecht, inteligentemente, había cerrado tras de sí. El efecto pretendido qued6 en nada, la esponja no produjo más que un sonido suave de chapoteo al caer.

¿Qué tontería era aquélla? ¿Qué no le gustaba a Albrecht de su nombre? Déborah respir6 hondo y se sumergi6 en la bañera. Wolfgang y ella solían jugar a ver quién aguantaba más tiempo bajo el agua. De repente sintió nostalgia de su

hermano pequeño, como no la había sentido hasta entonces durante el viaje. Se propuso llamarlo por teléfono hoy mismo después de su clase diaria.

Sacó la cabeza del agua y se llenó los pulmones de aire. Permaneció una hora más en el agua ya enfriada dejando que vagaran sus pensamientos. A continuación se levantó profiriendo un suspiro para dar por concluido el asunto. A pesar de su corta edad, Déborah era lo suficientemente perspicaz como para comprender que la noche anterior no solo había perdido su virginidad sino también su nombre de pila, porque al teniente coronel de las SS, Albrecht Brunnmann, le sonaba demasiado judío.

Y eso que el nombre de Déborah tenía un significado especial en el Antiguo Testamento. Su padre Gustav le contó que tenía el significado de jueza o profetisa. En hebreo, su nombre significaba también abeja.

Sin embargo, Déborah no iba a molestarse por el momento por la pérdida de su nombre porque había ganado con Albrecht a un amante con el que podía anestesiar en su interior los poderosos sentimientos de odio y de cólera.

Durante un tiempo dejó de practicarse incisiones porque sus ansias de dolor quedaban satisfechas ahora con Albrecht.

Capítulo 36

Viena, Ostmark

TRES DÍAS DESPUÉS se marcharon de Zúrich muy temprano por la mañana. Un botones soñoliento les ayudó con el equipaje. Cuando el coche se puso en marcha, Déborah dirigió una mirada melancólica al parque. El lago estaba todavía envuelto en una niebla densa, y el silencio aquel producía un efecto casi fantasmagórico. Le habría gustado permanecer más tiempo allí.

Albrecht, para disgusto de Déborah, volvía a llevar su uniforme de las SS. El viaje de varias horas era en dirección a Ostmark, tal como se denominaba a Austria desde la anexión. Iban a la capital, a Viena. Se alojarían allí en el hotel Imperial, en una casa con tanta historia y elegancia como el Baur au Lac de Zúrich, tal como le había explicado Albrecht.

Viena, la antigua ciudad imperial y población natal de su madre, los recibió con un radiante tiempo primaveral.

La ciudad se hallaba por completo sometida al folclore nacionalsocialista, pero Déborah volvió a habituarse rápidamente y al poco tiempo dejó de darse cuenta, igual que le ocurría en Múnich.

Déborah todavía recordaba Viena. Antes de que naciera su hermano, estuvo en ella varias veces con sus padres, la última vez a comienzos de 1933. La ciudad y sus monumentos habían dejado en ella una impronta permanente, todavía podía acordarse de muchas cosas. A pesar de todo hizo que Albrecht le enseñara la ciudad en coche el segundo día de su estancia; ahora solo vivía para las noches con él.

Su amante parecía conocer perfectamente Viena. Cuando Déborah le preguntó de dónde sacaba ese conocimiento, reveló que lo habían destinado profesionalmente a esta ciudad para todo el año 1938. Sin embargo, no quiso dar detalles sobre la actividad desempeñada. El modo y la manera de cambiar de tema, dio a entender a Déborah que tampoco tenía ese propósito. Empezaban a

enfadarle sus continuos asuntos secretos. Su padre no solo había atendido a todas y cada una de sus preguntas, sino que incluso la había animado a preguntar siempre.

Cuando pasaron por delante de la Academia de Bellas Artes de Viena, a Déborah le vino a la memoria lo que su padre le contó acerca de que habían suspendido dos veces a Hitler en su examen de ingreso. Quizá fuera porque acababa de pensar en su padre, el caso es que Déborah despertó en seco de su embriaguez de amor y sintió ganas de irritar a Albrecht. Se trataba de la primera muestra de lo que Leopold había pronosticado a su hermano Albrecht al hablar de Déborah como un espíritu valeroso de filo cortante.

—Es realmente una lástima... ¿no te lo parece también a ti, Albrecht?

—¿Qué te parece una lástima, María? —preguntó de buena gana Albrecht.

—Que vuestro *führer* no naciera con algo más de talento artístico. Entonces puede que no estuviéramos ahora en guerra. ¿Quién sabe? A lo mejor estaría ahora tranquilamente sentado frente a su caballete pintando bonitos cuadros de los monumentos de Viena.

—María, cariño mío, en primer lugar, él es también tu *führer*, y en segundo lugar, quizás eso fue justamente lo que le tenía destinado la providencia, es decir, que no acabara siendo un artista sino que su destino fuera el de la nación alemana.

El tono de su voz no ocultaba ninguna censura, sino que más bien era similar al de un maestro que intenta enseñar algo con indulgencia a un alumno ignorante. Como ya había empleado ese tono en otras ocasiones para presumir de su superioridad, puso a Déborah en la tesitura de tener que esforzarse ante una prueba dura.

—¡Ajá! ¿Qué fue lo que sucedió realmente con los miembros del comité que rechazó por aquel entonces a vuestro *führer*?

Déborah estaba ahora completamente lúcida e ignoró la lección de Albrecht.

Albrecht se quedó sorprendido por el sentido oculto de la pregunta, por ello renunció a reprenderla de nuevo:

—¿En qué sentido lo dices? —preguntó él arrastrando las palabras.

Déborah se alegró secretamente por haber despertado el recelo de Albrecht. Este nuevo juego comenzaba a depararle diversión.

—Ah, no, nada, era solamente una idea. En realidad solo se me ha pasado por la cabeza porque mi padre me mencionó una vez a ese tal doctor Forster. Creo que estuvieron juntos en el frente.

—Vale. Y ¿quién dices que es ese doctor Forster?

Algo en la voz de él alertó a Déborah a prestar más atención a sus siguientes palabras.

—¿Lo quieres saber? —reaccionó ella contestando con otra pregunta, pero en un tono un tanto inseguro. Había actuado con espontaneidad. Demasiado tarde se le ocurrió que posiblemente así dirigiría la rabia de Albrecht hacia su padre. No pensó en las consecuencias para ella misma. No tenía ningún miedo de Albrecht.

—¡Suelta! De verdad que me gustaría escuchar lo que pasa por esa cabecita tuya.

Sonó displicente y desdeñoso, como si no necesitara perspicacia frente a una mujer.

Con ello volvió a poner a prueba el espíritu de contradicción de Déborah.

—Como desees, señor mío —replicó ella en un tono respondón, y le contó lo que su padre Gustav le había contado—: Vuestro *führer* quedó intoxicado en 1918 con gas mostaza y fue ingresado en un hospital de campaña. Creo que ese lugar se llamaba Pasewalk. Allí lo trató el doctor Forster. Pero como el doctor Forster no podía ni imaginarse por aquel entonces que tenía ante él al futuro *führer* del Reich, anotó en el informe médico que era «un psicópata con síntomas de histeria y no resultaba apropiado para ascender». Creo que ésas fueron sus palabras exactas. Por cierto, el doctor Forster se suicidó en 1934 por la presión de vuestra Gestapo.

Déborah vio cómo a Albrecht se le desfiguraba la cara como si estuviera sufriendo algún dolor. Se tomó su tiempo para responder.

—¡Ajá!, entiendo. María, ¿no estarás pensando que nuestro *führer* podría haberse vengado del comité de la escuela de arte? ¿Lo ves equivocadamente como a una persona sedienta de venganza? ¿Tengo que suponer que piensas que nuestro *führer* actuó movido por una baja pasión?

Albrecht había recuperado la compostura, pero en su voz resonaba algo que hizo pensar a Déborah que sabía más de lo que decía. Ella supuso que probablemente había acertado de pleno en la diana y que al desdichado comité le tocó vivir malos tiempos.

Sin embargo, el ánimo de Déborah dio un giro nuevamente. Su espíritu combativo se extinguió con la misma rapidez con la que se había avivado. De repente dejó de tener ganas de seguir haciendo preguntas sobre ese espantoso Hitler. Esta fue la razón por la cual contestó a la ligera:

—¡No, qué va! Se trata de un asunto que solo me interesó tangencialmente.

Además tú querías saberlo a toda costa. ¿Podemos ir al Sacher? Allí es donde tienen las mejores tartas. Y ahora justamente me apetece una.

EL RAZONAMIENTO DE Déborah merece una contemplación más detallada; en realidad había sido su padre Gustav quien había motivado ese debate, porque fue el primero, junto con su amigo Fritz Gerlich, en reflexionar sobre el significado del fracaso de Hitler en aquel examen de ingreso.

El principio de causa y efecto había tenido en raras ocasiones unas consecuencias tan catastróficas y graves para la historia universal: debido a que varios miembros del comité de Bellas Artes certificaron en los años 1907 y 1908 que un joven austríaco llamado Adolf Hitler poseía un talento deficiente, y por consiguiente le denegaron la admisión en el centro haciendo trizas el sueño de su vida, el joven tuvo que regresar a su antigua vida.

El joven Hitler comenzó a ganarse la vida más mal que bien como pintor de postales y de anuncios, y su carrera culminó en la publicidad de unos polvos para paliar el sudor de los pies.

Hasta que un buen día, más bien de manera casual, descubrió su talento como orador demagógico y se dedicó a partir de entonces a su funesta carrera política. Por lo demás, enviaría posteriormente a sus esbirros para que siguieran la pista y confiscaran aquellas tempranas obras de Viena por si acaso podían volverse en su contra...

¿Qué le habría deparado el destino a Europa si hubieran admitido a Hitler en la Academia de las Bellas Artes de Viena? ¿Habría habido una Segunda Guerra Mundial y el lanzamiento de la primera bomba atómica? ¿Habría sido menos intensa la expansión del comunismo, lo mismo que su consecuencia resultante, la Guerra Fría? ¿Habrían quedado Alemania y Berlín separadas y se habría construido el muro?

DÉBORAH Y ALBRECHT permanecieron dos semanas en Viena. Albrecht estaba demasiado ocupado, se marchaba a toda prisa a charlas y reuniones, y la mayoría de las veces no regresaba al hotel hasta la noche. Entonces lo sometía a una dura prueba Déborah que había estado esperándole con impaciencia.

Albrecht no contaba verdaderamente con esa actividad. Necesitaba urgentemente descansar y dormir después de esos días agotadores llenos de sesiones interminables y de arduos procesos de toma de decisiones.

No obstante, acababa sucumbiendo a su apetito incesante por esa criatura

extraordinaria e insaciable. Se veía obligado a movilizar todas sus reservas, mientras la muchacha florecía a su lado como una peonía en primavera. Y a pesar de todo, Albrecht no podía hacer otra cosa, le parecía imposible resistirse a ella, ni siquiera mentalmente. Cada vez con mayor frecuencia se descubría a sí mismo cómo iba perdiendo la atención de lo que se decía a su alrededor durante las reuniones y cómo las voces elevadas y las demandas de los contertulios iban pasando a un segundo plano. Entonces lo que anhelaba era regresar a los brazos de ella y aspirar su embriagador aroma a miel. Tanto era su deseo de ella que a menudo se veía obligado a agarrar su cartera y colocársela sobre los muslos para disimular lo evidente... Esta rara particularidad no pasó desapercibida mucho tiempo a los demás participantes de las reuniones. Y como la curiosidad es una cualidad compulsiva de la naturaleza humana, pronto corrieron todo tipo de rumores y de especulaciones sobre su cartera. ¿Qué misteriosos asuntos debía de contener que fueran tan importantes como para que Albrecht Brunnmann, comisionado especial de la Oficina Central de Seguridad del Reich y a las órdenes directas de su jefe, Reinhard Heydrich, no perdiera jamás de vista su cartera y la tuviera siempre a mano e incluso encima de él durante las sesiones de trabajo? ¿Se trataba de instrucciones que debían exponerse en la mesa en el último momento? ¿Órdenes secretas del *führer*?

Además del amor físico, Déborah descubrió otra satisfacción sustitutoria de la que gozaría en lo sucesivo hasta el exceso. Albrecht parecía disponer de una fuente inagotable de recursos económicos y su generosidad hacia ella no conocía límites. De ahí que Déborah se pusiera en marcha cada mañana para ir de compras a las numerosas y elegantes tiendas de la famosa calle Prachtstraße de Viena, donde hacían su elegante gasto los vieneses famosos. Su vestuario llenaba ya innumerables maletas.

Sin embargo, a última hora de la tarde se la podía encontrar siempre en el salón con chimenea del hotel Imperial, en donde practicaba con un valioso piano de cola y daba algún que otro concierto privado.

DÉBORAH EXPERIMENTÓ AQUELLAS primeras semanas junto a Albrecht como si fuera un sueño surrealista. Seguía sus propios deseos y apetitos. Era como si se hubiera roto en ella un dique del que brotaban incesantemente la insaciabilidad y la avidez. ¡Quería vivir, amar y cantar, y lo reclamaba todo ahora mismo, al instante y enseguida!

Era la entrega absoluta a la vida tal como solo algunas personas la

experimentan, la desmesura de un alma absoluta. En esto se parecía Déborah a su madre. Pero mientras que Elisabeth se encontró con su salvador Gustav en el mejor momento, Déborah había cerrado un pacto con el diablo.

No volvió a pensar en su hermano ninguna vez más. También se le había olvidado llamarlo desde Zúrich. Su existencia anterior parecía estar sumergida en otro tiempo. La música se convirtió en el último vínculo entre su antigua y su nueva vida.

Capítulo 37

Cracovia, Gobierno General de los territorios polacos
ocupados, Polonia

DESDE VIENA, ALBRECHT y Déborah prosiguieron su viaje hacia Cracovia, en Polonia. Polonia era considerado ahora «país subordinado», es decir, desde octubre de 1939 estaba ocupado por los alemanes, pero no había sido incorporado al Reich. Se le denominó Gobierno General de los territorios polacos ocupados y se componía de cinco distritos: Cracovia, Lublin, Leópolis, Radom y Varsovia. En el año de la ocupación vivían allí aproximadamente unos doce millones de personas. En 1945, la población se habría reducido casi a la mitad.

PARA EL VIAJE a Cracovia, Albrecht ordenó a su chófer de Berlín que se desplazara a Viena.

El chófer no era muy alto y era ligeramente macizo. Tenía una cara blanda y redonda y un cráneo pelado que parecía pulido. Se llamaba Osman, y era mudo.

Durante el viaje, Déborah conoció por boca de Albrecht la historia de Osman. Antes de que la madre de Albrecht se casara con su padre, actuó en los escenarios durante algunos meses como cantante con un futuro muy prometedor. Un misterioso príncipe oriental la oyó cantar y se enamoró perdidamente de la joven cantante. Ardiendo de pasión por ella, le hacía entrega todos los días de un regalo principesco: frutas exóticas y animales exóticos, perlas perfectas y diamantes refulgentes, y por último, el regalo más valioso de todos: Osman, por aquel entonces un chico pequeño y asustadizo con unos ojos que no paraban de moverse.

Albrecht explicó a Déborah que Osman era un castrato y que en su día poseyó una maravillosa voz para el canto.

—¿Osman sabe cantar? —preguntó Déborah con emoción. Se le iluminaron

los ojos de la alegría.

—En otros tiempos sí, ahora ya no.

—Pero ¿por qué no? Podríamos intentar un dúo. Por favor, ¿me dejas?

Su voz sonó afanosa como la de una niña pequeña.

—Osman no puede cantar, María. Le falta la lengua.

—¿La lengua? ¿Pero cómo puede faltarle la lengua?

—Porque mi padre se la cortó.

—¿Que le qué? ¡Qué horror! —La cara de Déborah expresaba una consternación absoluta—. ¡Pero... por Dios! ¿Por qué le hizo una cosa tan cruel?

—Porque cantó *demasiado*.

Albrecht lo dijo como de pasada, como si una reacción semejante fuera completamente normal.

Osman profirió un sonido que en realidad era más un suspiro, y en un tono tan bajo que solo lo percibió el oído sensible de Déborah, pero en ese sonido se concentraba todo el dolor y toda la melancolía de una persona decepcionada.

El corazón de Déborah voló hasta él con compasión.

—Tal vez tu madre debería haberse casado con ese príncipe extranjero en lugar de con tu padre —dijo con enfado.

—Estuvo a punto de hacerlo, pero entonces se enteró de que ese califa disponía ya de tres esposas y de una cifra nada insignificante de concubinas.

Déborah captó que Albrecht había contado ya esa historia con frecuencia y siempre con éxito. Albrecht se estiró ahora todo lo bien que pudo en el coche, y bostezó con ganas. Gracias al empeño de Déborah en la cama, le faltaban muchas horas de sueño esas últimas semanas.

También Déborah percibió cómo se apoderaba de ella el cansancio. Los largos trayectos en coche le producían siempre ese efecto. Todavía encolerizada, sucumbió de nuevo a uno de sus repentinos cambios de humor. De pronto se sintió demasiado apática para discutir, y cerró los ojos.

Acurrucada en el asiento trasero del coche, pasó durmiendo por los amenos campos verdes del paisaje y a través del ritmo sosegado de la lluvia que hizo acto de presencia poco después. No se despertó ya hasta que llegaron a Cracovia y pararon frente al imponente Grand Hotel situado en la Slawkowskaja. Se hallaba en el corazón del centro histórico de la ciudad de Cracovia, de quien muchos dicen que es la más bella de Europa.

Entretanto, Déborah había interiorizado su rol de dama de mundo y encajó con absoluta naturalidad este nuevo lujo del hotel de cinco estrellas. Los

impresionantes muros de un metro de grosor, el mobiliario histórico así como las innumerables chimeneas testimoniaban que el Grand Hotel fue en su día un palacio medieval.

Mientras dos camareras del hotel extraían de las maletas el extensísimo vestuario de Déborah y mientras Albrecht realizaba algunas llamadas telefónicas, Déborah, tras explorar brevemente su *suite*, se fue a pasear sola por el hotel. En la denominada Sala de los Espejos encontró lo que buscaba: el piano de cola que no podía faltar en un hotel de prestigio. También había una cafetería vienesa y un café-bar Strauss, y Déborah se sintió casi como en casa.

Justo la primera noche tuvo lugar en la Sala de los Espejos del hotel una opípara cena de gala. Era la primera vez que Déborah coincidía con camaradas de Albrecht miembros de las SS, entre ellos estaba Richard Wendler, a quien Albrecht presentó como al recientemente nombrado gobernador de Cracovia, y el alto y corpulento comandante de Plaszow, Amon Göth, un austríaco natural de Viena. Albrecht la presentó ante ellos como la cantante María Malpran.

En el transcurso de la velada, Déborah se quedó asombrada de la resistencia al alcohol de los asistentes masculinos a la cena de gala, como también de las escasas mujeres presentes que pronto comenzaron a soltar risitas y a comportarse de una manera bastante estúpida. Ella daba únicamente sorbos a su copa de champán. El alcohol no le sentaba nada bien, y ese breve placer lo pagaba cada vez más con dolores de cabeza. No le pareció que fuera un buen trueque y por esa razón prefería abstenerse de beber alcohol.

Cuanto más tarde se iba haciendo, más ruidosa se volvió la mesa y tanto más a disgusto se iba encontrando Déborah. De ahí que sintiera algo más que alivio cuando Albrecht, alegando como disculpa el largo viaje realizado, fue el primero en despedirse del grupo fiel.

Durante la noche saciaron su hambre respectiva en el otro. Déborah dio un fuerte mordisco a Albrecht en la lengua hasta que pudo degustar la sangre de él, cálida y de sabor metálico. Su amante se limitó a ponerla boca abajo y se vengó de ella sin contemplaciones.

DOS NOCHES DESPUÉS participaron en una recepción en la casa de Hans Frank, el gobernador general de Polonia, ubicada en el castillo de Wawel.

Este castillo del siglo XIII, erigido sobre una pequeña colina, dominaba sobre el río Vístula y ofrecía un aspecto espectacular a la luz de los centenares de antorchas prendidas. Ese castillo había sido desde siempre el domicilio principal

de los reyes polacos, y Hans Frank y su esposa Brigitte residían en él también como un matrimonio de soberanos feudales. Consciente de su clase social, el matrimonio empleaba a todo un ejército de criados que ellos denominaban su «séquito».

Albrecht, quien frente a Déborah no escatimaba ninguna anécdota, le susurró al oído que al feudo de Hans Frank se le denominaba en círculos internos «Frank-Reich».

Albrecht continuó confesándole que el gobernador general había sido ministro del Reich en Baviera hasta hacía unos pocos años y que había defendido al *führer* como abogado personal suyo en más de cuarenta juicios. Déborah, en un nuevo ataque de sarcasmo, pensó que Frank seguramente debió de hacer bien su trabajo, de lo contrario no podría mantener hoy su estilo de vida feudal en su adornado castillo.

La otra cara, la cara infame de Frank permaneció oculta a Déborah. Para ella, él no era nada más que un anfitrión encantador y un pianista versado, un aficionado a la ópera y un filósofo al que le gustaba citar a Nietzsche, igual que lo hacía su padre en otros tiempos.

Los Frank acogieron con agrado en su selecto círculo a la talentosa hija de la famosa artista Elisabeth Malpran. Doña Brigitte no dejó de presumir cómo hacía dos años había estado en la Ópera de Berlín, en el palco del *führer*, y cómo éste había vitoreado la salida a escena de Elisabeth Malpran.

A la vista de la mesa con mantel de damasco y cubiertos de plata fulgente y las cantidades ingentes de platos de cocina refinada servidos por criados en relucientes bandejas, y contemplando también aquel grupo de personas distinguidas ataviadas con esmoquin y vestidos de noche, que comía a dos carrillos y que se divertía como si no hubiera un mañana, a nadie se le pasaría por la mente que muy pronto iban a ser ya tres los años que Alemania se encontraba en guerra con media Europa.

Cada vez que Déborah se topaba casualmente con la mirada de Hans Frank, le sobrevenía un ligero escalofrío, como si sintiera en la nuca el hálito del peligro. Casi era capaz de degustar esa excitación en la lengua, similar al cosquilleo de las burbujas de champán. Le gustaba esa sensación extraña porque creía que le proporcionaba un poder sobre ese hombre desconocido que la deseaba, aunque no ella a él.

Pero como Déborah era una absoluta inexperta en este nuevo juego, tampoco conocía su regla más importante, esto es, que el poder siempre obedece a la ley

del más fuerte.

—Bien, *teniente coronel* de las SS Brunnmann —Hans Frank acentuó el rango de su vecino de mesa como si fuera muy importante para él destacar la diferencia respecto de su propio rango—, por lo visto ha estado usted extremadamente ajetreado en estos últimos meses desde lo de Wannsee, según las noticias que llegan de Berlín. Justo ayer llegó un telegrama desde la Oficina Central de Seguridad del Reich que contenía otras medidas que hay que adoptar. Supongo que usted está de viaje de servicio para inspeccionar en persona los progresos en nuestro trabajo, ¿verdad? ¿Quién lo envía? ¿El camarada mariscal de campo de las SS o el jefe?

Frank y el líder supremo de las SS en el Reich alemán, Heinrich Himmler, eran enemigos enconados desde siempre y libraban continuamente una guerra privada por las competencias en el Gobierno General de los territorios polacos ocupados. En cambio, Reinhard Heydrich, en calidad de director de la Oficina Central de Seguridad del Reich y superior directo de Albrecht Brunnmann, a Frank le parecía el menor de los males. Todos sus colaboradores le llamaban simplemente «el jefe», de ahí la alusión de Frank.

El sensible oído de Déborah captó que había algo como al acecho en la pregunta. El motivo se le escapaba porque no tenía ni la menor idea de hacia dónde apuntaba la alusión de Frank; sin embargo, le llamó la atención que otros invitados también giraran las cabezas hacia donde estaban sentados ellos. Las conversaciones de la mesa fueron silenciándose una tras otra hasta que finalmente quedó invadida la sala por un silencio tenso.

Albrecht continuaba siendo el sosiego en persona. Con toda la calma del mundo eligió un puro habano del humidificador que le ofrecieron en ese momento y se lo encendió con mano tranquila. Dio varias caladas con fruición hasta que la punta mostró un amarillo candente, y respondió entonces:

—Estoy aquí en calidad de jefe de la Sección IV y, efectivamente, solo estoy realizando mi trabajo. Nada más ni tampoco nada menos, señor *gobernador general*.

—Bueno, parece usted no haber olvidado sus placeres en la labor, teniente coronel de las SS.

Frank se recostó en su asiento de una manera desenvuelta, entrecruzó las manos por encima de su incipiente barriga y se quedó mirando fijamente a Déborah.

—Bien, eso cuenta entre los privilegios de nuestro gobierno, ¿no es verdad,

señor gobernador general?

La mirada de Albrecht abarcó el castillo, la mesa y la servidumbre.

—Muy bien. ¿Qué tal si su encantadora acompañante nos ofreciera una muestra de sus facultades de las que usted nos ha informado de una manera tan encomiástica?

Por lo visto, Frank había llegado a la conclusión de que no merecía la pena desencadenar esa noche una discusión política. Déborah accedió con agrado a la propuesta de Frank y se dirigió al piano de cola que estaba situado al final de la sala sobre un pequeño estrado. Cantó y tocó el piano durante más de una hora y se convirtió en el centro radiante del interés de todos los asistentes a la velada.

Para una muchacha de ni siquiera dieciocho años, en el umbral de ser mujer, aquél era un mundo completamente nuevo, un maravilloso mundo paralelo lleno de brillo y apariencias, y Déborah se sumergió durante un rato en él permitiendo que la deslumbrara.

Capítulo 38

El infierno está vacío

AQUELLA NOCHE EN el castillo de Wawel, Déborah conoció también a Marlene Kalten. Era la amante de un oficial de alto rango del ejército que dijo de sí misma que era actriz. Era tan solo unos pocos años mayor que Déborah, y a propuesta de Albrecht, a quien pareció bien que Déborah hubiera hecho amistades, las dos jóvenes quedaron para la mañana siguiente en el vestíbulo del Grand Hotel.

Déborah ya estaba esperándola cuando Marlene entró al gigantesco vestíbulo del que partía una escalera señorial al primer piso.

Marlene Kalten era una persona bajita y caprichosa con una nariz respingona y una figura grácil. No era propiamente bella en el sentido clásico del término, pero equilibraba esa carencia con una sonrisa y una alegría tan contagiosas como un resfriado.

A Déborah le cayó bien enseguida. Le agradaba particularmente el gracioso modo de dárselas de francesa a pesar de que su vocabulario francés quedaba agotado con las expresiones *alors*, *chérie* y *très chic*.

Marlene llevaba ya más de un año en Cracovia y se conocía perfectamente la ciudad. Las dos jóvenes quisieron ir de compras, por supuesto, actividad para la cual Marlene, tal como quedaría demostrado después, poseía una pasión que no iba a la zaga de la de su joven acompañante.

Marlene disponía de chófer propio. Después de darle instrucciones al hombre, dijo dirigiéndose a Déborah:

—Es verdaderamente una vergüenza, pero ya no existe el barrio judío. Allí se podía comprar antes absolutamente *très chic*, en especial todo lo que fueran joyas y pieles. A la esposa de nuestro gobernador general se la podía encontrar cualquiera allí. Posee algunas piezas únicas, de valor incalculable.

Marlene cerró los ojos y suspiró con fervor, como si sus dedos acariciaran en

pensamientos una piel aterciopelada.

Marlene quería enseñarle Cracovia a Déborah, por ello comenzaron su excursión primeramente con una vuelta por la ciudad. A Déborah le gustaban las casas burguesas alineadas sin apenas transición y también el carácter medieval de las callejuelas adoquinadas.

Había llovido un rato durante la madrugada, y el día había despuntado por ello con algo de fresco; sin embargo, la mayor parte de las nubes se habían disipado entretanto. El sol de primavera se abría paso a través de las formaciones nubosas restantes y se afanaba en secar las calles. Sobre las callejuelas pendía un delicado velo vaporoso que sumergía a la ciudad en una luz irreal. «Como si guardara secretos ocultos», pensó Déborah.

Puede que se debiera a la cómoda tapicería del vehículo y al zumbido monótono del motor, tal vez al hecho de estar en una ciudad desconocida o simplemente a su permanente falta de horas de sueño que acababa finalmente exigiendo su tributo a Déborah, el caso es que la voz de Marlene fue quedando en un segundo plano cada vez más lejano, y a Déborah le sobrevino una curiosa sensación de desapego, como si no perteneciera a ese presente. Quería irse corriendo, vio cómo se le movían las piernas, pero por mucho que lo intentaba no se movía del sitio, como si caminara bajo el agua. Una brusca sacudida la sacó de su absurdo sueño diurno.

Un embotellamiento en el sentido contrario había obligado al chófer a una maniobra arriesgada. Solo pudo evitar el choque subiéndose a la angosta acera. Déborah esperaba el desagradable sonido que se crea cuando la carrocería del coche pasa rozando el muro de una casa, pero asombrosamente no se produjo. No obstante, entre el coche y la pared del edificio no había sitio ni para la hoja de una partitura.

Desde la dirección del distrito de Podgórze se acercaban a ellos varios camiones abiertos, completamente cargados de personas encajonadas, exclusivamente mujeres y niños. El convoy estaba escoltado por hombres fuertemente armados, sobre todo por unidades de la policía de las SS, y adicionalmente un contingente pequeño de policías polacos.

Déborah se despertó de inmediato, y su corazón se aceleró cuando la desesperación y el desaliento de aquellas pobres personas la cubrieron como una ola. Descubrió sus brazaletes amarillos con la estrella de David y sabía lo que significaban. Su madre se lo explicó en su día. Se irguió para poder ver mejor. No podía descender del coche porque de su lado tenía el muro del edificio.

—¿Adónde llevan a toda esa gente? —preguntó a Marlene alterada. Para sus adentros Déborah pensó: «Quizá pueda hacer algo Albrecht por esas pobres personas».

—¡Ah! Pues van a un campo de trabajo. Todos esos son delincuentes, *ma chérie* —contestó Marlene a la ligera mientras sacaba del bolso su espejito de plata. No dirigió una sola mirada a las personas del transporte. En su lugar se humedeció el dedo índice y se lo pasó por las cejas perfectamente depiladas—. Es verdaderamente un fastidio que nadie nos haya dicho que hoy habría tanto movimiento en las calles. Hugo, por favor, llévenos de vuelta al casco antiguo por la vía más rápida, al café Cyganeria. Después de ver a tantas personas sucias necesito una copa de champán.

—Como usted desee, señora.

El café Cyganeria, situado en la calle Szpitalna, no lejos del distrito de Kazimierz, estaba en medio de una larga hilera de casas construidas en su mayor parte en el siglo XIX o incluso antes. La Szpitalna había sido una animada calle judía, habitada fundamentalmente por escolares y estudiantes universitarios que habían cambiado sus libros de escuela en las librerías de viejo establecidas en ella, pero también había talleres de artesanos y de zapateros.

El café se encontraba en la planta baja de la Casa Roja. Por cierto, la casa no era llamada así por una determinada orientación política sino por el color rojo de la pintura de su fachada. La entrada a la cafetería estaba reservada exclusivamente a la élite alemana y a sus aliados. Reinaban en ella las apreturas habituales y el humo omnipresente de los cigarrillos, y todos los asientos estaban ocupados.

Sin embargo, cuando llegaron ellas, dos oficiales del ejército despejaron solícitos su mesa para las dos bellas damas en la parte trasera del local. Sin consultarle a Déborah lo que deseaba tomar, Marlene pidió dos copas de champán. A continuación dejó que su compañero de mesa, un don nadie aburrido en uniforme gris, le encendiera con mucha gesticulación un cigarrillo emboquillado, y sin tragarse el humo lo sacó formando unos círculos azules en el aire.

Causó sensación el caprichoso aspecto de Marlene con el sombrerito que coronaba, oblicuo, su rubio peinado francés, y el traje de chaqueta a medida que seguía la ultimísima moda de París de *mademoiselle* Chanel. Se recreó en las miradas de los caballeros presentes, pero se dio cuenta enseguida de que la

belleza exótica de su acompañante atraía la atención de la concurrencia tanto o incluso más que ella.

Sin darle más vueltas, Marlene se puso a hablar alegremente sobre las preferencias de su amante Ernst —pero sin extenderse mucho en ellas—, sobre las mejores tiendas de moda en Cracovia —la lista en este caso fue mucho más larga—, sobre lo mucho que veneraba a la incomparable *mademoiselle* Chanel, a quien se había encontrado en persona una vez en París, y sobre que ella —por supuesto después de la victoria final— sería una gran estrella del cine. Déborah gozó durante un rato del interés que ella y Marlene suscitaban a su alrededor, al menos por parte de los clientes masculinos. La cosa llegó tan lejos que comenzó a adoptar y a imitar inconscientemente el afectado comportamiento de Marlene.

La mayor parte de los presentes eran, naturalmente, oficiales uniformados, pero había también allí algunos hombres en trajes impecables y toda una serie de damas vestidas a la última moda. Marlene, que al parecer era cliente habitual del café, supo contarle una historia para cada una de aquellas mujeres. Así, la rubia de bote de la mesa de al lado, que también dejó que le ofrecieran fuego para encender su cigarrillo emboquillado, era la copa ambulante más conocida de Cracovia, que había circulado ya por tantas camas que la dama debería buscarse pronto otra ciudad porque aquí los oficiales la rehuían, y el hombrecillo enjuto del traje negro que estaba en el rincón era un pez gordo de la industria textil que comerciaba principalmente con cabello para el relleno de colchones, y al hombre gordo y sudoroso con media calva que estaba sentado frente a él todos lo llamaban solamente «el procurador», porque no había nada que él no pudiera conseguir.

—Por supuesto únicamente si dispones de suficiente liquidez —añadió Marlene en tono conspirador. Y esto y lo otro, etcétera.

La cháchara insustancial de Marlene se convirtió en un murmullo que pronto comenzó a aburrir a Déborah que iba dando sorbos sin ganas a su champán. Estaba colocándose bien la estola de piel y reflexionando si no debía quitársela del todo porque en aquel café atestado de gente estaba comenzando a hacer demasiado calor, cuando sus manos se quedaron congeladas en el movimiento.

Frente a la ventana vio la figura de una mujer joven que corría por la plaza como si la persiguieran. Una y otra vez miraba a sus espaldas con apuro. Tenía la ropa desgarrada. Luego desapareció de su campo visual. Déborah volvió a pensar en las mujeres y niños harapientos en los camiones que con toda certeza estaban muertos de frío con aquel aire fresco de primavera, mientras ella estaba

allí sentada jugueteando con su piel. Había intentado olvidar a esas pobres personas para no verse confrontada con sus propias experiencias traumáticas la noche en la que Magda, su única amiga, desapareció y en la que *Biene* murió. Hacía ya mucho tiempo que presentía que su amiga también estaba muerta.

La muralla de Déborah, levantada con dolor y con estrategias de sustitución, comenzaba a desmoronarse. Había visto a esas personas y sentía por ellas compasión y responsabilidad a la par.

—Dime, Marlene —dijo Déborah interrumpiendo abruptamente la verborrea de la joven actriz—. ¿Qué personas eran las de antes que iban en los camiones? No pueden ser todos delincuentes como has dicho tú, ¿verdad? ¿O es que en esta ciudad se encierra a familias enteras?

En los ojos de Marlene hubo un brillo breve, y por su cara se deslizó rápidamente una expresión extraña entre el susto y la alerta. Pero se desvaneció con tal rapidez que Déborah creyó haberse equivocado de apreciación. La voz de Marlene sonó absolutamente impasible al responder:

—Olvídalo, *chérie*. Eso es política. No nos incumbe para nada.

—Puede que sea como dices, pero ¿no tienes ni un solo pensamiento para esas personas?

—¿Por qué iba a tenerlo? No las conozco en absoluto —replicó Marlene encogiéndose de hombros y regalando una sonrisa radiante más allá de Déborah a un oficial de las SS, rubio y de buena planta.

—Allí se encontraban también niños pequeños, incluso bebés. Por favor, ¿qué tiene que ver su transporte con la política? —Déborah no cedía, y su tono había adquirido una agudeza considerable.

Marlene se inclinó hacia ella y le puso una mano sobre el brazo en actitud conciliadora.

—Éste no es el sitio adecuado para hablar de política. Créeme. ¡En lo que a mí respecta quiero disfrutar de este mundo y no entenderlo! Y eso es lo que deberías hacer tú también, *ma chérie*. Deja hacer a los hombres, ellos sabrán bien lo que hacen.

Como para zanjar el asunto, castañeteó los dedos en dirección a la camarera, una jovencita ágil que continuamente tenía que defenderse de las molestas manos de los hombres, y se acercó diligentemente hacia ellas.

Marlene pidió otra copa de champán pero solo para ella después de comprobar, con un gesto de desaprobación de la cabeza, que Déborah apenas había tocado su copa:

—Hablemos mejor de algo más alegre, *ma petite*. Sobre tu Albrecht, por ejemplo. *Alors*, ¡qué suerte tienes! Está realmente de buen ver. ¡Absolutamente *très joli*! Ya me habría gustado pescarlo a mí, te lo digo en serio —dijo con un suspiro—. Y lo mejor es que ni siquiera está casado según dicen por ahí. Cuando pienso en mi Ernst, bueno...

Marlene se interrumpió y se calló, algo excepcional en ella. Era más que evidente que había llegado a la conclusión de que verdaderamente no había mucho que contar acerca de su Ernst. Déborah la secundó en ese silencio. Recordaba a ese Ernst como a un hombre bajito, corpulento, con una cara muy roja y una doble papada, cuya risa desagradablemente chillona resonaba siempre en la sala un compás más cuando todos los demás ya habían enmudecido. Y estaba casado.

Al levantar la vista, Déborah creyó notar que Marlene la había estado mirando como inspeccionándola, como si la mercancía que tenía delante en el mostrador hubiera adquirido valor de repente. Parecía haber tomado una decisión:

—Quiero darte un consejo, *chérie*. Es mejor que no formules ninguna pregunta de ésas. A los hombres no les gusta que nosotras, las mujeres, andemos pensando en sus cosas. ¿Me entiendes?

Déborah percibió cómo crecía la cólera en su interior. No quería que le diera lecciones alguien que apenas tenía más edad que ella y a quien conocía desde hacía muy poco tiempo. Por esta razón respondió en un tono más mordaz del pretendido:

—¡Ajá! ¿Estás tratando de decirme acaso que mantenga la boca cerrada y que me deje de preocupaciones estúpidas?

—No, *chérie*. Estoy diciendo que no tengas pensamientos peligrosos. ¡Ven! Es mejor que nos vayamos. —Agarró su bolso de mano, arrojó un billete encima de la mesa y se giró en dirección a la salida. A Déborah no le quedó más remedio que seguirla.

Durante el trayecto de regreso al hotel, fue Marlene quien mantuvo todo el rato la voz cantante. Déborah permaneció callada en una actitud despectiva, mirando ostentosamente por la ventanilla como si fuera hubiera sensaciones que admirar.

Marlene no se molestó por ello sino que siguió imperturbable con su cháchara. Cuando se detuvieron delante del Grand Hotel, el botones se apresuró a abrir la portezuela a Déborah para que se bajara del coche. Marlene tocó a

Déborah ligeramente en el hombro y ésta se giró. En su voz, que unos pocos instantes había sonado superficial, vibró de pronto un inesperado semitono de seriedad:

—¡María! ¡Un segundo, espera! ¿Sabes qué dijo Coco Chanel una vez? Dijo que la mayoría de las mujeres eligen sus pijamas con más entendimiento y cuidado que a sus maridos. Eso significa que quien mala cama hace, en ella se yace. ¡No lo olvides nunca! Iré a por ti mañana de nuevo. A la misma hora. *Au revoir, chérie.*

Y se marchó dejando a Déborah en cierto modo perpleja. Siguió con la vista a Marlene. Realmente estaba disgustada con Marlene, pero ahora se sentía como si le hubieran quitado todo el viento a sus velas. Hasta ese instante había creído conocer bien a Marlene.

¿Qué significaba ese repentino cambio de humor en su acompañante dicharachera? ¿Otro aviso de los suyos?

Capítulo 39

HASTA LA NOCHE y, por tanto, hasta el regreso de Albrecht, quedaban todavía varias horas. Déborah tenía tiempo de sobra para reflexionar. Marlene le planteaba varios enigmas. Déborah se confesó a sí misma que de Marlene partía una cierta fascinación que iba revelándose poco a poco. En cualquier caso parecía más inteligente de lo que daba a entender al exterior. En cierto modo, Marlene le recordaba a su amiga Magda. En ella permanecían ocultas muchas más cosas de las que cualquiera habría supuesto en un principio.

Sin embargo, mucho más que de Marlene Kalten, la mente de Déborah se ocupaba del destino de las personas que había visto hoy sobre la superficie de carga de unos camiones. Las transportaban como a ganado, ¡porque eran judíos!

Esa visión desató algo en ella. Nunca antes se había sentido judía, pero hoy había sido consciente por primera vez de las raíces judías que compartía con su padre. No estaba demasiado familiarizada con la fe judía, su padre no había practicado la religión, pero a través de él conoció la historia de sufrimiento de su pueblo, y él, después de todo, le había enseñado la lengua hebrea. ¡Pertenece a esas gentes, era una de ellas!

Comprendió súbitamente por qué no se había permitido pensar en ellas y por qué había deseado por unos instantes no habérselas encontrado jamás. Albrecht los había salvado a ella y a su hermano en el último minuto. Pero ¿quién iba a ir a salvar a esas pobres personas?

Déborah creía que había atado con una cuerda en su alma el horror de aquella noche en Múnich y que lo había enterrado irrevocablemente solapándolo con los dolores que se ocasionaba ella misma. Pero ese horror no había desaparecido, estaba al acecho en su interior más profundo, perfectamente preparado y dispuesto a asaltarla de nuevo en su infierno privado y a mortificarla con la tortura del recuerdo. Déborah volvió a padecer el horror sin nombre y la angustiosa incertidumbre, sentía la estrechez, oía los lamentos, olía el hedor del miedo.

Todo esto se descargó en un pánico súbito. Era incapaz de tomar aire y creyó que iba a morir asfixiada. Se desgarró los vestidos del cuerpo y se precipitó al baño. Allí agarró el cepillo y lo frotó sobre su piel blanca con movimientos muy intensos hasta que comenzó a sangrar por varios lugares.

Pero el dolor, que hasta entonces había sido su aliado fiel, no quería surgir esta vez. El horror no se dejaba eliminar simplemente con un cepillo. Completamente agotada, Déborah se derrumbó en el suelo y refrescó el ardor de su frente sobre las desnudas baldosas de mármol. No sabría decir el tiempo que estuvo así tumbada sin moverse. Finalmente salió a gatas del baño en dirección a la cama dejando un reguero de sangre sobre la alfombra blanca del corredor.

Una vez en la cama se enroscó como un embrión y se puso a esperar los dolores redentores. No llegaron. Únicamente sus pensamientos se habían agudizado y aclarado. De repente pudo verse a sí misma como en el espejo, tal vez como su padre la vería si entrara en ese momento en la habitación.

Se irguió y se quedó contemplando el lujo desbordante que la rodeaba, el mobiliario selecto y la gruesa alfombra, el frutero repleto y las sábanas de seda que olían a lavanda. Finalmente su mirada dio con el armario en el que estaba colgado el vestido de noche con destellos plateados que el servicio de tintorería del hotel le había devuelto por la mañana.

De golpe le sobrevino a Déborah una pena profunda, la atravesó como una ola liberadora. Y con la pena llegaron por fin los dolores. Pero esta vez no significaron una liberación sino un mero suplicio.

Déborah había despertado de la embriaguez de los sentidos y aterrizado en la realidad.

Al cabo de un rato se levantó con tranquilidad y limpió el baño. A continuación eliminó lo mejor que pudo con agua fría las manchas de sangre de la alfombra.

CUANDO ALBRECHT REGRESÓ por la noche, encontró a Déborah sentada al escritorio. Descalza y en albornoz estaba redactando una carta larga a su hermano, la primera desde el comienzo de su viaje con Albrecht.

—Buenas tardes, cariño. ¿Qué tal, has tenido un buen día con esa Marlene?

Albrecht atravesó la sala y besó a Déborah en la nuca. Se dio cuenta de inmediato de que había algo diferente en ella, pero no supo decir de entrada de qué se trataba.

Déborah se giró hacia él e ignoró ya con la primera frase el consejo de

Marlene:

—No. No he tenido un buen día. No me quedó otra que contemplar cómo varios camiones se llevaban a mujeres y niños atemorizados. Prisioneros judíos. Fueron tus camaradas de las SS quienes lo hicieron. ¿Estabas enterado de tal cosa?

Ahora comprendió Albrecht lo que había de diferente en María: producía una impresión de alguna manera de mayor seriedad, de más edad. ¿Qué diablos había sucedido con la chica? Esa misma mañana se había despedido de una chiquilla juguetona y entregada a los placeres, y esta noche ¿debía darle explicaciones? Con desconfianza fue fijándose en los detalles, en su aspecto descuidado, en el cabello despeinado.

—¿Qué significa esto ahora? ¿Te ha llenado la cabeza esa actriz de bobadas? —replicó en tono de enfado.

Déborah reconoció de inmediato su error. Justo de tal cosa la había advertido Marlene. No sería justo hacerle pagar a ella los platos rotos.

—No. Ella no tiene nada que ver, Albrecht. Todo lo contrario, a ella le parece que eso no me incumbe, y ha afirmado que todas esas gentes no eran más que delincuentes —se apresuró a contestar ella—. ¡Pero Albrecht! ¡Llevaban los brazaletes con la estrella de David! Es imposible que los niños sean todos delincuentes, ¿no te parece? Por eso pensé que en este caso también podría tratarse de un error similar al de aquella noche, cuando los hombres de las SS entraron en nuestra vivienda y nos llevaron a Wolfgang y a mí. —Había algo de conmovedor en su voz, y su cuerpo se había inclinado hacia él en una súplica muda.

Albrecht se la quedó mirando fijamente durante algunos segundos, como si tuviera que volver a evaluar la situación. Luego dijo con calma:

—No te rompas esa linda cabecita con esas cosas, María. Son asuntos políticos sobre los cuales nuestro *führer* ha reflexionado a fondo. Vístete ahora y ponte guapa para mí. Amon y su acompañante van a venir aquí enseguida y se traen a un amigo con ellos. Vamos a ir a cenar algo en la ciudad.

—¿No has entendido bien lo que acabo de decirte, Albrecht? Solo había mujeres y niños. ¿No puedes hacer algo por ellos? Por favor... ¿podrías hacerlo por mí?

Albrecht vio la cara enardecida de ella, la súplica infantil en sus ojos, y comprendió que la chica no se quedaría en paz hasta que no le dijera lo que deseaba oír. Le hizo ese favor.

—Bien, de acuerdo. Si el destino de esos desconocidos te afecta tanto, me informaré mañana y veré lo que puedo hacer. Pero ahora no quiero oír ni una sola palabra más al respecto, ¿entendido? Vamos, date prisa y vístete ya, María. No querrás que nos retrasemos demasiado. —Su tono era inequívoco y rotundo. La levantó de la silla, la estrechó contra él y la besó largamente hasta que sintió en los brazos cómo Déborah se distendía por fin.

FUE UNA VELADA agradable. Cuando quería, Amon Göth sabía conversar de una manera muy amena. Ingrid, su joven pareja, se quedó colgada toda la noche de sus labios en actitud de adoración. Parecía estar entregada a él en un amor verdaderamente ciego. Déborah se burló de ella para sus adentros.

Encontró interesante al amigo que Amon Göth se había traído consigo. Se dio a conocer como Oskar Schindler. Era un hombre alto de mirada seria y tenía un humor inteligente y mordaz que hizo que Déborah se acordara de su padre.

Conversaron un buen rato y animadamente sobre ópera y música. Pronto se unieron otros conocidos, volvieron a consumirse cantidades ingentes de alcohol, y cuanto más rápidamente se vaciaban las botellas en la mesa, más ruidosa se iba volviendo la compañía.

Al final, Déborah volvió a ser la única persona sobria. Cuanto más borrachos se iban poniendo los demás en el transcurso de la velada —siendo Albrecht, con mucho, el más moderado de todos—, tanto más extraña se sentía entre ellos y tanto más crítica fue haciéndose su mirada. Se preguntó por unos breves instantes qué buscaba en realidad allí entre aquellas personas. ¿Qué tenía que ver con ellas?

Por primera vez desde el comienzo de su viaje, Déborah sintió añoranza de su tierra, y una mala conciencia por haber dejado solo a su hermano pequeño. A pesar de que tío Poldi le había prometido que se ocuparía de él, aquello no era lo mismo. Sintió ganas de ver al pequeño Wolfgang y de percibir la inquebrantable admiración y cariño de él hacia ella. Pero lo que más anhelaba ahora, justamente en este entorno, era la inocencia de él.

Por la noche calmó su hambre con Albrecht de la manera acostumbrada, pero por primera vez no llegó a quedar verdaderamente satisfecha.

Al día siguiente se procuró alivio haciéndose cortes en los brazos con el cuchillo de la fruta. Era la primera vez desde Múnich.

Capítulo 40

HACIA LAS ONCE de la mañana del día siguiente, le anunciaron desde recepción la visita de Marlene Kalten. Déborah había tenido sus dudas sobre si realmente aparecería, pero se confesó a sí misma que esperaba que así fuera. Desde muy temprano se había ataviado para salir. Ya había escrito la carta a su hermano y se la había entregado al botones.

Albrecht había partido a primerísima hora. Antes de marcharse, Déborah le exigió que cumpliera la promesa de informarse acerca del destino de aquellas familias judías. A causa de esta tozudez de Déborah se había producido la primera escena fea entre ellos. Albrecht se fue después sin ninguna palabra de despedida.

Déborah se quedó con la sensación inquietante de haber ido demasiado lejos y de no haber alcanzado en definitiva absolutamente nada con su intromisión.

Marlene apareció divertida y alegre como siempre, gorjeó algunos compases sobre aquel inhabitual tiempo de abril tan suave y propuso una excursión al parque Planty que rodeaba como un cinturón el centro histórico de la ciudad, en el distrito de Stare Miasto, allí donde en su día las murallas medievales habían protegido la ciudad.

Déborah no objetó nada a su propuesta. Tras el episodio con Albrecht tenía ganas de amplitud y de aire fresco. Marlene ordenó al chófer que se dirigiera a la Puerta de Florián, el último vestigio de los recintos del antiguo castillo de Wawel y que era ahora uno de los accesos al parque.

—Estás pálida, *chérie*. ¿Has dormido mal? —abrió Marlene la conversación cuando pisaron el parque. Llevaba un conjunto de primavera de color azul claro con un sombrero a juego y una descarada flor en él. Era una pregunta inofensiva, nada más que una fórmula de cortesía para iniciar una conversación. Si Déborah hubiera levantado la vista, le habría llamado la atención la expresión tensa en la cara de Marlene.

—Bueno, anoche hubo movimiento hasta muy tarde —murmuró ella en vez

de eso. No estaba muy por la labor de admitir que no había tomado en consideración el consejo de Marlene, sobre todo porque no estaba todavía claro el efecto de su intervención.

Marlene hacía rato que había extraído sus propias conclusiones. Asintió con la cabeza, pero tampoco vio Déborah ese gesto, su mirada estaba fijada en el suelo y divisó ahora el calzado de Marlene, un par de zapatos de tacón con hebilla, unos Mary-Janes, como los que solía llevar también la madre de Déborah. Con una vehemencia tal que le sorprendió a ella misma, le sobrevino a Déborah una nostalgia tan dolorosa de Elisabeth, que se le desbordaron los ojos y el alma y ya no fue capaz de reprimir las lágrimas.

—Pero, pero *chérie*... ¿qué te pasa? —exclamó Marlene. Le pasó un brazo por encima de los hombros a Déborah y encaminó sus pasos hacia un banco próximo que estaba situado bajo un gigantesco roble viejo con sus extensas ramas tan bajas que las hojas verdes las rodearon como una cortina protectora.

Marlene sentó a Déborah entre sollozos en el banco, buscó en el bolsillo un pañuelo y se lo puso en la mano. A continuación tomó asiento a su lado, abrazó a Déborah y esperó en silencio —contrariamente a su costumbre— a que se secara el torrente de lágrimas de Déborah.

Déborah lloró y lloró. Finalmente su aluvión de lágrimas se diluyó en un aluvión de palabras.

Déborah le contó todo a Marlene, la desaparición sin rastro de su padre, el transporte nocturno, la muerte de la madre y que su padrastro era ahora su amante. Solo una cosa no le contó, que su padre era judío y que ella, por consiguiente, era medio judía, con lo que eso significaba para las leyes raciales. Una última voz de alerta la contuvo.

Marlene la escuchó atentamente y con calma, le estrechó la cabeza contra su cuerpo y le acarició el cabello para apaciguarla. Todo lo que dijo, fue:

—Pobre pequeña.

Ninguna otra palabra de lamentación, ninguna valoración del estatus de Déborah como amante de su padrastro.

Déborah le estaba agradecida por tal cosa. No esperaba ni compasión ni una confirmación de su propia vergüenza. Había sido un estallido espontáneo que apenas le había procurado alivio. A pesar de todo le hacía bien estar sentada ahí en el banco con Marlene y estar las dos calladas escuchando el gorjeo de los pájaros. Tenía algo de consolador el pensamiento de que la naturaleza obedece siempre sus propias leyes independientemente de que el ser humano a su

alrededor esté fuera de quicio.

Las dos jóvenes permanecieron sentadas un rato más y luego prosiguieron su paseo con sosiego.

Marlene se puso entonces a contar algunas cosas de su vida. Estaba entusiasmada con el encuentro que tuvo con *mademoiselle* Chanel en París, en la residencia de ésta, el hotel Ritz.

—*Alors*, es una persona independiente de verdad. Nunca se ha casado, tiene los amantes que quiere, y vive con ellos. En estos momentos está en compañía de un alemán, el barón Von Dincklage, un comisionado especial del Ministerio de Propaganda del Reich. Es trece años más joven que ella —añadió con sincera admiración para proferir a continuación un suspiro como si estuviera pensando en un sueño inalcanzable para ella. La misma Marlene era demasiado joven como para haber reunido experiencias con hombres más jóvenes, como *mademoiselle* Chanel. Pero Déborah supuso con muchas probabilidades de acierto, que lo que deseaba justamente era que su Ernst fuera trece años más joven de lo que era...

Déborah prestaba atención a Marlene, sí, pero le resultaba difícil concentrarse en sus palabras. Su situación emocional era más que contradictoria en esos momentos. Hinchida de un desasosiego interior, apenas podía esperar a que se hiciera de noche, pero al mismo tiempo sentía temor, y eso porque su preocupación no estaba solamente con los deportados judíos sino también con la cuestión de su relación con Albrecht. Por primera vez, él no pudo dominarse, la reprendió severamente y la agarró con tanta brutalidad que conservaba en los brazos las oscuras marcas.

El ser consciente de haber recibido una primera impresión de la cara oscura de Albrecht hizo que Déborah sintiera un escalofrío en aquel cálido sol de primavera. Ciertamente, Albrecht volvió a guardar la compostura de inmediato, pero el miedo de Déborah le había penetrado hasta la médula.

Ahora había experimentado en sus propias carnes que sus acciones traían siempre consecuencias consigo. Causa y efecto, así se lo había enseñado en su día su padre. Ella lo había ignorado, hasta el momento había estado siempre segura de su poder sobre Albrecht, y ahora había recibido un escarmiento. ¿Qué sucedería si Albrecht le dijera hoy que no había podido conseguir nada? «¿Qué puedo hacer entonces?», se preguntó y se contestó a sí misma de inmediato: «Nada...».

No tenía dinero propio, era menor de edad y se encontraba en un país

extranjero. Dependía por completo de Albrecht, eso es lo que le había quedado perfectamente claro hoy. La certidumbre de la propia impotencia se cernió sobre ella con violencia. Déborah estuvo a punto de prorrumpir de nuevo en llanto. Se sentía rematadamente sola.

—No me has estado escuchando, ¿verdad? Le has echado en cara a tu Albrecht las deportaciones de judíos —interrumpió Marlene las cavilaciones de Déborah.

Déborah se irguió con un susto. No era consciente de que llevaba un buen rato callada caminando a su lado, ni de que Marlene la había estado observando pensativa.

Era absurdo negar lo evidente.

—Sí, es cierto —admitió Déborah a disgusto.

—*Alors*, y claro, habéis discutido.

No era ninguna pregunta, así que Déborah se ahorró una respuesta y puso una mueca de desagrado mientras pateaba con la punta del zapato algunos guijarros.

—¿Y? ¿Fue una escena salida de tono? —Aquella sí era una pregunta.

Marlene se detuvo, obligando a Déborah a hacer otro tanto. Con porfía, la más joven levantó la cabeza y se encontró finalmente con la mirada franca y clara de Marlene. Para su sorpresa, Déborah no encontró en ella ningún signo de reproche del tipo «¿no te lo advertí?», sino que más bien leyó en los ojos de Marlene el sincero deseo de ayudar.

Una abeja zumbó a su alrededor, atraída por el adorno del sombrero de Marlene. Un ligero roce y siguió volando en busca de una flor de verdad.

La tensión de Déborah se apaciguó y fue sustituida por la idea de haber encontrado quizá en Marlene a una verdadera amiga. Tal vez no estaba tan sola como se había imaginado. Una sonrisa titubeante se expandió por las comisuras de su boca, como si no confiara en sus propias esperanzas.

Marlene replicó a la sonrisa de ella, pero al mismo tiempo levantó las cejas hasta tocar casi el flequillo para darle a entender que todavía no había respondido a su pregunta. Déborah se encogió de hombros con un gesto de inseguridad:

—Me temo que saldré de dudas esta noche.

—¿Te ha pegado, *chérie*? —La voz de Marlene sonó tan neutra como si hubiera preguntado por el tiempo que hacía, por ello Déborah no se lo tomó como una pregunta enojosa, sino que se le pasó por la cabeza que a lo mejor Marlene había tenido experiencias de ese tipo. El estatus de amante, ¿abarcaba

además de las pieles, los vestidos y las joyas, también las palizas?

—No, no me ha pegado. Se volvió bastante grosero. Pero ése no es el problema. Quiero decir que... —Déborah luchaba en vano por dar con las palabras adecuadas.

—¿Cuál es si no? —remachó Marlene con prudencia, cuando vio que Déborah no hacía ademán de continuar hablando.

—Él... de algún modo estuvo... no sé, diferente a lo normal —prosiguió Déborah tartamudeando. Con un gesto de desamparo alzó los brazos como si intentara cazar en el aire las palabras adecuadas.

A pesar de todo, Marlene pareció haberla entendido. Asintió con gesto de comprensión y preguntó:

—¿Cuántos años tienes en realidad, *ma petite*?

—Diecisiete, pronto haré los dieciocho, en junio.

—¡Ay por Dios! —se le escapó a Marlene en una expresión nada francesa. Por la sorpresa recibida se puso de pronto a hablar en berlinés.

—Y yo que pensaba que tenías como mínimo veinte, si no más, pequeña. Con todos mis respetos, te mantienes bien, pero eso explica algunas cosas. Albrecht es tu primer hombre, ¿no es cierto? —Aquélla no era tampoco ninguna pregunta sino una constatación. Prosiguió—: No sé exactamente cómo es vuestra relación, pero me la puedo imaginar. Tu Albrecht es un hombre influyente, es rico y tiene muy buena planta, y por lo menos es veinte años mayor que tú. No es de extrañar que haya despertado tu interés. Al principio de toda relación todos miramos con anteojeras, María, y vemos al otro como deseamos verlo. Hasta que llega el día en el que lo vemos como realmente es. Lo de esta mañana ha sido una lección para ti. Tienes que aprenderla lo más rápidamente posible, de lo contrario volverá a repetirse. Es mejor que estés preparada para la ocasión.

—¿No te parece que eso suena muy simple? —preguntó Déborah en actitud rebelde. Le parecía que su problema poseía algo más de originalidad. La explicación de Marlene no le gustó, sobre todo porque se sentía como si no la estuviera tomando muy en serio.

Marlene tampoco pareció esperar que Déborah la secundara, todo lo contrario, transmitía una impresión de alegría ante la reacción de Déborah. De nuevo volvió a dárselas de gran dama francesa:

—*Alors*, tienes toda la razón, *chérie*. La cosa no es tan sencilla, por supuesto que no. Vivimos malos tiempos. Hay guerra. Y no solo la hacemos contra países extranjeros, sino también dentro del propio país. —Marlene se interrumpió

brevemente y miró con atención a su alrededor como si temiera la presencia de orejas espiando, pero nadie se hallaba en las proximidades. Los paseantes más próximos estaban como mínimo a cincuenta metros por delante de ellas, y por detrás no se veía a nadie a todo lo largo y ancho del camino. A pesar de todo tardó en continuar hablando, como si tuviera que tomar una decisión difícil.

Finalmente agarró el brazo de Déborah y la condujo de nuevo a un banco del parque.

—Ven, vamos a sentarnos otra vez. En primer lugar... ¿es cierto que tienes ascendencia judía?

La pregunta pilló a Déborah completamente desprevenida. La elocuente expresión de su cara fue suficiente respuesta para Marlene.

—Así que es verdad entonces. No tengas miedo, esa información está a buen recaudo conmigo.

—Pero ¿de dónde sabes que...? —fue todo lo que acertó a decir Déborah. Albrecht le había hecho jurar por la vida de su hermano pequeño Wolfgang que no se lo diría a nadie.

—Brigitte Frank lo va contando por ahí, así que toda la ciudad lo sabrá pronto. Es una pobre cretina y está celosa de ti. No se le han pasado por alto las miradas que te dirigió su marido. Tienes que estar al tanto. Lo mejor es que no vayas más a ninguna de sus invitaciones, quizá así se olvide de ti. Pero adonde apunto yo ahora es el peligro que conlleva en estos tiempos haber nacido como judío. Si en la actualidad eres judío, ésa es tu condena a muerte, nada más y nada menos. Por ello tienes que ser extremadamente prudente. No provoques a tu amante.

—En el fondo no soy judía. A los ojos de mi pueblo, para ser una auténtica judía, mi madre habría tenido que ser judía. Pero judío lo era solo mi padre. Los nazis no tienen ni idea de la genealogía de los judíos —se defendió Déborah, a quien atemorizaba visiblemente el giro que tomaba la conversación. Por esta razón no le llamó la atención que había hablado de su padre por primera vez utilizando un tiempo verbal del pasado, y eso que se había jurado a sí misma no hacerlo nunca.

—No pienso que a nuestro gobierno le interesen tales sutilezas. Para ellos eres medio judía, cruce de razas, con lo cual, conforme a las leyes raciales de Núremberg, estás considerada como plenamente judía. Albrecht es el único que está entre tú y la ley. Él es tu única protección. ¿Entiendes lo que eso significa para ti?

La voz de Marlene iba sonando cada vez más y más enfervorizada. Ahora se interrumpió. No se le pasaron por alto las emociones contradictorias que se dibujaron en la cara de Déborah. Iban desde la incredulidad, pasando por la rabia, hasta llegar a la comprensión de que Marlene podía tener razón, y las consecuencias que podían resultar para ella.

Déborah se apartó de su amiga, tal vez porque era incapaz de resistir por más tiempo la mirada examinadora de ella. Con los puños cerrados se quedó mirando fijamente el árbol que tenía a su lado como si quisiera darle un golpe. En efecto, Déborah ansiaba los dolores físicos para distraer sus tormentos anímicos.

—Eso significa que estoy toda yo entera en manos de Albrecht —dijo ahora con apatía. Anteriormente había dado vueltas y más vueltas a reflexiones similares, pero siempre pensando que ella disponía de la capacidad de elegir. Le había alcanzado la realidad brutal como un golpe. En el fondo no tenía mayor valor que una esclava. Desprovista de derechos y de protección. Para Albrecht, ella era igual que Osman: podía rebanarle la lengua cuando quisiera.

Marlene le tocó la rodilla con suavidad.

—Sé que es difícil. Son tiempos peligrosos, y nosotras dos nos hemos liado con hombres peligrosos. Y los tiempos peligrosos son también malos tiempos porque los gobiernan hombres malos. Tenemos que intentar sobrevivir de alguna manera con ello, mientras dure. Te ayudaré. ¿De acuerdo, *ma petite*?

Déborah asintió y trató valientemente de no volver a prorrumpir en lágrimas. Lo consiguió a duras penas.

—Por cierto, Marlene —salió de su boca—, mi nombre no es María, para nada. Albrecht es el único que me llama así. Me llamo Déborah.

Marlene se la quedó mirando unos largos instantes y dijo entonces:

—Te agradezco esa muestra de confianza, Déborah.

Las dos jóvenes se abrazaron brevemente cuando resonó el chillido estridente de una chica que corría por el parque con el mayor de los apuros.

Se miraron la una a la otra, y todavía bajo el efecto de su recién inaugurada confianza mutua, se pusieron las dos en pie al unísono y echaron a correr, sin pensárselo dos veces, en la dirección de la cual les había llegado el grito. Corrieron campo a través por encima de un césped recién cortado. De pronto se le quedó enganchado un tacón a Déborah y cayó de bruces. Marlene le sacaba ya casi treinta metros cuando Déborah se levantó a duras penas.

En un apresuramiento motivado por el pánico, una chica joven corría hacia ellas. Entre sollozos se arrojó en brazos de Marlene y la arrastró al suelo

mientras exclamaba desgarradoramente:

—Ayúdeme, señora. ¡Oh, por favor, por favor, ayúdeme...!

Marlene levantó la vista y descubrió a sus perseguidores, dos hombres que aparecieron entre los arbustos que delimitaban el césped y que se dirigían ahora hacia ellas a paso ligero. ¡Conocía a uno de ellos! Un amigo, Jakob, le señaló una vez a ese hombre y le avisó de que tuviera cuidado con él. Formaba parte de los temibles *szmalcowniks*, polacos que daban con los judíos escondidos y los chantajeaban; si no podían pagar, les delataban a los alemanes a cambio de un pago. Hacían su negocio de una manera u otra.

Marlene comprendió la situación con la rapidez del rayo, se apercibió de la ropa desgarrada de la chica joven, que casi era una niña todavía, reconoció su belleza peculiar y la estrella de David en su brazo, pero lo más elocuente era la expresión en los rostros de los hombres. Además de la entrega tenían en mente satisfacerse antes. Marlene fue consciente enseguida de que nunca podría salvar a la chica de las garras de esos hombres sin exponerse ella misma y Déborah a un gran peligro. Sobre todo Marlene no podía arriesgarse a caer en el punto de mira de los *szmalcowniks* que tenían espías por todas partes.

Trató de desprenderse lo más suavemente posible de la chica que al notar lo no hizo sino pegarse aún más si cabe a ella, desarrollando unas fuerzas enormes movidas por su miedo.

Los hombres llegaron hasta ellas en el mismo instante que Déborah, quien se arrojó de inmediato junto a Marlene.

—¿Qué pasa? ¿Qué le sucede a la chica? —exclamó sin aliento. Marlene le dio un pellizco fuerte en el brazo e intentó dirigirle una mirada de aviso.

—No pasa absolutamente nada aquí, señoras —dijo el mayor de los dos recién llegados chapurreando el alemán. Se veía a todas luces que le desagradaba enormemente aquella intromisión—. Nosotros nos ocupamos de ella. Es una mocosa judía fugitiva. —Agarró a la chica llorosa por su larga cabellera y tiró de ella con brutalidad. La chica gritó de dolor. Indignada, Déborah agarró al hombre del brazo.

—¿Qué hace usted? ¡Suéltela! Le está haciendo daño, ¿no lo ve?

El hombre, que tenía claro que estaban ante él dos mujeres alemanas, se quedó unos momentos indeciso sobre cómo debía reaccionar. El más joven de los dos no tenía tantos escrúpulos al respecto. Agarró a Déborah, tiró violentamente de ella y la arrojó a la hierba.

—Deberían contenerse, señoras. Nos están dificultando la detención de una

fugitiva criminal. Es mejor que se larguen ahora —gruñó en tono amenazador. Se colocó con las piernas abiertas por encima de Déborah y se llevó la mano a la pistola.

Marlene percibió su disposición a la violencia, vio su mirada ligeramente vidriosa y olió el alcohol. Al mismo tiempo se apercibió del rubor colérico y de la indignación de Déborah. Sabía que tenía que intervenir de inmediato si todavía quería capear la situación. Era extremadamente peligroso aguarles la fiesta a esos dos hombres en el último momento. Con grandes esfuerzos había conseguido entretanto liberarse del abrazo de la chica angustiada, y se arrojó con valentía a la batalla:

—Pero por favor, señores. ¿Por qué esos aires tan antipáticos? Disculpen a mi joven e impulsiva amiga. Ha sido sencillamente a causa del horror. Por supuesto que les dejamos cumplir con sus obligaciones. —Se inclinó hacia Déborah como si quisiera ayudarla a levantarse, y le habló entre dientes—: Maldita sea, ¿has perdido el juicio? ¿No has entendido nada de todo lo de antes? Entiéndelo... ¡No puedes ayudarla! Es judía. ¿Quieres morir con ella? ¿Qué será entonces de tu hermano?

La sola mención de su hermano hizo que Déborah entrara en razón. Marlene la alzó de malas maneras y acarreó a Déborah detrás de ella hasta la Puerta de Florián. No se detuvo hasta llegar allí. Varios paseantes las miraron con gesto de curiosidad, entre ellos dos oficiales que por lo visto conocían a Marlene. Con un gesto inconfundible les dio a entender que su pinta desarreglada no significaba nada.

Lo último que Marlene podía necesitar ahora eran preguntas de curiosos, mientras su joven amiga todavía estaba recuperando el dominio de sí misma. Ya no estaban presentables para nada en absoluto; sus peinados estaban revueltos, desgarradas sus medias de seda y sus vestidos de primavera estaban llenos de manchas frescas de hierba que probablemente haría poner un grito en el cielo a cualquier tintorería. El inventario de existencias que realizó Marlene dio como resultado que ella había perdido su sombrero y Déborah su zapato del pie izquierdo. En realidad tenía la intención de echarle otro sermón a la jovencita, pero se contuvo a la vista de su cara inundada de lágrimas. «¡Dios mío! Esta criatura está hecha solamente de agua», pensó Marlene ahora.

—Ven. Te llevo de vuelta al hotel —dijo intentando animar a Déborah.

Marlene descubrió a su chófer apoyado junto al monumento de piedra y fumando un cigarrillo. A ella misma le habría venido bien uno en esos

momentos.

El conductor interpretó correctamente su mirada deseosa y le ofreció uno, pero ella lo rechazó con valentía. Además lo que estaba fumando era una hierba terrible que te corroía los pulmones si no andabas con cuidado. Para su sorpresa fue Déborah, la cantante, quien se sirvió uno. ¿Quién si no? Era un acto de puro despecho, resultado de su impotencia.

Marlene conocía muy bien ese sentimiento, lo había experimentado con suficiente frecuencia en sus propias carnes. Alzó una ceja en señal de desaprobación. Déborah se lo devolvió con una mirada fija desafiante. Marlene se rindió y arrojó al cielo despejado una mirada de enojo.

El chófer dio fuego a Déborah. Replicó con una mueca divertida el ataque de tos que sufrió ella ineludiblemente después de la primera calada. Marlene, sin rencor, golpeó varias veces a Déborah en la espalda con ánimo de ayudar y le quitó suavemente de los dedos el cigarrillo prendido. Se lo devolvió al chófer, quien lo apagó con cuidado y lo volvió a meter en el bolsillo interior de la pechera. Un cigarrillo era algo demasiado costoso como para desperdiciarlo.

Marlene condujo al coche a una Déborah jadeante y sin aliento, y esperó pacientemente hasta que los pulmones de ella volvieron a llenarse de aire fresco y respirable.

—¿Qué tal? ¿Te vas sintiendo mejor? —fue todo lo que Marlene le dijo hasta que se detuvieron frente al Grand Hotel. Déborah la castigó con un silencio ofendido y se bajó del coche sin despedirse.

Para sorpresa de Déborah, Marlene no ordenó a su chófer que continuara conduciendo sino que la joven actriz le dijo que esperara y se bajó ella también de la limusina. Déborah se apartó bruscamente de ella, se quitó el zapato que le quedaba y siguió caminando sin hacer ruido por el vestíbulo. Marlene la siguió sin que se lo pidieran.

De camino al ascensor, las dos jóvenes cosecharon un gran número de miradas de asombro. Junto a la puerta que conducía a la *suite*, Déborah emprendió un intento poco decidido de apartar a empellones a Marlene, pero ésta no se dejó amedrentar, sino que entró en la habitación detrás de ella.

Déborah se encontraba en un extraño estado de ánimo. Aunque estaba muy furiosa, se sentía al mismo tiempo demasiado exhausta como para seguir ocupándose de su amiga tozuda. Se tumbó en la cama a pesar de la suciedad en sus ropas, se giró a un lado y le dio ostensiblemente la espalda a Marlene. Todo lo que deseaba en esos momentos era estar sola. Contaba con que Marlene no

soportaría mucho rato que ella la ignorara de esa manera y que entonces se marcharía sin más.

A su vez, Marlene ignoró el descortés comportamiento de Déborah y se dedicó a recorrer la lujosa *suite*. Tras una inspección a fondo se sirvió un coñac de la botella lista para usar, agarró un melocotón rosado del frutero y se instaló cómodamente en el sofá. Marlene se puso a esperar. Dominaba a la perfección el juego del silencio, igual que era capaz de dar rienda suelta a una conversación insustancial durante horas. Déborah hablaría, *Déborah tenía que hablar*.

Transcurrieron veinte minutos hasta que Déborah se levantó de la cama como un payaso resorte de la caja de sorpresas y refunfuñara:

—¿Qué pasa? ¿Qué más quieres de mí? ¡Vete ya de una vez! Déjame sola.

Al menos no lloraba, constató Marlene con un interés casi científico. La chica era joven, impulsiva, idealista, pero también estaba henchida de una rabia acumulada. Vistas las cosas de esta manera, era una mezcla peligrosa, muy explosiva. Pero no carecía de valentía tal como había demostrado hoy cuando se precipitó sin pensárselo sobre el *szmalcownik*.

Marlene urdió un plan del que no sabía si saldría bien. Si no era así, entonces su vida estaría depositada en manos de Déborah.

Sin embargo, su vida no contaba en comparación con lo que podía ganar. No obstante, deseó disponer de más tiempo para sus propósitos. Ahora bien, la guerra no se lo concedía. Día tras día iba devorando demasiadas vidas. Todavía estaba dubitativa. Sabía que debía tantear el asunto con extrema precaución. Primero pondría a prueba a Déborah.

—Sé que hoy ha debido de ser un día terrible para ti, *ma petite*. Créeme, te entiendo, y muy bien incluso, pero no habríamos podido organizar absolutamente nada en favor de la chica. A esa pobre criatura no había manera de poder salvarla. Esos hombres querían tenerla a toda costa.

Marlene no cosechó nada más que un resoplido de desprecio.

—La chica era su presa. Deja que te lo diga, *chérie*, no te coloques nunca entre el cazador y la presa, de lo contrario te convertirás también tú en víctima. No teníamos ninguna posibilidad de ayudarla. Ese hombre había agarrado ya su arma. Y estaba bebido.

—¡Claro que podríamos haber hecho algo! ¡Siempre puede hacerse algo! Y deja ya de decir *chérie*, no lo soporto más —resolló Déborah.

Marlene reconoció que aquello no era ninguna réplica sino únicamente la expresión de un desvalimiento retórico.

—Bien, vale. —Cruzó las piernas con gracia—. Entonces explícame por favor qué podríamos haber hecho en tu opinión. ¿Gritar pidiendo auxilio y atraer a más de esos colaboradores de los nazis? ¿O tal vez abalanzarnos sobre ellos, desarmarlos para mantenerlos en jaque hasta que la chica hubiera desaparecido de la vista? O aún mejor, ¿qué te parece haber matado a esos hombres a disparos y escapar con la chica? ¿Adónde?

Por respuesta, Déborah se colocó ante ella con las manos en jarras y le dirigió una mirada fulminante. Siguió a continuación un pataleo torpe de varios minutos de duración hasta que Déborah se interrumpió entre jadeos. Luego se dio la vuelta con un último resoplido de rabia, se dirigió a toda prisa al baño y dio un portazo tras de sí.

Inmediatamente después sonó el chorro del agua llenando la bañera. A Marlene le agradó mucho la idea de Déborah de tomar un baño. Se quitó la ropa sucia, incluida la ropa interior, la dejó tirada allí mismo sin más contemplaciones, se sirvió de nuevo una copa generosa de coñac y se la bebió de un trago. A continuación siguió a Déborah al baño, desnuda y desinhibida, y se metió en la gran bañera junto a la perpleja Déborah. Era el momento para una conversación íntima.

—Excepcional tu baño de espuma —dijo Marlene acomodándose en el agua caliente con un suspiro.

—Ya. Qué bien que te guste —comentó Déborah en tono respondón y visiblemente molesta por el asalto descarado de Marlene.

—Tantísima espuma.

Marlene sonrió con ironía y sopló una gran nube esponjosa en dirección a Déborah, que se zafó de la bola de espuma. Pero su gesto de enfado había cedido el paso a una curiosidad prudente sobre lo que debía significar la conducta absurdamente pesada de Marlene.

Marlene se dio cuenta del cambio de humor de su compañera y le lanzó su primer globo sonda:

—Antes afirmaste que siempre podemos hacer alguna cosa. Me ha entrado la curiosidad por saber qué te imaginas que puede hacerse.

Déborah permaneció en silencio. En lugar de contestar se dedicó con entusiasmo a la espuma del baño. Con atención, como si no existiera para ella nada más interesante en el mundo, observó las burbujitas que iban estallando poco a poco en sus manos. Finalmente dijo en voz baja:

—Por lo menos hay que intentar ayudar a los judíos, ¿no te parece? —Había

desaparecido de ella toda porfía, y de pronto daba la impresión de ser una persona muy joven y vulnerable; sin embargo, Marlene no iba a ceder.

—Eso está muy bien como deseo y se dice también con facilidad, pero es ingenuo. No es ninguna propuesta. ¿Qué harías tú concretamente? ¿Ir de paseo a los campos y repartir ropas y alimentos a los judíos?

—¿Qué campos? —replicó Déborah confusa y levantando la vista de las pompas de jabón.

Marlene movió la cabeza con gesto de incredulidad.

—¡Señor, haz que llueva el conocimiento! —exclamó en dirección al techo del cuarto de baño—. No puede ser verdad. ¿De qué galaxia vienes?

Por lo visto, las cosas en torno a Déborah estaban peor de lo que había supuesto en un principio. La chica era tremendamente ingenua, como la Gretel del teatro de títeres. ¿En dónde tenía puestos los oídos cuando estaba sentada junto a los hombres en el banquete de gala? ¿De qué habían hablado éstos la mitad del tiempo?

De nuevo le entraron las dudas a Marlene sobre si continuar con su plan. No obstante, no quería ni podía renunciar, la chica podría revelarse como extremadamente valiosa para sus asuntos. Solo tenía que proceder con acierto con ella.

—Pareces no tener ni idea verdaderamente sobre lo que ocurre a tu alrededor, ¿verdad? Y eso es algo muy sorprendente teniendo en cuenta lo que habéis sufrido ya tú y tu familia. Supongo que entretanto ya te habrás dado cuenta de que estamos en guerra, ¿no? Por todos los uniformes que circulan por ahí. Tu Albrecht lleva también uno, el negro con la calavera. Dime, *ma petite*: ¿sabes realmente a qué se dedica? No lucha en el frente de batalla, por tanto, ¿qué hace Albrecht exactamente en esta guerra? ¿Cuál es su misión? ¿Qué hace él aquí, en el Gobierno General de los territorios polacos ocupados? —atacó Marlene. Tenía que salir de dudas ahora.

Déborah reaccionó arremolinando la espuma con ambas manos y jugando con ella. De pronto se deslizó hacia delante y sumergió la cabeza en el agua. Marlene permaneció impasible, esperó y contó los segundos. Llegó a sesenta y entonces emergió la cabeza de Déborah. Se llenó los pulmones. Marlene no dijo nada. La forma en que Déborah mantenía los ojos apretados indicaba que había adquirido alguna inspiración bajo el agua.

Y así fue, en efecto. Déborah desembuchó:

—Tu Ernst también lleva un uniforme. ¿Qué hace realmente en esta guerra?

Su voz imitó sorprendentemente bien la de Marlene y al mismo tiempo aportaba el matiz adecuado para el sarcasmo.

«Todos mis respetos», pensó Marlene, y recompensó la envenenada réplica asintiendo de manera aprobatoria con la cabeza. Le gustó que la chica tuviera arrestos para atacar. Ella la había provocado, y la pequeña cantante había mantenido la cabeza fría, y Déborah se la había devuelto dándole a entender que no se chupaba los dedos. Los dados estaban echados. Iba a reclutar a la chica para su asunto. Albrecht Brunnmann desempeñaba un papel clave en esta guerra, y tenía que aprovechar esa ocasión para acercarse a él. Estuvo a punto de sonreír.

—Muy bien. Tienes razón. Ésa es la cuestión. Si realmente es tan importante para ti ayudar a la población judía, entonces te confesaré lo que hace Ernst a cambio de que tú me confieses lo que hace Albrecht. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Déborah para añadir a continuación con una sinceridad encantadora—: Solo que me temo que el nuestro será un acuerdo unilateral. En realidad no sé en qué consiste el trabajo de Albrecht, solo sé que se pasa el tiempo viajando de un lado a otro. Nunca hablamos sobre eso. Lo único que me dijo una vez al respecto fue que una guerra solo puede ganarse gracias a la logística. Probablemente él es algo así como un organizador, pero no sé de qué exactamente.

La manera como lo dijo estuvo a punto de arrancar una sonrisa de satisfacción a Marlene. Su encantador tono sonó a sorpresa mayúscula, como si la chica no se hubiera formulado nunca antes esa pregunta y se hubiera dado cuenta en ese mismo momento de su ignorancia.

—Se le puede poner remedio a esa situación. Infórmate sobre su trabajo, pero sé prudente. No se lo preguntes directamente, mejor halágalo con tu interés. A los hombres les gusta que se les admire su trabajo. En este sentido, mi Ernst se asemeja a un manantial rebosante.

—Me temo que Albrecht está hecho de otro material... o eso creo al menos —repuso Déborah. Intentó recordar varias situaciones en las que Albrecht había tenido ocasión de hablar con ella sobre su actividad, pero se abstuvo de hacerlo en todas ellas. En realidad él le había transmitido en esas ocasiones la impresión de sentirse disgustado si hablaba de su trabajo y por esa razón ella no le había insistido nunca.

—Pero tiene esa cartera que lleva consigo a todas partes. ¿Por qué no le echas un vistazo dentro a ver qué hay?

Marlene se esforzó por imprimir un tono casual a su voz, pues eran

demasiadas las esperanzas que tenía su grupo puestas en esa cartera.

—Eso es imposible. Cuando llega, extrae enseguida los papeles y los guarda en la caja fuerte.

—¿La habitación tiene una caja fuerte?

El pulso de Marlene se aceleró sin que se le notara apenas.

—Sí, es un armario de verdad. Está detrás del espejo del dormitorio.

—Enséñamelo —le pidió levantándose a medias de la bañera.

—Espera —la frenó Déborah. Marlene se detuvo en mitad de su movimiento con un pie ya en el borde de la bañera. Se esforzó en que no se le notara en la cara su repentino asomo de preocupación. ¿Se había precipitado acaso?

Déborah examinó a Marlene de arriba abajo. A sus finas antenas no se les pasó por alto esa súbita agitación, a pesar de que la actriz volvió a dominar inmediatamente la situación y se deslizó de nuevo en la bañera subrayando su movimiento. Marlene se puso ahora a construir una pirámide de espuma mientras esperaba la reacción de Déborah.

La pregunta de Déborah no fue sorprendente del todo, pero Marlene no había contado con ella al menos en esa fase tan temprana. Sin embargo, sintió una leve satisfacción porque confirmaba su primera apreciación acerca de las cualidades de la chica.

—Dime, Marlene —Déborah sopló juntando los labios un poco de espuma en el aire—, te veo como muy curiosa, me parece a mí. Si no supiera a qué te dedicas, una casi podría imaginarse que eres algo así como una espía.

Aunque Déborah no había prestado hasta entonces mucha atención a las conversaciones de sobremesa de los hombres, sí que había pillado que no había apenas nada que temieran más que los espías y los actos de sabotaje. Déborah trató de mantener impassible la expresión de su cara, pero al entrenado oído de Marlene no se le escapó el tono de tensa expectación en la voz.

Marlene respiró haciendo ruido. No se había dado cuenta de que había contenido entretanto la respiración. Deslizó lentamente los dedos en el agua.

—En lo que a mí respecta prefiero la expresión combatiente de la resistencia en lugar de espía, *chérie* —replicó Marlene. Subrayó expresamente el cariñoso apelativo para distender de nuevo un poco la atmósfera que de pronto se había espesado entre ellas.

Déborah la miró de reojo para morderse a continuación el labio inferior durante un buen rato con gesto enervante. El silencio se instaló entre ellas, se siguió extendiendo, y Marlene se resistió con grandes esfuerzos para no

morderse el labio ella misma.

Sin aviso previo exclamó Déborah de repente:

—Entonces, ven.

Desbordante de alegría saltó de la bañera, acompañada por un torrente de agua.

El afán infantil de Déborah dio al traste con la momentánea sensación de triunfo de Marlene. Un sentimiento olvidado hacía tiempo surgió en ella: el asomo de una mala conciencia. No se sentía feliz por el hecho de verse confrontada ante esa sincera simpatía que había desarrollado hacia la chica. Y ello a pesar de que estaba a punto de aprovecharse de su inocente confianza. Déborah no sabía en qué peligros se estaba metiendo. Para ella se trataba de un juego nuevo y excitante. Sin embargo, ese juego era un asunto de una seriedad tremenda; la apuesta era la propia vida.

Marlene, ya experimentada en ese juego, sabía que lo primero que debía aleccionar a Déborah era a desarrollar el respeto ante el peligro. El espionaje era ante todo una cosa: el arte de la supervivencia.

Déborah salió corriendo, desnuda y empapada, hacia el dormitorio colindante. Marlene la siguió. Déborah se hallaba ya frente al espejo que tenía la altura de una persona y lo había corrido hacia un lado gracias a dos bisagras ocultas. Apareció ante la vista un nicho en el que había un armario empotrado de madera de cerezo pulida y de aproximadamente ciento cuarenta centímetros de altura. Estaba adornado con trabajos de marquetería y tenía el aspecto de un secreter. Déborah abrió la puerta exterior que tapaba la caja fuerte. Fue entonces cuando el armario reveló su vida interior de acero. «Proveedor real de palacio J. Ostertag, Aalen: Fábrica de cajas fuertes» podía leerse en él.

Marlene se acercó e inspeccionó aquel modelo de antes de la guerra, se trataba de —ironías del destino— un artículo alemán de marca. Ella no era experta en cajas fuertes, pero abrirla requería seguramente bastante tiempo. Quedaba descartado por completo el empleo de explosivos o palancas. Ambos métodos dejarían huellas. «El sentido propio de cualquier espionaje consiste en que nadie note que se está realizando», exclamó Marlene por enésima vez y para sus adentros las palabras de Jakob.

«¿Qué secretos ocultas, caja fuerte?», se preguntó ahora. «¿Qué diabluras? ¿Con qué finalidad envían a un pez gordo de la Oficina de Seguridad del Reich como Brunnmann, subordinado directo de Heydrich y de Himmler, al Gobierno General de los territorios polacos ocupados?» A Marlene no se le había pasado

por alto el malestar de Hans Frank durante la conversación con Brunnmann en el castillo de Wawel. ¿Se temía tal vez que Brunnmann pudiera superarle en rango en Polonia? ¿Había traído consigo alguna orden especial del cuartel general del *führer*? ¿Qué iba a seguir sucediendo en Polonia? Los guetos de los judíos, ¿eran acaso solamente un comienzo?

Marlene posó una mano en la caja fuerte con un gesto absolutamente suave, como si quisiera medirle el pulso. Un instante después casi se le detiene el suyo propio: al lado, en la puerta de entrada a la habitación se oyó con claridad el sonido de una llave girando en el cerrojo. Marlene y Déborah se quedaron de piedra e intercambiaron una mirada de horror.

A Marlene no le quedaba tiempo para averiguar si se trataba de la camarera o de Albrecht Brunnmann. Solo disponía de unos pocos segundos, y tomó una decisión a la velocidad del rayo. Con un solo movimiento fluido cerró el armario y corrió el espejo de nuevo a su posición original. A continuación agarró por los hombros a una Déborah paralizada y la retiró varios metros del espejo en dirección a la cama. Apretó su cuerpo desnudo contra el de ella, como si fueran amantes, y la besó en los labios tiernos.

Esa fue la imagen que se le ofreció a Albrecht cuando traspasó la puerta: dos mujeres en cueros vivos, con el pelo mojado y reluciente, que estaban abrazadas con pasión. Se quedó como congelado y durante un instante eterno estuvo desorientado.

A Marlene, que lo estaba observando a través de los párpados semiabiertos, se le pasó por la cabeza que le había deparado a Brunnmann una instantánea para toda la vida, una que recordaría con agrado seguramente hasta el final de sus días.

Marlene dejó algunos segundos al hombre para que se recompusiera, pero también para dar tiempo a Déborah a que se familiarizara con esa situación nueva. Déborah había titubeado unos instantes en sus brazos al sentirse arrollada por el giro de los sucesos, pero no se resistió a su abrazo fuerte.

Marlene se desprendió muy despacio de Déborah y le arrojó una mirada examinadora. De pronto, un pequeño reflejo en el suelo llamó su atención, y la sangre se le transformó en hielo en un instante: justo debajo del espejo, sus dos cuerpos mojados habían dejado un charquito. Brunnmann no debía darse cuenta de tal cosa, pues de lo contrario extraería probablemente las conclusiones correctas.

Marlene solo vio una vía para distraer a Brunnmann. Tenía que intentar

seducirlo, aunque fue consciente de inmediato de que así dependía de dos desconocidos a la vez. ¿Cómo reaccionaría Brunnmann a sus artes seductoras? ¿Y la chica? ¿Se pondría celosa y lo contaría todo?

Marlene tomó su decisión. Para ella no había vuelta atrás, tenía que apostar todo a una carta. Confió por entero en su experiencia y en la seguridad de saberse vertiginosa estando desnuda, al contrario de lo que sucedía con la mayoría de las personas que, vestidas, poseen un cierto atractivo pero que luego, sin sus vestidos, suelen producir una decepción.

Con el ropaje de Eva, su cuerpo revelaba una perfección desconcertante, y la soltura de su paso y la armonía de sus movimientos ya habían hecho perder el juicio a algún que otro hombre. Se encaminó despacio hacia Albrecht. Tampoco él parecía ser inmune a su balanceo. Marlene casi podía ver cómo bullía en el interior de él la sangre caliente del deseo.

No obstante, Albrecht titubeó. Miró más allá de Marlene, que se encontraba ahora frente a él, desnuda y seductora. Sus ojos buscaron llenos de interés los de Déborah. Lo que vio pareció encontrar aprobación en él. Los labios de Déborah estaban ligeramente entreabiertos, las mejillas cubiertas por un delicado rubor y las pupilas dilatadas. Todo su cuerpo expresaba expectación y sorpresa.

Albrecht se volvió ahora hacia Marlene. Examinó atentamente su desnudez con reconocimiento. A continuación agarró la mano de ella y la condujo hacia la cama. Él tomó asiento mientras Marlene se detuvo a la espera. Percibió que Albrecht quería llevar la iniciativa. Y así fue, en efecto.

Hizo señas a Déborah para que se acercara al tiempo que meneaba las dos botas relucientes con un gesto inconfundible para que las dos jóvenes se las quitaran. Ellas lo hicieron y desnudaron por completo a Albrecht. Marlene desapareció unos instantes en el baño y regresó con un cuenco lleno de agua caliente y una esponja. Lo lavaron las dos juntas con movimientos lentos, seductores. Albrecht besaba cada superficie de piel desnuda que se le ofrecía, y sus caricias se volvieron enseguida más audaces.

Pronto no eran sino un ovillo salvaje de cuerpos gimientes y entrelazados. Al contrario que Albrecht y Déborah, Marlene no disfrutaba del intercambio recíproco de mordiscos y groserías, pero no por ello repartía ella menos cantidad. Lo que para Albrecht era un acto de pura pasión, exigía de Marlene todo el dominio de sí misma para superar su rechazo y reprimir su odio.

Capítulo 41

MARLENE YACÍA PEGADA al borde de la cama y desfiguró la cara con una mueca de asco. Su último trío había sido hacía dos años. Entonces lo hizo por amor, por Jakob. Se había unido a la resistencia polaca por Jakob. Él era uno de sus líderes. Ella y Jakob habían sido alguna vez pareja, pero de eso hacía ya mucho tiempo, antes de la guerra. Un día le dijo él que la amaba, y sin embargo, la abandonó.

Los vínculos sentimentales solo estorbaban su causa común, había afirmado él. Desde entonces solo se veían esporádicamente. Jakob se aprovechaba de vez en cuando de ella y de su cuerpo como de una buena comida. Como Marlene seguía amándolo, no se contentaba con eso. La guerra no duraría eternamente, y ella se había propuesto firmemente salir con vida a su final.

Jakob le preguntó al comienzo de todo hasta dónde sería capaz de llegar para echar a los nazis del país, y ella le respondió sin titubear un solo instante: «Hasta el fin». ¿Eh? ¿No era ésa acaso la prueba concluyente?, pensó ahora con rabia. Deseaba con impaciencia regresar a la bañera para quitarse de encima el repugnante hedor a nazi, y reprimió un estremecimiento.

Albrecht se giró pesadamente hacia ella en estado de duermevela. Agarró a Marlene del talle y la atrajo hacia él con firmeza. Daba la impresión de estar satisfecho y contento. La expresión de autocomplacencia en su cara le recordó con desagrado a Marlene el viejo y gordo gato de su infancia que un día volvió a cazar un ratón más bien sin querer.

Pese a su repugnancia y al deseo imperioso de saltar de la cama y de lavarse, Marlene se obligó a permanecer tranquilamente tumbada. Hinchida de odio fijó la vista en el techo mientras el mal dormía tranquilamente a su lado sobre sábanas de seda. Sencillamente no podía entenderlo. Europa estaba en llamas y los responsables se entregaban a su siesta relajante.

Mientras acechaba su respiración regular se preguntó cómo continuarían las cosas ahora. Normalmente examinaba cuidadosamente su manera de proceder y las posibles consecuencias, y solo entonces tramaba un plan exacto.

Pero hoy se había precipitado la situación con excesiva celeridad, se había visto obligada a actuar intuitivamente. Todo dependía ahora de Déborah. Marlene percibió que la chica yacía en la cama despierta, igual que ella. ¿En qué estaría pensando? ¿En que había sido un error involucrarse en el juego de Marlene?

Los latidos del corazón de Marlene iban acelerándose cuanto más se prolongaba aquel silencio. ¿Equivocado en su valoración de la chica? Se había visto arrollada por completo por los instintos animales de Déborah en el juego del amor. La chica joven había expuesto a la luz del día la desmesura de una cortesana experimentada. ¿Y qué significaban esos mordiscos y esos arañazos? Marlene sabía que no eran pocos los hombres que gozaban en la cama con sus sentimientos sádicos y masoquistas, pero en Déborah lo encontraba perturbador. Ciertamente ya había presentido que la chica se movía por un hambre desmedida de vida, pero esa pasión primitiva e instintiva que había manifestado hoy, la había dejado perpleja. Nunca antes había experimentado algo así en una persona tan joven.

Aparte de esto, Marlene había adquirido otra impresión importante sobre Déborah. Parecía tener una cabeza propia y emplearla de vez en cuando. Así, por ejemplo, no se había rendido a la presión social dominante de tomar más alcohol del que le sentaba bien. Es decir, reconocía que había límites. Esa muchacha era tan rica en matices como un diamante, pero estaba necesitada todavía de un tallado a fondo.

—¿Estás despierta? —susurró Déborah rompiendo así el silencio.

—Sí —contestó Marlene también con un susurro—. ¿Qué estás pensando?

—Que eres toda una frescales, como decimos en Baviera —dijo Déborah con una risa suave y estirándose como una gata en el pretil de la ventana. Era la correspondencia femenina de la satisfacción somnolienta de Albrecht.

—Ajá. ¿Y qué significa eso exactamente? —murmuró Marlene, sin bajar la guardia.

—Que no eres cobarde.

—¡Oh, gracias! ¿Qué me dices? ¿Puedo levantarme e ir al baño o se despertará Albrecht si lo hago?

—Bueno, y si se despierta, no le pertenecemos —replicó Déborah con una recién estrenada seguridad en sí misma. Pasaba por encima de lo ocurrido con una desenvoltura rayana en la indiferencia. Marlene se preguntó si una chica de apenas dieciocho años podía estar tan curada de espantos. Se deslizó de la cama

con todo cuidado. Albrecht soltó un breve gruñido, pero no se despertó.

Marlene reunió sus ropas dispersas por la habitación, se acercó al espejo como si fuera a comprobar su apariencia y, como quien no quiere la cosa, dejó caer su chaqueta azul de conjunto sobre el charquito de agua. Al recogerla, la pasó por el suelo y se aseguró con una mirada de reojo en dirección a la cama que Albrecht no había observado su acción. Déborah, en cambio, sí lo había hecho. Asintió con aprobación, se salió también de la cama y la siguió de puntillas y descalza al cuarto de baño.

—¡Anda! —exclamó a la vista de las prendas estropeadas sobre el brazo de Marlene—. No puedes salir y dejar que te vean con esa ropa. Voy a buscarte alguna de mis prendas. —Desapareció durante unos instantes en el dormitorio y regresó con un vestido gris y la chaqueta a juego—. Toma, esto debería irte bien.

—Gracias.

Marlene se había metido a toda prisa en la bañera. Detestaba desperdiciar agua. Estaba solo tibia y la sintió casi fría sobre su piel enardecida.

Déborah permaneció indecisa a su lado, como si estuviera pensando si meterse ella también en la bañera. Pero Marlene la disuadió al levantarse ya para salirse de ella. Dio las gracias por la toalla que le tendió Déborah, que seguía estando desnuda.

Mientras se secaba Marlene, tuvo por primera vez la calma suficiente para admirar el cuerpo desnudo de Déborah. Tuvo que admitir que todo era perfecto en la chica: los pechos jóvenes y altos coronados por puntitas de color rosa, el talle delicado, las piernas largas y bien proporcionadas. De remate una piel igualada, reluciente como nata fresca. No era de extrañar que ese Brunnmann hubiera quedado rendido de tal manera ante ella. El cuerpo joven de Déborah se encontraba ciertamente al comienzo de su desarrollo como mujer, sin embargo poseía un don natural para el elevado arte de la seducción. Déborah se dio cuenta del examen ocular de Marlene. Segura de sí misma y sin rastro alguno de pudor alzó la cabeza como si quisiera preguntar: «¿Te gusto?».

Marlene le dirigió una sonrisa casi tierna.

—Deberías darte un baño ahora o por lo menos ponerte una bata. Te estás enfriando. —Tocó con los dedos sobre un brazo de Déborah que estaba completamente erizado con piel de gallina. De pronto frunció el ceño, agarró con firmeza el brazo y lo giró hacia arriba—. ¿Qué es esto? —preguntó con intensidad. Igual que Albrecht antes que ella, acababa de descubrir las numerosas cicatrices pálidas que en parte discurrían en paralelo. Las otras

heridas de Déborah, las excoriaciones y los cardenales, las atribuyó al tosco juego del amor. Sin embargo, éstas de ahí eran más viejas y de otro tipo. Estaba casi segura de que se trataba de cortes realizados con una navaja. La alarmó porque ya había contemplado algo similar en otra chica joven, como expresión de sus tormentos anímicos.

—No es nada.

Déborah, avergonzada de repente, le retiró los brazos precipitadamente.

Marlene consideró que lo inteligente en esa situación era no atosigarla más y dejarlo quizá para otra ocasión. Había otros asuntos más urgentes que exigían ahora su atención. Eran, por ejemplo, cómo podía aproximarse a los documentos que Brunnmann guardaba en la caja fuerte, y si Déborah iba a querer seguir ayudándola.

Todos sus sentidos estaban orientados a que Déborah dijera algo ahora, el impulso debía proceder de ella. En caso contrario se despediría y no volvería a intentarlo con precaución hasta su nueva cita. Para dilatar el tiempo un poco más, se vistió con una lentitud exagerada. Las prendas de Déborah le quedaban casi a medida, solo en los hombros y en el talle estaban algo más tensas las costuras.

Entretanto, Déborah se había envuelto con el albornoz con las iniciales del hotel y se había sentado en el borde de la bañera. Deslizó una de sus delgadas manos en el agua fría y la movió por ella como jugueteando. Marlene había acabado de vestirse del todo y se estaba poniendo los zapatos sin medias. Se agachó y cerró las hebillas. A continuación se levantó, se acercó al espejo y se pasó los dedos entre el cabello. De pronto dijo Déborah en un tono no especialmente bajo:

—Yo también quiero ser una combatiente de la resistencia.

—¡Shh! —se le escapó a Marlene. Se apresuró a girar la cabeza hacia la puerta del baño. Era una puerta de madera maciza y estaba cerrada, pero de todas formas... la más mínima palabra podía despertar desconfianza, el más mínimo error podía costarles la vida a las dos.

Marlene se sentó junto a Déborah en el borde de la bañera y susurró en tono insistente y penetrante:

—Aquí no podemos hablar. Vengo a por ti de nuevo mañana por la mañana, a la misma hora. Entonces podremos hablar de todo. Vaya una cosa por delante: sé que te resultará tremendamente difícil, pero no le hables a Albrecht para nada de los transportes de judíos, ¿me oyes? No debes mostrar bajo ningún concepto

solidaridad con los judíos ni tampoco con Polonia. Compórtate siempre de una manera normal y no le preguntes nunca por su trabajo ni por su cartera, por no hablar de la caja fuerte. No lo has hecho hasta el momento y no deberías hacerlo tampoco en el futuro. Eso despertaría de inmediato su recelo. Nuestras respectivas vidas dependen de que él siga teniéndote confianza. De lo contrario estaremos muertas antes de que yo pueda decir *chérie*. ¿Lo has entendido?

—Por supuesto. —Déborah parpadeó, pero no daba ninguna impresión de sentirse amedrentada—. ¿Me permites una pregunta?

Marlene se había puesto en pie ya para mirarse una última vez en el espejo.

—Por supuesto —dijo hablando a su imagen reflejada en el espejo y aplicándose con el dedo índice algo de colorete en las mejillas y en los labios.

—¿Por qué estás en la resistencia? Yo pensaba que eras actriz.

Marlene se giró despacito hacia ella. Sus ojos destellaron mientras adoptaba una pose teatral. Luego declamó en voz baja:

—*El infierno está vacío. Todos los demonios están aquí.* —A continuación dijo en voz normal—: Eso es de *La tempestad* de Shakespeare, *chérie*. Mi escenario ahora es el mundo.

Capítulo 42

AL DÍA SIGUIENTE Marlene acudió puntual a la cita. Las dos jóvenes fueron de nuevo en coche al parque Planty y se sentaron en un banco solitario apartado del camino. Allí estuvieron sentadas dos horas, con las cabezas muy pegadas, y Déborah recibió su primera clase en el arte del espionaje.

Marlene se abstuvo de contarle nada acerca del grupo. No le dijo de cuántos miembros constaba, ni quiénes lo formaban, ni siquiera le contó que el cabecilla se llamaba Jakob. Marlene lo llamó Pavel en lugar de su verdadero nombre.

Déborah tenía que aprender a prestar atención a todo lo que se decía a su alrededor. Ella se encontraba con muchos funcionarios importantes, y la menor información podía poseer una inmensa importancia aunque a ella misma no se lo pareciera. Sin embargo, no debía permitir que se le notara que estaba escuchando con atención, ni tampoco debía anotar ni una sola palabra. En lugar de eso debía memorizar lo máximo posible y comunicárselo a Marlene en su encuentro diario.

De todas maneras, esto no sería siempre posible. En algunas ocasiones, Ernst insistía en que Marlene lo acompañara en alguno de sus viajes cortos. Era oficial del ejército de reemplazo y se encargaba de los suministros, de las tropas de refuerzo y de la logística, y por este motivo solía estar de viaje con frecuencia. En esos casos, Déborah tendría que esperar el regreso de Marlene. Albrecht le había dicho recientemente que su misión le obligaba a prolongar su estancia en el Gobierno General de los territorios polacos ocupados durante algunas semanas. Así que no regresarían a Múnich antes del mes de junio.

Las órdenes de Jakob eran que una persona ajena nunca se le asignara otro contacto del grupo. Si Déborah fracasaba, solo arrastraría consigo a Marlene. Incluso Marlene conocía a pocos miembros del grupo además de a Jakob y a éstos solamente con nombres falsos. Solo en el caso de Jakob podía estar segura de que su nombre era Jakob de verdad.

Déborah escuchó a Marlene con toda atención y formuló también algunas preguntas que Marlene respondió cautelosamente sin vulnerar sus principios de

conservación discreta del secreto. Al hacerlo no pudo dejar de felicitarse. Déborah resultó ser una alumna aventajada, era rápida de entendimiento y formulaba las preguntas correctas. De todas formas, la siguiente pregunta de Déborah la pilló completamente desprevenida y desató un inmediato malestar en ella:

—¿Estás enamorada de ese Pavel? —Y como Marlene no le respondió enseguida—: Vamos, anda, he observado atentamente la forma en la que me has hablado de él. Ésa no es la pinta que muestras cuando hablas de Ernst —anunció con un tono triunfal.

Marlene se obligó a dibujar una sonrisa en su cara y maldijo durante unos instantes la extraordinaria capacidad de observación de la chica. Se decidió a contar la verdad a medias:

—Lo estuve, pero de eso hace ya mucho tiempo. Ahora no somos sino buenos amigos.

Jakob. Por él se acostaba con peces gordos nazis, revolvía en sus carteras y equipajes, y los espiaba. Ella habría hecho cualquier cosa por él. Y a veces lo detestaba porque él toleraba esas cosas.

La siguiente frase de Déborah arrancó a Marlene de sus cavilaciones:

—Me gustaría conocer a ese Pavel. ¿Cómo es? ¿Tiene buena planta?

—Dime, ¿no has oído lo que acabo de decirte? —resopló Marlene en tono de enfado—. Nadie, de verdad, nadie tiene contacto con otros miembros del grupo. Yo soy y seré tu única interlocutora. Eso sirve para la seguridad y la protección de todos. Y deja de idealizar a Pavel como si fuera un héroe romántico. Sé que solo tienes diecisiete años, pero éstos no son tiempos para idealizaciones. Piénsate bien si quieres hacer esto de verdad. Vas a arriesgar tu vida al menor error. Entonces te encerrarán, te golpearán y te torturarán hasta que reveles todo lo que sabes. Aún estás a tiempo de retirarte. No has hecho nada. Y yo desapareceré inmediatamente de tu vida. —Marlene se levantó un poco del banco como si fuera a poner en práctica lo que acababa de anunciar.

—¿Por qué te pones de esta manera? Solo te he hecho una pregunta. Además voy a cumplir los dieciocho en unas pocas semanas. —Déborah se puso de morros como una gatita y de pronto parecía tan joven que a Marlene volvieron a asaltarle las dudas sobre si había sido una decisión correcta reclutar a Déborah. El riesgo le pareció de pronto desproporcionadamente elevado. La chica disponía seguramente de las mejores facultades, pero también era muy desequilibrada e inconstante.

Entonces suspiró rendida. Era ya demasiado tarde para andar dudando. Todo lo que podía hacer era tomar fuertemente de la mano a Déborah y esperar lo mejor para las dos. La guerra estaba llegando a una fase decisiva. Marlene era consciente de que eran demasiado pocos y de que apenas tenían posibilidades de éxito.

Ya antes de la guerra había existido un movimiento antisemita en Polonia. Algunos polacos colaboraban con los alemanes y toleraban lo que sucedía con los judíos. Las escasas voces de la razón estaban silenciadas, toda la élite intelectual de Cracovia había huido hacía mucho tiempo o había sido asesinada por los nazis. Ya en noviembre de 1939 se había reunido y asesinado a todos los profesores de la famosa Universidad Jaguelónica, fundada en el siglo XIV, una de las más antiguas de Europa.

Su grupo de la resistencia era pequeño, disponía de muy pocos apoyos y, sobre todo, no tenían medios económicos. Y no tener dinero significaba no tener armas. Por ello era tan importante toda información sobre el enemigo por breve que fuera. Eso era más importante que su vida y que la vida de Déborah. Sin embargo, esto no lo dijo Marlene en voz alta. En el fondo seguía teniendo miedo de que Déborah pudiera echarse atrás. Según Jakob, Albrecht Brunnmann era un factor importante en esta guerra. Jakob se había enterado ya de algunas cosas acerca de Brunnmann a través de otras fuentes. Aunque solo fuera verdad una parte de todo aquello, el compañero de Déborah desempeñaba un papel central para los nazis en la Segunda Gran Guerra: el exterminio de toda vida judía y de su cultura en Europa.

Ése era uno de los motivos por los cuales se adhirió a la Organización Judía de Combate, la Żydowska Organizacja Bojowa, la ŻOB, por sus siglas. Ella era semijudía, según las leyes raciales. Marlene se llamaba en realidad Anna von Dürkheim.

La madre de Anna era una judía de Cracovia originaria de Galitzia; su padre, un joven alemán de la nobleza. Fue el típico matrimonio interclasista de aquella época. Ella, la pobre criada eslava y él, el heredero de la casa. En consecuencia, el viejo barón desheredó a su único hijo varón por haber elegido esposa muy por debajo de su clase social. El padre de Marlene luchó en la Primera Guerra Mundial como oficial y cayó en Francia en los últimos días de la guerra en el año 1918, sin que llegara a enterarse de que iba a tener un hijo. Su madre murió pocos meses más tarde fulminada por la gripe española poco después de que

naciera Anna.

Anna se crio en Berlín bajo la custodia de los abuelos, quienes, tras la pérdida de su único hijo varón, acabaron aceptando a la nieta. Anna acababa de aprobar los exámenes finales de su bachillerato cuando los nazis comenzaron a deportar a los primeros judíos. De inmediato se afilió a una organización estudiantil que ayudaba a huir de Alemania sobre todo a judíos sin recursos económicos. A comienzos de 1939 fue detenida por la Gestapo y fue a parar a las manos del sádico Hubertus von Greiff. Su abuelo tocó todas las teclas necesarias para sacarla de la cárcel; le costó una gran cantidad de favores y media fortuna.

Un mes en manos de la Gestapo no pudo quebrantar la voluntad de Anna. Todo lo contrario; esa experiencia le proporcionó aún más fuerzas para seguir luchando por la causa de los judíos. Por ello, y en contra de la voluntad de sus abuelos, viajó a Cracovia en la primavera de 1939 para buscar a la familia de su madre y encontrar sus raíces. Y las encontró. La familia, dos hermanas mayores con sus maridos, la acogió con los brazos abiertos.

En Cracovia se encontró entonces con Jakob, se enamoró perdidamente de él y decidió permanecer allí para siempre.

Sin embargo, los nazis llegaron finalmente también a Polonia y a Cracovia. Anna se adhirió, igual que Jakob, al ŻOB, modificó su aspecto exterior y adoptó el nombre de Marlene Kalten. Desde hacía dos años llevaba una peligrosa doble vida.

LOS TEMORES DE Marlene se quedaron en nada. Déborah estaba firmemente decidida a entregarse a esta nueva y excitante aventura. Así se sentía más libre y, sobre todo, adulta. Le gustaba especialmente haber entrado a formar parte de algo grande y sensato, algo de lo que Albrecht no estaba al tanto y quedaba excluido. Marlene volvió a hablar de los papeles de la cartera de Albrecht.

—Pero si se la quitamos, Albrecht se dará cuenta enseguida, ¿no? —objetó Déborah.

—Por supuesto que no voy a quedármela, borrega. Solo tengo intención de verla y fotografiarla. Él no se dará cuenta de que alguien ha estado revolviendo en ella. Pero primero deberíamos pensar cómo podríamos llegar hasta ella.

—Yo podría intentar averiguar la combinación de la caja fuerte —se ofreció Déborah con el empeño de una recién reclutada.

—¿Cómo lo harás? ¿Poniéndote detrás de Albrecht y mirando cómo la abre? No, eso sería demasiado evidente. —Marlene negó con la cabeza—. Todos

tienen a Albrecht Brunnmann por una persona extremadamente desconfiada. Podría comenzar a sospechar. Es innecesario exponerte de esta manera al peligro. Bueno, podemos esperar que una vez se olvide sin querer de depositar los documentos en la caja fuerte. Eso sería lo más sencillo. ¿Por qué iba a ponernos las cosas fáciles a nosotras? —concluyó Marlene con un tono malhumorado.

Déborah aguzó los oídos al escuchar estas últimas frases.

—¡Al contrario! Eso ha ocurrido incluso algunas veces ya, pero no desde que estamos aquí en Cracovia. Lo siento, Marlene, pero no había prestado especial atención a ese hecho hasta ahora mismo.

Déborah parecía estar sinceramente afligida por no haberse preocupado apenas por un detalle de una importancia esencial.

Déborah se esforzó por recordar las escasas ocasiones en las que Albrecht había dejado la cartera encima de la mesa o del sofá para depositar posteriormente su contenido en la caja fuerte. En realidad eso había sucedido únicamente cuando ella lo asaltaba con impaciencia en la puerta y no le dejaba apenas aire para nada que no fuera arrastrarlo ansiosa consigo a la cama.

La cosa podía funcionar de la siguiente manera. Ella distraería a Albrecht y lo acaramelaría de tal manera que se olvidara por unos instantes de su ominosa cartera. A continuación tenía que persuadirlo para que fueran al bar del hotel. Déborah tenía una segunda llave para la *suite* que entregaría a Marlene. Albrecht llevaba siempre la llave consigo. Marlene podía esconderse el tiempo que fuera necesario en la cámara destinada a los enseres de limpieza que estaba en el pasillo colindante con la *suite*. En cuanto hubiera fotografiado los documentos, volvería a cerrar la habitación y dejaría la llave en la cámara donde Déborah la recogería en la primera oportunidad.

Había forjado su plan a borbotones y con toda celeridad. Marlene no parecía estar en contra.

—Pero tendríamos que tener muchísima suerte para que funcione a la primera. En este hotel se alojan exclusivamente oficiales alemanes, funcionarios y usureros civiles que sacan sus beneficios de la guerra haciendo sus negocios con los nazis. No puedo atrincherarme horas y horas al buen tuntún en esa cámara contigua de la limpieza. Si alguien me descubre por casualidad, tendría serias dificultades para hacer creíbles mis explicaciones.

Marlene hizo una contrapropuesta que, sin embargo, sonó todavía más arriesgada. Esperar hasta que Albrecht saliera de la *suite* con Déborah, y entrar

entonces con la llave de Déborah y con un ayudante manitas para abrir la caja fuerte. El inconveniente era que no sabía si en el grupo había alguien que tuviera maña en el manejo de cajas fuertes. Jakob tendría que buscarlo, lo cual incrementaba el riesgo en un cómplice más. También resultaba problemático el hecho de que ese procedimiento probablemente dejaría muescas en el cerrojo. Y ellas querían evitar a toda costa que Brunnmann concibiera ninguna sospecha.

Lo más simple, pensó Marlene, sería un somnífero, pero era complicado proporcionarle uno. Jakob lo había intentado ya varias veces sin éxito. Además, los efectos secundarios que aparecerían obligatoriamente a la mañana siguiente podrían hacer pensar en un plan a un hombre tan desconfiado como Brunnmann. Las dos jóvenes estuvieron un rato debatiendo y sopesando los riesgos.

Tras algún tira y afloja, Marlene acabó aprobando la propuesta de Déborah, a pesar de que ya en ese mismo instante le horrorizaba la perspectiva de pasarse noche tras noche en la cámara de la limpieza, enfebrecida por la impaciencia y expuesta permanentemente al miedo de ser descubierta por una empleada del hotel. Cada ruido y cada paso la alarmarían hasta escuchar la clave liberadora que había acordado con Déborah. Si Déborah decía de camino al bar «ahora me apetece mucho una copa de champán, Albrecht», eso significaba que la cartera estaba a buen recaudo en la caja fuerte y que Marlene tendría que retirarse sin haber logrado su objetivo. Pero si Déborah mencionaba «que hacía una buena noche», entonces la cartera estaba en la habitación sin vigilancia.

Entonces era el momento de entrar en la *suite* sin ser vista, fotografiar los documentos y desaparecer del hotel de la manera más desapercibida posible. Marlene tendría que evitar a toda costa que alguien se dirigiera a ella o que la invitara a una copa en el bar, en donde indefectiblemente se toparía con Albrecht y Déborah. Podía suceder muy bien que uno de los clientes masculinos del hotel la reconociera como la amante de Ernst.

Tras cuatro intentos en el transcurso de nueve días —Marlene tuvo que irse de viaje con Ernst, y Albrecht regresó varias veces muy tarde de su misteriosa actividad—, no habían podido poner todavía en práctica su plan. Fueron días y noches en las que Déborah casi se moría por la tensión; ni siquiera el canto era capaz de proporcionarle el ansiado alivio.

Por primera vez experimentó Déborah cómo algo que solía hacer por iniciativa propia y por placer, se convertía de pronto en un molesto cumplimiento del deber. Así, cuando Marlene se pasó la primera noche al acecho en la cámara de la limpieza, ella estaba tan nerviosa y distraída en su juego

amoroso, que a Albrecht le llamó la atención y ella no tuvo más remedio que disculparse con la excusa de unos repentinos dolores de cabeza.

Capítulo 43

LA TENSION CONTINUA se cobró pronto su tributo. El ambiente entre las dos amigas se fue encrespando de día en día. Cualquiera bobada bastaba para enzarzarse en una bronca. Y eso que no era adecuado para las dos alzar la voz más de lo necesario por miedo a orejas indeseadas e indiscretas.

Pero las aguas volvían enseguida a su cauce, gracias la mayoría de las veces a Marlene que siempre cuidaba de que hubiera armonía y equilibrio. Eran los pequeños descuidos de Déborah los que sacaban de sus casillas a Marlene una y otra vez.

—¿Que has hecho el qué?

Volvió a exclamar horrorizada, pero enseguida suavizó la voz. Era la última hora de la mañana y estaban sentadas las dos en el sofá de la *suite*. Déborah acababa de confesar a Marlene que la noche de la víspera le había reprochado a Albrecht que su estúpida cartera era más importante para él que ella.

A Déborah se le hacía cada vez más frustrante comprobar que daba igual cómo se arreglara ella para Albrecht para intentar seducirlo porque él, al contrario de lo que sucediera en los primeros días de su relación, mantenía ahora siempre la cabeza fría y primero se la quitaba de encima, si bien con una sonrisa, para poner sus valiosos papeles a buen recaudo en la caja fuerte.

—¡Maldita sea, ya te he dicho que tienes que comportarte como si esa cartera no existiera!

Careciendo de la posibilidad de elevar la voz, Marlene expresó su rabia boxeando contra los cojines del sofá. *¡Esta jodida niña lo va a echar todo a perder!*

YA A ÚLTIMA hora de la tarde, Marlene se reunió con Jakob y le informó al respecto, pero él se limitó a encogerse de hombros:

—Bueno, ¿y qué? Se comporta como cualquier chica de su edad. Está celosa de esa cartera. Puede incluso que no reaccionara así de forma impostada, sino

más bien natural. Tal vez lo que os hace falta es cambiar de plan. El tiempo se nos escurre paulatinamente entre los dedos. El asesinato de los judíos polacos es una decisión tomada hace ya tiempo. La gente se está masificando cada vez más en los guetos. También me han llegado hoy noticias intranquilizadoras provenientes de Varsovia. Estamos planeando efectuar pronto una gran acción contra los nazis. Si lo conseguimos, nuestra situación aquí se tornará aún más precaria. Los alemanes nos buscarán entonces debajo de cada maldita piedra. Por ello tenemos que acceder obligatoriamente a las informaciones que posee Brunnmann. Piénsate un plan, Marlene, pero que sea ya.

DOS DÍAS Y otra pelea con Marlene después, Déborah se encontraba profundamente frustrada. No habían podido dar ningún paso adelante en el asunto de la cartera. Además, estaba descontenta con su actividad de espionaje. Se había creado otras expectativas. Deseaba sentirse como una verdadera espía y contribuir a la causa con algo grande e importante, pero hasta la fecha no había espiado absolutamente nada con excepción de algunas conversaciones de sobremesa sobre cuyo contenido había informado a Marlene. Nunca llegaría a enterarse de si esos datos resultarían útiles para la resistencia. Si hasta entonces ella no había sido más que una espía frustrada, quería probar al menos lo que se sentía paseando por Cracovia como una polaca humilde. Ciertamente, Déborah disfrutaba en sus paseos llamando la atención con sus elegantes vestidos, pero ahora quería averiguar por fin cómo era la sensación de pasear inadvertida fundida entre la multitud, casi como sumergida en ella y ser una persona más. Además, en su formación escénica había tenido que desarrollar también la capacidad de ponerse en los roles de otras personas. Ya de muy pequeña había observado e imitado a su madre en casa mientras realizaba el estudio de caracterización de los personajes.

Así que no se lo pensó mucho y sacó del armario una sencilla bata oscura y un pañuelo de cabeza. Las dos prendas las había adquirido recientemente en el mercado. La mayoría de las mujeres vestían de ese modo no llamativo por las calles de Cracovia. Estuvo haciendo pruebas mucho tiempo ante el espejo, también probó otro porte con los hombros algo más elevados. Sí, Déborah asintió con satisfacción ante la imagen reflejada en el espejo. Con esas pintas, el pelo oculto debajo del pañuelo de cabeza y embutida en esa monótona bata daba la impresión de ser una persona completamente distinta. ¡Ni siquiera Marlene la reconocería! Para no llamar la atención innecesariamente en el hotel, se quitó las

dos sencillas prendas de nuevo y volvió a ponérselas en una callejuela tranquila de las cercanías.

La plaza del mercado de Cracovia, llamada Rynek Główny en polaco, se diferenciaba en muchos sentidos de la de Marienplatz o del Viktualienmarkt en Múnich, y sin embargo, bien mirado no era así. Déborah no habría sabido decir por qué, pero allí se sentía extrañamente como si estuviera en casa. La plaza era un cuadrado de 200 por 200 metros y en la Edad Media fue considerado como el mayor mercado europeo. Lo enmarcaban numerosas casas burguesas, la mayoría de dos pisos y de fachadas angostas y patios interiores profundos. Diferentes constructores habían trabajado en ellas en el transcurso de los siglos y las habían decorado profusamente con elementos renacentistas y barrocos.

Por uno de los lados, el mercado quedaba enmarcado por la famosa Lonja de los Paños o Sukiennice, la mayor construcción burguesa de la ciudad. Un arquitecto italiano, Santi Gucci, lo construyó a mediados del siglo XVI en estilo renacentista. Del antiguo ayuntamiento solo se conservaba la torre.

Lo único que molestaba a Déborah en el trajín frente a este decorado colosal era que a las personas les faltaba aquí en cierto modo la despreocupación. El mercado que recordaba de su infancia muniquesa era colorido y ruidoso, con apreturas y exclamaciones, e incluso cuando las mercancías puestas en venta dejaron de ofrecerse en los últimos años en las exuberantes cantidades anteriores, seguía siendo perceptible entre los habitantes de Múnich la alegría en la venta y en el regateo.

En cambio, los vendedores y compradores polacos ofrecían una impresión extraña, como si se encontraran permanentemente coaccionados o en tensión. Muchos de los compradores irradiaban nerviosismo, pasaban velozmente de puesto en puesto, como si quisieran liquidar sus compras lo más rápidamente posible para regresar a casa. Esa impresión la había adquirido Déborah recientemente, desde que Marlene había incrementado su capacidad de observación. Déborah volvió a corregir una vez más su porte e imitó a una campesina que llevaba en una mano un cesto mientras que con la otra se sujetaba el pañuelo de la cabeza por debajo del mentón. ¡Tenía que procurarse como fuera un cesto como ése!

Los ojos de Déborah volvieron a buscar en la plaza como siempre el monumento a Adán Mickiewicz, que siempre estaba envuelto bajo una bandada de palomas. Marlene le contó que esas aves eran todas, según la leyenda,

caballeros encantados. Lo que más le gustaba a Déborah era la basílica de Santa María con sus dos imponentes torres. Ya había estado en ella muchas veces. No podía decir con exactitud por qué, pero en esa iglesia se sentía curiosamente cerca de sus seres queridos, como si esa casa de Dios dispusiera de una comunicación directa con Múnich. ¿Se debía tal vez al murmullo suave de las pocas ancianas vestidas de negro que ocupaban las banquetas en su mayoría vacías, mientras su esperanza en Dios se mezclaba con el aroma del incienso? Fuese lo que fuese, esa iglesia mitigaba la añoranza de Déborah. También ahora dirigió sus pasos hacia ella.

De pronto oyó unos gritos en su proximidad. Ella se giró automáticamente en la dirección en la que había oído exclamar «¡alto, deténgase!», y vio a un hombre que corría a toda carrera y que estaba a punto de echarse encima. Ella lo evitó apartándose a la derecha.

Por desgracia, el hombre tuvo la misma idea, chocó de pleno contra Déborah y la arrastró consigo. Mientras caía, ella intentó apoyarse instintivamente con las manos y se dio dolorosamente con ellas contra el empedrado. Sentada en el suelo, se inspeccionó las palmas de las manos que mostraban algunos arañazos con sangre. Déborah se puso a buscar ahora su bolso con la vista cuando cayó en la cuenta de que hoy no se lo había llevado consigo. El elegante bolso de piel de cocodrilo no habría combinado para nada con su vestimenta de hoy. Así que no disponía de ningún pañuelo.

Oyó ahora lamentarse a su lado al hombre que la había derribado. Era ya algo mayor y llevaba un traje raído. Había unas gafas rotas no muy lejos de él. Por lo visto, el hombre se había hecho más daño que ella al caer, estaba encorvado como un embrión y mantenía agarrados los hombros. Déborah se deslizó hacia él.

—Hola, ¿entiende usted mi idioma?

Antes de que el hombre pudiera contestarle, se acercaron corriendo dos hombres más, sus perseguidores. Llevaban el uniforme de los miembros de las SS. Déborah sabía por Marlene que eran principalmente esos hombres los que vigilaban los campos de concentración situados en el Gobierno General de los territorios polacos ocupados y que eran los responsables de la mayoría de los asesinatos y otras atrocidades. Uno de ellos apartó a un lado a Déborah sin contemplaciones con la punta de la bota, de modo que cayó en seco sobre los codos, luego los policías agarraron al hombre de los brazos y lo pusieron en pie. El herido se retorció de dolor.

—¿Pero qué se creen ustedes, eh? —exclamó Déborah indignada porque no estaba acostumbrada a recibir un trato vejatorio semejante, pero sobre todo a causa del hombre herido. Se parecía a uno de los profesores de su escuela de música en Múnich y sentía lástima por él.

—¡Cierra la boca, tía! Este cerdo judío no es de tu incumbencia —le soltó uno de los dos hombres. El olor a alcohol asaltó a Déborah, que desfiguró la boca en un gesto de asco. Ese hombre era alto, tenía la cara pálida y unos ojos vulgares—. ¡Vamos, Adi! —exclamó ahora a su compañero—. ¡Bájale los pantalones al tío este!

Entretanto se había concentrado una pequeña cantidad de curiosos alrededor. Déborah no daba fe a sus ojos ni a sus oídos. El segundo soldado le bajó efectivamente los pantalones al señor mayor dejando sus genitales a la vista. A continuación le agarró el pene, tiró violentamente de él y gritó:

—Ya lo sabía yo. ¡Está circuncidado! —Se sacó la pistola y la apoyó en la sien del torturado que, paralizado por el pudor y por el horror, había cerrado los ojos—. ¡Vas a morir, judío de mierda!

Todavía estupefacta, la rabia hirvió aceleradamente dentro de Déborah. Haciendo caso omiso al consejo de Marlene de no interponerse jamás entre el cazador y la presa, se arrojó a la lid con todo su modesto peso:

—¡Basta ya! Ese hombre no ha hecho nada. Solo se ha...

No pudo decir nada más. El pálido la agarró y la arrojó con rudeza al suelo.

—¡Tú, mujerzuela de los judíos, no me dirijas la palabra!

Agarró a Déborah, a quien se le había desprendido el pañuelo de cabeza, por el pelo de mala manera y volvió a ponerla en pie. Déborah gritó y se puso a vociferar a pleno pulmón. El hombre, que la superaba en dos cabezas de altura y que tenía el uniforme tenso por los hombros debido a la fuerza empleada, levantó a continuación el puño derecho y le propinó un puñetazo en el estómago, casi como si estuviera jugando.

Déborah creyó que se desgajaba en dos mitades. Se desplomó sobre el duro empedrado profiriendo un lamento, unos velos rojos le enturbiaron la vista. Estuvo algunos segundos intentando tomar aire. Mientras luchaba por no perder la conciencia, percibió lejanamente cómo alguien acudía apresuradamente en su ayuda. Un puñetazo atroz derribó también a esta persona. El pálido se subió encima del salvador y vociferó echando espumarajos por la boca:

—¿Eh? ¿Otro judío de los cojones? Debe de haber un nido por aquí cerca. Vamos, levántate y bájate los pantalones.

Déborah, que por fin había podido respirar un poco pero que era todavía incapaz de pronunciar ninguna palabra reconoció a Osman como su defensor y se quedó perpleja. No llevaba su uniforme de chófer, sino la vestimenta sencilla de un campesino polaco. ¿Qué hacía Osman aquí? ¿Y por qué no llevaba uniforme sino que se había disfrazado de manera similar a ella?, se preguntó con asombro. Como Osman no hizo ningún ademán de querer levantarse del suelo, el hombre de las SS sacó su pistola y apuntó a Déborah que estaba de rodillas en el suelo.

—¡Voy a contar hasta tres, y si para entonces no me has enseñado tu sucia polla, esta puta de aquí tendrá un agujero en el pellejo! Uno... dos...

Osman se levantó a duras penas y miró en silencio a Déborah. Intercambiaron una mirada larga. En sus ojos se concentraba toda la pena del mundo. Entonces se desabrochó el cinturón, dejó caer los pantalones y se bajó los calzoncillos. Déborah apartó la cabeza. En sus ojos asomaron las lágrimas del dolor y de la compasión. El pálido se quedó mirando fijamente, frunció el ceño, entrecerró los ojos y se acercó más a Osman. Súbitamente prorrumpió en una sonora carcajada y señaló con el dedo a los genitales desnudos de Osman.

—¡Ven a ver esto, Adi! ¡A esta criatura no solo le han cortado el prepucio, es que ni siquiera tiene huevos! ¡Vaya aborto de tío! Tal vez deberíamos ver si tiene pezuñas en lugar de pies. ¿Qué opinas? —Se partió de la risa.

Entretanto, el espectáculo había atraído a más espectadores, entre ellos algunos soldados del ejército alemán, pero exceptuando los chillidos de los dos hombres de las SS, solo se oía alguna que otra risa aislada y más bien contenida. No quedaba claro si por miedo o por repugnancia, o por una simple cuestión de insensibilidad porque ya se habían producido demasiadas escenas similares en la ciudad.

El segundo hombre de las SS se acercó arrastrando consigo al herido de más edad y se puso a reír también con berridos.

—Tienes razón, Rudi. No creo que me haya encontrado nunca un ejemplar más feo que éste. ¿Cómo te llamas, cerdo judío? —vociferó a Osman.

Y como le pareció que Osman no le respondía con suficiente rapidez, le golpeó con dureza en la cara sin más.

—¿Qué sucede aquí? —sonó de improviso la voz autoritaria de un oficial de las SS. La multitud se dividió en dos ante él por sentido del deber.

Los dos policías de las SS se cuadraron.

—Hemos atrapado a dos cerdos judíos y a su zorra, capitán —gruñó el pálido,

de nombre Adi, levantando la barbilla.

El capitán dirigió una mirada despectiva a la desnudez de Osman y detuvo la vista después en Déborah, que seguía arrodillada en el suelo. Se quedó sorprendido al verla, se apresuró hacia ella y la ayudó a ponerse en pie con todo cuidado. Déborah se apoyó en él tambaleándose.

—Por Dios, señorita Malpran —exclamó horrorizado—. ¡Si es usted! ¿Qué le ha sucedido? ¿Quiere que llame a un médico? —Giró la cabeza en busca de ayuda y exclamó ante los reunidos—: ¿Hay algún médico aquí cerca? —Adi y Fritz intercambiaron una mirada de incompreensión. Osman se vistió en un abrir y cerrar de ojos y se colocó al otro lado de Déborah. El oficial iba a impedirselo, pero Déborah, que todavía seguía sin habla, susurró:

—No... Es Osman... el chófer... del teniente coronel de las SS.

Un diminuto anciano polaco con el pelo cano se anunció:

—Yo médico, favor. Venga usted, la consulta es aquí muy cerca —dijo chapurreando el alemán. Con diligencia se abrió camino por entre los espectadores, seguido del oficial de las SS y de Osman que sostenían a Déborah.

Antes de alejarse del lugar, el oficial se dirigió brevemente a los policías de las SS:

—¡Ustedes dos regresen inmediatamente a su cuartel y estén al tanto! ¡Esto tendrá consecuencias para ustedes, ya pueden estar seguros! —les amenazó.

Déborah estaba sentada en un catre duro en el interior de un consultorio médico con las vitrinas aterradoramente vacías. Nada recordaba ni por asomo a la consulta acogedora y bien abastecida de su padre, en la que no faltaba nada y cuya agradable atmósfera transmitía a todos los enfermos la sensación de volver a sanar muy pronto.

—Por favor, ya estoy mejor —susurró Déborah. Sentía el irresistible impulso de regresar de inmediato al hotel, encerrarse y anestesiar su vergüenza y su rabia con la navaja.

El médico tenía unas manos ligeras y ágiles, y también un humor pícaro.

—Mujercita, nada malo pasa. Pero largos colores bonitos en la barriga. Como flor, ¿sí? —dijo y le dirigió una sonrisa. Le tendió a Déborah un líquido turbio —: Beber bien. No malo, nada malo, ¿sí? —Volvió a exhortarle que reposara un rato. Y añadió—: En el caso de dolores fuertes o sangre roja en el retrete, entonces rápidamente buscar doctor, favor, ¿sí?

Entonces recibió el permiso para irse. El capitán que la había reconocido como cliente frecuente del bar del Grand Hotel como acompañante de Albrecht

Brunnmann, los llevó, a ella y a Osman, de regreso al hotel. Se disculpó casi durante todo el camino ante Déborah por ese terrible contratiempo. Ante Osman no se disculpó en absoluto. Frente al hotel se despidió con bastante rapidez de ella y se fue de allí a toda prisa.

No fue sino después que a Déborah se le pasó por la cabeza que el oficial no se había presentado con su nombre. Osman se disponía también a desaparecer en su alojamiento sin llamar la atención. Déborah le tocó ligeramente la mano con los dedos y lo retuvo:

—Osman, solo unas palabras. Quiero darte las gracias y tengo que pedirte disculpas. Lo que ha sucedido hoy ha sido terrible. Las personas somos terribles. ¿Aceptas mis disculpas?

La respuesta de Osman consistió en poner una rodilla en el suelo frente a ella. Déborah se lo quedó mirando perpleja desde arriba. Él inclinó la cabeza, le tomó la mano derecha con ambas manos y las presionó en su frente durante algunos segundos. A continuación se levantó a duras penas y se marchó de allí a toda prisa. Déborah quería haberle preguntado también qué hacía él en el mercado sin su uniforme. Ese pensamiento la dejó titubeando. ¿No estaban obligados los miembros de las SS, a las que Osman pertenecía como chófer de Albrecht, a llevar puesto siempre el uniforme? Osman no habría podido responder a sus preguntas después de todo.

Se propuso mencionárselo en la primera ocasión. Le interesaba ese enigma, y también si le contaría a Albrecht lo acaecido. Y ella, ¿debía contárselo? Decidió que no. Prefirió esperar a ver si Albrecht sacaba a relucir el asunto. En cualquier caso podía improvisar. De alguna manera era extraño, continuó con sus cavilaciones. Ella y Osman se habían «disfrazado» ambos hoy, y se habían visto envueltos en el acto en una situación muy complicada. Comprendía que el uniforme representaba una protección para Osman, quien en efecto poseía en su aspecto algo exótico, igual que los elegantes vestidos de ella la identificaban como a una dama alemana. ¡Los hábitos no solo hacían al monje sino que lo protegían también! No era de extrañar que la gente en el mercado se mostrara lo menos llamativamente posible. Nadie deseaba dirigir hacia ellos la atención de los alemanes ni de sus ayudantes.

Capítulo 44

INMEDIATAMENTE DESPUÉS DE aquella fea aventura, Déborah se tomó un baño muy largo. Con el estilete manejable que le había proporcionado Albrecht hacía poco y que ella siempre llevaba consigo, se practicó varios cortes en los brazos y contempló cómo goteaba la sangre en el agua de la bañera tiñéndola de rosa. Después se echó a descansar, tal y como le había recetado el médico bajito. Su constitución vitalista hizo lo suyo y hacia las cinco de la tarde, cuando apareció Marlene, se sentía casi totalmente restablecida.

Diez minutos después volvió a marcharse su amiga. Al parecer tenía una cita con Ernst, pero seguía estando enfadada a causa de la estúpida disparidad de pareceres entre las dos. Déborah se sintió tratada por Marlene como un subalterno de segunda categoría, y tomó una decisión espontánea: ¡iba a seguir a Marlene! Pilló rápidamente un abrigo, un sombrero y unos guantes, y salió al pasillo. Ya no se veía a Marlene por allí.

Tal como era su costumbre, Marlene no tomó el ascensor sino que eligió las escaleras, pues no se sentía a gusto en los espacios estrechos. Por esta razón tenía aún más valor su disposición a permanecer durante horas en la cámara de la limpieza.

Déborah prefirió lo más cómodo. Vio que el ascensor estaba en su planta, vacío y tentador. Como solía ocurrir, no se veía al pequeño botones por ningún lugar. Déborah descendió las tres plantas y esperó llegar abajo antes de que lo hiciera Marlene.

Cuando salió del ascensor, miró a su alrededor con atención y se escondió de inmediato detrás de uno de los acebos altos que lo flanqueaban a derecha e izquierda. Por los pelos. Apenas dos segundos después apareció Marlene descendiendo por los últimos escalones y atravesando el vestíbulo del hotel. Déborah la siguió.

En esos momentos, en la última hora de la tarde, las calles y las plazas estaban muy animadas, de manera que a Déborah no le resultó difícil seguir sin

llamar la atención a Marlene que caminaba a buen paso y que tomó el camino en dirección a la plaza del mercado. Siguió a Marlene en diagonal a través de la plaza. Dos veces estuvo a punto de perderla entre el gentío, pero adivinó el rumbo de los pasos de su amiga hacia el mercado más pequeño de Maly Rynek, situado detrás de la basílica de Santa María.

En esa zona había algunas tiendas buenas de ropa y sastrerías, así como una serie de pequeños locales y cafeterías. Marlene se dirigía ahora, en efecto, a una de las mejores sastrerías de Cracovia, especializada en vestidos de noche. Su amiga estaba mirando las muestras en el escaparate con gesto de interés.

Justo a tiempo recordó Déborah una de las lecciones de Marlene, y se deslizó rápidamente detrás de la esquina de una casa. Marlene no estaba examinando las prendas del escaparate sino que observaba en el reflejo del cristal si la estaba siguiendo alguien. Fue entonces cuando entró en la tienda.

Déborah cruzó ahora la callejuela y se detuvo delante de la tienda sin saber qué hacer. Arrojó una mirada mecánica también al único escaparate, pero no prestó ninguna atención al vestido de noche negro con refinados adornos. Titubeó sobre si entrar o no en la tienda. ¿Debía pedir cuentas a Marlene de por qué ponía como pretexto un encuentro con Ernst para irse luego de compras sola? ¿O debía hacer como si ella hubiera decidido también ir de compras y su encuentro se debiera a una pura casualidad? Desechó ambas ideas. Marlene se daría cuenta inmediatamente que Déborah la había estado siguiendo en secreto.

Dos damas jóvenes bien vestidas acompañadas de dos caballeros entrados en años pasaron por allí, se detuvieron ante el escaparate y dedicaron grandes palabras para elogiar las cualidades del vestido expuesto. Los caballeros dedicaron su atención a las cualidades de Déborah.

A Déborah le resultaron desagradables sus miradas indisimuladas y de pronto se sintió de más allí. Sus bríos se apagaron. ¡Qué estúpido había sido por su parte ponerse a seguir así sin más a Marlene!

De todos modos, tampoco tenía ningunas ganas de regresar al hotel. Sin decidirse miró a su alrededor y recordó una cafetería pequeña que se encontraba al doblar la esquina en una callejuela por detrás de la sastrería.

Ya había estado en ella algunas veces en compañía de Marlene y le gustaban las dos hermanas simpáticas que estaban allí al mando y que servían los pasteles más sabrosos a todo lo largo y ancho del barrio. En el mismo momento en que doblaba la esquina, Déborah descubrió algo inesperado. Su amiga Marlene salía de la sastrería por la puerta trasera y dirigía sus pasos a toda prisa hacia la

siguiente callejuela.

Sin pensárselo mucho, Déborah la siguió de puntillas. Le dio tiempo para ver cómo Marlene desaparecía por el portal de una casa. Las casas de esa callejuela estrecha estaban intercaladas unas en otras, parecían estrecharse en la lejanía y juntarse en la altura. Las ventanas eran pequeñas y los bastidores de las puertas muy bajos, y cuando Déborah alcanzó la casa en la que le parecía haber visto desaparecer a Marlene, se dio cuenta de que había tres escalones desgastados que conducían a la puerta de la casa. Un letrero oxidado colgaba de un herraje junto a la puerta y se movía crujendo ligeramente al viento. El texto del letrero estaba en polaco, pero debajo saltaba a la vista con claridad la ilustración de una bota.

¿Un taller de zapatería? A Déborah la invadió un asomo de mala conciencia. No sabía muy bien lo que se esperaba ella, pero con toda seguridad no entraba en sus cálculos que su amiga mandara que le hicieran unos zapatos nuevos.

Fue en ese momento cuando se confesó que había esperado secretamente pillar en falso a Marlene viéndola encontrarse con aquel enigmático Pavel.

Déborah intentó espiar en el interior de la casa a través de la ventana casi ciega y sucia, pero no pudo distinguir absolutamente nada dentro. Tampoco se escuchaba ningún sonido.

Entonces sucedió todo con mucha rapidez. A Déborah no le dio tiempo siquiera de gritar. La agarraron por detrás, una mano gruesa que olía fuertemente a tabaco le tapó la boca, y una segunda la inmovilizó por las caderas. Sin muchos rodeos la empujaron a través de la puerta de entrada. El desconocido la arrastró consigo al interior. En la penumbra de la habitación solo podían distinguirse los contornos de unos escasos muebles. Olía a piel y a tanino.

El hombre abrió con el pie otra puerta y siguió arrastrándola en la oscuridad con mano férrea a través de un largo pasillo angosto. Déborah creía que iba a quedarse sin respiración por la fuerza con la que la mantenía sujeta. Luego pasaron por una tercera puerta que desembocaba en una habitación pequeña sin ventanas en la que había una mesa y cuatro sillas, nada más. La única luz provenía de una vela. Había dos personas sentadas a la mesa que se quedaron mirando fijamente a la recién llegada en aquella triste penumbra.

—Ésta estaba merodeando ahí afuera —gruñó el gran hombre. No soltó a Déborah a pesar de que ésta estaba ahora pataleando con todas sus fuerzas y daba golpes a diestro y siniestro con un efecto similar a si estuviera golpeando a una roca. Una cosa había que reconocerle a Marlene: ni siquiera pestañeó.

—Anda, pero si eres tú —se limitó a decir, y luego, dirigiéndose a Jakob alias Pavel—: ¿Me permites las presentaciones? Ésta es Déborah, la novieta de Brunnmann.

—¿Pero es que has perdido el juicio confiando en la amante alemana de un nazi? —vociferó Jakob, y su poderoso puño descargó su fuerza haciendo tronar la mesa por el golpe, de modo que ésta dio un salto haciendo que bailara la vela.

Marlene le dirigió una sonrisa dulzona:

—Bueno, eso es lo que soy yo también al fin y al cabo, ¿no es verdad, querido?

Alzó sus finas cejas de una manera determinada, al parecer se trataba de un mensaje subliminal cuyo significado dejó desarmado ipso facto a Jakob. Un movimiento suyo con la cabeza y el hombre soltó a Déborah tan de improviso que ésta se tambaleó y tuvo que agarrarse a la mesa para no caer al suelo.

Jakob se recostó con gesto desenvuelto en la silla y estiró sus largas piernas que remataban unas botas negras de piel. Con los brazos cruzados en el pecho, miró de arriba abajo a Déborah con sus ojos alargados. Déborah alzó la cabeza y respondió a su mirada con porfía. Marlene permaneció callada.

—Disculpa mi comportamiento —dijo Jakob, siendo el primero en romper aquel silencio. Tuteó a Déborah sin inhibiciones—. Soy descortés. Siéntate, por favor. ¿Te apetece quizás algo de beber? Tengo agua, vino e incluso café alemán.

Sin esperar respuesta, se levantó y se salió de allí con el segundo hombre.

Déborah siguió a Jakob con la mirada.

—Te gusta —constató Marlene con calma—. Es mejor que te mantengas alejada de él. Es peligroso.

—Bueno, ¿y qué? Albrecht lo es también.

—No me refiero a ese tipo de peligro. Este hombre calcinará tu corazón y no te dejará nada más que cenizas.

Déborah no quería oír hablar de nada de eso. Además, el aviso le llegaba demasiado tarde. Como cualquiera que se topaba con Jakob por primera vez, también ella sucumbió de inmediato a su magnetismo. Jakob poseía dentro de él algo vigoroso, dominante, a Déborah le dejó la sensación de que era capaz de conquistar el mundo.

Uno de los puntos fuertes de Jakob era que sabía transmitir su seguridad en sí mismo en toda persona con la que se encontraba; era un líder nato. Déborah se quedó fascinada con él desde el primer segundo. Le pareció que su valor se asemejaba al de los grandes héroes de la ópera, era Tristán y Sigfrido, Alfredo y

Romeo. Aquello que ella había sentido o había creído sentir al principio por Albrecht en Zúrich y en Viena no era nada comparado con lo que sentía ahora por Jakob. Jakob era el hombre que estaba destinado para ella. Era a él a quien ella había estado esperando.

—Tu curiosidad te matará en algún momento —dijo Marlene con rudeza y concentró al parecer su atención en el tablero de la mesa lleno de arañazos. Déborah agarró la vela y se puso a jugar con la cera reblandecida. Ninguna de las dos pronunció ninguna otra palabra hasta que regresó Jakob.

Tras él caminaba a pasitos cortos una viejecita vestida con un largo vestido negro. La anciana llevaba una bandeja con una jarra de barro llena de vino y tres vasos. La depositó encima de la mesa, miró a Déborah con unos ojos radiantes y una boca sin dientes y desapareció después como una sombra.

Jakob se sentó e hizo como si no se diera cuenta del clima de hostilidad que reinaba en la habitación.

—¿Por qué has seguido a Marlene? —preguntó él como de pasada.

Al pedirle cuentas de un modo tan directo, a Déborah no se le ocurrió una respuesta apropiada, solo pudo admitir de mala manera que se había enfadado con Marlene y que solo pretendía jugarle una mala pasada. Ahora se avergonzaba de su conducta y era perfectamente consciente de que había puesto a todos en peligro.

Sin embargo, Jakob parecía o estar leyendo la respuesta en su cara, o poniendo a prueba la reacción a su pregunta como si se tratara de un examen. Fuera como fuera, hizo un gesto negativo con la mano.

—Tengo entendido que estáis teniendo problemas con la realización de vuestro plan, ¿verdad?

Fijó la mirada en Déborah que se ruborizó en un instante. Jakob sabía por supuesto que el plan requería de toda su implicación corporal.

—Tal vez deberíais cambiar vuestro plan, ¿no? —dijo sonriendo como un lobo.

—Si tienes alguna idea al respecto, tengo muchísima curiosidad por oírtela decir —intervino Marlene irritada. Estaba enfadada con Jakob porque desde la aparición de Déborah la estaba ignorando a ella totalmente.

—¿Por qué no os montáis simplemente una pequeña orgía en trío con Brunnmann? Lo acarameláis bien y le suministráis una droga en la bebida que le haga dormir durante varias horas. Y mientras él duerme, introducimos a nuestro hombre para que abra la caja fuerte. Fotografiamos el contenido, y cuando ese

hombre de las SS se despierte a la mañana siguiente, todo volverá a estar como la víspera, excepto que se reencontrará a sí mismo en la cama, en medio de un montón de botellas vacías y con dos mujeres y un dolor de cabeza horrible. Esperemos que eso le baste para explicar su vacío en la memoria.

—Suenan bastante sencillo tal como lo dices tú al no tener que pasar el trago tú mismo —replicó Marlene disgustada. Al mismo tiempo pensó que aquello sería demasiado bonito como para ser verdad. Ya estaba más que harta de pasarse tantas horas en la cámara de limpieza respirando productos desinfectantes—. ¿Dispondrías de esa droga? —preguntó entonces esperanzada. Todos los medicamentos estaban reservados a los alemanes, las farmacias estaban sometidas a una estricta vigilancia.

—Por eso te he informado hoy sobre este asunto. En efecto, por fin he podido conseguir algo. Se trata de un barbitúrico, un somnífero potente. Panckiewicz, de la farmacia del gueto, me lo ha conseguido hoy. ¿Qué os parece? ¿Estáis dispuestas?

De nuevo volvió Jakob a concentrarse exclusivamente en Déborah.

Esta vez, Marlene no tenía ninguna objeción que hacer. Igual que ella, Jakob tenía muy claro que todo dependía ahora de la disposición de Déborah a compartir de nuevo a Albrecht con Marlene. Si los celos hacían su aparición en la escena, podía echarse a perder todo. La relación que mantenían era bastante complicada, y Marlene todavía no había atado bien todos los cabos. Déborah parecía apoyar realmente la causa, pero al mismo tiempo había defendido a Albrecht apasionadamente frente a ella en diversas ocasiones.

Por ejemplo, una vez que Marlene trató de dar a entender con cautela que podía ser que Albrecht estuviera metido en la desaparición de su padre, ella se quedó de una pieza. Déborah fue a por ella hecha una furia. De todas formas, Marlene albergaba desde hacía tiempo la sospecha de que Déborah estaba bastante sometida a ese Brunnmann desde un punto de vista sexual. No podía decir si esa dependencia era recíproca. Brunnmann no era un tipo fácil de clasificar, si bien lo cierto era que a ambos les gustaba el dolor. El dolor era capaz de crear una vinculación tan estrecha como el amor. En cualquier caso, Déborah parecía confiar absolutamente en Albrecht y actuar en su contra, no obstante. Ella era la contradicción personificada, y Marlene nunca sabía con antelación cómo iba a reaccionar Déborah. Dejando a un lado todo esto, ella misma no estaba especialmente entusiasmada con el plan de Jakob, y no porque el plan fuera muy malo, sino porque Jakob la enviaba de nuevo y sin tapujos a la

cama de Albrecht. A Marlene iba a costarle bastante esfuerzo revolcarse de nuevo en la cama con ese diablo nazi. Resultaba extraño, pero la cosa le parecía mucho más liviana con Ernst.

Esto podía deberse a que Ernst no era un verdadero nazi. Ya era soldado profesional antes de 1933 y simplemente realizaba su trabajo en el ejército de reemplazo. En el fondo era una persona inofensiva. Y realmente la amaba. De repente, Marlene se puso furiosa con Jakob, que había hecho de ella una puta de los nazis. «Me las pagarás», pensó con enojo. Al mismo tiempo sabía que su pugna acabaría como siempre, echándose uno encima del otro como animales salvajes rodando como troncos por los suelos, y Jakob, como siempre, se saldría con la suya.

Ella, Marlene, realizaría ese nuevo trío con la rutina acostumbrada. A Déborah, en cambio, le faltaba esa rutina; para que funcionara tenía que desearlo realmente. La primera vez se vio sencillamente atropellada por la situación, pero su pasión natural y sus ganas de improvisar se impusieron rápidamente. La próxima vez faltaría ese momento de sorpresa. ¿Cómo se comportaría Déborah con todo planeado de antemano y estando fijado también el final?

Déborah se tomó su tiempo para responder. Mantenía el sombrero sujeto con una mano mientras que con la otra estaba arrancando una a una las plumas de adorno. Marlene intentó escrutar en el rostro de su joven amiga sin llamar la atención. A diferencia de lo habitual no lo consiguió esta vez. Déborah parecía estar meditando, nada más.

Transcurrió otro minuto hasta que Déborah alzó la cabeza y dijo:

—Esta mañana estuve paseando sola por la ciudad. Me resultó extraño todo de algún modo, ¿sabéis?, me refiero al ambiente que se respiraba. Marlene, desde que me enseñaste a mantener los ojos bien abiertos, veo de pronto cosas de las que antes no era verdaderamente consciente. Me encontré con muchas personas, pero casi nadie se atrevió ni siquiera a mirarme, exceptuando, claro está, a los oficiales alemanes y sus acompañantes. Los ciudadanos polacos andan por todas partes con la cabeza gacha, como si continuamente estuvieran en actitud vigilante, a la defensiva. En cuanto detectan a los hombres de las SS, cambian el rumbo de sus pasos sin llamar la atención. Todos tienen miedo. Mi padre diría que un comportamiento así no es nada sano. Los culpables de esta situación son los hombres como Albrecht. Eso me ha quedado muy claro hoy. Está bien, acepto, pero hagámoslo rápidamente.

Jakob asintió con la cabeza en señal de reconocimiento.

Marlene respiró hondo. Si ella y Déborah se habían vuelto hoy rivales por el mismo hombre, Déborah había dado finalmente un paso importante en la dirección correcta. Además conocía bien a Jakob. Ese hombre nunca se entregaría del todo a ninguna mujer. Casi hasta sintió lástima por Déborah porque muy pronto tendría que sufrir en sus carnes el venenoso aguijón del amor. Este pensamiento la reconcilió con ella por completo. Se levantó y besó a Déborah en la boca. Fue un beso tierno, fraternal que llevaba implícita la promesa de más.

Quedó decidido que seducirían conjuntamente a Albrecht a la siguiente noche.

—Pienso que os corresponde a vosotras decidir los detalles —dijo Jakob con objetividad—. Os voy a explicar ahora cómo tenéis que dosificar el somnífero. Demasiado poco es tan peligroso como un exceso. Prestad atención.

Al final de la charla, Jakob dijo sin más explicaciones a Déborah:

—Bueno, entonces voy a tomar las medidas. Quítatelos.

Con esa frase dejó completamente desconcertada a la muchacha.

—¿Qué...?

Déborah dirigió la vista a Marlene buscando ayuda en ella. Pero Jakob ya se había arrodillado ante ella para quitarle el zapato del pie derecho.

Se interrumpió perplejo y se quedó mirando el pie desnudo.

—¿No llevas medias? —preguntó con una sonrisa aviesa para disfrutar de la calidez de su piel.

—Hace... hace demasiado calor —dijo Déborah tartamudeando. Afuera estaban aproximadamente a quince grados. Con las prisas por seguir a Marlene, no desperdició un solo pensamiento en las medias. Ese inesperado roce de la mano de Jakob la excitó, y la sangre se le agolpó sin control en las mejillas.

Marlene, que había observado toda la escena, no pudo soportar aquel ambiente cargado súbitamente de erotismo en la habitación. Giró la cabeza con gesto de asco.

—Haced como si estuvierais en casa, ¿vale? Yo os espero afuera. —Agarró el bolso y los guantes y se dirigió a la puerta.

—¡Marlene! —La exclamación de Jakob fue aguda como un silbido. Marlene se detuvo pero no giró la cabeza. En ese momento se sentía incapaz de mirarlo a los ojos—. Espero que no te olvides de tu juramento.

—No mientras tú no te olvides de él —replicó con mordacidad y cerró la puerta al salir.

Toda la atención de Jakob se concentró ahora en Déborah. La mano de él se deslizó despacio por su delicada pantorrilla hasta llegar a la rodilla. Déborah contuvo la respiración. Pero para decepción suya retiró la mano de repente.

—Ahora no es el momento. Te tengo que tomar las medidas. Tú quieres un par de zapatos nuevos, ¿no es cierto? ¿Qué otra cosa podría haberte conducido hasta aquí si no ha sido mi fama de ser el mejor zapatero de Cracovia?

Volvió a sonreír con su irresistible sonrisa aviesa.

Le quitó también el segundo zapato a Déborah, tanteó a ciegas por detrás de él y acercó una gran caja de madera llena de muescas. Revolvió dentro de ella y extrajo una cinta métrica y dos patrones de madera que estaban modelados como pies.

Lo que sucedió a continuación fue lo más intenso que le había sucedido a Déborah en su corta vida. Hasta entonces, su cuerpo había reaccionado poco a las caricias tiernas y mucho más a la rudeza y al trato desconsiderado; el dolor la excitaba y la ponía a prueba.

Sin embargo, Jakob agarró el pequeño pie de ella con gran suavidad y se lo llevó al regazo. No pareció importarle lo más mínimo que ella pudiera sentir sin más la dureza de su excitación.

Con el dedo índice recorrió despacio la línea de su elevado empeine y dibujó con él las delicadas venas azules que revelaba su piel casi transparente. Como si quisiera escuchar en el interior de su piel y sentir cada hueso y cada tendón por separado, continuó deslizando la mano hasta el pie y exploró con la misma delicadeza el talón y los tobillos. El roce de su mano dejaba en la piel de Déborah un rastro ardiente.

—El pie es el órgano más sensible de los seres humanos —aclaró Jakob en voz baja—. Todos los ramales nerviosos importantes confluyen en él. Para cada órgano interno hay un contrapunto en el pie. Aquí, por ejemplo —dijo Jakob presionando con firmeza una zona de la planta del pie, y a Déborah le recorrió un dolor repentino que se multiplicó hasta su regazo—, se asienta el hígado. Con un masaje especial se le puede estimular. Los antiguos chinos ya conocían esto.

Masajeó el pie de ella con ambas manos y unas llamaradas de dolor y de excitación se dispararon por su cuerpo. Déborah suspiró hondo, hundió ambas manos en la cabellera de Jakob y se enarcó frente a él en la silla.

Incluso Jakob se quedó sorprendido por el descaro con el que se le ofrecía la chica. Marlene ya le había informado de que era excesiva en este sentido y de que no conocía ninguna inhibición, pero él se lo tomó como una exageración.

Para ser exactos, Marlene quiso apostarse con él que en cuestión de diez minutos Déborah y él no tendrían otra cosa en la mente que arrastrarse el uno al otro hacia la cama. Bien, si tenía que ser sincero consigo mismo, tenía que admitir que habría perdido la apuesta. Habían sido menos de dos minutos.

Soltó el pie de Déborah con pesar. Era perfectamente consciente de que afuera esperaba Marlene, era capaz de percibir casi de una manera física su presencia. Había sido una jugada extremadamente habilidosa por su parte dejar a Déborah a solas con él. Así era Marlene, inteligente y astuta. Si él no refrenaba ahora su deseo, se sentiría frente a ella como un cerdo canalla.

Admiraba a Marlene, su valentía y su intrepidez. Antes de la guerra había creído que la amaba. Y precisamente por este motivo la abandonó. Necesitaba tener todos sus sentidos puestos en el enemigo. Los sentimientos potenciaban todo peligro; había que tener en consideración demasiados aspectos y eso podía hacer titubear en el momento más inoportuno, y ya estabas muerto entonces. Por eso hizo lo que tenía que hacer. Era la guerra y él era otro Jakob.

Tal vez, si los dos sobrevivían a la guerra, podían comenzar de nuevo desde el principio... Pero él se hacía muy pocas ilusiones al respecto. Asumía demasiados riesgos, su suerte no podía durar eternamente. Podía sentir casi cómo los perseguidores nazis se acercaban cada vez más y le echaban al cuello la soga con el nudo corredizo. Su Organización Judía de Combate, la ŻOB, se iba debilitando semana tras semana, y había poquísimas opciones verdaderamente buenas que recogieran el testigo. No todo el mundo tenía aptitudes para ese tipo de misiones. Los actos de sabotaje requerían bastante más que valentía y buena voluntad.

Hoy mismo había perdido con Justyna a una de sus mejores combatientes femeninas. Se trataba de una noticia deprimente. Todavía no sabía adónde la habían llevado, presumiblemente a la prisión de Montelupich, en donde la torturarían indefectiblemente para conocer los nombres de sus cómplices. Él sufría ahora por Justyna. Hasta el momento, ninguna de las mujeres presas había denunciado a uno solo de sus compañeros combatientes. Pensó en las muchas otras mujeres valientes de la resistencia, mujeres que arriesgaban diariamente sus vidas viajando por el país y transportando armas y mensajes entre las diferentes células. La más joven, Zelma, acababa de cumplir catorce años.

Hacía poco, Havka y Frumka, dos de sus enlaces, habían realizado sin sufrir daños el trayecto de ida y vuelta entre Varsovia y Hrubieszów. Desde allí, otro enlace había reenviado sus informaciones hacia Cracovia. Ambos suministraron

el primer informe de un testigo ocular acerca del campo de exterminio de Belzec. Sin embargo, el sanedrín de los judíos de Cracovia, confrontado con las terribles noticias de ejecuciones en masa, no quiso saber nada al respecto. Era más fácil creer a los alemanes que afirmaban que todos los judíos iban a ser reubicados en el este. Pero en lugar de esto, hombres, mujeres y niños se dirigían directamente hacia su muerte en Belzec, Auschwitz y Treblinka.

Antes de la guerra, estas valientes heroínas eran sencillas amas de casa o trabajadoras. También se les unieron algunas estudiantes. Casi todas eran jóvenes y guapas, y hablaban el alemán de corrido. Habían aprendido a manejar armas y a luchar, sabían cómo operar con un aparato de radio y cómo colocar una carga de dinamita. Adoptaron una segunda identidad y sonreían amablemente al enemigo a la cara cuando se topaban con él.

Las mujeres tenían una ventaja decisiva frente a los hombres en la resistencia. En caso de duda, a los hombres les podían bajar simplemente los calzones para examinar si habían sido circuncidados siguiendo el rito judío. A menudo, los capturados de esta manera eran ejecutados de inmediato in situ. Eso era lo mejor que podía esperar para sí mismo si un día cayera en manos de los nazis.

Él era polaco y católico. Sus ascendientes judíos se limitaban a una bisabuela judía. Se le contrajeron las tripas. Tantas misiones, tantas preocupaciones... Había que proyectar un plan para ayudar a Justyna a escapar de la prisión, luego organizar el asalto a un convoy de suministros, reproducir y repartir las noticias que había recibido hoy de Varsovia, y finalmente entregar al gueto las armas de contrabando y los víveres. Y además tenía que encontrar un nuevo escondrijo para Jan y Jozef. El gobierno checo en el exilio en Londres, a las órdenes de Beneš, planeaba en Cracovia o en Praga un gran golpe contra un pez gordo nazi. Jakob barruntaba de quién se trataba. Los dos soldados polacos se le habían presentado voluntariamente; habían saltado con el paracaídas sobre Bohemia a finales de 1941 y consiguieron abrirse paso hasta él.

Por la noche tenía pendiente todavía un encuentro tenso con representantes de los partisanos polacos. Hacía meses que se estaba ocupando de coordinar las acciones de la resistencia judía y polaca para elevar su eficacia y su contundencia. Sin embargo, ambos grupos se habían opuesto porfiadamente a esa idea hasta el momento. Simplemente no entendían que a un enemigo común hay que combatirlo también comúnmente.

Todo a su debido tiempo, pensó él y se obligó a concentrarse en las exigencias del momento. Percibió la decepción de Déborah, también a él le ardía

el abdomen. Dijo de mala gana:

—Hoy no. Vuelve mañana. A la misma hora. Sola. Y vigila que nadie te siga. Ahora vete.

La siguió con la vista y se arrepintió al instante de haberle exhortado a regresar mañana. No era conveniente. Por ello se propuso no estar allí al día siguiente.

MARLENE ESPERABA A Déborah en el vestíbulo. Examinó de arriba abajo su aspecto y no encontró confirmado el peor de sus temores. Jakob no se había acostado con Déborah. Al contrario que ella, Déborah no daba la impresión de estar muy contenta. En silencio salieron del taller de zapatería y en silencio llegaron a pie al hotel. Marlene había ido con ella por obligación porque tenían que hablar sobre los detalles de la acción planeada con Albrecht. En realidad habría preferido regresar a su modesto alojamiento en Stare Miasto, en la linde del casco antiguo de la ciudad, para lamerse las heridas.

Ernst, su amante ocasional, no podía permitirse como Albrecht Brunnmann el mejor hotel del lugar, y por eso la había alojado en una pequeña pero confortable pensión.

En el hotel la esperaba una nota escrita de Albrecht. Se la entregó Osman. En ella ponía que el teniente coronel de las SS había tenido que partir para un viaje de inspección de cinco días, pero que le dejaba a Osman a su disposición. Déborah dio a entender a Osman que lo llamaría cuando lo necesitara, pero que hoy con toda seguridad no. Él se fue aliviado de allí. Ahora igual que siempre, Osman evitó el contacto visual con ella.

La charla con Marlene duró apenas media hora, a pesar de que ahora disponían de cinco días para prepararlo todo. Las dos mujeres se trataron con respeto y cautela, y evitaron hablar de Jakob. Marlene quería ocultar los celos y Déborah la impaciencia que le consumía febrilmente ante el reencuentro de mañana con Jakob, quien para ella seguía siendo Pavel.

Marlene se despidió indicando que daría señales de vida en el momento debido.

Capítulo 45

AL DÍA SIGUIENTE el corazón de Déborah iba a toda velocidad cuando se puso de camino a ver a Jakob. El suave tiempo de primavera había dado paso a una lluvia persistente, y ella se había olvidado del paraguas. Ni siquiera se dio cuenta de tal cosa.

Hizo el mismo trayecto que la víspera, entró igual que Marlene en la tienda de moda, salió de ella por la puerta de atrás, prestó atención a eventuales perseguidores y temblándole las piernas llegó a la entrada del taller de zapatería. No la había seguido nadie, de eso estaba segura. Se disponía a llamar a la puerta cuando ésta se abrió, un hombre fuerte la agarró y tiró de ella hacia dentro con prisas. Unos brazos fuertes la elevaron del suelo y la llevaron a través de varios pasillos oscuros y de varias escaleras hasta arriba, a una habitación pequeña en la que no había nada más que una cama, una mesita y una silla. A través de las contraventanas cerradas se filtraba algo de luz. El hombre dejó a Déborah encima de la cama sin pronunciar palabra, se desnudó primero él y luego a ella.

Solo entonces encendió varias velas de un candelabro que estaba encima de la mesa y contempló el cuerpo de Déborah. La jovencita se ofreció a sus miradas sin pudor. Jakob se rindió. Llevaba ya demasiado tiempo haciendo equilibrios en una estrecha cuerda entre la vida y la muerte. Quería volver a probar un poco el sabor del paraíso.

Lo que siguió a continuación fueron cinco días irreales y embriagadores, durante los cuales cerraron la puerta a la realidad y al tiempo. Cada uno de esos días desafiaron al destino solo unas pocas horas que a ellos mismos les parecieron minutos pero que para sus corazones significaba la eternidad.

Jakob tuvo perfectamente claro desde el principio que cometía una locura, que su vinculación con Déborah era pasajera y que el futuro no era aliado suyo. Por esa razón se dejó embaucar por esa ilusión fugaz, se entregó a un amor que solo podía existir en condiciones extremas, en la guerra y en el peligro, alejado de la cotidianidad y de la normalidad.

Déborah y él no se comportaron como otros amantes que yacen juntos, conversan y disfrutan de su cercanía; su amor no tenía que responder ninguna pregunta o tomar decisiones, se limitaba a vivir el momento. Se saboreaban y se degustaban, se sumergían el uno en el otro y no se separaban ni un segundo, piel con piel, con las manos y los labios unidos, dos cuerpos que se aferraban el uno al otro con la desesperación de dos náufragos porque ya llevaban consigo la premonición de que su tiempo era escaso.

Para Déborah, el amor por Jakob era real, ella lo amaba con todo su ser, con ímpetu y una entrega total. Para ella, Jakob era su corazón, su alma y su aliento, la anhelada promesa del amor se había cumplido. Déborah se entregó por entero a ese dolor nuevo y nunca antes experimentado, el dulce dolor del amor.

Déborah se enteró también entonces de que Pavel se llamaba realmente Jakob. Él quería que ella gritara su nombre en sus momentos de éxtasis.

MARLENE NO SE dejó ver durante esos días. Ni en casa de Jakob ni en la *suite* de Déborah. No volvió a aparecer por la habitación hasta el día del inminente regreso de Albrecht. Si estaba al tanto del trajín de Jakob y Déborah, no lo dejó traslucir de ninguna manera.

—*Bonjour, chérie* —saludó a Déborah con una alegría impostada y un beso en la mejilla—. Ha llegado el momento. Hoy nos montamos el número.

Se quitó las agujas de su sombrero negro, arrojó todo encima de la mesa y se dejó caer pesadamente en el sofá. Se había hecho un peinado nuevo. El cabello lo tenía aún más rubio, pero más corto. Le quedaba muy bien.

—No sé... Hace días que no he oído nada sobre Albrecht —dijo Déborah en un tono evasivo—. Quizá no regrese hoy tampoco.

Se había tomado un baño de dos horas, se había tocado y cada caricia le había traído el recuerdo de Jakob.

—No irás a echarte atrás ahora, ¿verdad? —contraatacó Marlene. En secreto estaba disfrutando del malestar de Déborah. «Aquí lo tienes, pequeña», pensó. «Bienvenida a mi mundo. A partir de ahora mismo, el sexo ya no es un ejercicio libre sino obligación»—. Por supuesto que va a regresar esta noche. Ha tenido unos días duros y no ha estado con mujer alguna. No me preguntes que cómo lo sé, una tiene sus canales de información. Así que es la mejor oportunidad. Ese hombre estará hambriento de ti. Deberíamos repasar juntas otra vez todos los detalles. Siéntate.

CUANDO YA PASÓ, las dos se sorprendieron de lo fácil que había sido todo. Se habían decidido por la variante más sencilla y natural.

Al entrar Albrecht en la *suite* quedó sumido en la suave luz de innumerables velas que Marlene había repartido por la habitación. Lo primero que vislumbró fue dos cuerpos desnudos entrelazados, cuya piel resplandecía como una promesa de sensualidad. En la mesa, bajo tapas de plata le esperaba una refinada cena ligera, el champán perlaba en la champanera.

Marlene y Déborah dejaron que su visión apetecible calara bien durante algunos segundos en Albrecht. Entonces se levantaron con movimientos lentos, felinos. Su paso seductor, sus cuerpos jóvenes turbaron instantáneamente sus sentidos. Desnudaron a Albrecht y lo condujeron a la bañera, en donde lo lavaron las dos juntas mientras le alimentaban con bocados exquisitos y le llenaban la copa de champán. En menos de media hora, Albrecht se quedó dormido como un tronco.

—Hay que verlo para creerlo —exclamó Marlene negando con la cabeza y observó a Albrecht durmiendo en la bañera después de asegurarse de que se había quedado realmente dormido. Sin embargo, Albrecht no había reaccionado siquiera a las uñas de sus dedos que había hundido en su pecho dejándole un rastro sanguinolento—. Se ha olvidado en efecto de poner a buen recaudo su maldita cartera. Ya no necesitamos ni al experto en cajas fuertes.

Marlene pescó una cámara y unos guantes blancos de su bolso de mano.

—¿Para qué sirven? —preguntó Déborah admirada señalando los guantes con el dedo.

—Porque desde hace poco existen unos buenos métodos para identificar a las personas únicamente a través de las huellas dactilares. —Marlene se acordaba todavía bien del vigilante parlanchín de las SS quien, durante el mes de su estancia en la prisión, le puso al corriente con orgullo acerca de los ensayos que se estaban realizando en este campo. Por lo visto había toda una sección de científicos jóvenes en la Oficina Central de Seguridad del Reich que se ocupaban exclusivamente de estos métodos de la moderna criminalística.

Marlene memorizó la posición exacta de la cartera en el sofá antes de operar con ella. La colocó en la mesita baja del sofá con todo cuidado y la abrió. Apareció a la luz una gruesa carpeta de piel manoseada y atada con cordeles. Marlene se resistió a la tentación de ponerse a leer, y echó mano inmediatamente a la cámara. Se trataba del modelo más reciente de Agfa, una Karat, con carretes

especiales que simplificaban mucho, en comparación con el modelo anterior, la colocación de la película.

Su posesión se debía a un raro golpe de suerte. Había caído recientemente en manos del grupo, junto con una docena de carretes de repuesto, en uno de los pocos asaltos exitosos a un convoy alemán de intendencia. Marlene fue quien suministró la información para la operación, conseguida a través de Ernst.

Colocó el objetivo con habilidad y comenzó de inmediato a fotografiar página tras página. De tanto en tanto iba poniendo un carrete nuevo en la cámara. Finalmente quedó fotografiada la última página. Marlene recogió cuidadosamente todos los papeles y los volvió a colocar en la cartera y se aseguró de que ésta quedaba en el mismo sitio de antes a pesar de que Albrecht, cuando despertara, apenas tendría un vago recuerdo.

Durante ese tiempo, Déborah estuvo haciendo guardia junto a Albrecht en el baño para el caso de que recuperara la conciencia antes de lo previsto. Sin embargo, siguió durmiendo como un tronco.

—Bueno, ahora viene la parte más difícil —dijo Marlene a Déborah—. Tenemos que meterlo en la cama. Agarra tú la cabeza, yo me encargo de las piernas. —Uniendo y compaginando las fuerzas sacaron con grandes esfuerzos a Albrecht de la bañera llena. Déborah no se había atrevido a vaciar el agua previamente. Lo levantaron y arrastraron el cuerpo mojado y flácido hasta el dormitorio.

Déborah se estremeció. Tuvo la sensación de estar acarreado a un muerto. A medio camino llamaron a la puerta. Marlene y Déborah intercambiaron una mirada de pánico. Los golpes en la puerta se repitieron con un ritmo determinado y Marlene se relajó.

—¡Mierda! —se le escapó esa grosería—. Es el experto en cajas fuertes. Me había olvidado por completo de él.

Rápidamente se puso por encima el albornoz de Déborah, se dirigió a la puerta y abrió. Unas pocas palabras entre susurros, y volvió a cerrarla.

—¿Por qué no le has dado la cámara? —quiso saber Déborah.

—Porque no confío en nadie excepto en mí misma. ¡Vamos, metámoslo en la cama de una vez!

ALBRECHT SE DESPERTÓ temprano a la mañana siguiente con un horrible dolor de cabeza. También sentía todo el cuerpo completamente hecho polvo. Encontró a derecha e izquierda a Déborah y a Marlene pegadas a él y durmiendo

plácidamente.

O al menos lo hacían ver. Las dos mujeres habían preparado la habitación como si hubiera habido una orgía en ella. Copas sucias, platos con restos de comida y varias botellas vacías de champán estaban repartidas por la *suite*, de pie o tumbadas, y se mezclaban con partes del uniforme de Albrecht. Prepararon también a Albrecht en el mismo sentido. Su cuerpo presentaba rastros frescos de arañazos y mordeduras, y como coronación unos magníficos verdugones que le recorrían la espalda en diagonal. El látigo para perros estaba a la vista encima de la mesita de noche. Fue un placer especial para Marlene. El hecho de que Albrecht hubiera soportado todo aquello sin siquiera moverse, intranquilizó a Marlene, que se preguntó nerviosa lo que ocurriría con ellas si Brunnmann no llegaba a despertarse. ¿Había sido demasiado elevada la dosis de somnífero? Estuvo a punto de suspirar aliviada cuando él se movió ahora.

Tal como habían acordado, las dos mujeres se movieron también a su lado. Para no despertar el recelo de Albrecht, Marlene se incorporó y se aguantó la cabeza como si quisiera impedir que saliera rodando.

—¡Ay, qué sed tengo! —dijo en tono de lamento. Tanteó con la mano en busca de una copa medio llena de champán que estaba encima de la mesita de noche y vació el resto de un trago. Estaba desbravado y le supo desabrido—. Mejor ahora —dijo no obstante. Se dejó caer de nuevo y acarició a Albrecht con deleite en el pecho. A continuación deslizó la mano más abajo entre las piernas de él. Ahí no se movía nada. «Menos mal», pensó con alivio, «así me ahorro el último acto abominable de esta función». Cerró los ojos y se permitió por lo visto algunos minutos más de somnolencia apacible, pero todos sus sentidos estaban en guardia ante cualquier peligro eventual. Aún tenía por delante lo más importante y lo más peligroso, sacar la cámara ilesa del hotel y llevársela a Jakob subrepticamente.

—¿Qué hora es? —gruñó Albrecht haciendo acopio de todas sus fuerzas.

—Son poco más de las seis. Duerme un poco más —replicó Marlene y se arrojó más a él como si disfrutara de ese contacto. Dominaba a la perfección el rol de la amante satisfecha.

Albrecht solo acertó a pronunciar un gruñido indignado y salió de la cama rodando con pesadez. Marlene le hizo sitio de buena gana. Albrecht dejó la puerta abierta, sus sonidos en el baño se percibían con claridad en el dormitorio. Marlene se puso mala.

Mientras Albrecht se duchaba a continuación, ellas pidieron que les subieran

a la *suite* café bien cargado y un desayuno opíparo.

Déborah y Marlene se cubrieron las dos con un salto de cama mínimo y se ocuparon del sufrido Albrecht con abnegación de esposas, sin olvidar de ningún modo su papel de amantes transnochadas afectadas por el champán. Nada más salir Albrecht del baño, Déborah lo recibió con una taza de café bien caliente y un panecillo con miel que engulló en dos mordiscos con hambre canina. Igual que lo habían despojado de sus ropas, ahora lo ayudaron a ponerse el uniforme.

Los dedos de Marlene temblaron al intentar cerrar los botones de la chaqueta. La calavera en el cuello del uniforme de Albrecht parecía estar burlándose de ella. Espantó de sus pensamientos ese mal presagio. Solo con gran esfuerzo consiguió ocultar su azoramiento ante el hombre de las SS. ¡Brunnmann debía desaparecer por fin de la escena!

Antes hubo un momento crítico. Puede que Albrecht estuviera cansado, pero no tanto como para no darse cuenta de su propia estupidez, esto es, el haber dejado su valiosa cartera toda la noche en el sofá sin vigilancia. Se quedó mirando a Déborah y a Marlene con ojos penetrantes. Ambas mujeres respondieron a su mirada abiertamente e hicieron como si no entendieran el sentido de su mirada. Brunnmann profirió un sonido desganado, agarró la cartera y se marchó de allí.

Marlene se vistió entonces a toda prisa y se fue también apenas un cuarto de hora después. Deseaba conocer ya el contenido de las fotos del carrete.

Capítulo 46

MARLENE REGRESÓ CINCO minutos después, tan pálida como un difunto y con una expresión de asco en el rostro que alarmó a Déborah.

—¿Qué pasa? —preguntó asustada.

—Mi archienemigo está abajo, eso es lo que pasa. ¡Maldita sea! ¡Que ese cabrón tenga que aparecer justo en este momento...!

Tal como era su costumbre, Marlene no se subió al ascensor sino que utilizó las escaleras. Una escalinata señorial conducía al vestíbulo desde el primer piso. Su pie había pisado apenas el último escalón de la escalera revestida de una alfombra de color rojo carmesí, cuando un grupo de hombres, unos vestidos de uniforme y otros de civil, inundó el vestíbulo a través de la puerta giratoria. En su centro nadaba un hombre espigado con un parche en el ojo y un abrigo negro de piel.

Marlene lo reconoció al instante. Era Hubertus von Greiff. «¡Cabronazo! ¿Qué haces tú aquí?», murmuró ella en voz baja, y su siguiente pensamiento fue huir de allí. Ese deseo se volvió prácticamente irresistible, de modo que tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para no ceder a él.

Como era habitual, «el ojo», como lo llamaba todo el mundo independientemente de si eran admiradores o enemigos, estaba rodeado de una pandilla de jóvenes guapos, sus perros de presa personales. Algunos se distribuyeron de inmediato en el vestíbulo del hotel, y dos de ellos estaban ya repantigados en los dos sillones orejeros frente a la chimenea. Esa desenvoltura era pura simulación. Su misión prioritaria era tantear el entorno.

En Berlín habían corrido algunos rumores malintencionados acerca de las preferencias sexuales de Greiff; sin embargo, no parecían haber perjudicado lo más mínimo su carrera hasta el momento.

Greiff era un hombre de las SS y el número dos de la Policía Secreta del Estado, la Gestapo. Y era un viejo conocido de Marlene, en el peor de los sentidos. Solo su crueldad era aún mayor que su ambición, tal como Marlene

había tenido ocasión de comprobar en sus propias carnes.

En una reacción de reflejos, al aparecer Greiff ella se ocultó tras el mismo acebo en el que ya Déborah había encontrado refugio. Quedaba descartado por completo que pudiera abandonar el hotel ahora. Ciertamente había una salida trasera, pero para acceder a ella tenía que salir de su escondrijo y bajar una planta más con el ascensor. Ella había cambiado de aspecto y cargaba con algunos kilos más de peso. Su larga cabellera morena era ahora rubia y corta, tenía las cejas depiladas y teñidas también de rubio, y tenía los labios pintados. No obstante, veía a Greiff capaz de reconocerla pese a los cambios en su aspecto. No debía correr el más mínimo peligro y tenía que librarse inmediatamente de la cámara y de los valiosos carretes.

Tampoco podía quedarse escondida eternamente detrás de una planta porque ese mero hecho levantaría sospechas. La primera persona que utilizara el ascensor o las escaleras se daría cuenta. De hecho se estaba acercando ya una señora mayor con una estola de piel de zorro, seguida muy de cerca por un chófer uniformado que sostenía una montaña de cajas sujetándolas con la barbilla.

No se le ocurrió nada mejor que meter rápidamente la cámara y los carretes en la tierra del acebo con la esperanza de que no quedaran dañados. Al menos la tierra estaba mullida y seca.

«Dios mío, haz que no rieguen esta planta en las próximas horas», rezó Marlene con todo fervor y respiró muy hondo con la intención de henchirse de valor desde su interior. Se levantó, se alisó la falda y dio un paso. Dio la espalda al vestíbulo y estaba poniendo ya el pie en el segundo escalón cuando una voz dijo detrás de ella:

—Disculpe, señora mía. Creo que esto es de usted.

Marlene fue capaz de evitar el estremecimiento y se giró despacio y femeninamente. Al pie de la escalera se encontraba uno de los jóvenes perros de presa de Greiff tendiéndole un guante blanco estampado de flores. Debió de caérsele al sacar la cámara del bolso de mano.

—Muchas gracias, joven —respondió ella con educación y ya se disponía a darse la vuelta de nuevo en dirección a la escalera cuando volvió a sonar otra voz a sus espaldas.

La frialdad de esa voz hizo que se estremeciera al instante:

—Disculpe, señora mía. ¿La conozco a usted de algo?

Marlene recapituló sus posibilidades a la velocidad del rayo. Apenas habían

transcurrido cuatro años desde su último encuentro en Berlín. Al contrario que por aquel entonces, cuando yacía sucia, desnuda y con heridas sangrientas en la celda, hoy era el fiel retrato de una dama alemana. ¿La había reconocido a pesar de todo?

—No creo que tenga ese placer, ¿señor...? —dijo ella con el matiz exacto en la voz para dar a entender que su interlocutor había carecido de la cortesía debida a una dama alemana.

Él se inclinó apenas y dijo con todo el sentido del deber:

—Hubertus von Greiff. A sus pies. —A continuación dirigió despacio la mirada desinhibida de abajo arriba y se fijó atentamente en cada detalle del aspecto de ella. Valoró sus elegantes zapatos franceses, las medias de seda, el traje de chaqueta azul con el broche de plumas de pavo, su sombrero y sus discretas joyas de adorno. Con seguridad conocía ahora su precio. Finalmente, Greiff se detuvo en el rostro de ella. El ojo que le quedaba perforó los de ella, dividió la retina y el músculo ocular, penetró directamente en el cerebro de ella y exploró allí en busca de pensamientos aviesos.

Marlene se le resistió y puso una mezcla perfecta de asombro y de extrañeza en la modulación de su voz al decir:

—Se lo ruego, señor Von Greiff —dijo ella con más valentía de la que realmente poseía—. Haga el favor de disculparme.

Se obligó a sí misma a ascender despacio los escalones con la mano en la baranda, como si no tuviera prisa ninguna. Todo ese tiempo percibió cómo la mirada de él le perforaba la espalda como una llama.

—NO NOS QUEDA mucho tiempo —dijo Marlene a borbotones y a toda velocidad—. No sé si Greiff me ha reconocido. Si es así, mandará inmediatamente que me busquen, o quizá ya lo haya hecho. Me voy a largar por detrás, por la entrada de los proveedores. ¡Escúchame ahora con toda atención, Déborah! Tuve que librarme de la cámara y de los carretes. Están en el acebo que está a la derecha mirando al ascensor. Tienes que recuperarlos sin llamar la atención. Nos encontraremos después en la cafetería Cyganeria. Te estaré esperando ahí todo el día. Tráemelos allí. Si yo no estuviera, eso significaría que me ha sucedido algo. En ese caso, llévale tú la cámara a Pavel. ¿Lo has entendido todo?

—Sí, sí, por supuesto. Pero ¿por qué crees que será más fácil para mí que para ti?

—Porque Greiff no obstaculizará el paso a la novia de Albrecht Brunnmann.

—¡Pero si no me conoce de nada!

—¡Ya lo creo que sí! Créeme, conoce a todas y cada una de las amantes de los peces gordos. Trabaja así. Toda información es una información útil para él. Tu fotografía hace mucho tiempo que está en el cajón de su escritorio. Y ahora tengo que irme. Espera más o menos una hora y entonces muévete. Que tengas suerte.

Marlene le dio un beso de despedida en la mejilla y luego abrió despacito la puerta. No se veía a nadie en el pasillo. Se deslizó afuera sin hacer ruido.

DÉBORAH SE QUEDÓ tensa tratando de percibir sonidos inhabituales como ruido de botas pesadas o exclamaciones, pero en el hotel todo seguía su curso acostumbrado. Parecía que Marlene había logrado huir.

Déborah se vistió con todo esmero. Se decidió por un vestido negro muy ceñido con una flor blanca en la solapa. Después de que sus dedos nerviosos se cargaran el primer par de medias de seda, renunció conscientemente a ponérselas. Además sentía mucho calor. El sol de la mañana brillaba a través de las ventanas con forma de arco y había caldeado a conciencia la habitación.

Mientras Déborah se ponía sin cuidado los zapatos de tacón de media altura, reflexionó sobre cómo actuar a continuación. ¿Cómo podía arrodillarse junto al acebo y sacar la cámara del tiesto sin llamar la atención de nadie? Apenas había formulado esta frase hasta el final cuando se quitó los zapatos de un tirón y sacó del armario unos botines con cordones. Con un cordón suelto tenía la excusa para arrodillarse junto a los acebos. Remataba su atuendo un gran bolso negro de mano. «¿Escalera o ascensor?», fue lo siguiente que pensó, y se decidió por la escalera. Desde ella dispondría de una mejor visión panorámica sobre el vestíbulo.

Transcurrió la hora, y ella se puso en marcha.

«A VECES HAY que tener simplemente suerte», pensó Déborah apenas cinco minutos después, arrellanada con alivio en el asiento acolchado de un taxi.

Todo había sucedido con increíble sencillez. El vestíbulo estaba sorprendentemente vacío, con excepción de dos recién llegados vestidos de civil que estaban rellenando sus papeles, y nadie le prestó atención. Así que echó mano a la cámara y a los carretes casi de inmediato y los deslizó en su bolso con habilidad y discreción a partes iguales.

Cuando llegó a la cafetería Cyganeria miró a su alrededor con atención pero

no pudo ver a Marlene por ninguna parte y eso la dejó consternada.

El local estaba lleno a rebosar, como siempre; el nivel de ruido era insoportable para su oído sensible, y las transpiraciones de las personas, unidas al humo de los cigarrillos y de los puros habanos, estuvieron a punto de aturdirlo. No le gustaba mucho ese sitio, pero Marlene había dicho que la guarida del lobo era el lugar más seguro para ellas.

Al entrar fijaron inmediatamente la vista en Déborah varios grupos de oficiales haciéndole señas para que se acercara a sus mesas. Ella negó con la cabeza sin dejar de sonreír y pidió a una de las camareras que le reservara la siguiente mesa para dos que quedara libre. Apenas se había acomodado algunos minutos después en el rincón de la izquierda cuando Marlene entró en la cafetería.

Déborah se sintió tan aliviada al verla que tuvo que hacer esfuerzos para no levantarse de un salto y correr hacia ella. Como un comportamiento así habría sido poco propio de una dama y también muy imprudente, se conformó con hacerle una señal discreta con la mano.

Marlene atravesó todo el local, replicó a varios saludos y se rio con el comentario chistoso de uno de los hombres. Llegó a la mesa de Déborah, la besó en la mejilla y pidió de inmediato dos copas de champán y un café moca. Déborah tenía delante ya una taza vacía. Las dos mujeres juntaron las cabezas entre risas, como si intercambiaran algún cotilleo de mujeres, y Déborah dijo:

—Los tengo. ¿Cuándo quieres que te los dé?

—Aquí no. Hay demasiados ojos. Luego vamos las dos juntas al lavabo. ¿Te ha seguido alguien?

—No. Al taxista le he hecho dar un rodeo extra.

Marlene se rio ruidosamente, como si Déborah acabara de contarle algo extremadamente gracioso. Llegó el champán y brindaron las dos. Para un observador eventual, las dos damas no hacían más que intercambiar sandeces.

—¿Por qué te has retrasado tanto? —quiso saber Déborah y dio unos sorbos a su copa.

—Porque a mí, a diferencia de ti, sí me han seguido. El tío era bueno, no había manera de quitármelo de encima.

—¿Y cómo te has deshecho de él finalmente?

—Bueno, lo he matado.

A Déborah estuvo a punto de escurrírsele de las manos la copa de champán. Se quedó mirando a su amiga con gesto de estupefacción.

—Por eso tengo que desaparecer ahora mismo. Nos vemos hoy por última vez. No me mires así. Compite. Uno de los amigos de Ernst nos está mirando.

Marlene alzó la copa hacia él con una sonrisa, y Déborah hizo lo mismo de manera automática.

De pronto la expresión en el rostro de Marlene se transformó. La sonrisa se le resbaló de la cara como si alguien la hubiera extinguido con un movimiento.

Se levantó despacio y lo que vio pareció llenarla de profundo horror. Déborah la miró asustada. De pronto, Marlene tiró la mesa al suelo, empujó a Déborah por detrás para ponerla a cubierto y se arrojó con todo el largo de su cuerpo encima de ella. Todo eso transcurrió en cuestión de unos pocos segundos. La mente de Déborah no disponía apenas de tiempo para procesar la extraña forma de proceder de Marlene, cuando una violenta explosión sacudió los cimientos de la cafetería. Déborah creyó que se le desgarraba el cuerpo por el dolor, y perdió instantáneamente la conciencia.

Capítulo 47

EL UNIVERSO SE detuvo. Déborah se sentía extrañamente desprendida, como si respirara fuera de su cuerpo a la búsqueda del mundo.

Cuando despertó no sabía cuánto tiempo había transcurrido. Oyó gritos y gemidos, pero todos los sonidos eran sordos, como enguatados. El olor a fuego y a carne quemada le provocó náuseas.

Déborah tenía arcadas y creía que iba a ponerse a vomitar. Además no podía respirar apenas porque cargaba algo pesado sobre la caja torácica, algo de lo que tenía que acordarse. Sin embargo, todavía no era capaz de pensar con claridad.

Tenía un objeto de contornos duros debajo de la cadera y le presionaba causándole dolor. Intentó moverse con cuidado. Imposible. Aquel peso pesado encima del pecho la mantenía literalmente clavada al suelo. Entonces percibió algo blando que le hacía cosquillas en la cara, algo familiar que sin embargo no cuadraba del todo allí. Entre todos los olores terribles que seguían expandiéndose a su alrededor, ascendió a su nariz el soplo apenas perceptible de una fragancia fresca.

Una luz perturbadora se encendió súbitamente en su mente. Déborah gritó asustada:

—¡Marlene!

Vacilante, como un motor que no quiere arrancar, fue recuperando el entendimiento, y con él llegaron también las preguntas. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Qué había sucedido?

—Ahí hay dos mujeres. ¡Ahí, detrás de la mesa! Ayudadme —exclamó una voz muy cerca de ella, y luego Déborah volvió a sumergirse en la negrura.

LA LUZ DOLÍA. Ella podía verla incluso a través de los párpados cerrados. No quería abrir los ojos, pero allí estaba aquella voz penetrante que quería obligarla a hacerlo. ¿Por qué no la dejaban dormir un ratito más en paz? Anhelaba la calma y el silencio. Alguien le agarró la mano y le tomó el pulso.

—Está despertando —dijo una segunda voz.

«No», pensó Déborah. «No estoy despertando. Dejadme. No quiero ir a la escuela. Estoy enferma».

—¿María? ¿Puedes oírme? Despierta.

De nuevo esa voz penetrante. Abrió los ojos de mala gana, todo a su alrededor estaba borroso, como sumergido en la niebla. Todas las voces sonaban raras. Se preguntó a sí misma si se debía al zumbido de su cabeza. De todas formas, algo no encajaba con las voces que sonaban como si hablaran bajo el agua. También le dolían los oídos. ¿Qué les pasaba a sus oídos? Se llevó las manos a la cabeza instintivamente.

Se las pararon a medio camino.

—Está bien —dijo la segunda voz, una voz femenina que hablaba con fuerte acento polaco—. Pronto volverá a estar bien. Eso le viene de la violencia de la explosión. Tiene afectados los tímpanos, pero puede decirse que ha tenido muchísima suerte, una conmoción cerebral y algunas costillas contusionadas, pero nada más. Pronto podrá volver a ponerse en pie de nuevo.

Déborah había escuchado a medias. «¿Puedo seguir durmiendo ahora?», pensó y volvió a cerrar los ojos. Flotaba y deseaba disfrutar de esa sensación un rato más todavía. Pero sus facultades intelectuales sacudieron el entumecimiento de su mente, le trajeron a la conciencia la palabra «explosión», y ese recuerdo acertó en ella con virulencia. «¿Marlene?», quiso preguntar, pero solo acertó a proferir un jadeo ronco. La garganta le ardía como un fuego.

—Eso se debe a la intoxicación por el humo —aclaró una de las dos voces y le acercó a los labios un vaso de agua con un frescor maravilloso. Déborah tomó algunos sorbos y asintió con la cabeza a la dispensadora en señal de agradecimiento. Era una matrona robusta, ya algo mayor, con una gigantesca verruga en la barbilla que parecía colgar directamente sobre la cara de Déborah. Déborah pudo reconocer con toda claridad los tres pelos hirsutos negros que salían de ella.

—Marlene... mi amiga. ¿Qué le pasa? —susurró. Albrecht le contestó desde el otro lado de la cama:

—Está aquí cerca. Ha resultado mucho más perjudicada que tú en el atentado de la cafetería. Cuando os encontraron, ella estaba encima de ti. Probablemente te resguardó así de lo peor. A ella se le ha clavado una esquirla grande de cristal en la espalda. Los médicos no creen que vaya a poder caminar nunca más. Lo siento. Duerme ahora un poco. Regresaré esta noche.

Albrecht se levantó. Como despedida le apartó de la cara un largo mechón negro y se fue.

—¿Cuánto hace que estoy aquí? —preguntó Déborah con una voz extrañamente ronca que no parecía ser la suya.

—Desde ayer.

—¿Puedo ver a mi amiga?

—Claro que sí, pero no hasta mañana. Ahora duerma.

Le dieron algunos sorbos más de beber. El agua tenía un gusto amargo. La enfermera encajó la colcha en la camilla con movimientos enérgicos a derecha e izquierda de ella, y la dejó sola.

Los ojos de Déborah quedaron inundados de lágrimas. Pobre Marlene. De nuevo le sobrevino un cansancio plomizo. Probablemente el sabor amargo del agua se debió a la presencia de un somnífero.

Déborah durmió varias horas profundamente y sin sueños hasta que Albrecht regresó por la noche. Trajo un cesto con fruta fresca, bombones y también la buena noticia de que el médico había autorizado a Déborah a dejar el hospital al día siguiente, con la condición de que se cuidara y que reposara durante un tiempo. Albrecht se despidió pronto indicándole que para él eran un horror los hospitales y las enfermedades y que se pasaría a buscarla mañana a eso del mediodía.

La enfermera de la verruga entró en la habitación, y a Déborah no se le pasaron por alto sus miradas deseosas de fruta y de bombones.

—Puede quedarse usted con todo eso si me lleva ahora mismo a ver a mi amiga —dijo Déborah. La mujer la miró radiante de alegría y de agradecimiento, como si le hubiera prometido una saca de oro, y la ayudó a descender de la camilla de hierro.

Déborah se sentía bastante insegura sobre sus piernas y estaba mareada, pero la enfermera la condujo firmemente agarrada. Al cabo de un rato dejó de oscilar bajo sus pies el piso de linóleo gris. Guiada por la enfermera, entró en la habitación de Marlene, o mejor dicho, en la enfermería. Un olor a vómitos, orina y cosas más graves salió a su encuentro.

Déborah comprendió los privilegios de que disfrutaba gracias al elevado rango de Albrecht. Marlene compartía habitación con al menos veinte mujeres más. En algunas camillas había incluso dos mujeres con las cabezas en cada uno de los extremos y con los pies no especialmente limpios puestos en la pequeña almohada de la otra. De todos modos, a Marlene le había tocado le mejor cama

de atrás, cerca de la ventana. A Déborah le costó resistirse al impulso de abrirla para permitir la entrada de aire fresco.

Pero entonces, la visión de Marlene dejó todo lo demás en un segundo plano; conmocionó a Déborah hasta la médula. Su amiga vitalista yacía inmóvil como una madonna sobre un colchón raído que apenas merecía ese nombre. Le habían enyesado por completo el cuello y tenía el resto del cuerpo atado a la cama. Su cara parecía alargada y demacrada. Marlene sonrió con una sonrisa triste cuando Déborah apareció en su campo visual.

—¡Vaya! —dijo con una voz ronca similar a la de Déborah—. Se acabaron para mí las acrobacias en la cama, me temo. Estoy bien acabada.

—No digas eso —replicó Déborah desvalida y buscó una silla. No había ninguna. Así que se inclinó hacia Marlene y le agarró una mano. Marlene le habló entonces entre susurros de lo esencial.

—¿Qué ha ocurrido con la cámara? ¿La tienes?

Déborah puso unos ojos como platos con expresión de horror. ¡La cámara! En el transcurso de los acontecimientos se había olvidado completamente de ella. Marlene se puso un tono todavía más pálido.

—¡Vete! No te preocupes por mí. Ve y entérate qué ha ocurrido con tus cosas. Si el bolso ha desaparecido, solo podemos esperar que no haya ido a parar a las manos equivocadas. Vuelve después y me lo cuentas.

Déborah regresó a su habitación todo lo rápido que su estado le permitía. El cesto con las golosinas había desaparecido. Examinó toda la habitación pero no encontró las prendas que llevaba ayer, ni su bolso de mano.

Llamó a la enfermera y le preguntó por sus cosas, pero ella solo supo decirle que el elegante señor de los bombones había dado orden de quemar sus prendas sucias. «La señora no llevaba nada más consigo», acabó de decir la enfermera. Se marchó y dejó a Déborah profundamente preocupada por el paradero de su bolso. O bien se lo habían robado in situ o bien aquí, en el hospital, lo cual era probablemente lo mejor que podía ocurrir, pues de haberla robado cualquier ladrón, solo le importaría su valor económico y no se le pasaría por la cabeza revelar los carretes.

Pero también podría haber sido Albrecht quien se la hubiera llevado, o se la habían entregado a él como objeto personal de ella. Pero de ser así le habría preguntado antes que de dónde había sacado la cámara. ¿O no? ¿O habían confiscado todas las cosas que habían encontrado en la cafetería? Seguramente estarían investigando el atentado. La mejor posibilidad era que la cámara hubiera

sido destruida en la explosión o al menos que se hubiera echado a perder por el calor. ¿Cuánto calor podía soportar una cámara o el material fotográfico? Déborah no tenía ni la menor idea.

De pronto cayó en la cuenta del objeto doloroso debajo de su cadera. Estaba casi segura de que debía de tratarse de su bolso de mano. Dondequiera que estuvieran ahora la cámara y el segundo carrete, si estaban intactos y habían ido a parar a las manos equivocadas, eso significaba que habrían descubierto su jugada y ésta acabaría mal.

De una manera u otra, todos sus esfuerzos habían caído en saco roto. Estaban de nuevo como al comienzo, y Marlene se quedaría paralizada probablemente para el resto de su vida. Se le pasó Jakob por la cabeza. ¡Tenía que contactar con él a toda costa! ¡Jakob sabría con toda seguridad lo que había de hacerse!

Regresó donde Marlene, que la estaba esperando con impaciencia, y le transmitió la deprimente noticia. Sin embargo, su amiga hacía rato que contaba ya con ella.

—Bueno. Entonces no podemos hacer otra cosa que esperar a ver cómo se desarrollan los acontecimientos —dijo en una voz tan baja que solo Déborah pudo oírla—. Si Albrecht o la Gestapo tiene tu bolso, de eso nos enteraremos enseguida. ¡Escúchame bien! Si alguien te pregunta acerca de la cámara, tienes que poner una cara de asombro total y hacer como si no supieras nada. Hazte la niña tonta e ingenua. A los nazis les gusta considerar tontas a las mujeres, así que compórtate como una tal. ¿Me oyes? No es necesario que muramos las dos. De mí ya no queda demasiado entero, ya ves, y a ti incluso te creerán. ¡Presta toda tu atención a lo que voy a decirte ahora, y memorízalo porque tu vida depende de ello! Si las cosas se ponen muy mal, declararé que os drogué ayer a ti y a Albrecht, que a continuación inspeccioné la cartera de él y que fotografié sus documentos. Que debido a la llegada de Greiff te puse a escondidas dentro del bolso la cámara y el carrete y que induje a alguien a robártelo más tarde en la cafetería, pero no pudo hacerse por el atentado. Eso explicaría por qué se encontraba la cámara en tu bolso. Tienes que hacer como si no supieras nada de nada, y sobre todo tienes que mostrarte completamente indignada, Déborah. Al fin y al cabo, tu supuesta amiga te ha utilizado y te ha engañado. Es una cuestión de vida o muerte que te comportes como te digo. ¿Puedo estar segura de que lo harás así?

—Pero... eso es una cobardía. ¡No puedo hacer que recaiga en ti toda la culpa! —respondió Déborah agitada.

—¡Shhh! —hizo Marlene—. No alces la voz. Eso no tiene nada que ver con la cobardía, *chérie* —dijo con dulzura—. Al contrario. Eso exige mucha valentía por tu parte. Es importante que sigas comportándote de una manera completamente normal frente a Albrecht. ¡Pero estate al tanto! Cuando la situación se haya tranquilizado un poco, tienes que intentarlo de nuevo. Ve donde Pavel —siguió diciendo entre susurros—. Él te facilitará otra cámara para intentarlo de nuevo. —Marlene se interrumpió exhausta.

Déborah se quedó sorprendida ante la voluntad inquebrantable de ella. Su amiga yacía en la camilla con los miembros destrozados, sin saber si volvería algún día a caminar de nuevo, y ya estaba planeando la próxima acción.

—Eres increíble, ¿lo sabes?

—Eso no me ayuda ahora en nada, pero de todas formas, *merci*. Vuelve a tu habitación y regresa mañana temprano. Tengo que dormir ahora.

Capítulo 48

DÉBORAH SE DESPERTÓ en mitad de la noche de un duermevela agitado. La despertó un ruido. Alguien había abierto la puerta y la volvió a cerrar. En la habitación reinaba una oscuridad absoluta, no había ninguna luz prendida. La enfermera había corrido las cortinas por la noche para cerrar incluso la posibilidad de que penetrara la luz de la luna. Déborah no podía distinguir nada en absoluto, pero percibía con claridad la presencia de otro ser humano en la habitación.

—¿Quién hay ahí? —exclamó ella. Una mano grande y pesada se posó súbitamente en su boca. Reconoció en ella enseguida el olor familiar a cuero—. Jakob —susurró con alivio—. Has venido. —Él le agarró una mano y se la besó con ternura.

—¿Cómo estás, mi pequeña?

—Bien, pero Marlene... es terrible, se ha... —La voz se le quebró, y tuvo que reprimir violentamente las lágrimas que afloraban ya a sus ojos. No quería llorar por nada del mundo ante Jakob, a pesar de que él no habría podido ver nada en aquella oscuridad nocturna.

—Lo sé —dijo apartándole de la cara un largo mechón oscuro. Su gesto mostraba muchísima más ternura en sí mismo que el de Albrecht por la mañana.

—Lo habíamos conseguido, Jakob. Marlene fotografió todo. Tenía todo conmigo en el bolso de mano. Y entonces saltó la cafetería por los aires, y ahora mi bolso y los carretes han desaparecido —salió de sus labios a borbotones y en voz muy baja.

Jakob volvió a responder únicamente:

—Lo sé.

—Todo ha sido en vano, y Marlene... —Se detuvo. ¿Había oído bien lo que había dicho?—. ¿Cómo...? ¿Lo sabes? ¿Ya has hablado con Marlene?

—No. Está con demasiados ojos y oídos alrededor. Osman fue quien me informó.

—¿Osman? —Déborah creyó haber oído mal, y por eso volvió a repetir—: ¿Osman de Albrecht?

—El mismo. Me trajo la cámara y los dos carretes. No te preocupes —dijo Jakob en tono tranquilizador a pesar de no estar nada tranquilo interiormente sino que estaba temblando por la rabia acumulada. ¡Ese maldito Zlatko! El atentado de la ŽOB en la cafetería Cyganeria estaba planeado para mañana. Así se lo había informado también a Marlene para que se mantuviera alejada ese día de la cafetería. Pero Zlatko perdió los nervios y actuó por propia iniciativa. Esa fue la razón de que os pillara dentro a ti y a Marlene.

—¿Cómo...? Pero no entiendo cómo... —dijo Déborah tartamudeando.

—Osman te siguió hasta la cafetería. Brunnmann le había encargado que te vigilara. Por eso fue uno de los primeros que acudieron a ayudar in situ. Fue él quien os encontró a ti y a Marlene. En aquel tremendo caos consiguió sacar la cámara y el carrete de tu bolso y llevármelos a mi casa.

—Pero ¿cómo sabía dónde encontrarte?

—Te lo acabo de explicar ahora mismo. Te vigilaba por orden de Brunnmann, pero al parecer odia a su patrón y tiene una debilidad especial por ti. No le ha contado a Brunnmann nada de nosotros. Además está esa terrible experiencia que tuvo cuando lo tomaron equivocadamente por un judío cuando él es mahometano. Por lo visto, desnudarlo en público es la humillación más grave que puede ocasionársele a un hombre en su cultura. Los nazis lo han convertido de manera irrevocable en su enemigo.

«Mira por dónde», pensó Déborah. «¿Osman?» Trató de recordar cómo se había granjeado ella la simpatía de Osman. En el fondo apenas había coincidido con él, pero una o dos veces lo había pillado mirándola con una extraña expresión en los ojos. No supo interpretar aquellas miradas y las olvidó rápidamente. Ahora lo entendió de golpe. ¡Osman le estaba demostrando su empatía con ella! ¡Eso era, claro que sí!

Los dos estaban entregados a Albrecht, para bien o para mal. Ella, una semijudía huérfana y sin recursos, y él, un hombre entrado en años, mutilado por el padre de Albrecht, y sin patria ni futuro. De nuevo no le quedó más remedio que pensar en lo que su padre le había enseñado acerca del principio de causa y efecto: que toda acción, ya sea buena o mala, trae consigo otra acción. Osman se estaba vengando por la pérdida de su lengua.

—Escúchame bien, Déborah. No tengo mucho tiempo. Los alemanes están poniendo toda la ciudad patas arriba. Tengo que desaparecer. Se trata de los...

—¿Cómo...? ¿Dices que tienes que desaparecer? Pero ¿adónde? ¿Volveré a verte? —lo interrumpió Déborah desolada y se aferró al brazo de él.

—Claro que sí. —Sonrió y puso un tono de confianza y de seguridad en su voz que no estaba sintiendo en realidad—. Ahora escúchame bien. Los documentos que habéis fotografiado... Parece que el 20 de enero de este año ha tenido lugar una importante reunión a orillas del lago Wannsee de Berlín. Las actas de esa reunión se encontraban en la cartera de Brunnmann. Es la primera prueba escrita de que los alemanes planean el exterminio de todas las vidas judías en Europa. ¡Estamos hablando de millones de vidas! ¡En su lista aparecen incluso los judíos británicos! Los nazis lo denominan la «solución final», ¡y ya hace mucho que han comenzado con su terrible obra! Por todas partes están levantando y ampliando campos de exterminio en masa. Matan con gas a los judíos y los incineran a continuación. He leído informes en los que los habitantes de las localidades próximas se quejan del olor permanente a carne quemada. Por ello necesitamos a toda costa las actas originales de Brunnmann. No bastan las fotografías. Tenemos que conseguir las actas auténticas, llevarlas a Londres y hacérselas llegar al gobierno polaco en el exilio. De lo contrario no nos creerán nunca en el extranjero. Osman se ha ofrecido a robar para nosotros la cartera de Brunnmann, pero para ello necesitará tu apoyo. ¿Lo ayudarás?

—Por supuesto. ¿Cuál será mi misión?

Le expuso su plan en pocas y rápidas palabras. A continuación la besó largamente con el delicado cuerpo de ella presionado contra el suyo.

Entonces todo pasó muy rápidamente. Se abrió la puerta de golpe, se encendió la luz, y varios hombres con las armas en posición de tiro entraron precipitadamente en la habitación. Pisándoles los talones les seguía un hombre alto con un parche en un ojo.

Fue éste último quien con voz cortante exclamó:

—¡Lo quiero vivo!

Jakob se había echado sobre el cuerpo de Déborah rápidamente nada más encenderse la luz y le había puesto las manos en la garganta como si intentara estrangularla. Apenas le quedó tiempo para susurrarle:

—Tienes que salvar esas actas. Promételo. Salva a tu pueblo. Sálvate. Solo eso cuenta. Olvídame.

Unas manotas lo apartaron de Déborah y se lo llevaron afuera. Jakob no se resistió.

Entretanto, Déborah pugnaba por respirar entre jadeos; todo su entorno le

parecía una peonza de millones de puntitos de luz que bailaban. Jakob la había agarrado con fuerza del cuello para simular la mayor autenticidad en el ataque. Déborah se tomó el pulso. Sin embargo, más que la garganta le dolía sobre todo el corazón, un corazón que gritaba «Jakob», mudo y desesperado.

El hombre del parche en el ojo se acercó y se detuvo frente a la camilla. Con su largo abrigo de piel sobresalía como una torre amenazadora, negra ante ella. Su único ojo se quedó pegado al acecho en el rostro de ella y lo sondeaba como si quisiera penetrar en su mente. Ese hombre despertó un recuerdo en ella, pero no era capaz de asirlo. El pensamiento se le escurrió como un suspiro volátil.

Déborah solo sabía una cosa: que él le infundía un miedo atroz a pesar de no habérselo encontrado nunca antes. No se expuso ni un segundo más a esa mirada inquisidora, y se dio la vuelta con ímpetu para ocultar la cara en la almohada. La mordió para ahogar sus gritos mudos, mientras se repetían en su interior las últimas palabras de Jakob como un mantra terrible: «Olvídame. Olvídame. Olvídame...».

Como desde muy lejos oyó al desconocido dar una orden a un hombre de su entorno:

—Llama a un médico. Y luego haz que venga Brunnmann por aquí.

El médico apareció al poco tiempo. Era un hombre bajito y orondo, con gesto angustiado en la cara y unas gafas de cristales gruesos que aumentaban el tamaño de sus ojos. Le palpó con habilidad el cuello y le tomó el pulso.

—Bueno, pequeña señorita. Otra vez ha tenido mucha suerte —dijo después intentando una sonrisa reconfortante que se malogró por completo. Déborah podía percibir la impaciencia del médico, probablemente estaba deseando abandonar esa habitación lo más rápidamente posible. A ella le sucedía algo similar. La presencia del tuerto irradiaba una fría maldad que hacía que todo su cuerpo se estremeciera y deseara estar en otro lugar solo por escaparse de él.

—Voy a darle ahora algo para que pueda dormir, pequeña señorita. —Sacó una jeringuilla. Déborah no quería dormir para nada en esos momentos sino correr donde Marlene después de que se fueran aquellos hombres. Tenía que contarle a toda costa lo que acababa de suceder, ponerla sobre aviso. Abrió la boca para protestar, pero el del parche en el ojo se le adelantó para sorpresa suya.

—¡Espere! —increpó al médico. Se acercó más a Déborah y con un movimiento imperativo de la cabeza ordenó al facultativo que saliera de la habitación. Su salida precipitada fue similar a una fuga.

Déborah no deseaba otra cosa sino que la dejaran sola. ¿Cuándo iba a

marcharse el del parche en el ojo? Lo detestaba porque le había arrancado a Jakob de ella. Deseaba tocarse los labios en los que todavía podía saborear el beso de Jakob. ¿Adónde se lo llevaban? ¿Qué iba a suceder con él? Obstaculizó ese pensamiento en su inicio porque no era capaz de llevarlo hasta el final. Necesitaba ahora todos sus sentidos porque volvía a percibir aquel ojo cruel dirigido a ella.

El hombre, con gesto desenvuelto y sin mirar, dejó que el largo abrigo negro de piel se le deslizara desde los hombros. Uno de sus jóvenes acompañantes lo agarró de inmediato con habilidad, mientras otro se apresuró a colocarle correctamente la silla que, ya desvencijada, crujió bajo su peso. Este detalle restó algo de su elegancia a aquella coreografía a tres que delataba una actuación conjunta bien ensayada.

«¿Quién era ese hombre?», se preguntó Déborah, y no era la primera vez que lo hacía. Le provocaba bastante más que solo miedo, el insípido sabor del temor amenazaba con apoderarse de ella. ¿A qué estaba esperando? ¿Por qué no decía nada y se limitaba a mirar fijamente como si lo supiera todo acerca de ella? «Contrólate», se amonestó a sí misma. «Hazte la tonta tal como te ha dicho Marlene. Esa es tu única posibilidad de éxito». Movi6 su primera ficha.

—Gracias —susurró intentando que no sonara en un tono de mayor sufrimiento del que estaba experimentando en realidad.

Una de las cejas del hombre se alzó de una manera apenas perceptible. El resto de su rostro mortecino no mostró el menor indicio de emoción.

Siguió una pausa larga. «Es tu turno», pensó Déborah y obsequió al hombre con una tímida sonrisa. Desde su perspectiva, él era al fin y al cabo su salvador, así que tenía que actuar conforme a esta circunstancia.

—¿Qué quería Jakob Wanda de usted? —acabó disparando él por fin la primera pregunta dirigida a ella. Solo gracias a la más extrema disciplina de actriz sobre el escenario, consiguió ocultar el terror que le causó comprobar que él conocía el verdadero nombre de Jakob.

—¿Cómo dice? —preguntó ella con expresión turbada—. No se ha esforzado por presentarse sino que más bien ha tratado de matarme. ¿Es usted de la policía?

Deslizó la mano hacia el cuello para recordarle a su interlocutor que acababa de salvarse de un atentado contra su vida. La garganta le quemaba como fuego.

—Así que admite usted que conoce su nombre, ¿es así?

—¡No, yo no he dicho eso! Desconocía por completo a ese hombre. ¡Ha sido

usted quien ha citado el nombre!

—¿Afirmas entonces que no lo había visto antes?

«¿Por qué me trata este hombre como si yo fuera la autora de un delito y no la víctima?», se preguntó Déborah. Al miedo que sentía se le unió ahora la inseguridad. De repente creyó oír en el cogote la voz admonitoria de Marlene que le susurraba al oído: «¡No declarar nunca la verdad!». De ahí que respondiera:

—No creo haberlo visto anteriormente. La habitación estaba a oscuras hasta que llegaron ustedes y lo apartaron de mí inmediatamente. —Volvió a llevarse la mano al cuello y contrajo la cara con una mueca de dolor—. ¿Podría beber un poco de agua, por favor?

Un asentimiento apenas perceptible de la cabeza del hombre del parche del ojo y el joven que le había puesto la silla correctamente, alcanzó a Déborah de inmediato un vaso de agua.

Ella subrayó su desamparo permitiendo que él le sostuviera la cabeza mientras le acercaba el vaso a los labios. Déborah le dio las gracias con una voz débil y volvió a recostarse en la almohada. Al mismo tiempo hizo que la colcha resbalara por ella hasta dejar al descubierto sus hombros bien proporcionados. El joven le retiró el vaso sin inmutarse y se colocó a un lado con una cara inexpresiva, al tiempo que se cuadraba y golpeaba sin querer con las botas el orinal que estaba junto a la cama. El ruido resonó en el silencio del hospital en la noche haciendo que Déborah se estremeciera por el susto, mientras que los hombres no se movieron para nada.

«Hay algo que encaja en esos hombres», pensó Déborah. Estaba mostrando sus señales femeninas, pero parecía que estaba emitiendo en una frecuencia equivocada. Esos hombres no reaccionaban en absoluto, parecía incluso que no se apercebieran siquiera de su presencia.

Otro hombre entró en la habitación con revuelo del abrigo. Se acercó rápidamente a su jefe y le susurró algunas palabras al oído. Déborah creyó reconocer una breve llamarada de satisfacción en sus rasgos marcadamente inexpresivos. Lamentó que sus sensibles oídos siguieran dañados por la explosión, de lo contrario habría podido entender con seguridad lo que el otro hombre acababa de decirle.

El del parche en el ojo se inclinó hacia delante, y el rostro duro de él se colocó directamente por encima del suyo cuando le dijo casi con dulzura:

—Algunas personas del personal sanitario del hospital vieron como Wanda

entró a hurtadillas en esta habitación. Según sus informaciones, ese hombre habría estado por lo menos quince minutos aquí. Si no conocía a ese hombre, tal como asegura usted, me interesaría saber qué le movió a quedarse aquí dentro tanto rato, ¿eh? ¡Venga, suelte prenda!

El corazón de Déborah se quedó paralizado un compás. Su entendimiento buscaba febrilmente una respuesta plausible. Acabó respondiendo en su mejor tono de niña pequeña:

—Pero... ¿cómo iba yo a saber cómo piensa un asesino? Solo sé que intentó matarme y que ustedes llegaron por suerte a tiempo para salvarme. Por ese motivo le estoy muy agradecida. Mire, no me encuentro muy bien, me gustaría descansar ahora un rato.

Déborah se tapó con la manta hasta la barbilla en un gesto demostrativo y se apartó de aquella mirada taladradora. «Vamos, vete de una vez», pensó.

Pero el hombre no le hizo ese favor. Le agarró la barbilla con su mano férrea y la obligó así a que le dirigiera de nuevo la mirada.

—Así no, jovencita. La he estado observando atentamente. Usted oculta algo, y me lo va a contar ahora mismo, de lo contrario la saco de su camilla caliente y pasará el resto de la noche en una celda fría y húmeda. ¿De acuerdo? ¡Bien, la escucho!

—¡Suéltela ahora mismo, mayor Greiff! —exclamó Albrecht clavado en el marco de la puerta en actitud militar. En la mano llevaba su látigo para perros.

A Déborah, que se confesaba a sí misma haber sentido un miedo de muerte, casi se le saltaron las lágrimas por el alivio.

Sin ninguna prisa, Greiff se irguió y giró despacio la cabeza.

—Ah, el teniente coronel de las SS ha llegado por fin. Y precisamente en el momento justo, me parece. Esta fulana judía iba a contarme sus secretos.

—Sería un detalle de su parte que no llamara fulana a mi hijastra. ¿Me permite ponerme al tanto de lo que está sucediendo aquí?

Mientras hablaba, Albrecht entró en la habitación y se acercó a Greiff sin quitarle un solo segundo los ojos de encima como si le considerara capaz de todo. Los dos hombres estaban uno frente al otro como en un duelo, sus miradas enlazadas, como si fuera a comenzar en cualquier momento la acción. Los dos tenían más o menos la misma estatura, y esa enemistad abierta y mutua que irradiaban llevó a Déborah a deducir que se conocían desde hacía mucho tiempo. El odio se alzaba entre ellos como un muro.

Déborah iba pasando la vista de uno a otro, perpleja. ¿Qué estaba

sucediendo?

—Así que su hijastra, bien, bien. Por ahí he oído algo muy distinto. —La voz de Greiff destilaba suficiencia a raudales.

—No me interesa nada lo que usted haya oído por ahí. Se lo advierto, mayor. ¿Tengo que recordarle mi rango? Vamos, dígame, ¿por qué está interrogando a mi hijastra?

Albrecht jugueteaba con el látigo mientras hablaba. Lo restallaba sobre sus botas de piel, mientras la mueca de su rostro indicaba lo mucho que le gustaría hacérselo sentir en las carnes a su interlocutor.

Greiff no se mostró en absoluto impresionado ni con el gesto de amenaza ni con la alusión a su rango inferior.

—Esta fulana —Greiff pronunció estas palabras como si escupiera y señaló con la mano extendida en dirección a Déborah—, acaba de ser pillada en compañía de uno de los sujetos más peligrosos de Polonia, con un enemigo del Reich alemán. Mi misión era averiguar qué cosas tenían que decirse entre ellos. Mis investigaciones tienen que ver prioritariamente con el cobarde atentado de ayer contra Heydrich, general de las SS y gobernador del protectorado del Reich en Praga, y no con el que ha tenido lugar en la cafetería. Jakob Wanda es uno de los cerebros. Según fuentes confidenciales, sé que escondió a Jozef Gabčík y a Jan Kubiš, los autores del atentado. Y ese hombre, Wanda, ha estado aquí, en esta habitación o bien con la intención de visitar a su hijastra, o bien de asesinarla. En los dos casos hemos de preguntarnos por qué. La chica sabe algo, así que no obstaculice usted mi labor, teniente coronel de las SS.

Era la primera vez que llegaba a los oídos de Déborah la noticia del atentado contra Reinhard Heydrich. Tenía la esperanza de que hubiera muerto, pero tenía que reconocer por fuerza que ese Greiff en el fondo había hecho diana en sus afirmaciones. Le pareció que era el momento de intentar algo antes de que le arrancaran todas las esperanzas.

Pudo ver cómo sus palabras se filtraban en los pensamientos de Albrecht como un veneno, y cómo éste fruncía el ceño. Ella intervino entonces:

—No sé de qué está hablando este hombre, Albrecht. La verdad es que alguien entró a hurtadillas en mi habitación e intentó estrangularme. Entonces aparecieron estos señores y me salvaron, y ahora esta persona afirma de pronto que tengo algo que ver con ese criminal. Por favor, Albrecht, tengo el susto todavía metido en los huesos, me duele la garganta, y me siento terriblemente mal.

Le extendió la mano en actitud implorante y le dirigió los ojos húmedos de lágrimas. Albrecht observó la palidez de ella y las marcas de los cardenales en el cuello.

Midió a Greiff con una última mirada desafiante antes de precipitarse hacia ella. Le pasó el brazo por los hombros y la estrechó contra él. Déborah se pegó a él buscando protección.

Greiff observó la escena con gesto despectivo y escupió al suelo.

—¡Qué enternecedor! —comentó en un tono cáustico—. Cuando tenga de nuevo las riendas de su polla, quizá pueda volver a pensar usted con claridad, teniente coronel de las SS —dijo con mala leche.

Albrecht se giró a medias y replicó por encima de su hombro:

—¡Qué interesante esto que cuenta cuando usted no tiene nada que objetar delante del culo de un joven judío, según cuentan por ahí.

—No habría imaginado jamás que diera usted crédito a los rumores asquerosos.

—Solo cuando son ciertos, mayor. Ahora váyase, Greiff, y no se atreva a repetir sus acusaciones ni a acercarse de nuevo a la señorita Malpran. Se lo advierto, no se pase usted fastidiando.

Déborah observó por el rabillo del ojo cómo el hombre titubeó durante algunos segundos mientras el odio descomponía su rostro en una máscara absurda. Entonces se relajó de pronto, como si se le hubiera pasado por la cabeza otra idea. Una risita diabólica se deslizó por su cara haciendo que destellara una llamarada negra en su único ojo. Una premonición funesta se apoderó de Déborah haciéndola estremecer.

Con una seguridad dolorosa sabía lo que iba a hacer ahora ese individuo: iba a buscarse una nueva víctima. ¡Iba a ir donde estaba recluido Jakob y lo torturaría! Greiff hizo una señal militar a sus hombres y se marchó de la habitación sin pronunciar ninguna otra palabra.

Apenas unos segundos después de marcharse, el médico bajito asomó la cabeza por la puerta con cautela, pero no se atrevió a entrar del todo en la habitación. Albrecht lo descubrió y le exhortó a que se acercara.

Cuando vio cómo seguía aferrándose Déborah a Albrecht, dijo en tono de lamento:

—Ay, esta pobre muchachita, qué susto se ha llevado. Ahora podrá descansar por fin.

Alzó la inyección que ya tenía preparada, pero esperó con gesto inquisitivo a

que Albrecht, quien parecía infundirle apenas menos respeto que Greiff, le diera el permiso. Albrecht asintió con la cabeza en un gesto apenas perceptible, y el médico clavó la aguja con tanta rapidez que Déborah no tuvo tiempo ninguno para defenderse.

Seguramente lo había hecho con buenas intenciones, pero desgraciadamente su acción contrariaba al mismo tiempo el plan de Déborah de hacer una visita a Marlene durante la noche.

Al cabo de unos pocos instantes se produjo la relajación, y Déborah se sumergió en el olvido reparador. Albrecht permaneció allí algunos minutos más observando el rostro durmiente de ella y se fijó bien en las marcas azules del cuello. A continuación regresó a toda prisa a su hotel y se aseguró de que los valiosos documentos de su cartera reposaban a buen recaudo en la caja fuerte de la habitación.

Capítulo 49

DÉBORAH DESPERTÓ POR la mañana desde los grises velos de sueños confusos. Estaba sola. Le dolía todo, y durante algunos minutos intentó en vano ordenar en una sucesión correcta sus nebulosos pensamientos. Era como si la mente se le resistiera incluso a pensar.

Sin embargo, no podía escaparse de lo vivido. El ímpetu del recuerdo dio de pleno en ella con tanta mayor virulencia por cuanto había tratado de reprimirlo.

«Jakob», sollozó sin inhibiciones, y entonces se rindió por completo a su pena honda. La imagen de él, maniatado y desvalido frente a aquel diablo negro de las SS, se impuso en su mirada interior y la desesperación le oprimió la garganta.

Se fue gestando en ella la idea de la venganza. Se irguió y se secó las lágrimas. No iban a servirle a Jakob para nada, pero ella se sintió reforzada. Se levantó e ignoró las señales de debilidad de su cuerpo. Deseaba ir donde Marlene. Se aferró al pensamiento de que Marlene, que no se dejaba doblegar jamás, sabría cómo proceder para proyectar un plan las dos en común.

El hospital llevaba ya despierto mucho rato, y en los pasillos reinaba la actividad. Por todas partes había camillas provisionales pegadas a las paredes, en la mayoría de las cuales yacían dos enfermos juntos o sobre las cuales estaban sentadas varias personas. Lamentos y quejidos acompañaron a Déborah en su camino hasta Marlene.

Déborah pasó como teledirigida al lado de aquellos enfermos cuyas caras estaban vacías de expresión o desfiguradas por el dolor. Todo su ser estaba concentrado únicamente en Jakob y en su rescate. Entró en la sala de enfermos y se quedó paralizada. La camilla en la que yacía ayer Marlene estaba ocupada por dos mujeres desconocidas que parecían sufrir delirios. Ninguna de las dos reaccionó a la pregunta de Déborah por la mujer rubia alemana. Sus ojos se movían con angustia buscando desesperadamente a Marlene.

—Se la llevaron por la noche, señorita —murmuró una voz a sus espaldas.

Déborah se dio la vuelta. Una anciana con el pelo gris hirsuto se irguió con gran esfuerzo en su camilla. Tenía una enorme protuberancia de color violeta en la mejilla, y sus ojos brillaban por el efecto de la fiebre.

Déborah se acercó a ella con la esperanza de saber algo más acerca del paradero de Marlene.

—¿Qué dice usted? ¿Se la llevaron? ¿Quién se la llevó?

La mano de la anciana, encorvada por la gota, se aferró al brazo de Déborah como una garra:

—¡El hombre de negro se la llevó, fue el hombre de negro, y solo tenía un ojo! —dijo riéndose como una loca.

Presa del pánico, Déborah regresó corriendo a su habitación. De repente comprendió de qué fuentes había bebido su inexplicable miedo hacia el hombre del parche en el ojo. ¡Su apellido, por supuesto! ¡Albrecht lo había llamado Greiff! Marlene nombró ayer ese mismo apellido en el hotel. ¡Era él, Hubertus von Greiff, el enemigo a muerte de Marlene! Y ahora volvía a tener a su amiga en sus manos.

Déborah deambulaba por la habitación del hospital como una gallina descabezada. «¡Piensa, piensa!» Tenía las manos rodeándole las sienes, como si pudiera acelerar así el proceso de reflexionar. Entonces se detuvo abruptamente. Alzó la barbilla con gesto combativo. ¡Albrecht! Tenía que hablar con Albrecht. Él estaba enemistado con Greiff. Tal vez pudiera sacar algo en claro de esa rivalidad. Tocó el timbre con impaciencia para que acudiera la enfermera y le pidiera un taxi.

Se abrió la puerta, pero no fue la enfermera sino Osman quien apareció por el marco de la puerta. Llevaba consigo una de las bolsas de viaje de Déborah. Ella salió a su encuentro con las manos extendidas.

—Osman, no puedes imaginarte lo que me alegra verte.

El chófer hincó una rodilla ante ella, tomó su mano derecha y se la llevó a la frente de nuevo con un gesto inimitable de sumisión. Déborah lo agarró de los hombros y lo levantó.

—Esto no, Osman, me desconciertas del todo. Ven, vamos a hablar.

Le indicó con un gesto que se sentara en la única silla que había allí. Ella se sentó en la cama.

—Osman, yo...

Pero Osman la interrumpió llevándose el dedo índice a los labios y se dirigió apresuradamente hacia la puerta. Se aseguró de que ésta estaba bien cerrada. A

continuación se sentó al lado de ella. Trazó algunas muecas en su rostro y las acompañó con diferentes movimientos de la mano.

Déborah comprendió que Osman trataba de informarse sobre el estado de ella.

—Gracias, Osman, me encuentro bien. Solo algunos morados y una garganta maltratada. No es nada serio. —Déborah se inclinó hacia Osman y bajó la voz hasta convertirla en un susurro—: Primeramente tengo que darte las gracias por salvar la cámara y ponerla a salvo. Por desgracia, anoche sucedió algo terrible. A nuestro amigo —Déborah evitó pronunciar expresamente el nombre de Jakob— lo han detenido y a Marlene también. Si hay alguna cosa que pueda relacionarte con ellos dos, entonces deberías desaparecer de inmediato para ponerte a salvo. —Osman negó con un movimiento decidido de la cabeza.

Déborah no supo interpretar si eso significaba que no existía nada por lo que Greiff pudiera estar tras su pista, o si sencillamente se negaba a abandonarla allí. En cualquier caso, ella se quedó aliviada y no le atosigó más en este sentido.

—Nuestro amigo me ha contado vuestro plan para robar los documentos originales. Yo te ayudaré. Pero voy a intentarlo yo misma. Tu misión será entonces llevarlos con seguridad al sitio indicado por nuestro amigo. Después tendrás que esconderte. Yo te daré todo el dinero que pueda reunir.

Osman protestó con gestos mudos. Déborah entendió que él consideraba excesivamente alto el riesgo al que se exponía ella.

—Ya me hago cargo yo, Osman. Trata de permanecer cerca de mí. Me pondré en contacto contigo en cuanto tenga los documentos conmigo. Eso puede tardar algunos días. Bien, y ahora llévame por favor al hotel. Tengo que salir de aquí o de lo contrario me pondré realmente enferma en este hospital.

Quiso levantarse y coger la bolsa con las prendas de vestir limpias, pero Osman la contuvo. Extrajo una carta breve del bolsillo de su uniforme y se lo tendió con gesto contrariado. Albrecht le comunicaba en ella que había tenido que salir de viaje durante dos días pero que el personal del hotel y Osman tenían instrucciones de que satisficieran todas sus necesidades.

—¡Mierda! —se le escapó a Déborah, que solo pudo domar su decepción con gran esfuerzo. Albrecht la dejaba sola justo en esos momentos. ¿Quién si no él podía ayudarla a investigar el paradero de Marlene? No iba a ser capaz de superar esos dos días de incertidumbre.

Su cerebro trabajaba a toda máquina. ¿Era una buena idea dirigirse a Ernst, el oficial y novio de Marlene? Sabía con seguridad que él estaba enamorado de

Marlene y que intervendría como mínimo en la desgracia de Marlene. Tal vez incluso sabía adónde la habían llevado y podía organizarle una visita a su amiga. Déborah no pudo reprimir la sensación de una debilidad repentina que se le transmitió a las piernas cuando pensó que volvería a encontrarse entonces con ese terrible Greiff.

Maldición, donde quiera que se dirigiera se le abrían callejones sin salida y la acechaban todo tipo de peligros. Sin Albrecht no podría conseguir nada en el asunto de Marlene. Realmente no tenía ninguna otra opción que esperar. Tenía las manos atadas hasta que él regresara. Al mismo tiempo, Déborah no era tan ingenua como para creer que a Albrecht podía importarle el destino de Marlene de tal manera que cediera a su ruego de liberarla de su terrible situación, pero al menos podía informarse acerca de su estado.

Regresó al hotel en compañía de Osman. Los dos días hasta el regreso de Albrecht transcurrieron con una lentitud torturadora. A un ser tan impulsivo e impaciente como Déborah, la espera le pareció un suplicio. Jamás le había parecido tan lento el transcurso del tiempo.

Se pasó las horas forjando planes y proyectando campañas de venganza contra Greiff. Se le hacía atroz el pensamiento de que ella no tenía ninguna posibilidad en absoluto de ayudar a Jakob. Estaba condenada a la inactividad. ¡Ni siquiera sabía si continuaba con vida! Por último se concentró en su anunciado propósito de apoderarse de las actas de la reunión del Wannsee. Esas actas eran la clave de su venganza. Sin ellas se despojaba de todo su sentido a los sacrificios anteriores. Hora tras hora estuvo dando vueltas al armario de la caja fuerte, ponderando las diferentes opciones. Cualquiera observador que la hubiera contemplado habría creído que estaba conjurando el armario para que se abriera por sí solo. Ahora mismo estaba también cavilando delante de él.

La inactividad había hecho mella en Déborah. Se sentía estúpida e inútil, una don nadie. En un acceso repentino de rabia golpeó la portezuela con espejo y ésta se cerró con furia. Al hacerlo destelló algo fugazmente en el espejo. Se detuvo, agarró la portezuela y volvió a abrirla despacito hasta que volvió a ver aquel misterioso destello. Resultó ser el reflejo emitido por la champanera que estaba encima de la cómoda. Eso hizo que se le iluminara una idea.

Fue a buscar su maletín de maquillaje y puso la champanera a un lado. En la parte interior de la tapa del maletín había un espejo engastado. No medía más de quince centímetros en forma de cuadrado. Estuvo algunos minutos probando, iba del armario de la caja fuerte hasta la cómoda y regresaba luego a la cama, y cada

vez ajustaba de nuevo el emplazamiento del maletín. Acabó encontrando finalmente la posición correcta. Ahora podía divisar perfectamente desde la cama la cerradura por combinación numérica de la caja fuerte reflejada en el espejo del maletín. Como la cerradura le quedaba a la altura del vientre, Albrecht, debido a su estatura, tenía la costumbre de doblar las rodillas mientras introducía la combinación numérica. Ahora solo tenía que esperar a que Albrecht volviera a abrir la caja fuerte y ella memorizaría los números.

El resto de la tarde y de la noche lo pasó Déborah ejercitándose en dibujar números invertidos lateralmente por el reflejo, hasta que los dominó al dedillo. A continuación despedazó las hojas en diminutos jirones, los arrojó al retrete y tiró de la cadena. Sonrió. A veces la rabia tenía su parte buena.

Poco antes de la medianoche del tercer día regresó por fin Albrecht. Déborah se había tenido a sí misma por muy valiente, pero ahora tenía miedo y hacía rato que era un manojo de nervios. Sin embargo, se recompuso por Jakob y por Marlene y desempeñó su rol. Se deslizó desnuda de la cama, salió a su encuentro y se arrimó a él. Resultaba reconfortante tenerlo por fin de vuelta y que ella no estuviera sola. Estuvo casi a punto de llorar por el alivio.

No obstante se conminó a no torpedearle de inmediato con preguntas acerca de Marlene. Albrecht la rodeó con un brazo y la condujo de vuelta a la cama. Él olía a alcohol y a humo de cigarrillos, pero había otro olor más en él. Un olor que no era ni agradable ni desagradable para ella, sino que causó a Déborah una impresión familiar, y sin embargo no comprendió a la primera de qué se trataba.

—Veo que te encuentras mucho mejor. Necesito un baño urgentemente —dijo Albrecht entonces—. Tú sigue durmiendo.

Se quitó la chaqueta del uniforme y la arrojó sin prestar atención sobre la cartera que había dejado encima de una silla al entrar.

Poco después escuchó ella el sonido del agua en el cuarto de baño. Déborah pugnaba consigo misma. La cartera con los documentos estaba ahí mismo. ¿Debía arriesgarse y mirar en su interior? Indecisa se deslizó de la cama y agarró la chaqueta del uniforme en primer lugar. Estaba húmeda. Frotó un poco por encima con cuidado y luego se contempló los dedos. Estaban rojos. Se los olió. ¡Era sangre! ¡Ése había sido el olor indefinido de antes! ¡Albrecht olía a sangre! Ascendieron en ella las náuseas.

—¿Qué haces ahí? —Albrecht había aparecido desnudo en la puerta del cuarto de baño.

—Solo quería colgarte la chaqueta del uniforme —replicó ella con

espontánea vivacidad—. Pero quizá haya que llevarla a la tintorería. Esto son manchas de sangre, ¿verdad?

—Hablaemos de eso mañana. Vuelve a la cama, María. —Albrecht se acercó desnudo a ella y la contempló con una mirada penetrante mientras cogía la cartera. Extrajo de ella la carpeta con los documentos y la encerró en la caja fuerte.

Por desgracia, Albrecht no había encendido la luz del techo al entrar. Déborah tenía solamente encendida la lámpara de la mesita de noche, por eso no había suficiente claridad para poder leer la combinación numérica. Se enfadó por no haber pensado en esa posibilidad. De todas formas también había tenido suerte. Albrecht había estado a punto de pillarla hurgando en su cartera.

—¿Quieres que te haga compañía en el baño? —se obligó ahora a decir con una sonrisa.

—No, necesito urgentemente unas horas de sueño. Más tarde.

La impaciencia de Déborah venció ahora a su raciocinio haciendo que se olvidara de toda precaución.

—¿Sabes qué ha sucedido con Marlene, Albrecht? Ese hombre del parche que es de la Gestapo se la llevó del hospital aquella misma noche. ¿Por qué motivo? ¿Por qué lo hizo? Marlene está herida de gravedad.

—¿Cómo sabes que es de la Gestapo? —Había cierto tono de acechanza en la pregunta de Albrecht.

—Lo mencionó el médico del hospital. ¿De qué lo conoces? ¿Y qué quería de mí? Me dio mucho miedo —dijo Déborah sin tener que simular su miedo.

—Ya te he dicho que hablaemos mañana. Y ahora a callar y a dormir. Yo voy enseguida.

Capítulo 50

ALBRECHT VOLVIÓ A dar largas a Déborah a la mañana siguiente. Se le subió encima y primeramente se satisfizo sin tapujos con ella.

Déborah sospechaba que quería mantenerla adrede en vilo. No se mostró dispuesto a hablar de Marlene hasta después de dar cuenta del desayuno opíparo que habían mandado que les llevaran a la *suite*.

—Es una espía judía. Su nombre es Anna von Dürkheim. Su madre era judía y estuvo trabajando de criada en el hogar de los Dürkheim. Sedujo al hijo de la casa. Greiff ya tuvo arrestada una vez en Berlín a Marlene, alias Anna, por actividades hostiles al Estado. Escondía a judíos y los ayudaba a salir clandestinamente de la ciudad. La ha reconocido. El pobre Ernst, me temo que estará viviendo ahora mismo unas horas poco placenteras. Greiff lo tiene ahora agarrado por donde duele.

—¿Marlene, una espía judía? Pero eso es una locura total, Albrecht. ¡Casi resulta muerta en el atentado! ¡Eso por sí solo demuestra que no puede tener lo más mínimo que ver con esa gente! —exclamó Déborah.

—No, eso demuestra como máximo lo desorganizados y descoordinados que están los de la resistencia polaca. Un montón de gentuza miserable que llega a matar incluso a su propia gente —dijo Albrecht en tono despectivo.

—A pesar de todo, Albrecht, estáis equivocados. Créeme, ese Greiff es un loco, mira solo cómo me trató. Ve espías detrás de cada esquina. —Déborah no tuvo que simular su indignación—. ¡Tienes que hacer algo enseguida por Marlene! Habla con Greiff y dile que está equivocado. ¿Dónde está Marlene, se puede saber? ¿Sabes cómo está? ¿Puedo verla?

—Está donde tiene que estar, en la prisión de Montalupich. ¿Que cómo está? Me temo que no se encontrará especialmente bien al no haber confesado a Greiff lo que éste quiere saber. Pero tampoco antes estaba bien —añadió Albrecht con una sonrisa canalla—. Tal como lo veo yo, Greiff la va a estar maltratando presumiblemente en vano. Esa mujer no es tonta. En primer lugar tiene rota la

columna vertebral, y en segundo lugar es consciente de que Greiff la matará de una manera u otra. Tu supuesta amiga deseará la muerte en el estado en el que se encuentra, pero quizá puedas ayudarla tú. A Greiff se le ha ocurrido algo.

—¿Greiff? ¿Qué quiere ése de mí? —preguntó Déborah con desconfianza. Solo pensar en ese hombre desató un estremecimiento helado en ella.

—Quiere que vayas donde esa tal Kalten y que la interrogues. Si te revela dónde están escondidos los que atentaron contra Heydrich, entonces permitirá que un médico atienda a Marlene.

—Eso significa que tú también crees que ella tiene algo que ver con el atentado a tu jefe, ¿no es así? —preguntó Déborah mientras reflexionaba a toda velocidad si Albrecht le estaba tendiendo una trampa porque sospechaba también de ella. Entretanto ella se había enterado de que Reinhard Heydrich había resultado gravemente herido en el atentado del 27 de mayo, pero que según el parte de los médicos iba a sobrevivir.

—Por principio no me creo nada sin pruebas. El mayor Von Greiff puede que no sea mi mejor amigo, pero sabe hacer su trabajo y pertenece, igual que yo, al cuerpo de élite de las SS. Si hay alguien que pueda averiguar la verdad, ése es él. También yo quiero saber quiénes son los cerebros de la operación. Habla con esa mujer y averigua lo que sabe.

Déborah trató de leer en la cara de Albrecht. ¿Se creía Albrecht la acusación de Greiff dirigida a ella? Sin embargo, Albrecht la estaba mirando sin mostrar el menor atisbo de sus intenciones. En cualquier caso, eso significaba que tenía permiso para ver a Marlene. Con ella podía hablar sobre la detención de Jakob. Quizá pudiera decirle Marlene a quién podía dirigirse dentro del grupo. Todo lo demás era insignificante.

—Vale —dijo ella entonces—, hablaré con ella.

—Eres una buena chica. —Albrecht arrojó su servilleta encima de la mesa y se levantó—. Vístete. Nos vamos ahora mismo.

EL TRAYECTO HACIA la prisión de Montalupich, situada al norte de Cracovia, transcurrió en silencio. Cuando el vehículo se detuvo frente al complejo de edificios de la prisión y Albrecht no dio muestras de bajarse, le preguntó Déborah nerviosa:

—¿Cómo? ¿No vienes tú también?

—No, tengo cosas que hacer, pero te enviaré a Osman con el coche. Te estará esperando aquí dentro de una hora.

—¿Me dejas a solas con ese Greiff? —Déborah se esforzó por mantener controlada la voz.

Albrecht sonrió seguro de sí mismo.

—No debes tener miedo de él, María, no puede hacerte nada ni te lo hará. Le he dado unas instrucciones estrictas. No puede permitirse ninguna bronca conmigo, y mucho menos con Heydrich. Y ahora baja y procura tener éxito. Si es así, te tendré preparada una recompensa.

Osman le abrió la portezuela. A Déborah no le quedó más remedio que bajarse.

—Hay un detalle más —exclamó Albrecht a sus espaldas, y Déborah se giró hacia él con gesto inquisitivo—. Marlene ha perdido mucho de su antigua elegancia. —Le sonrió.

Déborah lo odió por primera vez.

EL GUARDIÁN IBA delante de ella. No se esforzaba por hablar con Déborah, ni tampoco prestaba atención para ver si podía seguirlo, sino que avanzaba a buen paso, descendió por una escalera estrecha y siguió caminando por interminables pasillos oscuros que en parte eran tan bajos que tenía que agachar la cabeza. Oía a moho y a alcantarillas. El hombre abrió en silencio una pesada puerta y dejó entrar a Déborah.

—La espero aquí afuera. Llámeme si me necesita.

Déborah se obligó a asentir amablemente con la cabeza, se cerró la puerta tras ella y la llave giró en la cerradura con ruido.

—Me estaba preguntando cuándo ibas a aparecer. ¿Quién te envía, Greiff o Brunnmann?

Marlene yacía tumbada en un catre.

A pesar de que Albrecht la había puesto sobre aviso, a Déborah le impresionó enormemente la visión de Marlene. Yacía sobre sus propias heces. Como no podía moverse, tampoco podía alcanzar el cubo de hojalata que se hallaba en un rincón.

Déborah miró a su alrededor desvalida. No había agua, ni papel, ni trapos, nada. Solo suciedad, mal olor y bichos.

—Sí, esto no es precisamente el Adlon —dijo Marlene en voz baja cuando Déborah se le acercó—. Inclínate sobre mí. Los muros aquí son gruesos, pero no quiero correr ningún riesgo. Escúchame bien, Déborah, no sé de cuánto tiempo disponemos. No voy a salir con vida de aquí. Tienes que llevar hasta el final

nuestra misión y robarle las actas a Brunnmann. De lo contrario todo habrá sido en vano. Necesitamos los originales. Dáselos a Osman. Él sabe lo que hay que hacer con ellos. Prométeme que te ocuparás de esto.

Déborah no dijo nada, sino que se limitó a mirarla en silencio. Comprendió que Marlene tenía roto el cuerpo, pero no así la voluntad.

—Prométemelo. ¡Vamos, dímelo!

—Lo prometo —dijo Déborah con disgusto.

—Bien. Tienes que hacerme otro favor también. Por motivos evidentes no pude tomar mi cápsula de cianuro —dijo Marlene intentando esbozar una sonrisa—. Greiff me la ha quitado, pero yo dejé escondida una segunda cápsula en el baño de la habitación de tu hotel. Está enganchada debajo del armario de las toallas. Tienes que traérmela y dármele. Es decir, tienes que metérmela en la boca —añadió con énfasis.

—¿Qué?

—Ya me has oído bien. ¡Mírame, estoy hecha una braga! No siento nada por debajo del cuello. ¡Nada! Ni siquiera al tuerto le entran ganas de torturarme. Tráemela, ¿me oyes?

—¿Quieres que te la traiga para que puedas matarte? —dijo Déborah con un tono débil en la voz.

—Eres una niña lista, lo has captado bien.

—Pero...

—¡No hay pero que valga! Hazlo. No quiero seguir viviendo así, estoy tumbada sobre mi propia mierda. Tráemela lo más rápidamente posible. Hazlo si eres mi amiga. Por mí.

Déborah se la quedó mirando fijamente, incapaz de decir nada. Estaba enojada y triste a la vez.

—Vamos, prométemelo. Hazme ese favor... —En el tono de la voz de Marlene había algo nuevo, algo como una herida llagada que rompía en pedazos el corazón de Déborah. Comprendió que iba a perder a su única amiga. Y nada de lo que ella pudiera decir o hacer sería capaz de disuadir en absoluto a Marlene de su propósito firme. Si Marlene no se mataba ella misma, entonces lo harían los nazis.

Bien, te lo prometo.

—Entonces voy a delatarte ahora un detalle insignificante sobre nuestro grupo de la resistencia. Para que mañana te dejen volver a verme, diles que te he insinuado que mañana te proporcionaría más informaciones. —Marlene le

susurró algunos datos falsos que ella tenía preparados para el caso de una detención. Los nazis encontrarían ciertamente algunos objetos en la vieja fábrica, como por ejemplo algunos uniformes de policía robados a las SS, pero que estaban puestos ahí para la ocasión—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

Déborah titubeó de pronto. No sabía si era conveniente darle la noticia de la detención de Jakob. Al parecer, no sabía todavía nada. Marlene había amado antes a Jakob, pero fue estando en los brazos de Déborah cuando lo detuvieron. Hizo el esfuerzo.

—Han detenido a Jakob —susurró.

—Lo sé, pero no podemos hacer nada por él.

La cara de Marlene parecía ahora petrificada de repente.

—Pero seguramente conoces a sus camaradas. Quizá puedan liberarlo ellos.

—No seas ingenua. Bastante tienen con mantenerse a salvo ellos mismos.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Jakob era consciente del riesgo. No cuentan nuestras vidas sino la causa. Ahora tienes que adoptar tú su puesto y el mío, Déborah. Esto mismo es lo que te diría también Jakob, si estuviera aquí en estos momentos. Hazlo por él. Bueno, y ahora vete y procura pillar esas actas. Contamos contigo. No olvides que lo has prometido. Dos cosas. Hasta mañana, amiga.

DESPUÉS DE MARCHARSE Déborah, se desplomó la máscara decidida de Marlene y dio paso a la pura desesperación. Greiff había vencido. No le había quedado nada, ni siquiera el orgullo. Solo podía sostenerse en el hecho de que Déborah mantuviera su promesa y le proporcionara el cianuro, eso si volvían a darle permiso para verla. Marlene anhelaba la muerte. Lo había arriesgado todo y lo había perdido todo. Había delatado a Jakob en la esperanza disparatada de poder salvarlo, de poder resguardarlo de más torturas. Greiff la hizo asistir entonces, atada con sólidas sogas a una silla alta, mientras él torturaba a Jakob hora tras hora, durante toda la noche.

Jakob comprendió enseguida lo que perseguía su torturador con la presencia de Marlene. Él le gritó que mantuviera cerrada la boca. Él no era importante, sino la causa. Eran las palabras de él las que ella le había repetido ahora a Déborah. En algún momento de la madrugada, Marlene no lo soportó más. Greiff acababa de vaciarle un ojo. Jakob gimió, pero no llegó a gritar. Ni siquiera eso. En cambio, Marlene gritó por él hasta que se le quebró la voz y se quedó tan

ronca que no era capaz de pronunciar nada más que un susurro. Y entonces, cuando Jakob perdió por primera vez la conciencia, dijo entre gemidos:

—¡Déjelo ya, Greiff! Voy a contarle lo que sé, pero solo si llama a un médico para que se ocupe de Jakob.

Una señal de Greiff, y tan solo unos minutos después apareció un médico. Greiff se aproximó al rostro de Marlene y dijo:

—Bien, soy todo oídos.

Entonces le contó Marlene todo lo que sabía sobre la próxima acción que planeaban realizar.

¡Pero qué había hecho! Delató todo, se traicionó a sí misma, a Jakob, a la causa, y con ello no consiguió absolutamente nada. Al final de su declaración, Greiff la miró con gesto inquisitivo y dijo:

—Te agradezco, Anna, que no me hayas mentido. Y es que todo eso ya me lo contó ayer mismo otro soplón. Lo lamento mucho, pero como no he obtenido ninguna información nueva de ti, no me veo atado a nuestro acuerdo de antes.

Estuvo a punto de sonreírle casi con amabilidad. Y entonces mandó al médico que se retirara y prosiguió su actividad atroz.

Volvió a abrirse la puerta de su celda. Marlene supuso que volvería a ser el guardián. Ya ayer la había estado importunando sin poder defenderse de sus manos. Era él.

—¡Puaj!, tú, zorra, apestas como una pocilga entera.

—Igualmente. Si hubiera sabido que venías, habría tomado un baño antes.

—Cierra el pico.

La abofeteó. Marlene saboreó el gusto de la sangre en el labio. El dolor la alegró, le hizo bien sentirlo. No pudo menos que pensar en Déborah que se lo infligía a sí misma. Su amiga tenía razón, el dolor podía proporcionar alivio. De pronto Marlene se echó a reír a carcajadas.

—¿Qué pasa? ¿Por qué se ríe?

Un segundo hombre, seguido de un tercero, había entrado en la celda. Marlene no podía verlos, estaban fuera de su campo de visión.

—Ni idea, probablemente se ha vuelto majara. No sería la primera vez aquí abajo. ¿Qué quieren ustedes aquí? —preguntó el guardián de Marlene.

—Nos han ordenado que la llevemos de vuelta al hospital. El mayor Greiff quiere que permanezca con vida el mayor tiempo posible.

—¡Qué raro! —dijo el guardián—. Lo normal es lo contrario.

Pero Marlene lo comprendió perfectamente. Era un propósito sádico y

pérfido. Greiff deseaba que ella siguiera viviendo para que las imágenes de los tormentos de Jakob pervivieran en su memoria machacándola. Esa era la tortura destinada a ella. Y entonces deseó que si no iba a poder morir, al menos quería enloquecer realmente.

INDIGNADA, DÉBORAH SIGUIÓ al guardián hacia el exterior. Sentía náuseas, no tanto por el mal olor que la rodeaba como una nube densa, sino por la maldad del mundo. Esto era lo que le tenía el estómago revuelto. Había divisado los jirones de la realidad, había descubierto el rostro del mundo ahí afuera, más allá de la bella apariencia que la había tenido deslumbrada durante mucho tiempo. Sin embargo, ese mundo real no escuchaba arias ni bebía en copas de champán, ese mundo real padecía miseria, las personas morían, en la guerra o asesinadas por aquellos que le habían dado la bienvenida a la guerra.

Según Jakob, en las actas de la reunión de Wannsee figuraba que los nazis planeaban matar a todos los judíos. A millones de judíos. Porque, según la definición de raza superior, eran seres humanos inferiores, indignos de tener una vida. Marlene era semijudía según las leyes raciales, así que no le quedaba otra que la muerte para escapar de ellos.

¡Tenía que vengar a Marlene! ¡Su muerte no iba a salir gratis a aquellos que la habían condenado a morir! Robaría las actas a Albrecht para que todo el mundo se enterara de los infames planes de exterminio de los nazis. ¡Hitler y sus cómplices eran la maldad personificada, eran el apocalipsis!

Déborah salió al patio de armas. Deslumbrada por la clara luz del día, parpadeó para quitarse el efecto de la oscuridad de la prisión en sus pupilas.

Entonces vio a Greiff. Estaba en el centro del patio de armas, rodeado por dos de sus jóvenes rubios. Embutido en su abrigo negro de piel le pareció el diablo en persona. La malicia expuesta en su sonrisa hizo que Déborah sintiera un escalofrío a pesar del cálido sol. Hizo una señal en silencio con la cabeza, dirigiéndola hacia un lado.

Déborah siguió la dirección de la mirada de él hacia un patíbulo situado en un rincón del patio de armas, y el corazón se le detuvo.

Allí colgaba el cadáver de un hombre alto. Estaba mutilado de la manera más atroz, pero a pesar del rostro desfigurado con las cuencas de los ojos vacías mirando fijamente hacia la nada sin ver, Déborah lo reconoció en el mismo instante en que lo vio.

«Jakob».

Algo se desgarró en ella. Cayó de rodillas y gritó y gritó y gritó.

Capítulo 51

Cracovia, hospital de Na Bulovce, marzo de 1943

MARLENE VOLVIÓ EN SÍ. No fue un despertar de verdad. Solo abrió los ojos. Hacía nueve meses que se limitaba a dormir sin más. Para ella no existía el día ni la noche.

Solo existía el tiempo, el tiempo infinito en el que ella yacía inmóvil mirando su cuerpo marchito; solo sus pensamientos podían salir de su encierro. Ni había enloquecido ni se había muerto. Su mente y su cuerpo habían hecho caso omiso a su voluntad. Había días en los que simplemente se resignaba, caía en una depresión profunda y lloraba hasta que no le quedaba ninguna lágrima más que llorar, acosada sin cesar por las imágenes de Jakob torturado hasta la muerte. Entonces podía volver a percibir la última mirada de Jakob que le dirigió con un solo ojo, y en esa mirada volvió a ver la súplica muda que le hacía para que no delatara nada en absoluto a Greiff.

Otros días le sobrevenía un odio y una rabia desvalida, tenía pensamientos agitados y todos giraban exclusivamente en torno a la manera en que ella mataría a Greiff. Pero todo era en vano, no podía hacer nada, ni siquiera morir. La victoria de Greiff era absoluta.

Yacía sola en una camilla, aislada de los demás pacientes. Su habitación era una cámara destinada a la limpieza, sin ventanas, de apenas cuatro metros cuadrados. Marlene lo denominaba su sarcófago. Su única fuente de luz era un médico ya mayor que iba a verla cuando tenía un hueco. Hablaba entonces con ella en un tono marcadamente alegre, como si ella fuera una niña pequeña, o le leía algo. Lo hacía, al parecer, porque Marlene le recordaba a su hija fallecida a una edad temprana. Durante las primeras semanas, Marlene no reaccionó a su presencia, solo quería morir en paz. Sin embargo, él no se dio por vencido, ignoró el silencio de ella y sus exhortaciones mudas a que la dejaran en paz. Él se ocupaba de que la atendieran bien y de que la giraran regularmente para que

no se llagara, de que recibiera una almohada adicional para que pudiera yacer elevada y, sobre todo, de que recibiera suficiente comida. En ocasiones le daba de comer él mismo.

En los primeros días, Marlene se negó a la ingesta de alimentos con la esperanza de poder morir de esa manera. Pero la alimentaron a la fuerza, y el médico le susurró al oído que «ese Greiff de la Gestapo» venía a recoger periódicamente los informes médicos sobre ella y que había amenazado a toda la planta del hospital con castigos draconianos en el caso de que ella muriera. En algún momento, Marlene se resignó a su destino. Era innecesario exponer al personal del hospital a la cólera de Greiff.

Esta mañana acababan de darle la vuelta y yacía sobre la espalda. La puerta de su habitación seguía estando abierta. También esto lo había prescrito su benefactor para que entrara por lo menos un poco de luz desde el pasillo a la habitación de Marlene, porque Greiff había prohibido incluso la luz en su habitación. Sus órdenes eran que vegetara en la oscuridad.

Los ojos de Marlene buscaron el techo. ¡Ahí estaba! Desde hacía algunas semanas, una araña colgaba por encima de su cama. A veces desaparecía durante horas o incluso durante días, pero hasta el momento siempre había regresado. De vez en cuando descendía en rapel y se paseaba por la cama de Marlene, ayer lo hizo incluso por encima de su cara por primera vez. Fue una buena sensación, al menos una parte de ella podía sentir todavía un roce.

La araña era marrón, con un cuerpo grueso y patas peludas. A Marlene le parecía maravillosa y había trabado amistad con ella. Cuando Marlene yacía sobre la espalda y podía verla, conversaba con ella. En esos momentos estaba el animal sin moverse en su nido, junto a una mosca cazada.

—¿Y bien, mi gordita? ¿Has vuelto a cazar algo?

La araña no se movió. Marlene siguió hablándole, le contó los papeles que había interpretado en el teatro de la escuela, y recitó algunos fragmentos de *Romeo y Julieta*. Seguía acordándose de todo el texto. Si no podía volverse loca, al menos deseaba no marchitarse mentalmente. Si Hitler y el nacionalsocialismo no se hubieran interpuesto en su vida, se habría convertido con seguridad en una actriz. Hacía mucho tiempo que había dejado de pensar en sus planes de futuro de aquella época temprana de su vida. Eran recuerdos de otra época, de otro mundo que para ella se había echado a perder para siempre.

No obstante, en los últimos días habían despertado un poco sus ganas de vivir, es decir, por primera vez desde hacía mucho tiempo sus pensamientos

giraban en torno al mundo exterior. Marlene dejó poco a poco de perderse en el pasado o deleitarse en planes de venganza nada realistas.

Esto no se debía a su amiga, la araña, sino a que su médico, el doctor Hondl, se había armado de valor y le había contado algunas cosas pese a la prohibición de Greiff. La vida de Marlene se había desarrollado hasta entonces en un completo aislamiento, nada de lo que sucedía en el mundo exterior penetraba en su diminuta habitación. Los sucesos quedaban ya un poco atrás en el tiempo, pero no por ello dejó Marlene de alegrarse por ellos. Parecía que, por primera vez, el régimen nacionalsocialista iba de mal en peor. La resistencia judía había perpetrado en Praga un atentado exitoso contra Reinhard Heydrich, el tercer hombre en el Estado y el hombre de Hitler para la «solución final». Heydrich falleció pocos días después como consecuencia de las heridas sufridas. Y en noviembre de 1942, los estadounidenses se implicaron activamente en la guerra por primera vez y se habían impuesto en el norte de África contra Alemania e Italia, su aliada. Los británicos ya no luchaban solos.

A comienzos de 1943, los alemanes sufrieron otra derrota sensible contra la Unión Soviética. Se hizo posible en las mentes la perspectiva de que el Reich alemán pudiera perder la guerra que había tramado. Marlene constató que no se encontraba embotada del todo sino que fue capaz de alegrarse por esas noticias.

Fijó la vista ahora en la pared de enfrente en la que colgaba un pequeño almanaque. Otro lujo más del que disponía desde hacía poco y también gracias al doctor Hondl. 19 de abril de 1943. El comienzo de la Pascua judía. Y se vio el dedo gordo del pie que sobresalía de debajo de la manta y apuntaba exactamente al almanaque como si fuera un punto de mira. La enfermera no había extendido la manta por completo sobre el pie. La manta era de por sí superflua porque ella no podía sentir el calor ni el frío, pero ocultaba su cuerpo alarmantemente flaco con los músculos atrofiados.

De pronto escuchó Marlene ruido de pasos acercándose por el pasillo. Botas militares. Y enseguida entró con determinación un policía de las SS que se colocó en su campo visual justo enfrente del almanaque. Marlene solo pudo pensar en una cosa: «¡Ojalá no lo vea y me lo quite!». El soldado llevaba una carta en la mano.

—¿Anna von Dürkheim?

Tenía un comentario descarado en la punta de la lengua, pero se limitó a cerrar los ojos y a abrirlos de nuevo en señal de asentimiento. Había aprendido a no provocar en el estado en el que se hallaba. Ya una vez, durante el primer mes

aquí, había tenido visita de un policía de las SS y se había burlado de él con la esperanza de que quizá le disparara un tiro con su pistola. En lugar de esto le vació un orinal en la cabeza, y la enfermera tuvo que arreglar luego el desaguisado.

El hombre sacudió el papel que llevaba.

—Noticias de Berlín. Tu abuelo ha fallecido en la cárcel.

—¿Que mi abuelo ha fallecido en la cárcel? —repitió Marlene afectada y para sí misma. Se negaba a creer tal cosa.

—Acabo de decirlo. Tus actividades hostiles al Estado tuvieron consecuencias. Expropiaron a tu abuelo y entonces atacó a un funcionario.

—¿Y qué es de mi abuela? —preguntó Marlene.

—¿Qué me importa a mí tu abuela? —le soltó él. Arrojó el sobre encima de la camilla y se fue. Cerró la puerta tras de sí. Marlene volvía a estar tumbada en la oscuridad.

Pasaron muchas horas en las que Marlene permaneció sola con los demonios de su mente. La carta había quedado en algún lugar por encima de la manta. Se imaginó que podía sentir su peso encima como si fueran toneladas. La noticia de la muerte de su abuelo le había afectado severamente. ¿Qué había sucedido con su abuela? ¿Era de ella la carta? Si habían expropiado a su abuelo, entonces se vería obligada a abandonar la casa situada en la avenida Unter den Linden.

Era ese no saber lo que volvía loca a Marlene; y en ese estado aparecían también los sentimientos de culpa. Greiff lo sabía, por supuesto. Sin embargo, un nuevo pensamiento comenzó a germinar en ella: ¿y si no era verdad? ¿Podía ser que Greiff solo quisiera abatirla con esa noticia, desmoralizarla aún más si cabía con la noticia inventada de una defunción? Presumiblemente podía haber pensado que ella estaba al tanto de alguna manera sobre el fin de la racha de suerte de los alemanes en la guerra, y lo que pretendía con ello era robarle toda esperanza de que su abuelo le ayudara. Un modo de proceder tan pérfido era muy propio de Hubertus von Greiff. Dominaba a la perfección el juego de arruinar a las personas no solo física sino sobre todo psíquicamente. Y su siembra diabólica estaba obteniendo sus frutos: Marlene se martirizaba con sus cavilaciones continuas y recurrentes, sin resultados, hasta que el dolor de una migraña le amartilló la cabeza y tuvo la sensación de que iba a estallar.

En algún momento percibió que algo le estaba haciendo cosquillas. Necesitó un rato hasta entender que debía de tratarse de la araña. Aún necesitó más tiempo hasta comprender que no era en la cara donde sentía el cosquilleo sino en

el pie. «¿Mi pie? ¿Cómo puedo tener cosquillas en el pie?» Debía de tratarse de una imaginación suya, probablemente lo estaba soñando. O quizá había perdido definitivamente la cabeza...

En ese momento se abrió la puerta, y con el médico entró luz en la habitación. Marlene miró su pie; la araña estaba justo encima del dedo gordo del pie y parecía estar mirándola fijamente. El médico se acercó a ella.

—¡Buenas tardes, Marlene! ¿Cómo estás? Acabo de oír que has tenido visita.

—Por fin, doctor Hondl. Rápido, hay una carta ahí encima de la camilla. Por favor, léamela.

Él agarró la carta y divisó al mismo tiempo la araña sobre el pie de Marlene.

—¡Puaj! ¡Qué cosa más fea!

Iba a espantar la araña del pie, pero Marlene exclamó:

—No, déjela, por favor. Me gusta. Me hace compañía.

El doctor Hondl la miró unos instantes, luego sonrió, pero no dijo nada al respecto. Extrajo el taburete de debajo de la camilla que había colocado él allí para sus visitas, y se sentó a los pies de Marlene para que ella pudiera verlo. A continuación extrajo la carta del sobre.

—¡Muéstreme primero la letra! —le rogó Marlene. El médico alzó la carta a la altura de los ojos de ella. Marlene se acaloró terriblemente al reconocer la letra de su abuela—. Por favor... —dijo en un tono débil.

La carta contenía en efecto la noticia de un fallecimiento. Así que era verdad, su abuelo había muerto. Y su abuela se había mudado a casa de unos parientes. Ni una palabra sobre la pérdida de sus propiedades. Su abuela era una mujer con clase.

—Lo siento mucho —dijo el médico y le acarició la mejilla con gesto consolador. Marlene lloraba por primera vez desde hacía mucho tiempo.

El doctor Hondl titubeó unos instantes, pero luego pareció que hacía de tripas corazón.

—Si lo desea, yo estaría dispuesto a escribir una carta por usted. —Marlene se lo había pedido con anterioridad varias veces, pero él se había negado siempre debido a las amenazas de Greiff.

Marlene lo miró a la cara. Greiff había matado o aniquilado a toda aquella persona que significaba algo para ella. Tan solo le quedaba su abuela, y era una anciana. ¿A quién podía escribirle sino a ella?

Sus parientes por parte de madre habían sido deportados de Cracovia ya en abril de 1940. Ni siquiera utilizando los buenos contactos de Jakob había sido

posible enterarse adónde los habían llevado. Desaparecieron sin dejar rastro. Marlene supuso que Greiff había tenido algo que ver ya en aquel entonces. Y de repente se le pasó Déborah por la cabeza. Hacía mucho que no pensaba en esa muchacha. ¿Qué habría sido de ella? ¿Habrían conseguido, ella y aquel Osman, robarle las actas a Brunnmann y enviarlas clandestinamente a Londres? De pronto se le despertó el interés de nuevo. Habían pasado nueve meses desde la muerte de Jakob. Las misiones de Brunnmann lo conducían una y otra vez al Gobierno General de los territorios polacos ocupados; su estancia de hacía nueve meses no era la primera. ¿Qué pasaría si le pidiera al médico que intentara averiguar si el teniente coronel de las SS estaba hospedado en el Grand Hotel?

—Me gustaría pedirle un favor, sí. ¿Se acuerda usted de mi joven amiga cuando el atentado con bomba? Nos trajeron a las dos aquí. La novia de Brunnmann, teniente coronel de las SS, ¿la recuerda?

El médico asintió casi imperceptiblemente con la cabeza.

—Me gustaría saber si está otra vez en Cracovia. Si es así, estará hospedada en el Grand Hotel, en la Slawkowskaja. Quizá podría usted preguntar por ella discretamente...

Vio que lo había agobiado con su petición. Una cosa era escribir una carta y enviarla a escondidas, pero otra muy distinta era moverse en un hotel a la vista de todo el mundo e informarse acerca de la novia de un oficial de alto rango de las SS. Marlene se puso a reflexionar cómo podía convencerlo, cuando de pronto se le ocurrió algo.

—Tengo una idea mejor. Pregunte allí por un tal Osman. Es el chófer de Brunnmann. Usted puede hacerse pasar por mecánico y eso no le expondría a ninguna situación incómoda. Osman es mudo, no se extraña. Si ve a Osman, dígame simplemente dónde puede encontrarme Déborah. ¿Haría usted eso por mí?

—Bien, de acuerdo, lo haré, pero no será hasta dentro de algunos días.

—No se preocupe usted por eso; tengo mucho tiempo y no voy a irme corriendo. —Marlene sonrió al anciano con timidez—. Y una carta a mi abuela estaría muy bien.

—Por supuesto. Luego me pasaré de nuevo con papel de carta. Ahora tengo que ir a ver a mis otros pacientes.

Le apretó la mano y se fue.

«¡Qué extraño!», pensó Marlene. Se había imaginado que había podido sentir la mano de él. Poco a poco se fue intranquilizando. ¿Padecía acaso algún

trastorno en la percepción? Quiso saberlo en ese instante. Sus ojos buscaron la araña. El animal seguía inmóvil igual que antes sobre el dedo.

—Vamos, muévete, mi gordita, hazme cosquillas.

EN LOS SIGUIENTES días quedó confirmado en efecto que Marlene no se había equivocado. Percibía un hormigueo en diferentes partes del cuerpo y cada vez con mayor frecuencia. ¡Ahora estaba segura de que volvía a sentir su cuerpo! La cosa iba despacio, pero ya no había duda. ¿Cómo podía ser eso? No creía en los milagros, pero al cabo de unos pocos días era ya capaz de mover ligeramente el dedo índice de su mano derecha. Probablemente podría haber avanzado un poco más en esa recuperación, pero no poseía músculos y, por tanto, no tenía fuerza.

El doctor Hondl le trajo otra buena noticia al cabo de unos pocos días. Había preguntado al portero por Osman y se enteró de que el chófer no se encontraba allí en esos momentos, pero que el teniente coronel de las SS volvería a honrar el establecimiento con su visita dentro de algunos días, en compañía seguramente de su criado, como siempre. El médico no pudo enterarse de nada acerca de Déborah; tampoco se atrevió a preguntar por ella, pero prometió a Marlene que dentro de una semana volvería a indagar por ella.

Entretanto, Marlene había comenzado a ejercitar sus músculos. Nada más percibir una sensación en alguna parte del cuerpo, los mantenía tensos todo el tiempo que podía, hasta que le aparecía el sudor en la frente. Se ejercitaba obstinadamente, y a partir de la tercera semana ya podía levantar la mano derecha y algunos dedos de la mano izquierda. También percibía algunas sensaciones en los pies, sentía el hormigueo casi constantemente, y podía menear un poco los dedos. Con el apoyo del doctor Hondl, Marlene estaba segura de que haría grandes progresos enseguida, pero todavía dudaba sobre si confiárselo al médico.

Y entonces apareció Osman un mediodía por su habitación del hospital. El doctor Hondl había mantenido su palabra. Sin embargo, Osman no disponía de mucho tiempo, solo tenía dos horas libres y luego tenía que ir a recoger a Brunnmann. Por él se enteró Marlene de que Déborah, inmediatamente después de la muerte de Jakob y hallándose todavía en el patio de armas de la prisión, había atacado a Greiff con una navaja. Osman siguió escribiendo a trompicones en la libreta que llevaba siempre consigo: «Pude evitar porque llegué y reconocí intención de Déborah. Me puse entre. Gracias a Alá, nadie vio navaja, solo Osman. Greiff muy divertido. Yo llevé Déborah al coche. Ella enferma mucho

tiempo. B. me ordenó llevarla a Múnich».

—¡Chica valiente! Una pena que no pillara a Greiff, pero habría significado también su muerte. ¿Cómo se encuentra ahora?

La cara de Osman adoptó ahora un gesto de rabia. Escribió: «No bien. La vigilan. No puede salir de casa y tiene que hacer lo que ordena B., si no él lleva al hermanito a un campo de concentración».

—Cabrón de la cuna a la sepultura —dijo Marlene con rabia—. Eso significa que no habéis intentado robar las actas, ¿verdad?

Osman negó con la cabeza. Escribió: «Si lo intento y me pillan, entonces D. sola. ¡Yo protejo D.! ¡D. como una hija!». Osman subrayó las últimas tres palabras con trazo enérgico.

—Entiendo. ¿Cuánto tiempo vais a estar Brunnmann y tú en Cracovia?

«Siete días; luego Varsovia. Levantamiento en el gueto. B. dice que mediados mayo vuelta a Múnich».

—¿Un levantamiento en el gueto de Varsovia? ¿Qué más sabes?

«Grave. Alemanes lanzan bombas al gueto. Pero guerra muy mal para alemanes».

—¿Sabes más cosas? ¿Puedes traerme un periódico checo?

Marlene se dio cuenta entonces de lo hambrienta que estaba de noticias e informaciones.

«Osman lo intenta. Vuelvo. Mañana».

SIN EMBARGO, NO regresó al día siguiente. Marlene volvió a pedir al doctor Hondl que intentara averiguar algo en el Grand Hotel, pero esta vez le pareció demasiado elevado el riesgo.

Otra vez no volvía a quedarle a Marlene nada más que la incertidumbre. Prosiguió su entrenamiento secreto. A comienzos de agosto ya era capaz de mover ambos brazos y doblar la pierna izquierda. En septiembre dijo la enfermera mientras le cambiaba las sábanas de la camilla:

—¡Qué raro! Tiene usted un aspecto más saludable. Parece mucho más fuerte. A Marlene casi se le para el corazón. Y continuó haciendo sus ejercicios.

Capítulo 52

A FINALES DE octubre, a las cinco de la madrugada, apareció de pronto Déborah ante ella. Llevaba unos sencillos pantalones de lana, una chaqueta y una gorra con visera.

Marlene no daba crédito a sus ojos.

—¿Tú? —preguntó con incredulidad.

Déborah se arrojó impetuosamente con todo su cuerpo encima de ella, exclamó «¡oh, Marlene!» entre sollozos y lloró en los siguientes minutos sin tapujos.

Marlene se alegró de verla mucho más de lo que había supuesto. Tuvo que obligarse a no levantar el brazo para acariciar la espalda de Déborah. Se abstuvo de mostrar las habilidades recién adquiridas. Sin embargo, giró la cabeza con un movimiento apenas perceptible. En el vano de la puerta estaba Osman. No parecía muy contento. Déborah se tranquilizó finalmente. Se secó las lágrimas con la manta de Marlene y se irguió.

—¡Mírate, pobrecita!

—¿Cómo has venido aquí, dime, Déborah?

—Con Osman, por supuesto.

Déborah se quitó la chaqueta y la arrojó encima de la camilla.

—Ya lo veo, pero Osman me dijo la última vez que hablamos que Brunnmann te había encerrado en la casa de Múnich, ¿no es así?

—Ya estaba cansada de tanto encierro. Desde que Osman me informó de que vivías y de que estabas aquí, en el hospital en Cracovia, supe que tenía que verte. Así que durante estos meses he estado interpretando el papel de la arrepentida. ¿Para qué estudié artes escénicas sino para poder utilizar esas técnicas también en la vida real? Albrecht se lo tragó y esta vez me ha traído con él.

—No me lo creo. Es un tipo demasiado listo.

—Cierto. En realidad no tengo permiso para salir del hotel. Albrecht está de viaje con el gobernador de Cracovia, un tal Otto-no-sé-qué-no-sé-cuántos. Frente

a la *suite* tiene apostado a un estúpido soldadito de plomo. He salido por la ventana.

Déborah se mostraba visiblemente contenta por la hazaña.

—¿Te ha alojado Albrecht en la planta baja? —preguntó Marlene en tono incrédulo.

—No, en la segunda planta, pero me fijé en la fachada. Es un viejo castillo con muchos salientes en los muros. Un juego de niños. Lo probé dos veces antes. También pude regresar de nuevo escalando. Hoy le comuniqué a Osman mi propósito. Él me esperaba abajo y me ha traído aquí en el coche. Y ahora cuéntame cómo te han ido las cosas a ti.

—No hay mucho que contar. Estoy aquí tumbada todo el día deseando en vano morir o volverme loca. Mi única amiga ha sido una araña, pero desde hace un tiempo anda desaparecida. ¿Osman? —exclamó dirigiéndose a él—. ¿Podrías cerrar la puerta, por favor, y vigilar que no venga nadie?

Osman asintió con la cabeza. Nada más cerrarse la puerta, exclamó Marlene:

—¡Vamos, Déborah, rápido! Ayúdame, voy a intentar levantarme.

—¿Qué?

Déborah puso una cara de no estar segura de haber oído bien.

—Me pasó en primavera. De pronto sentí un cosquilleo en el dedo gordo del pie. ¡Era una araña que se arrastraba por encima de mi pie! Comenzó así. Entretanto voy recuperando cada vez más sensaciones en el cuerpo, pero todavía tengo muy poco músculo. De todas formas quiero volver a sentir el suelo a mis pies. ¡Hace ya tanto tiempo desde la última vez!

Marlene deslizó las piernas por el borde de la camilla con mucho esfuerzo y apretando bien fuerte los labios, de modo que ahora le colgaban un poco por encima del suelo.

—¡Pero... esto es increíble! ¡Puede que vuelvas pronto a caminar! —dijo Déborah con alegría. Le pasó un brazo a Marlene por debajo de los hombros para que se apoyara en ella. Con mucho cuidado se dejó deslizarse Marlene por el borde. Sus pies tocaban el suelo por primera vez en más de dieciocho meses. Fue una sensación grandiosa, ya no esperada. Ahora concentró todo su peso en las piernas y se desprendió a medias del soporte de Déborah. Sin embargo, sus piernas estaban demasiado débiles para sostenerla. Antes de que se le doblaran las piernas, se dejó caer de nuevo en la camilla. Era un comienzo. ¡Si tuviera a alguien con quien poder practicar!

—¡Tienes que practicar! —dijo Déborah en ese momento.

—Sí, pero las cosas no se hacen solas. Me bastaría un par de muletas.

—Te las proporcionaré. Esto de aquí es un hospital, ¿no?

—¿Y cómo las voy a ocultar aquí, dime, listilla?

—Sobornaré a la enfermera, tengo suficiente dinero y joyas.

Marlene no quedó muy convencida. Ella pensaba en el médico y en que quizá sería el momento ya de confiar en él. Entretanto habían estrechado su relación aún más. Igual que Déborah era como una hija para Osman, ella parecía haberse convertido en una para el doctor Hondl. Ya había escrito y enviado por ella dos cartas para su abuela. Las envió a la dirección de Brandeburgo que la abuela había citado en su carta. No sabía si éstas habían llegado a su destino. No obtuvo ninguna respuesta. Probablemente las había interceptado Greiff. Si era ése el caso, entonces una de dos, o no sabía que el doctor Hondl la había ayudado a redactarlas, o estaba a la espera de nuevas cartas de las que sacar algo de provecho para él.

—¿Cómo anda la guerra? —preguntó ahora.

—Leopold dice que no hay ninguna victoria final a la vista —dijo Déborah encogiéndose de hombros—. Cada vez hay más bombardeos con aviones sobre las ciudades por parte de los británicos, y en Múnich hay ahora muchos refugiados. Leopold dice que los americanos nos bombardearán también dentro de poco, y que entonces la cosa se pondrá seria.

—¿Quién es Leopold?

—El hermano mayor de Albrecht. Viene a casa a vernos de vez en cuando. Pero no se tragan uno al otro. Creo que Leopold esconde a judíos. Si es verdad, encajaría con su personalidad. Albrecht hace siempre aquellas cosas que no le gustan a Leopold, y a la inversa sucede lo mismo. Pero Leopold no cuenta absolutamente nada al respecto, te lo puedes imaginar. Es algo que solo puedo suponer, pero me parece que Albrecht le habrá puesto los puntos sobre las íes, digo yo.

—Suenan interesante lo de ese hermano. Parece como si hubieras elegido al hermano equivocado.

—Leopold es cura, no hay nada que buscar en él, pero a mí me gusta mucho.

—Por cierto, tuviste mucho valor al querer atacar a Greiff. Lo sé por Osman.

Déborah se puso de pronto muy seria y se le entristecieron los ojos.

—Vi a Jakob colgado en el patio de armas, completamente mutilado, y Greiff no hacía más que reírse. ¡Se estaba riendo! ¡Ese cabrón! Quería que viera a Jakob así, y me esperó a propósito. Entonces me pudo la situación. Osman lo

impidió. Después me quedé completamente rota y quise matarme. Mira esto... —Déborah se arremangó el jersey y le mostró a Marlene las cicatrices en las venas—. Osman me salvó. Me puso una nota de papel dentro del puño en la que ponía: «Tienes que vivir. Por venganza». Tiene razón. Vivo para la venganza. Un día mataré a Albrecht y a Greiff. ¡Lo juro!

—¡No! —exclamó Marlene con dureza—. ¡Greiff es mío!

Se originó una pausa muy corta. Marlene vio que Déborah abría la boca para replicar algo, pero entonces se lo pensó mejor. Sin embargo, su silencio era igual de locuaz que lo que Marlene podía leer en sus ojos: «¿Cómo vas a hacerlo así? ¡Ni siquiera puedes mantenerte en pie por ti sola!».

Déborah se pasó la mano por los brazos con gesto de confusión. La mirada de Marlene siguió sus movimientos. Se había asustado al verla, no tanto por las cicatrices de las muñecas sino por la cantidad de cortes recientes que se había practicado. Eso rayaba ya casi en la autodilaceración. Las uñas de los dedos de la chica estaban roídas hasta mostrar la carne. A Marlene le pareció casi como si Déborah pretendiera autodestruirse porque solo soportaba su vida de esa manera. De ahí que a Marlene le pareciera también que la alegría de Déborah era impostada. Tuvo por verdadera la alegría que mostró al verla, pero no el resto. Déborah seguía desempeñando un papel. Igual que había interpretado el papel de la arrepentida ante Brunnmann, ahora estaba dándose las de chica normal. Verdaderamente era una buena actriz. Sin embargo, Marlene había visto el abismo en los ojos de ella.

—Tus brazos tienen una pinta horrible —dijo ahora—. ¿No tienes más remedio que hacerte eso realmente?

Déborah se bajó de nuevo las mangas del jersey con un movimiento enérgico.

—Sí, me hace bien. Hay personas que por lo visto tienen que emborracharse, a mí me va bien practicarle cortes. Además cicatrizan siempre. Leopold quería enviarme al médico, pero yo no quiero. No entiendo por qué a todo el mundo le parece algo tan malo. Hasta mi hermano me regaña y se lo ha contado a Leopold. Ese chivato enano. ¿A quién hago daño? —dijo con porfía—. ¿Por qué andan metiéndose siempre con estos cuantos cortes?

—Te hace daño a ti, Déborah.

—No te preocupes, yo me encuentro bien. Pero dime, anda, ¿cómo es que estás aquí?

Marlene soltó una carcajada seca.

—En realidad lo que quieres es saber por qué no estoy muerta igual que

Jakob. La respuesta es muy simple. Greiff quiere que yo siga viviendo en este estado. Sabe que es el peor castigo para mí. Por ello me cuidan aquí relativamente bien. Créeme, he deseado centenares de veces poder morir.

—Siento no haber logrado regresar contigo aquel día —dijo Déborah a toda velocidad—. Albrecht me mandó volver inmediatamente a Múnich con Osman. Incluso hizo enviar a otro hombre más para la vigilancia.

—No te preocupes, yo quería...

—Pero fíjate, llevo encima la cápsula que me pediste que te llevara —la interrumpió Déborah—. No te lo vas a creer, seguía estando pegada debajo del armario de las toallas del hotel.

Déborah hurgó en el bolsillo del pantalón y se la tendió a Marlene.

Marlene se la quedó mirando perpleja. Ahí estaba, la solución a sus sufrimientos. Tan cerca. Sin embargo, no estuvo tentada de tomarla ni un segundo. Negó con la cabeza.

—No, consévala para mí.

—Bien —dijo Déborah y se guardó la cápsula de nuevo en el bolsillo—. Entonces deberíamos pensar ahora cómo podemos sacarte de aquí.

Marlene volvió a negar con la cabeza.

—No, no te expongas a más dificultades, Déborah. Lo mejor es que regreses ahora con Osman al hotel antes de que alguien te vea conmigo.

—¡Pero yo te quiero ayudar! ¿Y qué pasa con las muletas que puedo procurarte?

—Déjalo estar, Déborah. Aquí hay un médico que ya me ha ayudado varias veces. Voy a confiarle mi situación. Es mi única posibilidad si quiero aprender a andar otra vez.

Déborah no pareció quedar convencida, pero se puso la chaqueta.

—Volveré mañana. Albrecht estará por lo menos dos días de viaje. ¿Puedo hacer alguna cosa por ti? ¿Transmitir un recado a alguien, por ejemplo?

Esta vez, Marlene no tuvo fuerzas para hacerla desistir. Sonrió incluso.

—¡Ah, quien fue espía un día, lo es toda la vida! No, nada de recados, pero si vas a venir realmente mañana, tráeme un periódico, por favor.

DÉBORAH ESCALÓ EL muro y entró en la *suite* por la ventana.

—Mira por dónde. Justo así me lo había imaginado yo. La hija de la gata, ratones mata. A las mujeres se os adivinan fácilmente las intenciones.

Albrecht estaba sentado en el sillón con las piernas cruzadas. Su cara era

totalmente inexpresiva. La de Déborah, en cambio, no. Se le quedó mirando consternada. No faltó mucho para que sus piernas cedieran bajo ella. Se dirigió a él con pasos torpes.

—Albrecht, yo...

—¡Cállate! Me has decepcionado muchísimo, María. Te traigo conmigo y tú me engañas a las primeras de cambio. Mis dudas se han confirmado. Apenas me voy y tú te vas corriendo donde esa Kalten, ¡una espía judía! Y eso a pesar de que te lo había prohibido expresamente. Dime, ¿qué quieres que piense?

Déborah se arrojó sobre las rodillas de él.

—Pero Albrecht, ella es mi amiga. No me creo que sea una espía.

—Eso ya lo vimos en su momento. Las pruebas son evidentes. Además, el asunto de la culpabilidad es insignificante. Para mí solo cuenta que has contravenido mis órdenes. Y que has implicado también a Osman en ese asunto. Lleva cincuenta años sirviendo a mi familia, y ahora no tengo más remedio que despedirlo. ¡Por tu culpa! Esta vez estoy seriamente enfadado contigo, María.

Déborah se asustó.

—Osman no tiene nada que ver, yo... —quiso comenzar ella a defenderlo, pero Albrecht le cortó la palabra.

—Cierra la boca, no quiero oír hablar más de esto. Claro que es culpable. Me ha desobedecido no menos que tú. Osman sabía exactamente que no debía llevarte al hospital sino traerte derecha al hotel. Voy a enviarle al frente del este y así servirá al *führer*. Ya no deseo sus servicios.

—Por favor, Albrecht, no hagas que Osman expíe por algo que he hecho yo. Solo ha venido para cuidar de mí.

—Y ahora, silencio. La cosa está decidida y él se encuentra ya de camino al frente. Desnúdate y échate en la cama, María. Voy a castigarte. —Fue en ese momento cuando Déborah se dio cuenta de que las manos de Albrecht jugueteaban con su látigo para perros.

—¡No, Albrecht, no quiero!

Déborah se escapó de él y se dirigió de vuelta a la ventana.

—¿Te piensas que me interesa algo lo que quieres o no quieres? Pero bueno, también puedo pedirle al soldado de la puerta que entre y te sujete.

Albrecht se levantó y se encaminó hacia la puerta. Déborah se subió rápidamente al alféizar y descubrió abajo a otro hombre de las SS en posición. La vía de escape estaba cerrada.

Oyó a Albrecht reírse a sus espaldas. Fue esa risa la que casi la movió a

dejarse caer simplemente, pero entonces atravesó su mente el recuerdo de su hermano pequeño. ¡No tenía más que diez años! No podía dejar a Wolfgang solo. ¡Les había prometido a sus padres que lo protegería!

Se deslizó por el alféizar y se dio la vuelta despacio. La mano de Albrecht estaba agarrando el picaporte. Él no dijo nada, solo se la quedó mirando. Déborah comenzó a desnudarse. No temía al dolor, pero sí a la humillación.

Capítulo 53

Berlín, julio de 1944

EL DOCTOR ERNST Kaltenbrunner, general de las SS y jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich, y sucesor de Reinhard Heydrich, levantó la vista con disgusto. Arthur Schitler, su oficial adjunto, acababa de entrar en su despacho sin llamar a la puerta.

—Comunicado. El mayor Hubertus von Greiff ha muerto. Lo han asesinado esta noche en su vivienda, en compañía de un... ejem... de uno de sus hombres —balbuceó. Debió de llegar corriendo porque estaba apenas sin fuelle.

Kaltenbrunner se puso en pie en un instante.

—¿Qué maldita cochinada es ésta?

Schitler se cuadró.

—La investigación está en pleno curso, mi general.

Kaltenbrunner se quedó mirando a Schitler de arriba abajo. No hacía mucho tiempo que trabajaba con ese hombre. Arthur Schitler había sido el oficial adjunto de Heydrich hasta el asesinato de éste en Cracovia. Todavía era joven, no había cumplido ni los treinta. Se hizo cargo de él porque disponía de muy buenos conocimientos sobre las estructuras de la Oficina Central de Seguridad del Reich que había creado Heydrich.

Kaltenbrunner dejó que cuajara el comunicado en su mente. Sabía que eran ciertos los asquerosos rumores sobre las preferencias sexuales de Greiff. Al tomar posesión de su cargo, encontró en su despacho los apuntes pertinentes de su predecesor. No obstante, Heydrich siempre tuvo a Greiff como a su mejor sabueso y se cuadraba ante él. Ciertamente, nadie pudo presentar mejores cuotas de efectividad que ese Greiff. Sin embargo, también se sabía que las crueldades de Greiff excedían la medida habitual. Ese hombre no se arredraba siquiera a la hora de ensuciarse él mismo las manos. Y ahora estaba muerto. Asesinado, igual que Heydrich, su anterior jefe.

Kaltenbrunner reprimió emitir otra expresión de disgusto. Presumiblemente, la lista de sospechosos era igual de extensa que el listín telefónico de Berlín. Era verdaderamente una maldita cochinado. El *führer*, con quien mantenía una estrecha amistad siendo una de las pocas personas de su entorno que lo tuteaba, se pondría hecho una furia con razón a causa de esta infame historia. Como si no tuviera colgadas del cuello ya suficientes preocupaciones. Justo en esos momentos estaba estudiando un informe en el que se le comunicaba muy diplomáticamente, con grandes circunloquios, que estaban agotándose los recursos para la solución final. Y que su departamento debía prepararse para esa eventualidad. Que él debía prepararse para esa eventualidad...

—¿Qué más cosas sabe usted? ¿Se trata quizá de una... —Kaltenbrunner carraspeó antes de continuar hablando—, de una acción pasional? «Yo creo que él, personalmente, preferiría que fuera así. Entonces podría darse carpetazo al caso antes de que comience a darle vueltas por la cabeza».

—Todavía sabemos demasiado poco. Los primeros datos son difíciles de interpretar. —El oficial adjunto se interrumpió, tragó saliva y prosiguió—. Según informaciones del médico forense, al segundo asesinado le degollaron con un corte limpio, mientras que al mayor Greiff lo estuvieron torturando durante muchas horas.

—¿Greiff torturado? ¿Cómo?

La frente de Kaltenbrunner se frunció aún más. Así que han torturado al torturador.

—Le sacaron el ojo que tenía, le cortaron los testículos y el pene y se los metieron en la boca —dijo Schitler—. El médico dijo sobre esto último que el mayor Greiff quedó asfixiado con esa acción. Habrá más detalles después de las pesquisas que se están realizando.

Kaltenbrunner se recostó en la silla.

—Procure, Schitler, que no se conozca ningún detalle acerca de las circunstancias del asesinato del mayor. Ordeno discreción y silencio absolutos sobre este caso.

—Ya se está procediendo así, mi general.

—Bien, téngame usted al corriente. Para esta noche, antes de mi cena con el *führer*, espero un informe detallado encima de mi escritorio.

Así quedaba despachado Schitler. Éste se cuadró, saludó y salió del despacho. Pasó sin saludar al lado de las secretarias de la antesala de Kaltenbrunner, que le siguieron extrañadas con la vista. Una vez llegado a su despacho, le gritó a su

propia secretaria que no quería que lo molestaran, y se atrincheró tras su escritorio.

Se llevó la mano al corazón. Le iba a toda velocidad. Al mismo tiempo podía sentir en el bolsillo interior de la chaqueta el sobre que una ordenanza le había repartido poco antes de darle el parte a su jefe. Era de Greta, su joven amante, y contenía una fotografía. Greta no llevaba puesto nada más que la gorra del uniforme de Schitler, y le saludaba a él con el brazo levantado. Él estaba tumbado desnudo en la cama y le hacía un brindis a ella con una copa de champán. Se acordaba muy vagamente de esa escena porque a esas alturas ya estaba bastante borracho.

En el reverso podía leerse lo que le pedía ella a cambio de la foto. Greta le exigía dos pasaportes expedidos a dos nombres de mujer, y también papeles para un chico de diez años. Judíos, por supuesto. Arthur Schitler pensó en cómo satisfacer esa exigencia, pero al mismo tiempo tenía la mente ocupada en recordar quién podría haber hecho esa fotografía, y, sobre todo, que además existía ese cómplice. Tenía las manos atadas. El autor debió de mantenerse oculto en el hotel, y por la perspectiva de la foto debió de ser en el armario de la habitación.

Lo que más le enfurecía era su propia estupidez. ¡Debió de volverse loco para dejarse enredar por esa mujer! Ya le había estado dando vueltas a la posibilidad de acordarse de alguien del entorno de ella. Pero no había nadie. Greta le interpeló por propia iniciativa cuando él se estaba encendiendo un cigarrillo en la Wilhelmstraße, no muy lejos de su lugar de trabajo en el Palacio Prinz Albrecht, en donde tenía su cuartel general la Oficina Central de Seguridad del Reich.

Iba vestida con prendas caras, era muy guapa y sumamente atractiva. Ella le preguntó si tenía también un cigarrillo para ella. A él le pareció bastante excitante la osadía de ella al dirigirse a un oficial de alto rango de las SS para pedirle un cigarrillo, y eso a pesar de que no estaba bien visto que las mujeres fumaran en lugares públicos. La cosa comenzó así. A agua pasada vio con claridad que Greta lo había planeado todo al detalle. Había caído a ciegas en su trampa. ¡Y eso que no había en ella nada marcadamente judío!

Lo esperaba a las siete de la tarde frente a la entrada principal al Tiergarten para la entrega de los papeles. Schitler miró el reloj. Seis horas todavía. Respiró hondo. Si lo pillaban o esa mujer lo delataba, eso le costaría la cabeza.

No le quedaba mucho tiempo para salir del apuro. Mejor que comenzara a reflexionar sobre la manera de hacerlo.

Capítulo 54

Múnich, julio de 1944

MARLENE LLEVABA YA un buen rato observando la casa en la Prinzregentenplatz. Hasta el momento no había entrado ni salido nadie de ella. Le dolían los pies a pesar de llevar unos cómodos botines. Aunque había recuperado su antigua constitución corporal mediante una disciplina férrea y nueve meses de duro entrenamiento, estar tanto tiempo de pie seguía siendo muy pesado para ella. Era la enésima vez que cambiaba el peso de una pierna a otra. Seguía pareciéndole un milagro que pudiera caminar de nuevo. El doctor Hondl tampoco había sabido dar una explicación plausible; supuso que la médula espinal había quedado pinzada solamente y que la hinchazón había disminuido con el tiempo.

Después de poder escapar del hospital con la ayuda del valiente doctor Hondl, consiguió llegar a un escondrijo en un sótano que había habilitado en aquel entonces por precaución para el caso de tener que desaparecer del mapa por poco tiempo. No habían descubierto su existencia. En él había escondido ella papeles, ropa y, sobre todo, dinero. Lo primero que hizo fue establecer contacto con sus antiguos camaradas del ZOB. Con la ayuda de éstos logró llegar a Alemania. El bueno del doctor Hondl. Primero la ayudó en los ejercicios para recuperar fuerzas, y por consiguiente cargó sobre sus espaldas el riesgo de una represalia de Greiff. De todas formas, el doctor le había confesado que con los meses fue decreciendo la demanda de información acerca de Marlene por parte de la oficina de Greiff. Contrariamente a lo que le sucedía a Marlene, que pensaba todos los días en Greiff, él parecía estar olvidándola paulatinamente.

Un cura que se acercaba desde la otra punta de la Prinzregentenplatz llamó la atención de Marlene. Se había levantado la sotana para poder avanzar con mayor rapidez. Todavía estaba a unos cincuenta metros de Marlene; no obstante, ella se asustó. Si no lo hubiera sabido ya de antes, habría asegurado que se trataba de

Albrecht Brunnmann. Pero ¿por qué iba a haberse vestido de sacerdote? Mientras se estaba preguntando esto, supo quién era ese hombre: ¡Leopold, el hermano mayor de Albrecht!

Entonces todo sucedió con mucha rapidez. El cura acababa de llegar frente al portal de la casa número 10, cuando un vehículo oscuro llegó a toda velocidad tras él, frenó haciendo rechinar los neumáticos y dos hombres se bajaron al instante de él.

A Marlene se le metió el miedo en todo el cuerpo. ¡La Gestapo! El cura se limitó a girar la cabeza brevemente, reconoció el peligro y salió disparado de allí. Corría exactamente en la dirección de Marlene seguido por los dos hombres de la Gestapo que le conminaban a gritos que se detuviera. Los dos blandían sus pistolas. Marlene se arrimó aún más contra el muro de la casa, el corazón le latía con violencia. El fugitivo pasó a toda prisa a tan solo unos metros de ella.

¡Entonces se oyó un disparo! La Prinzregentenplatz estaba muy animada a esas horas, y Marlene oyó ahora a varias personas gritar despavoridas; una niña pequeña, agarrada a la mano de su madre, comenzó a llorar a berridos. El cura se detuvo abruptamente, levantó los brazos y se dejó detener y conducir al vehículo sin oponer resistencia. Marlene siguió con la vista al vehículo que se alejaba.

Mientras Marlene se estaba preguntando si no sería mejor marcharse de allí y regresar de nuevo mañana, se abrió la puerta del edificio con el número 10. Salía de la casa una mujer corpulenta de unos cincuenta años. Llevaba un cesto.

Marlene se la quedó mirando de arriba abajo. ¿Sería Otilie? Déborah le había hablado de la bondadosa criada que hacía más de veinte años que estaba al servicio de la familia Berchinger, y por ello sabía que era una mujer de confianza. Decidió entonces involucrarla en su plan. No habría sido posible ninguna otra manera de contactar con Déborah, o por lo menos no tan rápidamente. Marlene no quería permanecer en Múnich más tiempo del estrictamente necesario.

Le había dado muchas vueltas a si podía y quería asumir el riesgo de salvar a Déborah y a su hermano de las garras de Brunnmann. Y decidió que sí. De alguna manera le gustaba esa jovencita loca.

Y las dos habían amado al mismo hombre. Jakob.

Marlene siguió a la mujer que había tomado por Otilie. Fue una larga caminata hasta un mercado en el que no había muchos productos expuestos. Sin embargo, la mujer sabía por lo visto a quién debía dirigirse, y tenía dinero. El dinero de Brunnmann. «El dinero que les ha robado a los judíos», pensó Marlene

con rabia. Se sacaron tesoros ocultos, y objetos preciosos cambiaron de dueño.

Marlene se acercó e hizo como si quisiera examinar los productos del mostrador. Así pudo oír cómo el verdulero se dirigía a la señora:

—¿Y bien, Otilie, qué te pongo hoy?

¡Otilie! Marlene respiró hondo. ¡Era ella de verdad!

Después de que Otilie pusiera sus compras en el cesto y se marchara, Marlene se le acercó y se colocó a su lado.

—Disculpe. ¿Es usted la señora Otilie?

—¿Sí?

La mujer dio un paso atrás con desconfianza. Examinó de arriba abajo a Marlene con su sencillo vestido de verano.

—Soy una amiga de Déborah. La conocí en Cracovia.

—¡Jesús, usted es Marlene, seguro!

Para sorpresa de Marlene, Otilie soltó el cesto, se le echó al cuello y se puso a llorar.

Marlene se quedó tiesa como un palo y solo pudo pensar: «¡Maldición, lo último que necesito es llamar la atención!».

—Vamos, tranquilícese. Vamos a caminar un poco.

Marlene arrojó una mirada intranquila por encima del hombro de Otilie. El verdulero y algunas personas más la escudriñaron con curiosidad. Marlene apartó a Otilie de su lado, le agarró el cesto y tiró de la mujer enérgicamente hasta el portal de una casa.

—¡Por Dios, nada de nombres! —le siseó.

—Disculpe, por favor. Ya sé que usted es una espía, pero me ha hecho mucha ilusión.

Marlene puso los ojos en blanco. Tal vez no había sido una buena idea dirigirse a Otilie.

—Escuche bien. Nada de nombres, y sobre todo, yo no soy ninguna espía. ¿O quiere que la Gestapo nos meta en la cárcel?

Mencionar a la Gestapo produjo su efecto, como sucedía siempre. Otilie se puso pálida.

—Dios, tiene usted razón. Ha sido la alegría. Déborah me cuenta siempre cosas buenas de usted. ¿Tiene algún plan?

Al menos Otilie iba directa al grano.

—Tal vez. ¿Cómo está Déborah?

—No muy bien, está encerrada la pobre chica, pero aguanta todo por el

pequeño Wolfgang. Ese señor Brunnmann es una mala persona. Y la de cosas a las que obliga hacer a Déborah...

La voz de Otilie quedó ahogada.

Marlene se temió con razón otro derramamiento de lágrimas.

—Está bien, Otilie. Escucha, tengo aquí una carta para Déborah. Tráeme mañana su respuesta. Te esperaré aquí, en este lugar a la misma hora. ¿Entendido?

Otilie accedió de inmediato.

OTTILIE SE ESTABA retrasando ya más de una hora. Marlene fue intranquilizándose poco a poco. Justo cuando había decidido plantarse en la Prinzregentenplatz, llegó corriendo Otilie sin aliento.

—¡Disculpe! Justo cuando salía, llegó el Brunnmann. ¡Y eso que había anunciado que no llegaría hasta la próxima semana! Y como era ya tan tarde, la cocinera, esa bruja nazi, me envió rápidamente a la pastelería antes de que se le acabara todo. Por eso no tengo mucho tiempo, tengo que volver, si no las tartas se me van a deshacer con el calor, las pobres. —Mientras hablaba, se sacó una hoja de papel del delantal y tendió solemnemente a Marlene la respuesta de Déborah.

Queridísima amiga:

¡Apenas puedo creerme que estés aquí! Wolfgang y yo estamos encerrados en nuestras habitaciones. No me dejan salir nunca, pero quizá tú sí que podrías salvar a mi hermano, ¿no? A veces puedo sobornar a una de las empleadas de Brunnmann en la casa para que salgan una hora con él a pasear. Lo intentaré mañana después del mediodía. Espera a partir de las dos delante de nuestra casa. ¡Gracias! Y por favor, no te enfades conmigo, pero yo tengo que quedarme. ¡Acuérdate de lo que te juré en C.! En algún momento se me presentará la ocasión, pero eso solo podrá ser cuando mi hermano se halle a salvo.

Adiós. Tuya,

Déborah

MARLENE DEJÓ CAER la hoja. Recordó aquel día en el hospital de Cracovia, cuando Déborah apareció a su lado y le juró que mataría a Brunnmann y a Greiff. Y ella le replicó de inmediato: «¡No, Greiff es mío!».

La chica estaba realmente un poco loca. Una cosa era imaginárselo, y otra, bien distinta, hacerlo.

Marlene se puso a cavilar ahora si debía plantearse realmente salvar al hermano de Déborah, de once años de edad, y huir de la ciudad con él. Wolfgang no la conocía, y presumiblemente tampoco querría abandonar a su hermana. Se le pasó por la mente un pasaje del Talmud. Su abuela por parte de madre se lo había leído a menudo en Cracovia: «Quien salva a un ser humano, salva a la humanidad entera». Lo cual, a su vez, hizo que recordara a Jakob. Él solía decirle a ella: «Antes de poder salvar al mundo, Anna, deberías aprender primero cómo hacerlo». Y entonces le enseñó a fabricar artefactos explosivos o a utilizar transmisores de radio.

En estos últimos tiempos pensaba a menudo en Jakob y conversaba con él. Al hacerlo iba firmando la paz con sus propios demonios interiores. Las imágenes de Jakob torturado fueron dando paso cada vez más a las imágenes felices de los comienzos de su amor por aquel entonces, en la primavera de 1939, antes de la guerra. Jakob estaba muerto, pero a ella le había sido concedida una segunda vida en Cracovia. Haría lo mejor que pudiera hacer. Sí, salvaría a Wolfgang y lo llevaría a Brandeburgo, en donde su abuela había encontrado refugio en casa de unos parientes. Ellos se encargarían del chico y lo esconderían a salvo en su casa.

Su propio camino no iba a conducirla de vuelta a Cracovia porque allí la conocían ya demasiado. Iría a Francia, en donde se uniría a la resistencia de allí. Esta decisión se la debía a Halina Szymańska, combatiente de la resistencia y esposa del último agregado militar polaco en Berlín.

Halina ya había hecho posible en 1939 la fuga a Suiza del jefe de la Defensa alemana, almirante Canaris, quien ya llevaba tiempo trabajando contra el gobierno nacionalsocialista. Ella era la agente de contacto entre Canaris y el SIS, el servicio de inteligencia británico, y mantenía también buenos contactos con el *Deuxième Bureau* francés. Marlene conocía a Halina de antes.

A su lado percibió ahora un movimiento. Otilie se estaba intranquilizando, le estaba resultando muy largo el tiempo. Marlene le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Déborah me pide que primero ponga a su hermano a salvo. Mañana sobornará a una de las empleadas de la casa para que vaya a pasear con él. Dile que lo haré. Tiene que preparar a Wolfgang para que no me tenga ningún miedo.

—Dios, pobre criatura. Siempre está pensando en su hermano. Mañana es día

trece. Ojalá sea ésa una buena señal —dijo la supersticiosa Otilie.

—Bien, entonces queda claro todo, estaré...

Marlene no pudo seguir hablando. Saltaron las ruidosas sirenas.

—¡Jesús, alarma aérea! ¡Otra vez! Tengo que volver a casa.

Otilie agarró el cesto y se marchó de allí a toda prisa.

Marlene buscó el refugio antiaéreo más próximo siguiendo simplemente el curso de la corriente humana. ¡Tenía que pasar eso justamente ahora!

Fue el peor ataque hasta la fecha de los bombarderos estadounidenses. Bombardearon el centro de Múnich durante días sin interrupción. La situación no se calmó un poco hasta el 20 de julio, y las gentes comenzaron a salir lentamente de sus agujeros, entre ellas Marlene. Miró a su alrededor conmovida.

El centro de la ciudad se asemejaba a una visión postapocalíptica. Habían desaparecido calles enteras, las estructuras calcinadas de las casas sobresalían como dedos admonitorios dirigidos al cielo. También había quedado reducida a escombros la casa de la viuda en el casco antiguo, en donde Marlene había encontrado alojamiento. Marlene llevaba consigo todos sus objetos de valor y solo había perdido una maleta con algunas prendas de vestir. Sin embargo, numerosas personas habían fallecido bajo aquel diluvio de bombas y aún eran más las que ya no tenían un techo sobre sus cabezas donde cobijarse.

Marlene se abrió paso a través de la ciudad devastada. Por todas partes había personas desesperadas excavando entre los escombros buscando a sus allegados. Lo peor de todo era el olor a carne calcinada.

Marlene llegó finalmente frente a las tristes ruinas del edificio de la Prinzregentenplatz número 10. Una bomba debió de acertar directamente en la casa. Tan solo era un montón de piedras humeantes. A pesar de todo, Marlene trató de encontrar al encargado de los refugios antiaéreos de aquel barrio. No lo encontró hasta el día siguiente después de una larga búsqueda y de muchas preguntas. Se encontraba agotada, hambrienta y sedienta, y a punto de arrojar la toalla. La noche anterior la había vuelto a pasar en un refugio antiaéreo asfixiante, acorralada entre personas que habían perdido su hogar.

—Lo siento, señora —contestó el hombre a su pregunta—, pero allí no ha sobrevivido nadie. —Ahora la miró con más detenimiento—. A usted no la he visto nunca por aquí.

—Quería ir a ver a Otilie. Ella es —Marlene tragó saliva—, era una prima mía —replicó con buena presencia de ánimo.

—Sí, Otilie. Era una mujer simpática. Con ella se podía hablar bien. La acompañó en el sentimiento.

Se apartó de ella y se dirigió a la siguiente persona en busca de información sobre otras personas.

Marlene regresó una última vez a la Prinzregentenplatz número 10. No, nadie pudo haber sobrevivido a aquello. Ella lo había intentado. Se dio la vuelta y se puso en marcha. Su destino era la frontera francesa.

Capítulo 55

Roma, octubre de 1945

HACÍA CUATRO MESES del final de la desdichada guerra que había arrasado Europa. La corriente había depositado en sus orillas indescriptibles historias de sufrimiento y de miseria: hombres, mujeres y niños, que además de sus escasas pertenencias rescatadas llevaban consigo una carga pesada, crónicas de muerte y de terror, fijadas para siempre en su memoria. Era una masa de gentes desarraigadas, personajes consumidos y ocupados en reunir los escombros de sus vidas para reordenarlos. El consuelo y la clemencia solo podían existir en el olvido, y así daban la espalda al pasado, seguían la senda perpetua de la esperanza y se aferraban a la última verdad de la vida, el futuro.

No obstante, a estas personas las envolvía ya una tímida alegría. Eran conscientes de su suerte al haber sobrevivido al apocalipsis.

PERO ESA MUJER joven que avanzaba a duras penas por la calle no sentía esa confianza en una nueva vida, no percibía las ansias de un nuevo comienzo. El futuro no valía para ella. No canjearía ya nunca ese pagaré de la guerra denominado «esperanza». Estaba atrapada en su propia guerra. La llevaba consigo, y su funesta semilla iba creciendo en ella.

Había perdido a todas las personas que habían significado algo en su vida. Ni siquiera había podido salvar a su hermano, a pesar de haberlo dado todo por él. Había fracasado. La suerte había estado siempre de parte de Brunnmann.

La víspera del día que Marlene iba a salvar a Wolfgang, apareció de pronto Albrecht y se la llevó con él. Luego cayeron las bombas y la casa de la Prinzregentenplatz quedó completamente destruida. Albrecht no le contó hasta los últimos días de la guerra que Wolfgang había muerto en el bombardeo, para seguir utilizando al hermano como medio para ejercer presión hacia la hermana. Y además le delató como quien no quiere la cosa que él cargaba con Gustav, el

padre de ella, sobre su conciencia, y había mandado detener a Leopold, a su propio hermano, porque sus actividades comenzaban a ponerle en peligro, a él y a su carrera. Él, Albrecht, se ocupaba de la logística de la solución final, ¡y su hermano andaba escondiendo y salvando a judíos! Él y los suyos habían perdido la guerra, pero su victoria sobre Déborah era absoluta. Luego, Albrecht la encerró y la abandonó.

En algún momento, Déborah se dio cuenta de que la persona que la vigilaba se había largado. Se liberó ella misma, y una patrulla estadounidense la encontró pocos días después en Garmisch muerta de hambre.

¡Para asombro suyo se enteró de que Marlene la estaba buscando!

Pocos días después del final de la guerra, su amiga apareció por la tienda de campaña de un capitán estadounidense en Múnich. Marlene ayudó a los americanos en la identificación de criminales nazis. Albrecht Brunnmann estaba en lo más alto de la lista. Marlene fue en persona a Garmisch y recogió a Déborah. Marlene se enteró también por su amiga de que a Leopold lo había detenido la Gestapo justo enfrente de su casa.

Además de esto, Marlene la puso al corriente de que la pista del teniente coronel de las SS, Albrecht Brunnmann, conducía a Italia, pero no quiso darle más detalles. Al contrario, intentó persuadir a Déborah de que se olvidara de su loco plan de venganza porque Albrecht Brunnmann tendría su castigo justo. Marlene se había enterado entretanto de que los americanos planeaban organizar un tribunal de guerra en Núremberg, en el que se expondrían al mundo a todos los peces gordos del nacionalsocialismo. La humillación de ser tratado como a un delincuente sería mayor castigo para Brunnmann que una muerte rápida, argumentaba ella.

Fue en vano. No hubo manera de disuadir a Déborah de su propósito. Además estaba convencida de que Marlene había matado a Greiff. Albrecht así lo había insinuado tras la muerte de aquél. Déborah puso a su amiga contra la pared, pero Marlene no quiso admitirlo, tan solo se deslizó una sonrisa apenas perceptible por su rostro. A Déborah la enfureció que Marlene hubiera logrado su venganza, pero que quisiera impedirle llevar a cabo la suya. Las dos amigas se separaron enfrentadas. Déborah se marchó de allí a la mañana siguiente.

La corriente humana se movía por las callejuelas de Trastévere, el barrio de Roma, al que había dado su nombre el río Tévere, el Tíber. La mujer joven se dejaba llevar por ella. Algunos de aquellos personajes iban con paso rápido y diligente y la empujaban cuando pasaban a su lado, felices de haberse deshecho

de los obstáculos de la guerra. Otros, en cambio, avanzaban a paso lento, eran recién llegados como ella, flacos y con la cara pálida, marcados por la privación y el miedo ante la incertidumbre.

La mujer joven conocía el camino. Ponía un pie por delante del otro, igual que había hecho desde hacía casi tres meses día a día, hora tras hora. Quizá ahora no con tanta precisión y seguridad como al comienzo de su viaje. Le dolían los pies, había perdido uno de sus zapatos, más bien se le había salido simplemente del pie después de haberse ido desprendiendo de él poco a poco.

No le interesaba ninguno de los personajes afligidos; en esos días laboriosos del nuevo renacer, cada cual solo tenía sitio para uno mismo en sus planes de futuro y en su corazón.

Igual que muchos otros, también la mujer joven mantenía la cabeza gacha con la mirada en el adoquinado que en su día colocaron los esclavos de otro imperio, ya muy atrás en el tiempo.

La guerra, como toda guerra llevada hasta su fin en absurda analogía por las civilizaciones precedentes, había reducido los deseos de los supervivientes a las necesidades más elementales de la existencia humana, un techo sobre la cabeza, la siguiente comida caliente y trabajo para poderse ganar ambas cosas.

El horizonte propio estaba reducido a uno mismo; la atención estaba dirigida al eje propio. Solo con el paso del tiempo, con el paulatino distanciamiento de los sucesos traumáticos, la perspectiva de las personas volvería a ensancharse.

Pasaría todavía un tiempo hasta que los antiguos modelos de conducta despertaran a una nueva vida y hasta que detrás de cada deseo satisfecho esperara un deseo aún mayor no satisfecho.

LA MUJER JOVEN había llegado al final de su trayecto, en la Via della Conciliazione. Se fundió entre la multitud de aquellos que se repartían preferentemente entre peregrinos y clero, cerca ya de su meta.

Ambos grupos representaban el legado habitual de la guerra y reflejaban también su destino personal; todos estaban representados, desde los demacrados y andrajosos hasta los bien alimentados y bien vestidos.

Con un brillo febril en los ojos, la mujer clavó la mirada en la plaza de San Pedro enfrente de ella. No percibía la impresionante avenida de columnas que rodeaban la plaza, ni tampoco la basílica de San Pedro que a la luz del sol de esa última hora de la tarde se abovedaba con su imponente cúpula contra el cielo mortecino.

Toda su atención estaba concentrada en los muros de la Ciudad del Vaticano. En ella había encontrado refugio el hombre que era el motivo y la meta de su viaje, el hombre que le había quitado todo, su familia, su amor, su dignidad.

El padre del hijo que llevaba por debajo del corazón. ¡Cómo odiaba a ese hijo! El hijo de un asesino de masas. El hijo de él. No el suyo.

Igual que innumerables veces antes, se llevó la alargada mano por dentro del abrigo raído, los dedos flacos palparon aquel lugar por debajo del pecho en el que custodiaba su tesoro. Una sensación de alivio y de confianza le recorrió el cuerpo nada más palpar los contornos familiares de la pistola. La había conseguido, junto con la información acerca del lugar de residencia de aquel hombre, en trueque con el último objeto de valor que todavía le quedaba, el anillo de rubí de su madre.

El peso tranquilizador de la pistola la había acompañado como una promesa durante su viaje agotador, la promesa de vengarse. Vengarse por todas las vidas que él había destruido. Vengarse por su propia vida. Por su humillación. Por sus tormentos.

Vengarse por la vida que le estaba creciendo dentro.

Ella estaba allí para matarlo.

QUINTA PARTE

EL PRESENTE

Felicity y Martha

Capítulo 56

Roma, mayo de 2012

FELICITY PLEGÓ SU ordenador portátil conmocionada. Había estado leyendo la mitad del día y toda la noche. A su madre le dijo algo acerca de un trabajo científico que debía leer.

Pero su madre estaba ya demasiado ocupada clasificando y pegando más recortes de periódico como para prestar atención a la actividad de Felicity. Después de desayunar le comunicó a Martha que iba a salir un ratito a estirar las piernas al fresco, y desde el vestíbulo llamó por teléfono al padre Simone. No dio con él en ese momento y le dejó el recado en el contestador. A continuación salió a la Via della Conciliazione. La recibieron el ruido y el tráfico matutino de la gran ciudad.

Felicity caminó a lo largo de la calle en dirección a la plaza de San Pedro. Apenas había avanzado unos metros cuando sonó su teléfono móvil. Era el padre Simone.

—*Buon giorno, signorina Felicity, soy yo. ¿Cómo están usted y su madre?*

—Por el momento estoy bien, gracias. He leído todo, y tenía usted razón, padre. Esta historia es increíble, sencillamente inconcebible. Y estoy muy contenta de que mi abuela la haya redactado en forma de novela. No sé si yo habría sido lo suficientemente fuerte como para leer sus palabras en la forma de un diario personal. De tanto en tanto tenía que decirme varias veces a mí misma que se trataba de una novela, para poder seguir leyendo. Estoy hecha un verdadero lío, me ha afectado profundamente esa historia, pero también me ha enfurecido de alguna manera. Tengo un poco de miedo sobre cómo va a encajar mi madre todo esto. Si a mí me indigna de tal manera... Ella es, ¿cómo decirlo?, mi madre no es una persona muy estable.

Felicity se interrumpió como si hubiera hablado demasiado.

—Me parece que entiendo lo que trata usted de expresar. Como padre

espiritual no me son extrañas las almas heridas. Me ha llamado la atención que su madre... no parece muy dada a mostrar sentimientos maternos. Ahora sabemos que la madre de usted creció sin cariño materno, *signorina* Felicity. Un niño percibe cuando su madre no lo ama. Por ello le resulta tan difícil a su madre aceptar o transmitir el cariño, porque ella misma no lo experimentó de niña. Déborah, la abuela de usted, se cerró a todos los sentimientos. Es comprensible porque ella misma experimentó un sufrimiento inimaginable y se sumergió en el peor abismo del mal del que son capaces los seres humanos. ¿Qué alma no saldría dañada en una situación así? Es la física del mal que sigue causando efecto en nuestros días y que ha influido en las generaciones posteriores, como en su madre y en usted. Me parece que su madre no se considera a sí misma digna de ser amada, y que le ha transmitido a usted ese sentimiento de insuficiencia. Pero me parece que estoy comenzando a «sacerdotear», como diría mi amigo, el padre Lucas. Tengo que hacer algunas cosas todavía esta mañana, pero me pasaré a verlas esta tarde. Entonces hablaremos juntos con su madre, *signorina* Felicity. Hasta entonces no le dé demasiadas vueltas a las cosas. Verá que el destino se ha portado bien con ustedes. ¡*Arrivederci!*

FELICITY REGRESÓ AL hotel con su madre.

—El padre Simone acaba de llamarme. Me ha dicho que vendrá esta tarde a primera hora.

—¿Significa eso que ya ha acabado la traducción? —preguntó su madre con agitación.

—Sí, eso es, pero...

—¿Pero qué?

—Me ha advertido que es una historia muy triste. Me ha dicho que nos preparemos para algunas cosas fuertes.

Felicity meditó si debía ser algo más concreta, pero lo dejó estar.

—De verdad, Felicity —replicó su madre arrancando otro trozo de cinta adhesiva para unir dos pedazos de papel—, con tu abuela estoy ya preparada para todo. Me parece que su vida fue una mentira total. Entretanto me pregunto incluso si yo soy hija suya. Nunca me proporcionó la sensación de que yo lo era. Era muy inconstante e inestable, y casi nunca paraba por casa. Y cuando lo hacía, enseguida quería volver a marcharse. Prefería llevar esa vida insana de intérprete de piano en clubes nocturnos y en bares antes que estar con su familia. A pesar de todo, yo la amaba, pero ella no quería mi amor. En algún momento lo

entendí, pero desde entonces el amor estuvo ya siempre para mí relacionado con el dolor. Encontré consuelo y apoyo en la religión. Por eso me hice monja. En el convento tenía un sitio fijo en la vida, una comunidad a la que pertenecía. Eso era lo que yo siempre había deseado. Tuve que encontrarme primero con tu padre para entender que el amor no le hace a uno sufrir forzosamente. Él me enseñó que la vida puede ser mucho más. No sé si puedes entenderlo, Felicity, pero la mayor parte de mi vida me he sentido desgarrada interiormente.

Felicity escuchó a su madre con creciente asombro. Era la primera vez que su madre se le abría de esa manera. Martha, que de pronto se sintió avergonzada, interrumpió su actividad. Sus miradas se encontraron y cada una contempló el asombro en los ojos de la otra. Sin embargo, hubo más cosas en ese instante. Fue un momento del reconocimiento mutuo, un plano más profundo de la comprensión. Se consolidaba el acercamiento frágil que se había perfilado ya hacía algunos días, y superaba paso a paso la distancia de toda una vida que había separado a madre e hija.

Felicity no pudo evitar pensar en las palabras del padre Simone al teléfono, sobre lo que había dicho acerca del amor y de las repercusiones de la física del mal. Había dado en el clavo y se había expresado de una manera similar a su madre. Lo que su madre acababa de revelarle súbitamente, ¿era la explicación que ella había estado buscando inconscientemente durante toda su vida? ¿Por qué ella misma, Felicity, había tenido siempre la sensación de que su madre guardaba una cierta distancia respecto de ella, como si demostrar cariño fuera para Martha Benedict un sentimiento de debilidad? Ciertamente había cumplido a conciencia sus obligaciones como madre, se preocupó de que comiera lo suficiente y de que fuera bien vestida, controló sus deberes y la exhortó a tener ordenada la habitación. Hasta la rebelión adolescente de Felicity, se llevó consigo a su hija a la iglesia varias veces a la semana, y al menos una vez al mes hacía que se confesara, hasta que aquello le pareció excesivo incluso al padre Pescatore. Pero por más que se esforzaba Felicity, era incapaz de recordar una única vez en su vida en la que su madre la hubiera tomado en brazos.

Cuando cumplió los quince años, Felicity, con la fuerza que le proporcionaba el apoyo de su padre, se negó en redondo a seguir acompañando a su madre a la iglesia. Por ese apoyo le estaba infinitamente agradecida.

Aunque su madre solo cumplía sus obligaciones sin emociones visibles o sin una calidez auténtica, Felicity tenía, sin embargo, el mejor padre del mundo.

Pero su abuela había dejado muy sola a su madre. Por primera vez, Felicity

percibía que la comprendía y sintió el deseo de abrazar a su madre. Al mismo tiempo era lo suficientemente sincera para reconocer que ella misma había cometido errores. Había actuado irreflexivamente, peor aún, había sido demasiado cómoda aceptando como inamovible la relación con su madre, se instaló en el letargo y prefirió el silencio al diálogo. Sí, ella tenía su parte de responsabilidad, había sido muy introvertida durante demasiado tiempo y con esa actitud había herido deliberadamente incluso a Richard. Nunca se había visto a sí misma con tanta claridad. Hizo un movimiento hacia su madre, pero ésta había vuelto a refugiarse en su propio mundo buscando con afán la otra mitad de una fotografía. Se había desvanecido el momento del acercamiento.

Capítulo 57

Múnich

—¿SEÑOR PROFESOR?

Grete asomó tímidamente la cabeza en el estudio. Sabía que al profesor no le gustaba que lo molestaran en su trabajo por las mañanas. Se lo había enseñado su madre, de quien era su sucesora desde hacía unas pocas semanas. Era la tercera generación de ama de llaves en la casa, su abuela había estado ya al servicio del profesor.

—¿Qué sucede, Grete?

—Un tal padre Simone desea hablar con usted.

El profesor frunció el ceño. Que él supiera, no conocía a ningún padre Simone.

—¿Ha dicho qué quiere?

—Dijo que se trataba de la hermana de usted.

—¿Mi... hermana? —El profesor se la quedó mirando atónito y finalmente se pasó la mano por el espeso cabello cano con ademán de estar confundido. Parecía como si hubiera estado dirigiendo en esos instantes una pieza de Beethoven—. Pero... —Se interrumpió y se levantó de la silla—. Bien, hágale pasar, Grete.

—Disculpe usted, señor profesor. Debería haberle dicho enseguida que está al teléfono. —Grete entró ahora enteramente en el cuarto y le tendió el aparato con retraimiento.

El profesor reprimió un cabeceo, constató que seguramente pasaría todavía un tiempo hasta que Grete siguiera los pasos de su abuela y de su madre, y agarró el teléfono inalámbrico.

—Berchinger —se anunció con cautela.

—¿Hablo con el profesor Wolfgang Berchinger, el hermano de Déborah Berchinger?

—¿Sí?

El profesor sintió cómo se le aceleraban involuntariamente los latidos del corazón. Eso no era bueno para él. Padecía de hipertensión arterial, cada agitación le acercaba un paso más al derrame cerebral. Durante décadas había intentado averiguar algo acerca del destino de su hermana, pero a ésta parecía como si se la hubiera tragado la tierra después de la guerra. Entretanto ya había perdido la esperanza. Y ahora esta llamada...

—Soy el padre Simone Olivieri. Le llamo desde Roma...

No pudo continuar porque el profesor le interrumpió de inmediato.

—¿Mi hermana está en Roma? —exclamó emocionado al teléfono.

—¿Eh?, no. —«¡Vaya por Dios!», pensó el padre Simone, «ya la he liado. No lo sabe, ¡no sabe absolutamente nada!». No le quedó otra al padre Simone que carraspear—. Lamento tener que comunicarle la triste noticia del fallecimiento reciente de su hermana Déborah. Mi más sentido pésame.

—¿En Roma?

—No, en Seattle.

—¿En los Estados Unidos? ¿Dice usted que mi hermana ha vivido en los Estados Unidos?

El profesor, que hasta el momento había estado deambulando en su estudio con el teléfono al oído, volvió a hundirse en el sillón. De pronto sintió el peso de los años.

¿Así que Déborah había sobrevivido todo ese tiempo?

—¿Cómo ha dado usted conmigo? —preguntó con voz apagada.

—A través de su sobrina Martha Benedict y de la hija de ésta, Felicity. Según tengo entendido, profesor Berchinger, usted es el único pariente aún vivo de su sobrina.

Y entonces, el padre Simone le contó el motivo de su llamada.

Capítulo 58

Roma

AESO DE las siete y media de la tarde llamaron a su puerta.

—Será el padre Simone.

Martha abrió.

El padre Simone con una sonrisa de oreja a oreja.

—*Buona sera, signora* Benedict. Aquí estamos.

—Entre, padre.

Martha se sorprendió un poco por el uso del «nosotros».

Simone entró y dijo:

—Le he traído a alguien. —Se giró un poco hacia la puerta.

A causa de la corpulencia del padre Simone, Martha no había visto al principio al señor bajito, ya mayor, que estaba detrás de él y que ahora se acercaba a ella; le llamó la atención que parecía cojear un poco. Le dirigió una tímida sonrisa.

—¿Me permiten las presentaciones? —volvió a tomar la iniciativa el padre Simone—. El profesor Berchinger. —Hizo una pausa intencionada y añadió a continuación—: Su tío Wolfgang.

—¿Tío? ¿Tengo un tío? ¡Pero si mi madre nunca me contó que tuviera un hermano!

Martha se quedó mirando desconcertada al señor del pelo cano. Le temblaba el labio inferior.

Felicity se puso a su lado y le tendió la mano al profesor.

—Buenas tardes, yo soy Felicity Benedict. Disculpe usted a mi madre. Está un poco hecha un lío. Si usted es el tío de mi madre, entonces yo soy su sobrina nieta.

—Me alegra extraordinariamente conocerlas a las dos.

Estrechó la mano de Felicity y ya no quiso soltarla. El profesor se quedó

mirando fijamente a Felicity como si no diera crédito a sus ojos. Ascendieron en él viejos recuerdos, enterrados en épocas de un pasado ya lejano, y por un momento le pareció como si ella estuviera todavía frente a él, ni un día más mayor que aquella tarde en la que ella lo había abandonado para siempre.

Déborah, su hermana mayor, su hermana perdida.

Felicity se le parecía enormemente, era un poquito más mayor que Déborah por aquella época y de aspecto menos frágil, pero ambas habrían podido pasar por gemelas. Se le humedecieron los ojos. Desde la llamada del padre Simone se hallaba preso entre la alegría y el temor; entre la alegría por haber encontrado a los descendientes de su hermana y por conocer por fin algo de su destino; y el temor a sufrir una decepción de la que él no podía decir que fuera a ser capaz de digerirla. Continuamente le asaltaba un miedo repentino a que el padre Simone se hubiera equivocado. Después de la llamada de éste, tomó el primer vuelo con destino a Roma. Y ahí la tenía ahora delante, cuando ya no se lo esperaba. Su familia.

FELICITY SE CONMOVIÓ al ver la emoción del profesor. Como es natural, también para ella fue un instante significativo encontrarse con su tío abuelo Wolfgang, de cuya existencia no tenía ella la menor idea hasta ayer. Y, sin embargo, gracias a la lectura de los apuntes de Déborah, tuvo la sensación de conocerlo desde hacía tiempo.

Como en esa habitación del hotel no había asientos para cuatro personas, el padre Simone propuso ir a la Trattoria da Gino. Ya había hablado con el propietario. Gino le dijo que ponía a su disposición una habitación contigua en donde también podrían picar algo de comer.

Dicho y hecho. La familia recién reunida estuvo junta hasta ya bien entrada la noche. El padre Simone entregó a la madre de Felicity la traducción y le esbozó a grandes rasgos el contenido de los apuntes. Entretanto había efectuado algunas pesquisas más sobre Raffael Valeriani, el hombre que fue su padrastro durante poco tiempo y que murió cuando ella acababa de cumplir los catorce años.

—Su padrastro fue un sacerdote joven que se encontró en Roma con Déborah, la madre de usted, después de la guerra. Su madre vivió unas experiencias terribles, *signora* Benedict. Albrecht Brunnmann destrozó por completo su vida. Cuando murió Elisabeth Malpran-Berchinger, ese Brunnmann sedujo a su hija Déborah que tenía entonces diecisiete años. Todo esto puede leerlo usted en los apuntes —dijo dirigiéndose a Martha—. Su madre llegó a

Roma en octubre de 1945 porque se había enterado de que Albrecht Brunnmann había conseguido huir hasta aquí en los últimos días de la guerra. En Roma había un obispo, Alois Hudal, que con ayuda de una organización hizo posible que algunos peces gordos huyeran a Argentina. Esa ruta se conocería posteriormente como «línea de ratas». La verdad es que su madre vino aquí con la intención firme de matar a Albrecht Brunnmann. No lo consiguió pero hirió de gravedad a Brunnmann.

»He realizado mis pesquisas y me he topado con antiguos registros. En ellos consta que Déborah Berchinger fue detenida en octubre de 1945 por intento de asesinato. Penetró en los jardines de la Ciudad del Vaticano e intentó matar con una pistola a Albrecht Brunnmann, que se encontraba en compañía del obispo Hudal. Le disparó varias veces, pero solo le acertó una vez en el hombro, entonces apareció la Guardia Suiza Pontificia y la detuvo. Como se encontraba en avanzado estado de gestación, se trasladó su caso a la justicia italiana. Raffaell Valeriani trabajaba por aquel entonces en la cárcel como padre espiritual. Debí de impresionarle mucho el destino de su madre.

»Usted, querida Martha, nació en Roma. Consiguió papeles nuevos para él, para la madre de usted y para la niña, y planeó su huida conjunta a Estados Unidos. Y según creemos, fue él quien convenció a la madre de usted de que ella había matado a Albrecht Brunnmann. Una mentira piadosa pero necesaria, porque de lo contrario seguramente no habría viajado jamás con él a los Estados Unidos.

»Por ese motivo fracasaron siempre las pesquisas que realizó el profesor. A partir de entonces dejó de existir una Déborah Berchinger. Como usted ve, *signora* Benedict, ¡no hay nada de lo que tuviera que avergonzarse su madre, ni usted! Todo lo contrario. Su madre fue muy valiente. Ella fue, igual que muchísimas otras personas, una víctima del terror nacionalsocialista. Agentes israelíes secuestraron a Albrecht Brunnmann en Argentina en el año 1960 y lo llevaron a Israel. Fue condenado a muerte y ejecutado en 1962. Entretanto también he averiguado que la madre de usted estuvo presente en el proceso y que declaró en su contra.

Wolfgang Berchinger completó el resto de la historia. Por él se enteraron de que su hermana estuvo retenida por Albrecht Brunnmann como una presa y tenía que estar permanentemente «a su servicio».

—Lo hizo por mí. Brunnmann le había amenazado que si no se plegaba a sus exigencias no seguiría protegiéndome como judío y haría que me enviaran a un

campo de concentración. Tras la guerra intenté encontrar a Déborah, pero ésta había desaparecido sin dejar rastro. Como mi padre Gustav en 1938.

»Me salvó Otilie, nuestra sirvienta. El día que vi por última vez a Déborah hubo un bombardeo aéreo devastador. Brunnmann se había llevado a mi hermana poco antes de que comenzara. Cuando saltaron las sirenas de alarma, las dos empleadas de Brunnmann se distrajeron y yo me escapé y salí corriendo a la calle. Me di de narices con Otilie. Me pilló y nos fuimos al refugio antiaéreo de al lado y no a nuestros sótanos como hacíamos siempre. Fue así como sobrevivimos. Otilie me llevó con ella a la granja de su familia en Straßlach. Gente recta y honrada. Me fue muy bien con ellos.

»Me gustaría enseñarte algo, querida Martha, que me legó mi padre. Me lo dio la noche en la que le vi por última vez. Es un poema. —Extrajo un papel amarillento de su cartera. Se lo iba a tender ya a Martha, pero entonces se llevó la mano a la frente—. Disculpa, no he preguntado. ¿Sabes alemán?

Al responder Felicity y su madre que no, recitó el texto entonces en inglés para ellas:

Da igual que seas humano o animal, / que camines sobre dos o cuatro patas, / que seas madera o piedra, / grano de cereal o cera. / Todo tiene su lugar en la gran arca divina. / ¡El regalo más grande es, no obstante, el amor! / Si te encuentra, / agárralo fuerte y acéptalo. / Únicamente el AMOR puede sanar este mundo.

El padre Simone exhaló un suspiro sonoro:

—¡Ah, qué lugar tan pacífico podría ser el mundo si todos nos atuviéramos a esas verdades tan sencillas! Otra cosa no quiso nuestro Señor Jesucristo. Sin embargo, el ser humano no parece hecho para lo sencillo, siempre tiene que complicarse las cosas. El ser humano es una carga para sí mismo.

Durante un rato se produjo un silencio absoluto en la mesa. Cada cual estaba repasando mentalmente los versos del poema y dejaba que continuara causando efecto su verdad sencilla.

En algún momento, Martha levantó la cabeza y miró largamente a su hija, a sus ojos asomaron las lágrimas. Entonces le dijo avergonzada: *mea culpa*, al tiempo que sonreía a Felicity como nunca le había sonreído. Era una sonrisa que comenzaba en su corazón y acababa en sus ojos.

Felicity percibió esa sonrisa y en su cara se perfiló el ademán del asombro

cauteloso, la esperanza de una promesa de futuro. Martha levantó entonces una mano y acarició la mejilla de su hija con una ternura infinita, un gesto de amor y de reconocimiento completos, un gesto ansiado durante mucho tiempo y que superaba aparentemente sin esfuerzo una distancia que no debería haber existido nunca.

—¿Qué te parece, Felicity, si nos quedamos algunos días más en Roma y vemos juntas la ciudad? Ahora que estamos aquí hay que aprovecharlo.

—¡Me parece una idea buenísima, mamá!

A Felicity se le dibujó en la cara una amplia sonrisa que salía de su corazón.

Y entonces, Martha abrazó a su hija y la retuvo en sus brazos como si ya no quisiera soltarla nunca más.

EPÍLOGO

Yo, Felicity

AL PRINCIPIO MENCIONÉ que la verdad sigue siempre su propia lógica. En algún momento nos alcanza y nos acusa. Sin embargo, ésta es solamente una faceta de la verdad, pues también nos hace libres. Puede sanar heridas y traer la paz.

Nosotros, el padre Simone, tío Wolfgang, mi madre y yo, nos enteramos esa noche en el local de Gino de muchas otras cosas sobre nuestra familia y sobre su destino. Mientras me iba enterando de esos detalles, fui imaginándome a mis bisabuelos, la felicidad de su amor. Su desdicha fue haber nacido en la época equivocada. Fueron víctimas de una ideología pervertida que había arrastrado a todo un pueblo y que casi llega a exterminar para siempre a otro. ¿Por qué? Ésta es una pregunta que no podrá responderse hasta que el ser humano haya aprendido por fin a mantener la paz.

Siguiendo una inspiración repentina le pregunté también a mi tío si sabía qué había sido de Marlene, la amiga de la abuela. En la lectura de la biografía de mi abuela, ella me llegó muy dentro del alma. ¡Qué mujer más fuerte y valiente! Entonces, él me dirigió una sonrisa pícara y me preguntó si me decía algo el nombre de Greta Jakob. «Por supuesto», afirmé yo, pues quién no conocía a Greta Jakob, una de las actrices más famosas de su tiempo.

De esta manera me enteré de que Marlene Kalten había hecho realidad su sueño de jovencita y que se había convertido en actriz. Mi tío abuelo la conocía bien, los dos se habían hecho amigos desde el final de la guerra y juntos estuvieron buscando a mi abuela.

—Puede que mi hermana no quisiera que la encontraran, probablemente su pasado le resultaba una carga muy pesada —dijo él con pesadumbre—. Habría tenido en todo momento la posibilidad de establecer contacto con Marlene. Greta mencionó en varias entrevistas que buscaba a su amiga Déborah, pero... —dejó la frase sin completar, y yo pude percibir su dolor.

Me siguió contando que Greta Jakob, alias Marlene Kalten, tenía en la

actualidad más de noventa años, pero que gozaba de una salud aceptable y de una mente ágil a pesar de la edad. Hacía veinte años que se había retirado de los escenarios y ahora volvía a vivir en Cracovia.

Al final, mi tío Wolfgang me regaló el poema de mi bisabuelo con estas palabras:

—Este poema es lo único que me ha quedado de mi padre, es mi posesión más valiosa. Quiero que lo tengas tú, Felicity, en memoria de esas dos maravillosas personas que fueron mis padres. Mi padre no solo tenía unas manos que curaban, también sabía curar con las palabras. Me enseñó muchas cosas, pero suelo pensar especialmente en esa frase suya de que el amor es lo único que puede sanar este mundo.

Y al decírmelo, mi tío abuelo recién encontrado me miró con sus ojos espabilados como si supiera que en mi vida había una gran pregunta que seguía estando sin respuesta.

ESTE MISMO AÑO, mi madre y yo iremos a ver a tío Wolfgang en Múnich. La casa de la Prinzregentenplatz número 10 fue destruida en la guerra, pero él nos enseñará el lugar de la sepultura de mis bisabuelos. La tumba de mi bisabuelo está vacía. Su destino, igual que el de tantas otras personas, permanecerá sin aclarar para siempre. Y todos juntos viajaremos a Cracovia e iremos a ver a Marlene. Mi madre y yo queremos conocerla a toda costa. Tío Wolfgang ya ha hablado con ella y nos ha dicho que le hace ilusión nuestra visita.

Después de despedirnos del padre Simone ya clareando la mañana, volví a leer el poema una vez más. Y otra. Tío Wolfgang me había escrito la traducción. Y entonces volví a escuchar la voz de tío Wolfgang cuando dijo: «El amor es lo único que puede sanar el mundo».

Pensé en las mujeres de mi familia, en mi bisabuela Elisabeth, en mi abuela Déborah y en mi propia madre. Los eslabones de la cadena de mis antepasados. Todas vivieron diferentes formas de amor y éste determinó su destino. Para ellas, el amor fue deseoso y desgarrador, excesivo y devorador, pero también tan destructor que el corazón propio ardía en él sin dejar nada más que cenizas frías. Entonces el amor es dolor. Sin embargo, el amor es, ante todo, imperecedero, sobrevive a todo lo demás y es capaz de conmover y de curar los corazones incluso décadas después, igual que ha conmovido mi corazón.

De pronto dejaron de existir las vacilaciones en mí. Agarré el teléfono.

Richard se puso enseguida, como si hubiera estado esperando mi llamada.

—¡Felicity, qué bien! ¿Ya estás levantada? En Roma tiene que ser muy temprano ahora. Tu padre me ha contado ya que has encontrado a tu madre. ¿Cómo estás, mi am...?

Me imaginé cómo Richard se mordía la lengua para reprimir esa expresión de cariño. Probablemente estaba pensando en esos momentos que tenía que acostumbrarse a que yo ya no era su prometida...

—Me encuentro estupendamente —le respondí—. Mi madre y yo hemos decidido quedarnos en Roma hasta el domingo y entonces volveremos a casa. Hay muchas cosas por contar. Por cierto, mi padre me ha dicho que has ido a verle ya dos veces. Te lo agradezco mucho, Richard.

—No tienes que darme las gracias. Sabes lo mucho que aprecio a tu padre.

Se creó una pausa larga, entonces pregunté yo casi con timidez:

—¿Sigue en pie tu oferta?

—¿A cuál te refieres? ¿A la de trabajar como doctora en el Hospital de Niños o la de casarte conmigo?

Incluso a través del teléfono creí poder percibir cómo se le aceleraba el corazón a Richard.

Volví a titubear unos instantes antes de responderle:

—Digamos que me estoy pensando las dos cosas.

—¿Qué ocurre con Kabul y Médicos del mundo?

Percibí cómo se quedaba sin habla de la emoción.

—No aceptaré ese puesto. Que sea otro quien salve al Mundo. Mi lugar está en casa. A tu lado.

Esta vez mi voz sonó firme. Ya no hubo ningún titubeo ni ningún apocamiento.

Volvió a crearse una pausa. Solo duró unos pocos segundos, pero para mí fue tan larga y amplia como el océano que estaba entre nosotros dos. Se deslizó de pronto en mi corazón el temor de que Richard ya no me quisiera para él ahora que sí lo quería yo a él para mí. Y entonces él me redimió de ese miedo.

—¡Oh, mi vida, apenas voy a poder esperar a que estés de nuevo en casa! Te amo.

—Y yo te amo a ti.

Hablamos todavía un rato largo, no podíamos separarnos uno del otro. Forjamos planes de futuro, y le hablé también de mi familia lejana y de mis raíces en Alemania. Finalmente nos despedimos. Colgué el teléfono y me sentí de repente libre, como si se hubiera desprendido de mí una carga. ¡Qué hombre

más maravilloso era Richard!

Por primera vez sentí lo que es la felicidad.

Eso es lo que significa mi nombre. Felicity.

Nota final

ALBRECHT BRUNNMANN ES un personaje ficticio. No es su modelo histórico Adolf Eichmann. El íntimo colaborador de éste se llamaba Alois Brunner. El apellido «Brunnmann» es una palabra compuesta de ambos apellidos. Lo mismo sucede con el oficial adjunto de Kaltenbrunner. Su nombre real era Arthur Scheidler. De ahí formé el apellido «Schitler», la ocasión me venía que ni pintada y no quise pasarla por alto.

En la actualidad, Eichmann pasa por ser el arquitecto del Holocausto, él fue el jefe de la logística, quien calculaba las cifras de los que había que deportar y la tasa de utilización de los vagones de ferrocarril. También fue el secretario de la conferencia de Wannsee, en la que se decidió el asesinato en masa de seis millones de judíos en toda Europa.

Eichmann y sus ayudantes no se arredraron a la hora de iniciar la locura de esa logística. Con frialdad y perfidia se formularon a sí mismos estas preguntas: ¿Cómo se mata a seis millones de seres humanos? ¿Qué tipo de matanza resulta más económica? ¿Después de todo, la buena munición era cara para desaprovecharla en esta tarea! ¿Y cómo se resuelve el problema de la eliminación de los cadáveres? ¿Quién se encarga de enterrarlos? ¿Pueden aprovecharse los posibles «restos»? El pelo sirvió, como todo el mundo sabe, para el relleno de colchones. No hace falta que alegue nada más, ya sabemos cómo acabó todo.

Además, Adolf Eichmann es el único criminal nacionalsocialista a quien se procesó en Israel ante un tribunal ordinario, y el único a quien la justicia israelí sentenció a la pena de muerte. Secuestrado en 1960 por agentes del Mosad, fue ejecutado en 1962.

Fritz Gerlich es un personaje histórico. Está en representación de todos aquellos periodistas valientes que se enfrentaron diariamente al disparate dictatorial en el mundo, que quiere silenciar la voz de la verdad, pues los dictadores no le temen a nada más que a la verdad. Fritz Gerlich fue redactor en el *Münchner Neueste Nachrichten*, del cual surgiría posteriormente el

Süddeutsche Zeitung. Gerlich fundó el periódico *Der gerade Weg* [El camino recto] el 3 de enero de 1932.

Fritz Gerlich recorrió su camino recto, de manera imperturbable y con la frente bien alta hasta su muerte. Fue maltratado y torturado durante dieciséis meses a causa de sus convicciones, y permaneció firme en ellas. Murió en favor de la verdad.

También existió el ahijado de Hitler, Egon Hanfstängl, «Egon Putzinger» en el libro. Su padre, Ernst «Putzi» Hanfstängl, trabajó como jefe de prensa de Adolf Hitler hasta 1937. En aquel entonces lo llamaban con guasa «el pianista de Hitler» o también «la secretaria de recepción de Hitler».

Ernst «Putzi» Hanfstängl estudió realmente en Harvard y conoció al joven senador Franklin D. Roosevelt en el Harvard Club, muy selecto en su tiempo, cosa que Putzi sacó a colación veinte años más tarde y supo sacar provecho de esa circunstancia con habilidad. Y es que tras su fuga de Alemania a Londres vía Suiza, Putzi Hanfstängl fue internado como enemigo por los británicos en 1939, al comienzo de la guerra; no obstante, pudo volar rumbo a Washington por orden de Franklin D. Roosevelt, a la sazón presidente de Estados Unidos.

Putzi trabajó en adelante como asesor de Roosevelt en la guerra contra la Alemania nazi. ¡Una carrera asombrosa, de asesor de Hitler a asesor de Roosevelt! De una manera curiosa y muy significativa, Hanfstängl puso a sus memorias este título: «Entre la Casa Blanca y la Casa Parda».

En el libro, Putzi se ha convertido en «Bubi». También he modificado ligeramente algunas ubicaciones del entorno de los Putzinger / Hanfstängl.

A mediados de los años noventa conocí en la Villa Tiefland de Múnich al hijo de Putzi, Egon Hanfstängl. No fue sino tiempo después cuando supe que se trataba de la misma mansión en la que Adolf Hitler celebró la Navidad en 1924 con la familia Hanfstängl tras su excarcelación de la prisión de Landsberg.

Irene, una amiga de mi tía, fue quien estableció el contacto con Egon Hanfstängl. Irene llegó a Múnich a mediados de los noventa, procedente de Seattle, para vivir con Egon. Ella era el amor de su adolescencia. Egon e Irene habían perdido entretanto a sus parejas respectivas, se reencontraron y quisieron atreverse a un nuevo comienzo después de cuarenta años. Pero ésta es otra historia...

Cuando pisé la mansión en compañía de Irene, yo no sabía lo que me esperaba. Seguramente no contaba con encontrarme con alguien cuyo padre había sido un íntimo compañero de andanzas de Adolf Hitler a quien éste había

columpiado en sus rodillas y mimado con dulces como ahijado suyo que era.

Encontramos a Egon volcado en la herencia que le había dejado su padre Putzi, un montón de cartas, manuscritos de discursos con notas manuscritas, dibujos de Hitler. Egon los estudiaba y los clasificaba porque en aquella época estaba planeando escribir un libro sobre Adolf Hitler. Me permitió leer incluso algunos de los manuscritos de Hitler.

Aquella tarde pasé varias horas conversando con Egon. Era un tipo raro, pero también un importante testigo de su época y un narrador fascinante. Encontró en mí a una oyente interesada. Irene me contaría tiempo después también que la madre de Egon, Helene Hanfstängl, en el libro «Helga Putzinger» le dijo a ella en 1959, a la prometida de su hijo Egon: «Mi mayor error fue haberle quitado el revólver a Hitler en aquel entonces. ¡Tendría que haber dejado que se matara!». Como todo el mundo sabe, Hitler buscó refugio en la granja de los Hanfstängl después del intento de golpe de Estado de 1923 en Múnich, en donde también fue detenido.

Aquel día en la Villa Tiefeland tomó forma en mí por primera vez la idea de escribir *Honigtot* [*Cuando la miel muere*, traducido literalmente muertamiel].

Me preguntaron cómo se me había ocurrido el título de la novela *Honigtot*.

Lo elegí porque con la miel se elabora la bebida de los dioses, el hidromiel, que se llama *Met* en alemán. *Met(h)* es la palabra hebrea para *tot* [muerto/a]. El destino de las abejas está estrechamente unido al de los seres humanos. «Cuando la abeja muera, al ser humano solo le quedarán cuatro años de vida». Esta frase procede de una persona muy sabia: Albert Einstein.

HANNI MÜNZER

CUANDO LA
MIEL MUERE



alianza Literaria

D.J.57

Asuntos personales

(APARTADO CONOCIDO TAMBIÉN COMO AGRADECIMIENTOS)

ESTE LIBRO ESTÁ dedicado al pequeño Simon. Su sonrisa y su alegría son inolvidables. Amaba la vida y a las personas. Escribí para él la historia de Moriah, la primera hormiga; desgraciadamente ya no pude leérsela en voz alta. Simon tuvo que abandonar este mundo a la edad de seis meses, pero nació en el seno de una familia que lo amaba. Si nuestra familia se lo hubiera podido quedar, habría tenido una oportunidad en la vida.

POR DESGRACIA HAY demasiados niños a quienes se les niega esa oportunidad desde el nacimiento. Se convierten en víctimas de la pobreza, de las enfermedades y de las guerras causadas por ideologías y religiones que no respetan la dignidad humana. Por nuestros hijos deberíamos hacer todo lo posible para convertir la Tierra en un lugar más pacífico. Hasta el momento hemos fracasado.

POR SUPUESTO DEBO mencionar a mi marido, que tiene una paciencia de santo. Como agradecimiento por su apoyo dejo en sus manos mi infierno particular: la contabilidad. ¡Gracias, mi amor, por quitarme ese peso de encima! ¿Qué sería de mí sin tu amor? ¡Un beso!

MI AGRADECIMIENTO VA dirigido también a mis lectoras y lectores sufridos: a mi mami, Christine, Ro, Ramona, Caroline, Eva, Ludwig, Copito de Nieve, Juliane, Laura y Daphne. Vuestro apoyo, vuestra crítica y vuestra motivación lo son todo para mí.

Y luego están, además, Myriam y Heike. Myriam me guio a través del laberinto de la corrección ortográfica y me remitió a los límites de la libertad poética, y Heike fue mi jefa del texto personal. Las anotaciones en los márgenes de Heike merecerían en realidad un libro aparte.

También mi amigo Johannes Zum Winkel se mantuvo fiel a mi lado. ¡Gracias, Johannes! Eres y serás una de las personas más honestas que me he

encontrado.

También debo un enorme agradecimiento a Lianne Kolf, mi agente literaria, cuyo gran corazón y capacidad innata para cuidar de los demás no van a la zaga de la de mi marido. Desde el principio, ella me ha apoyado y patrocinado. Y luego está también la encantadora Julia Eisele, de la editorial Piper, a quien por desgracia he conocido demasiado tarde, pero que ha enriquecido mi vida desde entonces. Julia, te doy las gracias por haberme descubierto y por permitirme aprender de ti. Mi agradecimiento en este punto va dirigido también a todo el estupendo equipo de Piper. Y, obviamente, doy las GRACIAS especialmente a los lectores que han leído mi libro. Por favor, escribidme a la dirección mail@hannimünzer.de lo que os ha gustado o no de este libro. Os estaré agradecida por toda crítica, apoyo o sugerencia, pues, sin vosotros, lectores míos, yo no sería nada, pero vosotros lo sois todo para mí. ¡Escribo para vosotros!

Vuestra,

Hanni M., en el mes de enero de 2015

Título original: *Honigtot*

Edición en formato digital: 2016

© by Hanni Münzer

Representada por Verlagsagentur Lianne Kolf, Munich, Alemania y Andrew Nurnberg Associates Ltd,
Londres, Reino Unido

© de la traducción: Jorge Seca Gil, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9104-767-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es